TIEMPO de HISTORIA
AÑO V
NUM. 57
100 PESETAS
MARX
y la Historia
de España

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Ramiro Cristóbal

Anton Chejov, 75 años

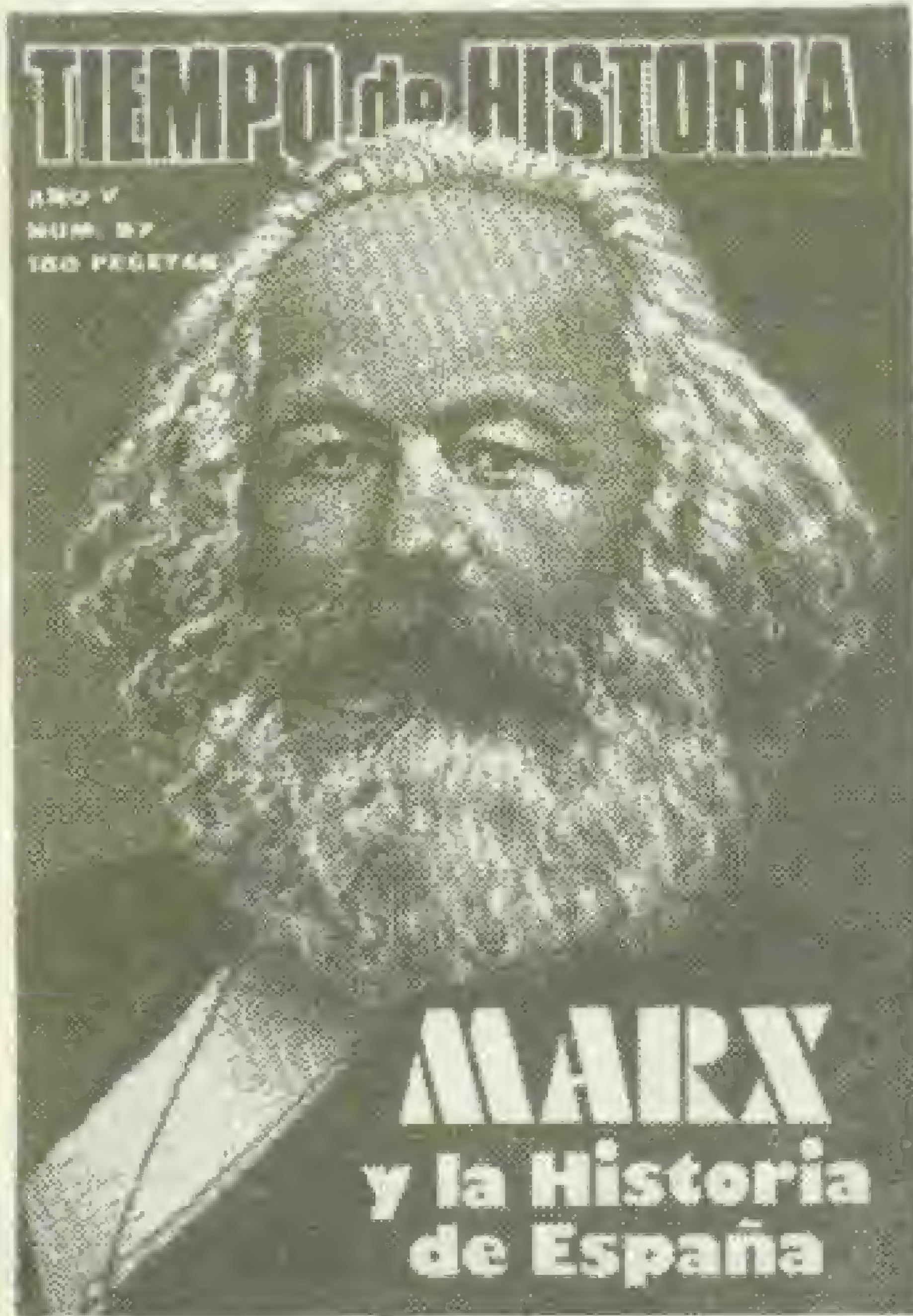


Al dorso de esta fotografía, en la que el autor de «El jardín de los cerezos» aparece con su esposa, la actriz Olga Knipper, Chejov escribió: «Pareces una alemanita, buena y dulce esposa de un médico sin clientela». (Verano de 1902).

SUMARIO



AÑO V • NUM. 57 • AGOSTO 1979 • 100 PESETAS



PORTADA: Las reflexiones de Carlos Marx sobre el difícil período de la Historia Contemporánea de España que transcurre entre la promulgación de la Constitución de 1812 y la Restauración borbónica de 1874 suponen, aún hoy, una valiosa aportación al estudio y la comprensión de esta singular etapa de nuestra historia, trascendental para la actualidad política de nuestro país.



JOAQUIN COSTA: En un doble trabajo, debido al profesor Sabán de la Universidad de Granada y a la nieta del pensador aragonés, doña Milagros Ortega Costa se articula la doble vertiente intelectual y personal del autor de «Oligarquía y Caciquismo», conciencia viva de España.

Págs.

MARX Y LA HISTORIA DE ESPAÑA, por José Miguel Fernández Urbina 4-21
LA MUJER Y LA IGLESIA: EL FEMINISMO CRISTIANO EN ESPAÑA (1900-1930), por Mercedes G. Basauri 22-33
CACIQUISMO Y OLIGARQUIA EN JOAQUIN COSTA, por Antonio Sabán Bauza . 34-39
UNA CARTA INEDITA DE JOAQUIN COSTA, por Milagros Ortega Costa de Emmart 40-49
EL PACTO GERMANO-SOVIETICO: HITLER Y STALIN SE DAN LA MANO, por Joan Estruch 50-63
CROACIA, UNA NACION EN LOS BALCANES, por José M. Solé Mariño ... 64-81
ESPAÑA 1949: Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara 82-91
TEATRO Y SOCIEDAD EN LA RESTAURACION: LA ERA DE LOS DIVOS, por Alberto Castilla 92-109
ANTON CHEJOV, 75 AÑOS, por Ramiro Cristóbal 110-123
LIBROS: La burguesía en España: ¿Transición o Revolución?; «La Guerra Civil y la Victoria», de Guillermo Cabanellas; Historia de las Cruzadas; La otra Revolución 124-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**, SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA:** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16 y Emilio Becker, Paseo de Gracia, 101. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-11. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,500. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130.

Marx y la Historia de España

José Miguel Fernández Urbina

«Los movimientos de aquello que solemos llamar estado han afectado tan escasamente al pueblo español, que éste se ha desentendido muy gustosamente de este estanco dominio de alternas pasiones y mezquinas intrigas de los guapos de la corte, de los militares, aventureros y del puñado de sedicentes estadistas, y no ha tenido razones importantes para arrepentirse».

MARX, 1854

MAS de un siglo ha transcurrido desde que la fecunda pluma de Marx anotó que «acaso no haya país alguno, salvo Turquía, que sea tan poco conocido y tan mal juzgado por Europa como España» y dado que «el carácter de la historia moderna de España merece ser apreciado muy diversamente de como lo ha sido hasta ahora, aprovecharé una oportunidad para tratar este tema en una de mis próximas cartas». Estas cartas, o crónicas, se materializaron en una amplia serie de artículos sobre España redactados al calor de los acontecimientos revolucionarios de «La Vicalvarada» y del compulsivo devenir del histórico período decimonónico que alumbraban: el «Bienio Progresista» (1854-1856), a lo largo del cual se consolidaron las bases para la definitiva implantación hegemónica del modo de producción capitalista en el Estado español. Desde entonces, la historiografía, gracias al distanciamiento adquirido y a la acumulación de investigaciones, ha ido desbrozando la tupida red de enigmas tejida en torno a las formas peculiares de revolución burguesa y desarrollo capitalista en España, hasta desembocar en una relativa unanimidad acerca de los fundamentos de dichos procesos. Y pese a que a estas alturas la capacidad analítica de Marx no debiera asombrar a nadie, no deja de ser sorprendente el que estas modernas investigaciones hayan venido a confirmar bastantes de sus interpretaciones, elaboradas al hilo de los acontecimientos y sobre un país que además de desconocerlo era, en palabras suyas, «poco conocido». Lo que no hace sino poner de relieve, una vez más, su talento y, sobre todo, la operatividad de su metodología para el análisis histórico.

Marx publicó un total de veintiún artículos sobre España en el estadounidense «New York Daily Tribune», entre junio de 1854 y agosto de 1856, que fueron redactados residiendo en Londres tras el aplastamiento de los movimientos revolucionarios europeos de 1848. Estos tuvieron repercusiones en España —por primera vez aparecen insurrecciones armadas de carácter republicano—, pero no alcanzaron la envergadura de los protagonizados en Francia, Austria, Alemania... y pasaron desapercibidos más allá de los Pirineos. Sin embargo, un lustro después, cuando Europa se encontraba sumida en el reflujo de 1848, en España el pronuncia-



miento de O'Donnell y Dulce en junio-julio de 1854 («La Vicalvarada») y los acontecimientos que a partir de entonces se suceden, constituyen el aldabonazo que anuncia a las más lúcidas conciencias europeas la existencia de un país en el que también fracciones de la burguesía se enfrentan a la dinastía borbónica y donde también existe un proletariado, el catalán, organizado en asociaciones de clase, que lucha no sólo por mejorar sus condiciones de vida y trabajo sino que, además, lo hace por desmantelar un anacrónico sistema político y social que conserva no pocas conexiones con el Antiguo Régimen feudalizante y estamental. Marx captó desde sus inicios la importancia que encerraba el pronunciamiento, pues «no sería cosa de asombrarse si estallara en la Península un movimiento general partiendo de la mera rebelión militar» y se propuso escrutarlo de cerca y comentarlo a sus lectores. Pero su método le llevó más lejos, y a medida que sus crónicas se desgranaban en el «New York Daily Tribune» él profundizaba en el estudio de la Historia de España con el fin de desvelar las claves que subyacían a los hechos, entre otras razones porque «no es exagerado afirmar que no hay en estos momentos zona alguna de Europa, ni tan siquiera Turquía con la guerra rusa, que ofrezca al observador reflexivo interés tan profundo como España» y para suministrar a «nuestros lectores un concepto de la primitiva historia revolucionaria de España, como medio para la comprensión y enjuiciamiento de los acontecimientos que esa nación está ofreciendo a la contemplación del mundo» (A).

(A) Marx, además de estos veintiún artículos sobre España, redactó otro que no fue publicado y, también sobre España, escribió la voz «Bolívar» para la «New American Cyclopeida», en 1858, en la que describía las luchas independentistas de las colonias americanas y la persoalidad de su líder Bolívar. Por su parte, Engels también mostró interés por los asuntos de la península y a él se deben: tres artículos para el «New York Daily Tribune» (en adelante NYDT) sobre el desarrollo de los combates por la toma de Tetuán, capitaneada por O'Donnell, en 1860, agrupado bajo el epígrafe de «La guerra mora»; las voces «Badajoz» y «Bidasoa» en la «New American Cyclopedia» (1858), sobre los episodios bélicos desarrollados allí durante la guerra de Independencia, y un artículo sobre el ejército español para «Putnams Magazine» (1855) (como se sabe, Engels sentía auténtica pasión por los temas militares); y la célebre serie de cuatro artículos intitulada «Los bakuninistas en acción», publicada en 1873, poco después de las insurrecciones cantonales durante la primera República.

Todos estos escritos fueron traducidos y recopilados por el profesor Sacristán y editados con un prólogo suyo, bajo el título «Marx, Engels. Revolución en España», por Ediciones Ariel, Barcelona, 1860.

Con la finalidad de no abrumar al lector con continuas referencias a pie de página con indicación del artículo al que corresponde cada cita, expresamos entre paréntesis la página en la que se encuentra en la recopilación de Sacristán.



Promulgación de la Constitución de 1812, en la plaza gaditana de San Felipe. (Cuadro de Salvador Viniegra).

Del conjunto de escritos publicados, unos lo fueron del tipo crónica de urgencia, otros de un periodismo más analítico y las dos series intituladas «España Revolucionaria» y «Revolución en España», agrupando un total de diez artículos, podemos caracterizarlos de ensayos por entregas.

Las fuentes de información que manejó para redactarlos provenían de los despachos publicados en la prensa europea («Moniteur», «Journal des Debats», «The Times», «The Morning», etc.) por los corresponsales destacados en España y de la lectura de obras de Historia de España. A partir de ellas, y a pesar de las limitaciones que encerraban a causa de la urgencia, divergencia de datos y valoraciones, fue deshilvanando la madeja de «una historia bastante confusa», tal como confesó epistolarmente a Engels.

Antes de abordar el comentario de estos escritos, que para los fines que nos proponemos interesa más agrupar por temáticas que por el orden cronológico en que fueron apareciendo, quisiéramos destacar algunas de sus características. En primer lugar, como a lo largo de los artículos late la necesidad de descubrir los **rasgos específicos**, peculiares, de los procesos que Marx examina, huyendo así del mecanicismo interpretativo que tan nefastos resultados ha tenido cuando se ha utilizado la metodología historicista de Marx como si de un sistema cerrado e indiferenciadamente omnicomprensivo se tratara. En segundo lugar, puede llamar la atención la aparente paradoja de que, tratándose del autor de «El Capital», apenas aborde la estructura económica de la sociedad española para explicar los fenómenos político-ideológicos que en ella se manifiestan. Así, están ausentes cuestiones tan determinantes como las relaciones de producción agrarias, las desamortizaciones, los ferrocarriles y la minería o la industrialización de Cataluña, por citar algunos ejemplos. Mas no podemos olvidar, de un lado, la modalidad periodística de estos escritos y, de otro, que como afirma Sacristán «Marx se mueve, en efecto, inicialmente en cada análisis en un terreno sobrestructural, generalmente el político, y no lo abandona hasta tropezar, como sin buscarla, con la intervención ya palmaria de las "condiciones naturales" sociales. El método puesto en obra por Marx en estos artículos podría pues cifrarse en la siguiente regla: proceder en la explicación de un fenómeno político de tal modo que el análisis agote todas las instancias sobrestructurales antes de apelar a las instancias económico-sociales fundamentales» (13-14).

Por nuestra parte, con el fin de ilustrar mejor las observaciones de Marx sobre España, hemos preferido no respetar el orden cronológico en que fueron publicados, y agruparlas por temáticas ensamblando o vinculando citas que no corresponden a un mismo escrito, pero sí abordan una misma temática.

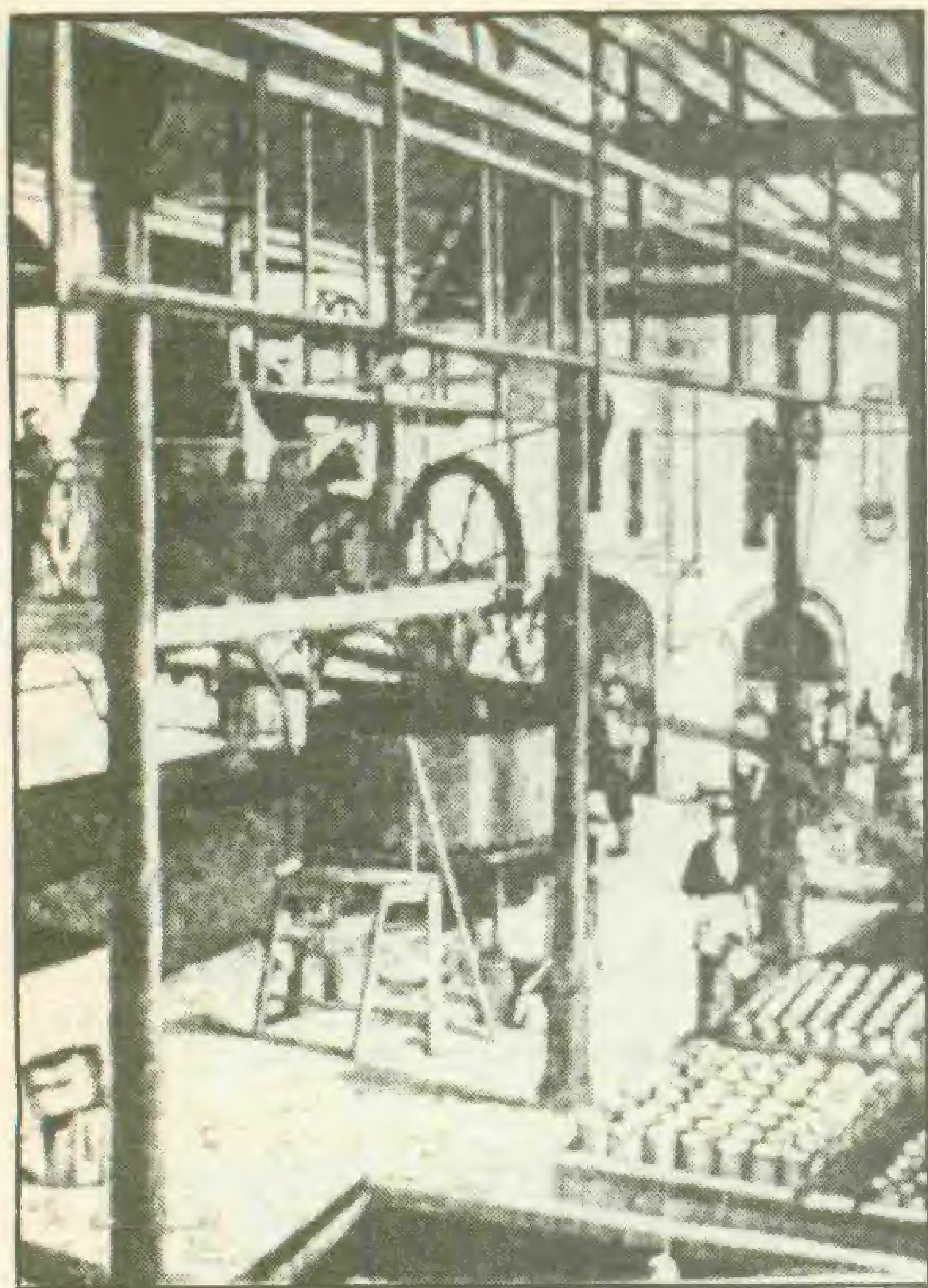


Escena de la vida callejera madrileña, hacia 1850. (Dibujo de Alenza. Museo Municipal de Madrid).

Finalmente debemos advertir que, obviamente, a lo largo de estos escritos, se deslizan frecuentes errores onomásticos o cronológicos, siendo asimismo muy precarias las incursiones en la España predecimonónica, que él mismo se apresura a calificar de «esbozos», y no podía ser de otra manera en función de la escasez de las investigaciones existentes en su tiempo, la contemporaneidad de los fenómenos analizados y una limitada dedicación a los asuntos de la Península, en una época en la que ya estaba trabajando en la elaboración de «El Capital». Además, esto no resta un ápice al reconocimiento de la genialidad de Marx, que con tan escasos materiales y en unas crónicas de urgencia —redactadas, como el resto de su prolífica colaboración en el NYDT, para salir al paso de la penuria económica que le asolaba a él y su familia en Londres— fuera capaz de aprehender fundamentales claves de nuestro pasado, muchas de las cuales no volverán a ser desveladas hasta la segunda mitad de la actual centuria por la moderna investigación histórica.

LA ESPAÑA IMPERIAL

«La libertad española murió bajo torrentes de oro entre el fragor de las armas y el resplandor terrible de los autos de fe». MARX, 1854.



Fábrica de azúcar de Badalona, exponente de la economía industrial decimonónica. (Grabado de «El Museo Universal, 1857).

La España medieval y moderna sólo la trata Marx de forma sistematizada en la primera entrega de la serie «Revolución en España», y lo hace no con pretensiones deexhaustividad, sino como una premisa metodológica para explicarse y explicar el «Así se preparó España para su reciente carrera revolucionaria, y se vio lanzada a las luchas que han caracterizado su desarrollo en el presente siglo» (76).

Como es sabido, la configuración del feudalismo en la Península Ibérica, fraguado en medio de un dilatado período bélico, adoptó formas diferenciadas en los distintos reinos, y en concreto en Castilla, sobre todo en las primeras fases de la Reconquista, éstas fueron harto dispares de las que imperaron en Aragón o en los reinos europeos occidentales. La necesidad de poblar extensas zonas de la Meseta fronterizas con los dominios árabes suscitó la organización de tierras comunales, una mayor autonomía de las urbes respecto a las clases nobiliarias y la difusión de un cierto espíritu democrático en un contexto estamental. Los intentos de la nobleza por imponer su poderío y jurisdicción allí donde aún no los ejercía alimentaron las reacciones hostiles, los motines o las rebeliones campesinas, y otro tanto ocurrió en las ciudades cuando fueron despojadas de sus derechos o recortados sus privilegios.

Pero paulatinamente la nobleza fue imponiendo su ley y con el reinado de los Reyes Católicos asentó definitivamente su poderío económico, a costa de delegar parte de su influencia política a favor de la Corte, y la Península se convirtió en un inmenso señorío. Carlos V, que no llegó a ser el tipo innovador de monarca absolutista que muchos le han atribuido, tampoco puso en cuestión el poderío de los nobles, sino que por el contrario lo garantizó al aliarse con ellos frente a las ciudades y las reivindicaciones antiseñoriales de los campesinos en la guerra de las Comunidades de Castilla. Este factor, junto a otros como las guerras imperiales, la inflación generada por la «revolución de los precios» provocada por la masiva llegada de metales preciosos de las colonias americanas, los privilegios otorgados a la Mesta, el endeudamiento de la hacienda estatal con banqueros y comerciantes y la asunción por la mayoría de la sociedad de un paralizador espíritu de hidalguía dieron al traste con la incipiente industria textil castellana y anquilosaron a una sociedad que se había asomado pujante a la Edad Moderna.

Marx, tras reseñar parte de la copiosa nómina de luchas dinásticas y rebeliones populares, incidiendo sobre todo en la particular autonomía conquistada por las ciudades castellanas en la era medieval y en la formación de las tierras comunales, se centra en la guerra de las Comunidades, pues su importancia estribó en que «A pesar de estas repetidas insurrecciones no ha habido en España hasta el presente siglo revoluciones serias, exceptuando la guerra de la Junta Santa en tiempos de Carlos I» (70). A pesar de que, al asumir las interpretaciones dominantes dentro de la historiografía de su tiempo (sólo a partir de 1868 comenzará a ganar terreno la interpretación no tradicional, hasta que llegue a ser considerada en el presente como el primer intento de revolución moderna en España), caracteriza muy esquemáticamente el conflicto como «la defensa de las libertades de la España medieval contra los abusos del absolutismo moderno» (71), captará nítidamente el contenido de lucha de clases que encerraba, los posicionamientos de éstas y las consecuencias trascendentales de su desenlace: «Consecuentemente la nobleza se mostró muy dispuesta a apoyar a Carlos I en su proyecto de destruir la Junta Santa. Aplastada su resistencia armada, Carlos se ocupó personalmente de reducir los privilegios municipales de las ciudades, las cuales, disminuyendo rápidamente de población, riqueza e importancia, perdieron pronto su influencia en las Cortes» (73).

Antes de extraer estas conclusiones, ha esbozado las causas originarias del estallido comunero y las ha ubicado, básicamente, en fenómenos de sobreestructura, soslayando cuestiones como el malestar campesino por el sojuzgamiento a que le sometía la nobleza —con el consiguiente constreñimiento de la expansión agraria—, el comercio de la lana —controlado por la nobleza, vía la Mesta, que al exportar la lana en bruto frenaba el desarrollo de la industria textil, además de imponer los pastos en detrimento de los cultivos— o el regresivo sistema tributario vigente, que maniataba las transacciones mercantiles y el consumo de las masas urbanas y rurales—. Pero, sin embargo, el latido de los condicionamientos económicos está presente (viéndose precisado a advertir que «no podemos enumerar aquí las circunstancias políticas o económicas que arruinaron el comercio, la industria, la navegación y la agricultura de España. Basta para el presente objeto con recordar simplemente el hecho de esa ruina» (75), a lo que no eran ajenas las limitaciones de espacio de una crónica periodística) y adquiere toda su relevancia cuando Marx se enfrenta a problemáticas más globales, como cuando estudia la imbricación de los niveles económico y político en la formación del estado español y en el retraso de la articulación del mercado nacional, que es una de las claves para una correcta comprensión de los vaivenes decimonónicos, suscitados en gran medida por una burguesía timorata que al enfrentarse al Antiguo Régimen para demolerlo, o al enfrentarse a los gabinetes moderados para profundizar la revolución burguesa, temblará y retrocederá al percibir la presencia desbordante de las clases subalternas retornando las más de las veces al regazo monárquico y nobiliario, para reiniciar tiempo después otra vez la tentativa revolucionaria. Veamos, pues, cómo concibe Marx la decadencia económica de la España imperial y, por lo tanto, el retraso con que las formas capitalistas de producción van imponiéndose, así como su limitado desarrollo.

Tras unas interesantes precisiones teóricas sobre el papel jugado por las monarquías absolutistas europeas en la transición del feudalismo al capitalismo, y después de contrastar éstas con la de Austrias y Borbones españoles, expone cómo el retraso aquí fue debido a que, a diferencia de las primeras, «mientras la aristocracia se sumía en la degradación sin perder sus peores privilegios, las ciudades perdieron su poder medieval sin ganar en importancia» (74). Con el ocaso de las ciudades, escribe más adelante, «se hizo cada vez más escaso el tráfico interior y menos frecuente la mezcla de habitantes de las distintas regiones, se descuidaron los medios de comunicación y se abandonaron los grandes caminos» (75). Dinámica ésta que desemboca, siguiendo a Marx, en un Estado inarticulado, significado por la desvinculación de sus nacionalidades o regionalidades, lo que va a «impedir que se desarrollaran intereses comunes basados en una división nacional del trabajo y en una multiplicación del tráfico interior —única y verdadera base sobre la que poder crear un sistema administrativo uniforme— y el dominio de le-

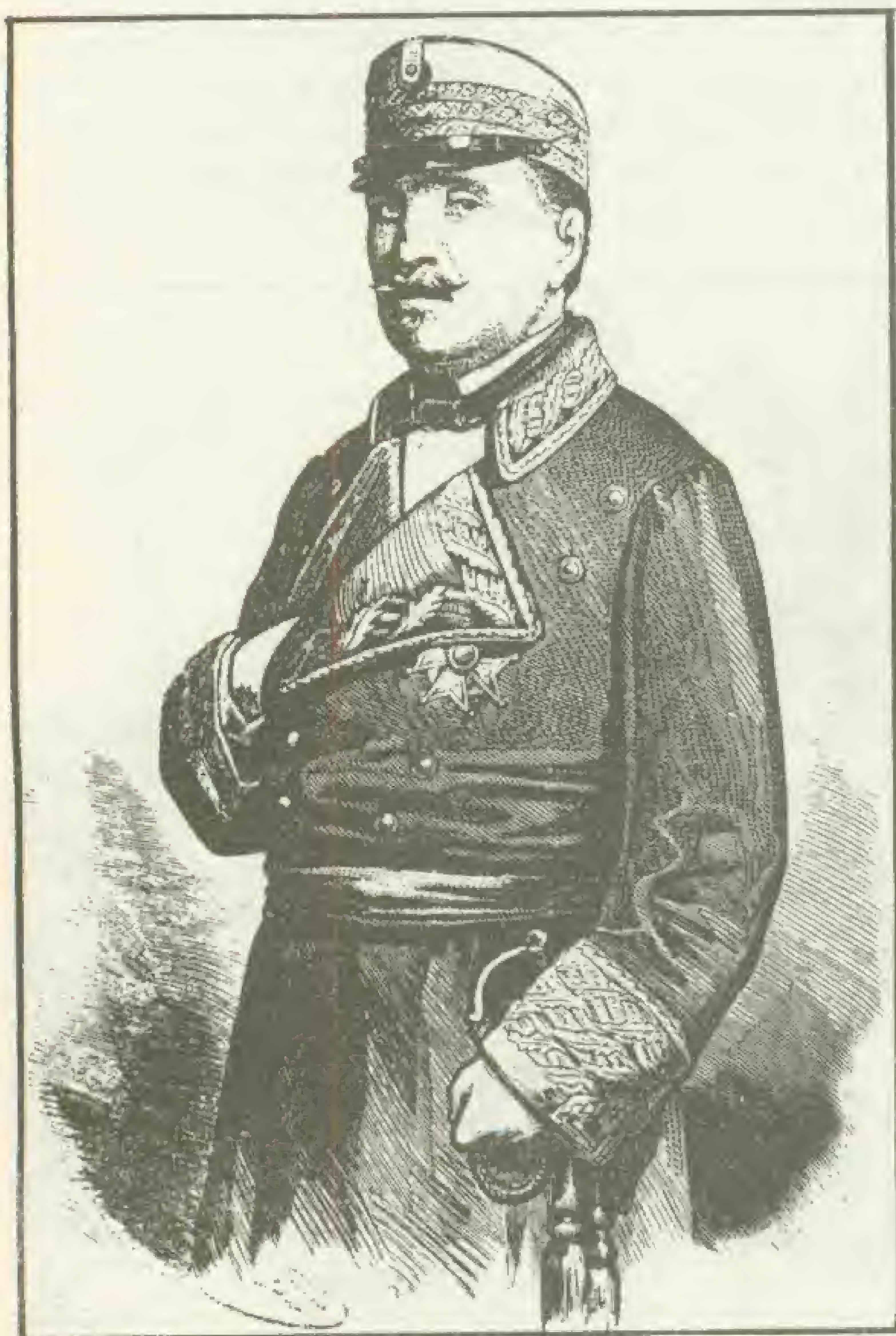


Los milicianos madrileños luchan en defensa de los esparteristas, frente a las tropas del Gobierno, que mandaba O'Donnell (1856). (Cuadro de Mota).

yes generales», o sea, en el que tampoco se crea un mercado nacional, que es uno de los requisitos para la expansión capitalista. Así pues, ni Austrias ni Borbones habían logrado la cetralización estatal, una de las tareas que abordaron el absolutismo y el despotismo ilustrado, lo que permite a Marx, a partir de señalar la «superficial semejanza» de las monarquías españolas con «las monarquías absolutas de Europa en general», extraer una sorprendente conclusión que nos remite a una de sus cuestiones más polémicas y más debatidas por la marxología contemporánea (el modo de producción asiático): la española «debe ser más bien catalogada junto con las formas asiáticas de gobierno» (75) (B).

(b) No cabe aquí la posibilidad de discernir si Marx se refería con esta expresión a su debatido «modo de producción asiático» o sólo a concomitamcias de las formas estatales de las sociedades «asiáticas» u «orientales» con las de las monarquía española, aunque nosotros nos inclinamos por esta última propuesta. Si quisiéramos señalar que es precisamente por estos años cuando Marx, y también en colaboraciones en el NYDT, concretamente en los artículos sobre «La dominación británica en la India», de 1853, comienza a exponer el tema y a precisar sus características sobre las «sociedades asiáticas» y el «modo de producción asiático», como variantes del feudalismo que no pueden asimilarse a él y que no se dan en la Europa occidental. Años antes lo había insinuado en «La Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel» (1843) y no volverá a aparecer hasta que redacte el capítulo «Formaciones que preceden a la producción capitalista» de los «Fundamentos», entre 1857 y 1858, y en algunos párrafos de el Libro Primero de «El Capital». En forma muy resumida, y en la medida en que sea posible sintetizar una espinosa cuestión cuyos debates en los años recientes han adquirido proporciones inauditas, podemos decir que tales sociedades tienen una base «hidráulica», pues dependen de los riegos y su canalización sólo puede construirla gobiernos centralistas despóticos y no las comunidades campesinas o éstos individualmente. La propiedad de las tierras es gestionada comunalmente por gobiernos locales que dependen, ellos y las tierras, del déspota que se apoya en una eficaz burocracia.

Como consideramos que el tema contiene sugestivos elementos, reproducimos a continuación el breve razonamiento en el que apoya Marx su afirmación y una precisión de carácter teórico que aporta a lo que el pasado año había escrito en el NYDT: «Como Turquía, España siguió siendo un conglomerado de repúblicas mal regidas, con un soberano nominal al frente. El despotismo presentaba caracteres diversos en las distintas regiones a causa de la arbitraria interpretación de la ley general por virreyes y gobernadores; pero a pesar de ser despótico, el gobierno no impidió que subsistieran en las regiones varios derechos y costumbres, monedas, estandartes o colores militares, ni siquiera sus respectivos sistemas fiscales. El despotismo oriental no ataca el autogobierno municipal, sino cuando éste se opone directamente a sus intereses y permite muy gustosamente a estas instituciones continuar su vida mientras dispensen a sus delicados hombros de la fatiga de cualquier carga y le ahorren la molestia de la administración regular» (75-76).

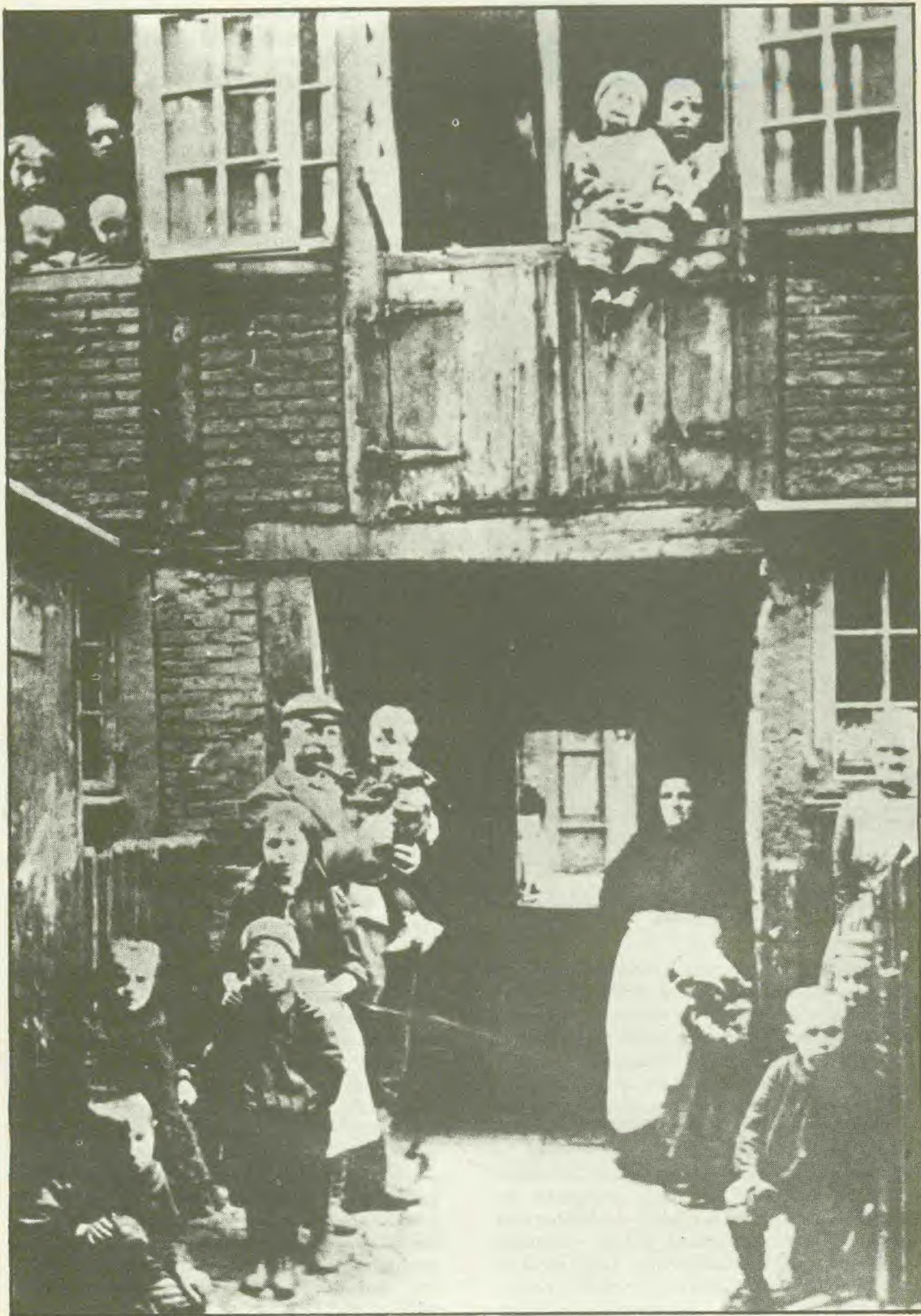

El general don Leopoldo O'Donnell.

EL DESMORONAMIENTO DEL ANTIGUO REGIMEN (1808-1814)

«Y así pudo ocurrir que Napoleón, el cual —al igual que todos sus contemporáneos— consideraba a España como un cuerpo inanimado, sufriera la fatal sorpresa de descubrir que si el Estado español había muerto, la sociedad española estaba llena de vida y cada parte de ella rebosaba capacidad de resistencia». MARX, 1854.

En mayo de 1808 se derrumba el decrépito edificio institucional del Antiguo Régimen y las masas populares, primero en las calles de Madrid y luego en la mayoría de las restantes ciudades, irrumpen espontáneamente en defensa de una patria vendida, con las abdicaciones de Bayona, por quienes encarnaban su soberanía, Carlos IV y Fernando VII, padre e hijo, que tras haber conspirado para despedazarse mutuamente, habían optado por plegarse sin resistencia a los designios del emperador, y con ellos el Consejo de Castilla, la Junta de Gobierno, la Administración, la Nobleza y el Alto Clero.

El rechazo popular al nuevo monarca, José Bonaparte, inaugura un singular período de nues-



Fotografía tomada hacia 1870, en un barrio obrero de Londres.



Carlos Marx en su mesa de trabajo, según el cuadro de N. Zhúkov. Tomado del libro CARLOS MARX de Walther Victor, publicado en Berlín, en 1953.

tra historia contemporánea —de hecho aquí se inicia—, pues la lucha no se limita a reponer a Fernando VII en el trono, sino que, merced a ella, se desencadenará una dinámica de ruptura con el pasado que sentará las bases de la revolución burguesa en el Estado español. Reseñemos sólo algunas de las muchas y cruciales cuestiones planteadas a lo largo de 1808-1814, que enmarcarán, como veremos a continuación, los escritos de Marx sobre este período: la contradictoriedad en el seno del bloque insurgente (dos corrientes se delinean dentro de él: los **liberales**, que apoyados en las ciudades y clases urbanas se muestran como los más activos tanto en la dirección de la guerra como en el sentido impuesto a los acontecimientos, hasta culminar en la primera constitución de nuestra historia, la de Cádiz; y los **serviles** o absolutistas, que encarnando los intereses de las clases dominantes del Antiguo Régimen, aspiran a un simple retorno al pasado) y la existencia de los **afrancesados**, los cuales creyeron encontrar en Bonaparte la posibilidad de concluir las reformas ilustradas que habían quedado paralizadas tras la muerte de Carlos III y la Revolución francesa; las formas originales de lucha puestas en juego por el pueblo español, la guerrilla, y el surgimiento de organismos inéditos en el pasado que sustituyen a la administración absolutista, y que constituirán una constante hasta 1868 siempre que se desencadene un pronunciamiento o un movimiento revolucionario: las Juntas Provinciales y la Central.

Marx efectuó el examen de los acontecimientos de 1808-1814 en una serie de ocho amplios artículos, publicados entre septiembre y diciembre de 1854, con el título de «España Revolucionaria» y que por sus dimensiones bien puede considerarse como un ensayo. La extensión es, pues, sensiblemente mayor que la dedicada a la España predecimonónica, producto de una mayor dedicación al estudio del tema y, lógicamente, sus interpretaciones y valoraciones son extraordinariamente ricas, hasta el punto de que muchas de ellas pasarán al acervo de la historiografía más actual y científica.

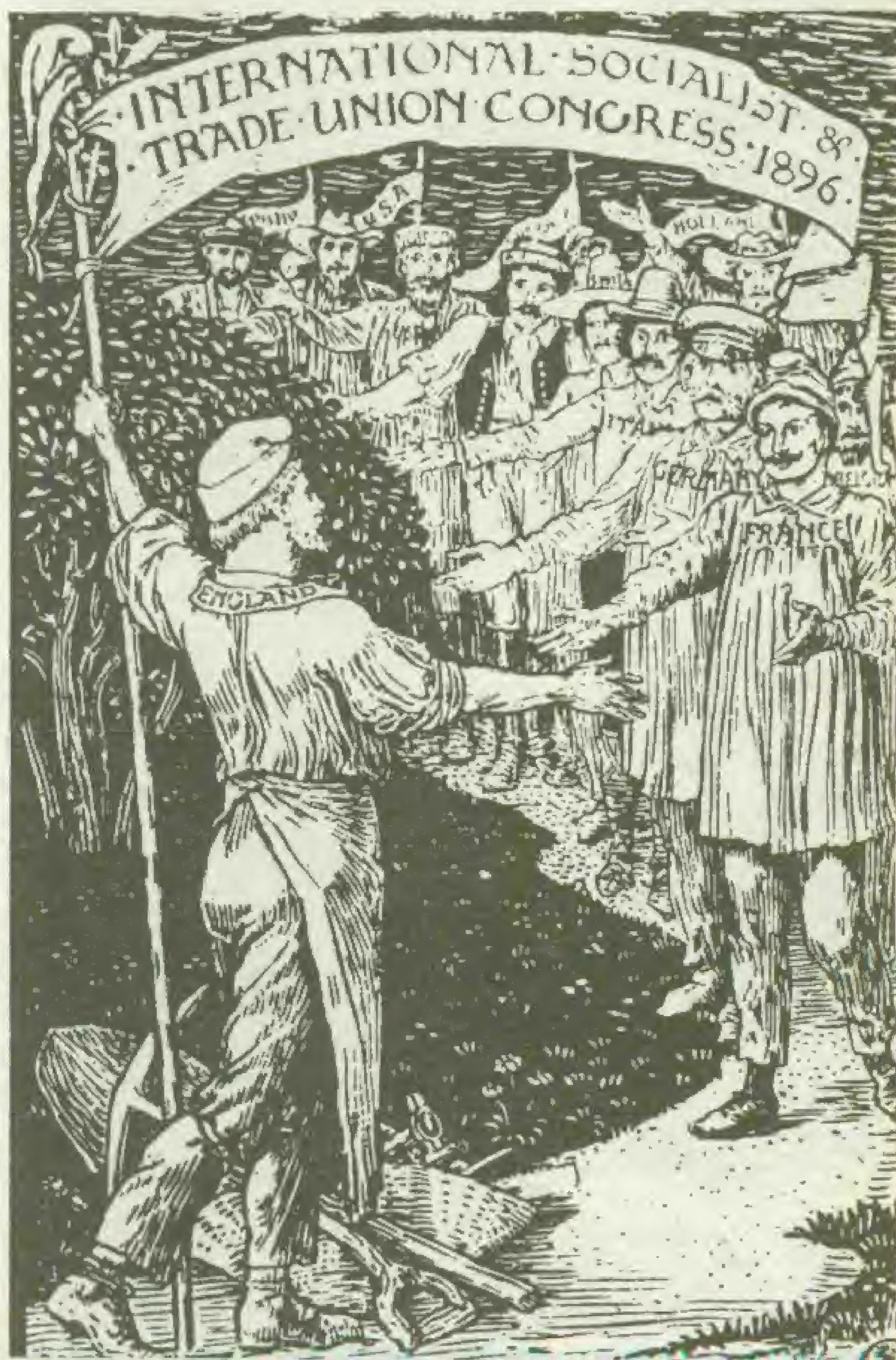
Es perceptible en la serie de artículos de la «España Revolucionaria» una evolución de los juicios de su autor sobre los acontecimientos revolucionarios en la Península. Así, de considerarlos, como coetáneamente lo hicieron destacadas corrientes europeas liberales, «un movimiento "reaccionario", al oponer las viejas instituciones, costumbres y leyes a las racionales innovaciones de Napoleón; y supersticioso y fanático en su defensa de la "Santa Religión" contra lo que se llamaba el ateísmo francés o la destrucción de los especiales privilegios de la Iglesia romana» (80) a confesar en un artículo posterior que «Para nosotros, empero, el punto decisivo consiste en probar, basándonos en las numerosas manifestaciones de las Juntas Provinciales cerca de la Central, el hecho tan a menudo negado de la existencia de aspiraciones revolucionarias en la época del primer movimiento español» (93), para, finalmente, una vez que ha proseguido en su estudio, asumir y propagar en los últimos artículos, centrados en el análisis de las Cortes de Cádiz, no sólo el contenido progresista e innovador de la Constitución, sino también la labor legislativa desplegada para desmontar la vieja sociedad estamental y configurar una moderna sociedad clasista: «Al trazar esta nueva estructura del Estado español, las Cortes tenían plena conciencia de que una Cons-

titución política tan moderna sería en todo punto incompatible con el viejo sistema social y promulgaron consecuentemente una serie de decretos encaminados a provocar cambios orgánicos en la sociedad civil» (107), citando a continuación la mayoría de estas transcendentales medidas: abolición del Tribunal de la Inquisición, de los señoríos jurisdiccionales, secularización de los bienes de las órdenes religiosas, tímida reforma agraria con reparto de tierras baldías, derechos de cercamiento y otras, a las que podríamos añadir la libertad de imprenta y la de industria y comercio.

Desde las primeras líneas, Marx percibe certeramente el delineamiento de las clases sociales en sus alianzas y en su respuesta a la presencia de los ejércitos napoleónicos, lo que en definitiva marcará la orientación político-ideológica del bloque insurgente. Así, mientras «Algunos miembros de las clases altas consideraban a Napoleón como el providencial regenerador de España, otros como el único baluarte capaz de enfrentarse con la Revolución; ninguno de ellos, por último, creía en la posibilidad de una resistencia nacional» (79). Es decir, que «desde el comienzo mismo de la guerra por la independencia española la alta nobleza y la vieja administración perdieron todo contacto con las clases medias y con el pueblo a consecuencia de su deserción en el momento en que se iniciaba la lucha» (71). Por lo que al bloque interclasista que se alza en armas, se refiere, en su seno existía «una minoría activa e influyente que consideró el levantamiento popular contra la invasión francesa como la señal de la regeneración política y social de España. Esta minoría estaba formada por habitantes de las ciudades portuarias y comerciales, y en parte también por elementos de las capitales de provincia, donde bajo el reinado de Carlos I se habían desarrollado hasta cierto punto las condiciones materiales de la sociedad moderna. Todos estos elementos fueron reforzados por el sector más cultivado de las clases altas y medias —escritores, médicos, juristas e incluso clérigos— para el cual los Pirineos no habían sido barrera suficiente contra la invasión de la filosofía del siglo XVIII» (81).

A continuación se apresta a desvelar con sutil maestría las contradicciones en las que estos últimos incurrieron (aceptación del Consejo de Castilla, creación de una Regencia, despertar y estimular los sentimientos patrióticos mediante la exaltación de valores **chauvinistas** y de Fernando VII, de fatales consecuencias, cuando éste al regresar de Francia capitalice la aureola de «deseado» tejida en su torno, para restaurar el orden absolutista, etcétera) y los aspectos militares del conflicto (la guerra de guerrillas), apoyándose en una copiosa información sobre los episodios y personajes más relevantes.

Por último se plantea el por qué una Constitución como la de Cádiz «estigmatizada por las testas coronadas europeas reunidas en Verona como la invención más incendiaria del espíritu jacobino, surgiera del cerebro de la vieja España monacal y absolutista» (103) y el cómo de «su desaparición repentina y sin resistencia a la vuelta de Fernando VII» (116). El primer interrogante lo desentrañará desarrollando el análisis del delineamiento clasista frente a las tropas napoleónicas antes indicado, y el segundo le posibilitará, tras exprimir las contradicciones de las fracciones liberales, para emitir un lúcido diagnóstico de su derrumbe ante la primera arremetida del bando absolutista capitaneado por el monarca Borbón («Pocas veces ha contemplado la Historia un espectáculo más humillante» (116)). Sintetizando sus agudos razonamientos, la Constitución de Cádiz, que proclamaba la soberanía nacional en una época de resurgimiento de los absolutismos europeos, se caracterizaba por «inconfundibles síntomas de un compromiso concluido entre las ideas libera-



Cartel anunciador del Congreso de la Internacional Socialista de 1896.

les del siglo XVIII y las oscuras tradiciones teocráticas» (113) (recuérdese, por ejemplo, que el artículo 12 del texto constitucional proclamaba que «La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera», pero es forzoso admitir que tal artículo recogía las creencias y sentimientos religiosos de la mayoría de la población). Y ésta, en realidad, había nacido muerta, puesto que las Cortes que la elaboraron estaban «reducidas a un aislado rincón de la Península, separadas del cuerpo principal del Reino durante dos años por el acoso del ejército francés y representando la España ideal mientras la España real se encontraba en plena lucha o había sido ya conquistada» (96). Además, como es harto conocido, sobre los diputados influyó sobremanera el inflamado ambiente liberal que se respiraba en Cádiz, lo que les forzó a aceptar un texto constitucional muy avanzado que ciertamente no era reflejo de una sociedad predominantemente rural en la que el campesino estaba atenazado por el arcaico sistema de valores destilado por las formas de producción precapitalistas. Por todo ello, sentencia admirablemente Marx: «En el momento de las Cortes, España estaba dividida en dos partes. En la isla de León (donde se reunieron al principio las Cortes), ideas sin acción; en el resto de España, acción sin ideas». Y para cuando los ejércitos franceses iniciaron la retirada que permitiría a la Constitución operar sus estimulantes influjos en una entidad territorial real, sobre ésta yacía «una sociedad fatigada, exhausta, todo sufrimiento, consecuencia necesaria de una guerra tan prolongada» (117) y no era presumible que en «ese estado resultara muy sensible a las abstractas bellezas de una Constitución política de un tipo u otro» (117).



Típica escena burguesa de mediados del siglo XIX.

EL EJERCITO Y LOS PRONUNCIAMIENTOS

«España nunca ha adoptado la moderna moda francesa, tan de uso en 1848, de empezar y terminar una revolución en tres días. Sus esfuerzos en este terreno son complejos y más prolongados». MARX, 1854.

A pesar de la brutal restauración del absolutismo por el «Deseado», lo acaecido en 1808-1814 le había asestado el golpe mortal y la obcecación por alargar su agonía mediante sanguinarios métodos, además de vana, tuvo nefastas consecuencias para el desarrollo económico y social del Estado español. El liberalismo había arraigado en amplios sectores de la sociedad y en especial en las más dinámicas fracciones burguesas, las cuales, sobre todo a partir de la pérdida o mengua del mercado colonial —válvula de escape que había aplazado el enfrentamiento de la burguesía con las clases dominantes del antiguo régimen— volvieron la vista al interior de una exánime metrópoli y se convencieron de que era urgente liberarla de las trabas que maniataban el desarrollo capitalista (señoríos jurisdiccionales, solariegos y eclesiásticos, organización gremial, arcaico sistema tributario, legislación que limitaba la libertad de industria y de comercio, privilegios nobiliarios...) y ello pasaba por la instauración de un régimen político liberal.

La restauración fernandina sentó un nefasto precedente cuyas repercusiones aflorarían una y otra vez a lo largo de la primera mitad del siglo: al impedir drásticamente toda oposición dentro del sistema se forzaba a ésta a conspirar en el seno del único aparato donde aún cabían círculos liberales, el Ejército; y cuando la conspiración

triunfe, por la vía del pronunciamiento militar, los nuevos dueños de la situación desterrarán toda posible actuación en la legalidad de los derrocados, creándose así un irresoluble círculo vicioso, un excluyente sistema donde los antagonismos, primero entre absolutistas y liberales, y después, entre moderados y progresistas se diriman por el expeditivo pronunciamiento militar al que tiempo después seguirá otro de signo opuesto, sin que ninguna de las alternativas pueda consolidarse a largo plazo.

Marx examinó las peculiaridades del ejército en la monarquía fernandina e isabelina, a partir del rasgo específico de la respuesta militar española a los ejércitos de Napoleón: la guerra de guerrillas. No vamos a detenernos en los acertados comentarios que emite sobre las características de ésta, por ser hoy bastante conocidas (dispersión, elección del terreno, apoyo de la población, hostigamiento desmoralizador...), pero sí vamos a reparar en un dato que expone, sin el cual no es posible entender el protagonismo del Ejército, «tanto tomando la iniciativa revolucionaria cuanto echando a perder la revolución con su pretorianismo» (102), a lo largo de los tres primeros cuartos de siglo: «El que la revolución comenzara en el seno del Ejército se explica fácilmente por el hecho de que de todas las instituciones de la vieja monarquía el Ejército fue la única cosa que resultó radicalmente transformada y revolucionada por la guerra de la Independencia» (125) y al que se incorporaron, además, un cuantioso contingente de los legendarios cabecillas de las partidas guerrilleras, muchos de los cuales no perderían su entronque popular.

El mecanismo del pronunciamiento (vocablo castellano que fue asumido por otros idiomas, lo mismo que «guerrilla» o «liberal», lo que da idea de la riqueza y proyección de fenómenos peculiares, surgidos en la España de este período) se completaba con la creación de juntas en las ciudades, que las controlaban los elementos liberales, las cuales apoyándose en milicias urbanas compuestas fundamentalmente por los burgueses, asumían la soberanía en ellas y establecían una red de coordinación que a veces cuajaba en una junta estatal. El proceso era lento, aunque bullicioso, y llegaba a su fin cuando el monarca, la regente o la reina Isabel comprendían que debían plegarse a las exigencias de los pronunciados, so pena de que el pronunciamiento se mutara en una rebelión antidinástica que los arrojaría del Trono. A continuación procedían a integrar a los organismos sublevados y a sus líderes mediante nombramientos para cargos de la Administración central, provincial o local, quitando así hierro a sus demandas iniciales y

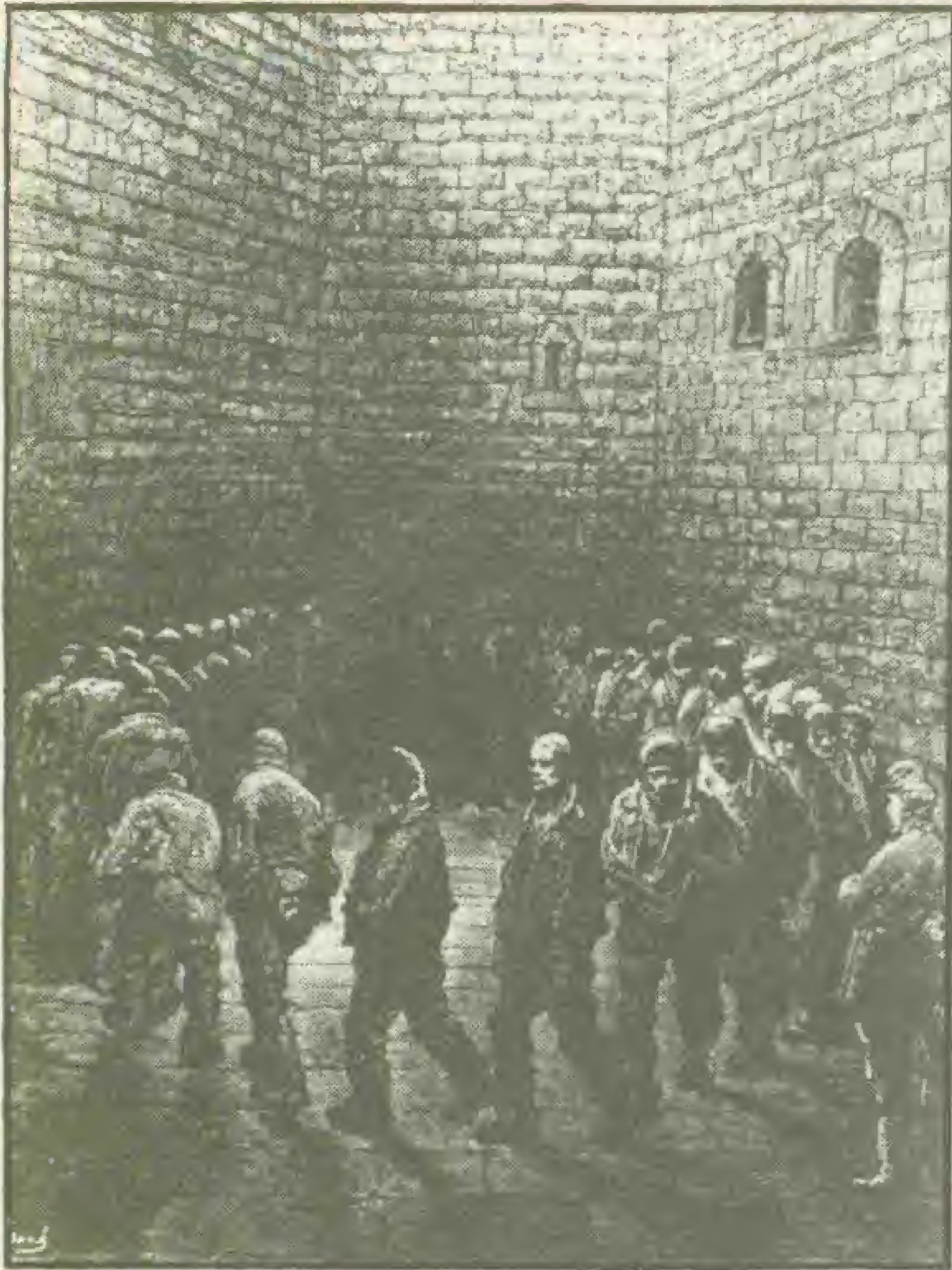


Interior de una mina de cobre, fotografía de 1876.

disolviendo los lazos que les unían con las masas descontentas. Hasta 1868 esta estratagema de la Corona habría de funcionar con indudable eficiencia.

Este aspecto de **«longue durée»** de las convulsiones políticas decimonónicas, que no pueden considerarse en sentido estricto revoluciones, también fue comentado por Marx, quien lo cuantificó así: «De tres años parece ser el plazo más breve a que se constriñe, si bien un ciclo revolucionario abarca a veces hasta nueve años» (69) y el pronunciamiento era factible porque: «En primer lugar, lo que llamamos Estado, en el sentido moderno de la palabra, no tiene verdadera corporeización frente a la Corte, por causa de la vida exclusivamente provincial del pueblo, si no es en el Ejército. En segundo lugar, la peculiar posición de España y la guerra por la Independencia crearon condiciones en las cuales el Ejército resultó el único lugar en que podían concentrarse las fuerzas vitales de la nación española» (29-30).

Una vez en el poder los progresistas, y antes de 1834, los liberales se alejaban progresivamente



«La ronda infernal». (Grabado de Gustavo Doré).

del espíritu innovador o revolucionario que les había inducido a la conspiración. La subsiguiente desilusión popular allanaba el camino para que, poco después, fueran desalojados de las instancias gubernamentales, de grado o por fuerza, mediante un pronunciamiento moderado. Marx al describir los intermitentes avances y retrocesos de la revolución burguesa en España, reparó en este fenómeno del que dedujo una propuesta de tipo general para los «gobiernos revolucionarios abortivos»: «Reconocen como obligaciones nacionales las deudas contraídas por sus predecesores contrarrevolucionarios. Para poder pagarlas tienen que seguir con los viejos impuestos y contraer nuevas deudas. Para poder llevar a cabo nuevos empréstitos tienen que garantizar el "orden", es decir, tienen que tomar ellos mismos medidas contrarrevolucionarias. Y así el nuevo gobierno popular se transforma finalmente en servidor de los grandes capitalistas y en opresor del pueblo» (60).

ESPARTERO Y EL BIENIO PROGRESISTA

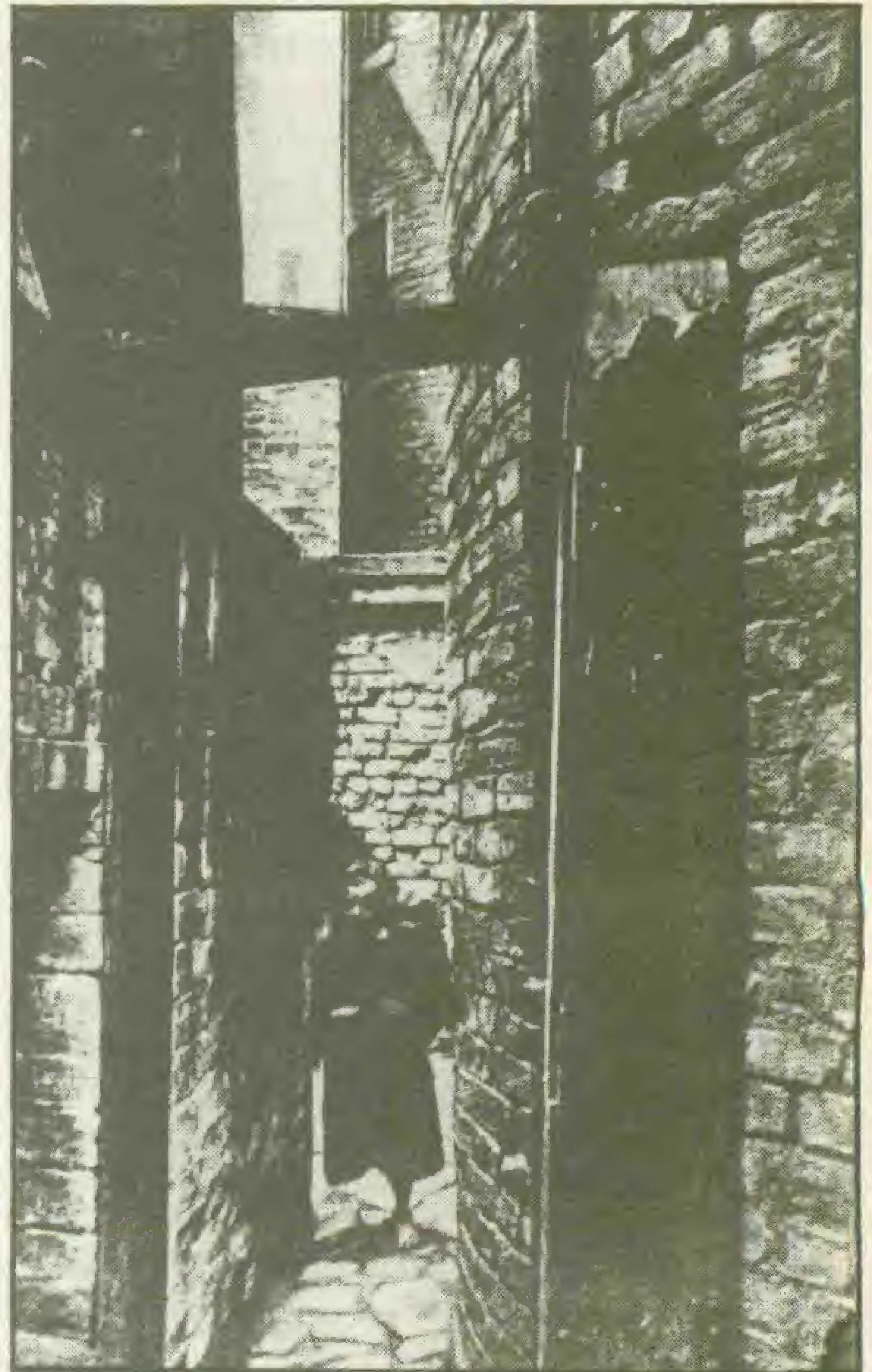
«La nueva revolución europea hallará a España madura para cooperar con ella. Los años 1854 y 1856 fueron fases de transición por las que tuvo que pasar para llegar a esta madurez».

MARX, 1856

El bienio progresista, aunque efímero (julio 1854-julio 1856), es uno de los más decisivos períodos de la historia decimonónica y posiblemente el más trascendental desde 1808. Resumir en breves líneas la prolijidad de los acontecimientos protagonizados a lo largo de él, su significado y consecuencias, es tarea imposible y ni tan siquiera resulta factible reseñar sus rasgos más sobresalientes debido a su multiplicidad. Por ello, nos limitaremos a mencionar unos, soslayando, irremediablemente, otros no menos significativos, alguno de los cuales emergerá al hilo de los comentarios sobre los escritos de Marx.

De los años treinta, tras la desaparición de Fernando VII, arranca la industrialización en España, que hasta mediados de siglo se centraliza exclusivamente en Cataluña, y algunos focos del Levante y Andalucía.

Con la mecanización de la industria textil y la introducción de los altos hornos nacía el proletariado industrial, e inmediatamente sus luchas



Escena en un barrio del Soho londinense, a mediados del siglo XIX.

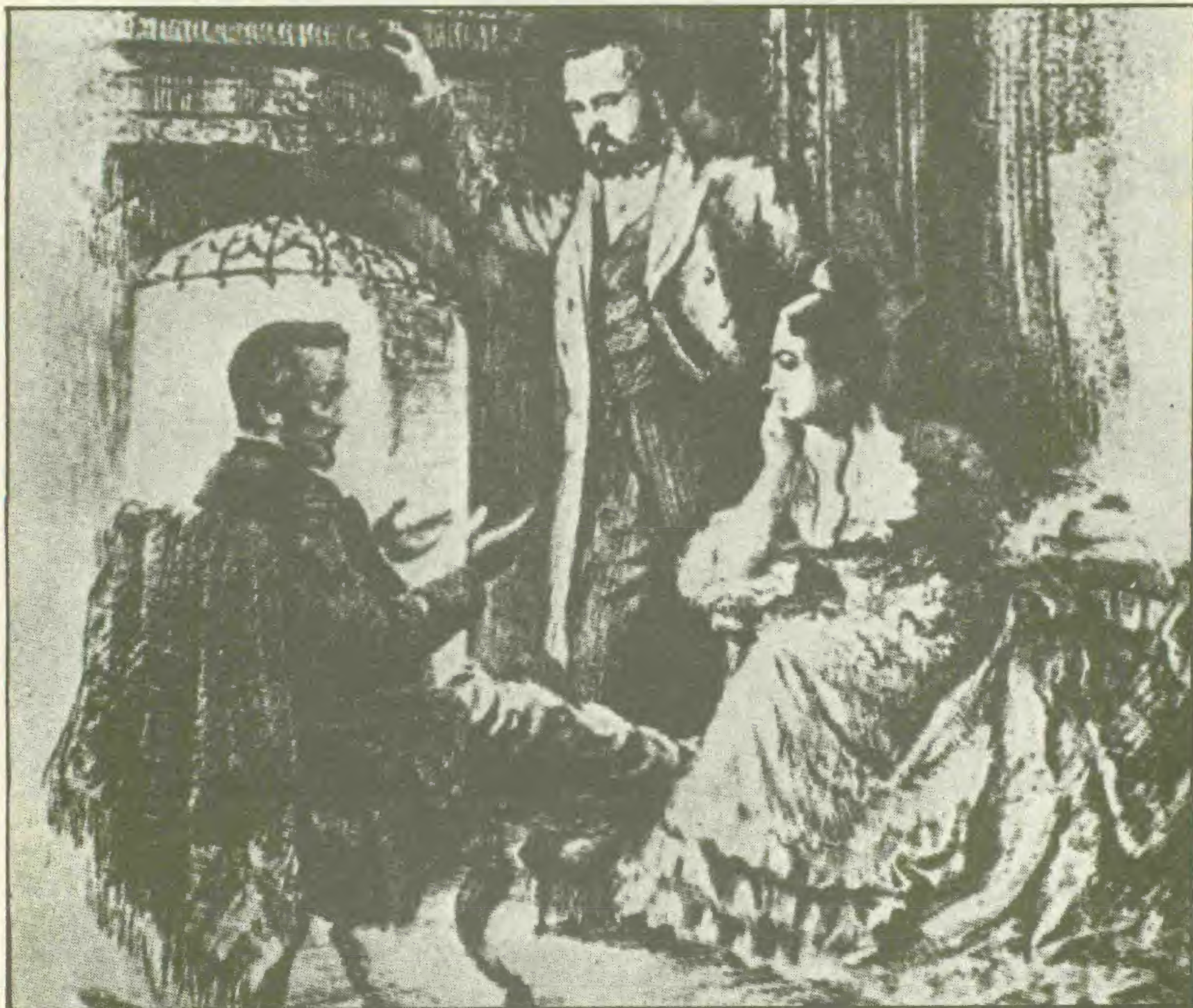


Levantamiento liberal de 1854. (Saqueo del palacio del marques de Salamanca).

contra la explotación capitalista, que tras un breve período **«luddita»** (que culmina con la quema de la fábrica «El Vapor» en 1835), adoptará las pautas organizativas, en asociaciones de clase, de sus hermanos europeos. Las trágicas consecuencias del maquinismo en las primeras fases industrializadoras (paro, jornadas extenuantes, accidentes, niños y mujeres incorporados a la máquina...), estimularon la reflexión de los primeros socialistas utópicos españoles (La Sagra, Abréu...), que luego fueron recogidas por los sectores más progresivos del republicanismo democrático (Sixto Cámara, Garrido...). En el bienio asistimos al protagonismo del movimiento obrero, el republicanismo **de masas** y la inclusión en los programas políticos progresistas y demócratas de bastantes de las reivindicaciones obreras. Pero también, una vez más, a la inconsecuencia de una burguesía que, pese a que de ella ha partido la iniciativa revolucionaria, alarmada ante el auge de las luchas obreras se vuelve atrás, refugiándose en el protector regazo de la monarquía isabelina y de las clases aristocráticas, soldándose así la alianza del bloque financiero - terrateniente, el mayor lastre para la historia social española posterior. Las leyes de bancos y sociedades de crédito, la de ferrocarriles y la desamortización civil promulgada en el bienio sentaron las bases del espectacular desarrollo económico de la década siguiente y de la masiva penetración del capital extranjero.

El bienio se inauguró y clausuró simbolizado por el protagonismo de las masas urbanas y especialmente de las proletarias. Por primera vez los «pronunciados» de 1854 debían recurrir a la movilización popular —a pesar de que no la deseaban y la temían— y por primera vez, también, las masas obreras irrumpían en las calles dos años después para intentar desbaratar la involución conservadora. Y, en medio, una huelga general obrera en Cataluña, en defensa de la legalidad de sus organizaciones, fenómeno que también era inédito hasta entonces. El papel estelar de este brillante reparto recayó en un peculiar y contradictorio personaje, con pretensiones de caudillo populista, el inefable Espartero, al que Marx diseccionara magistralmente.

Como hemos indicado al comienzo de estas notas, lo que impulsó a Marx a preocuparse por España y su Historia fueron los sucesos derivados del pronunciamiento de O'Donnell y Dulce en junio de 1854, y a ellos dedicó la mayor parte de sus crónicas y artículos, que se redactaron y publicaron en dos períodos: durante los acontecimientos de 1854 y al final de la experiencia de 1856. Obviamente, los últimos serán más analíticos y completos que los primeros, redactados al calor de los hechos, y tendrán en cuenta fenóme-



Carlos Marx y su esposa, en París, en 1844. (Apunte de H. Heine).

nos muy importantes que han estado ausentes, salvo alusiones, en los primeros, como son el movimiento obrero, el republicanismo o el entramado económico.

Sin embargo, ya desde las primeras líneas escritas, deshilvana metódicamente la malla de los intrincados desarrollos político-sociales del bienio, no así de los económicos a los que dedica menor espacio.

El primer episodio determinante radicará en que «Al convencerse que las ciudades españolas no pueden movilizarse esta vez por una mera revolución palaciega, O'Donnell ha postulado inesperadamente principios liberales»(27), algunos de los cuales eran «el perfeccionamiento de las leyes electorales y de prensa, la disminución de impuestos, la implantación en las carreras civiles del ascenso por méritos exclusivamente, la descentralización y el establecimiento de una Milicia Nacional con amplia base» (27). Es entonces cuando la indiferencia de la población urbana, escéptica de los cambios reales que podía traer un nuevo pronunciamiento, reacciona entusiásticamente a favor de los pronunciados. El proceso se repite, Isabel II comprende que debe plegarse a los sublevados e integrarles en los aparatos estatales. Paralelamente, los obreros catalanes realizan numerosas huelgas en protesta por la introducción de las máquinas «selfactinas» en la industria textil, y se produce una sugestiva proliferación de la prensa republicana y democrática, algunos de cuyos órganos hacen gala de un obrerismo militante. Como en otras ocasiones, los pronunciados, una vez en el poder, liderados por Espartero, van desprendiéndose del radicalismo inicial y: «Si hay algo que llame especialmente nuestra atención —escribe Marx— es la prontitud con que ha empezado a actuar la reacción» (43), pues «Apenas habían sido retiradas las barricadas de Madrid —a petición de Espartero— cuando ya estaba actuando la contrarrevolución. El primer paso contrarrevolucionario fue la impunidad acordada a la

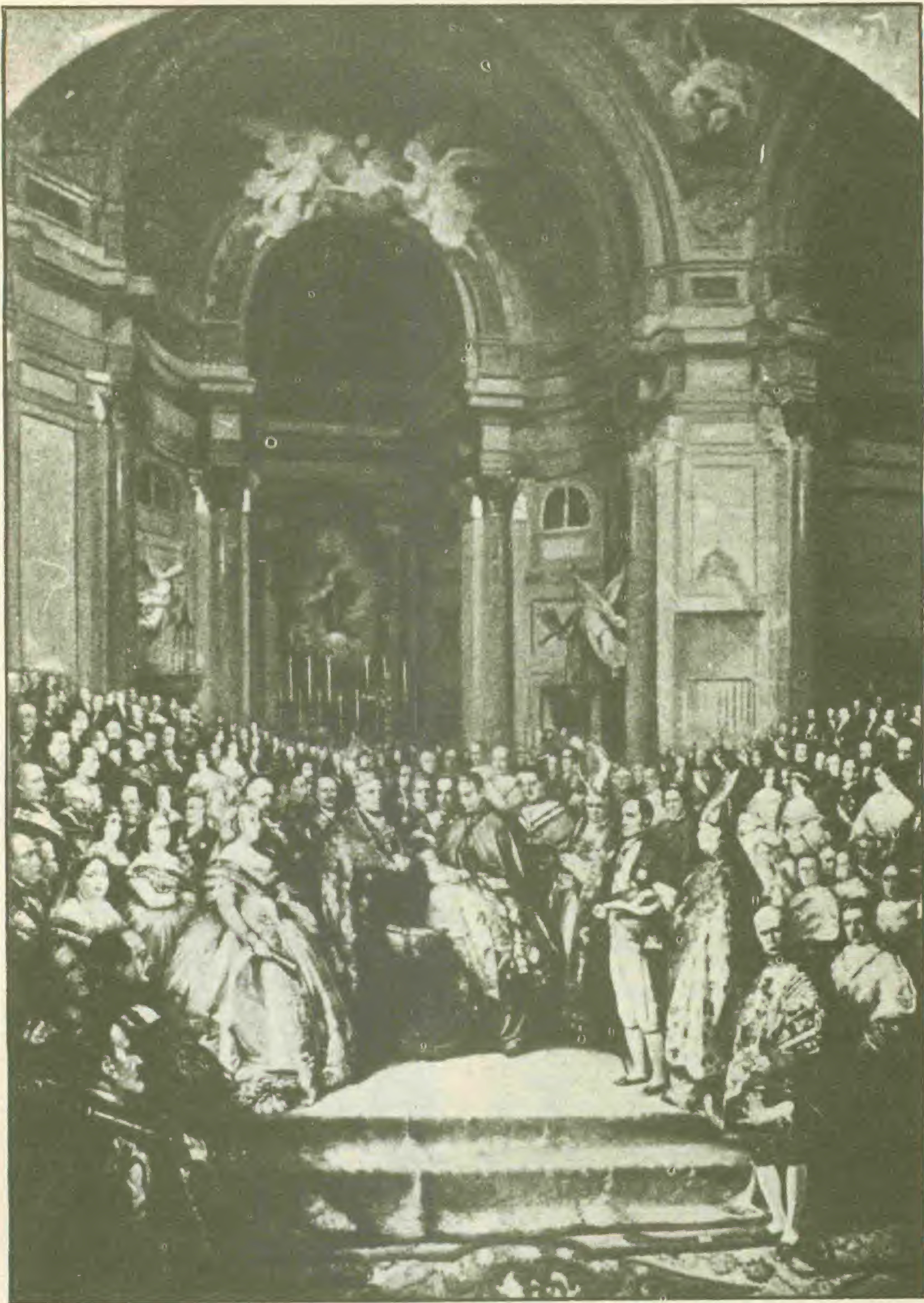
reina Cristina, Sartorius y sus asociados. A ese paso siguió el de formación del Gabinete, con el moderado O'Donnell en la cartera de Guerra y todo el Ejército, por tanto, puesto a disposición de ese viejo amigo de Narváez» (43). El pueblo era otra vez estafado por quienes se proclamaban sus representantes, y aunque el proletariado catalán, al que en seguida restringió Espartero los derechos de asociación, prosigue sus luchas, la mayoría de la población liberal o progresista apenas si opone resistencia. ¿Por qué? Para Marx «Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que, en el momento mismo en que, el pueblo, parece estar a punto de dar un gran paso e inaugurar una nueva era, sucumbe a ilusiones del pasado y pone todo el poder e influencia, tan costosamente conquistados, en manos de hombres que representan, o se supone representan, el movimiento popular de una época ya terminada. Espartero es uno de esos hombres tradicionales que el pueblo acostumbra cargarse a las espaldas en los momentos de crisis sociales y que, como el perverso viejo que hundía obstinadamente sus piernas en torno al cuello de Simbad el Marino, son luego muy difíciles de descabalgar» (35). ¿Mas por qué un «espadón» como Espartero (El Espadón de Loja) (que ya quedó suficientemente desprestigiado durante su Regencia de 1840-1843, en la que no cumplió, sino todo lo contrario, sus promesas regeneradoras), podía nuevamente ser acogido por el pueblo con el carisma de un caudillo libertador? La respuesta habría que rastrearla en «los diez años de reacción que ha sufrido España bajo la brutal dictadura de Narváez y el tentacular yugo de los favoritos de la reina, sucesores de Narváez. Epocas de reacción intensa y duradera son maravillosamente adecuadas para restablecer a los hombres desprestigiados en abortos revolucionarios» (39).

Por lo que respecta a otras cruciales cuestiones planteadas durante el bienio, como el movimiento obrero, el republicanismo o las trascendentales medidas legislativas de carácter económico. Pasamos en los escritos de Marx de una ausencia casi total a su presencia en los artículos de 1856, aunque no llegarán a recibir un tratamiento pormenorizado (por ejemplo, hablará frecuentemente y valorará en toda su dimensión las luchas obreras, pero nunca mencionará sus organizaciones, tipos, reivindicaciones, etcétera; y algo similar ocurre con los restantes temas), debido seguramente a la información poco detallada que suministraran los corresponsales de la prensa europea. En un pasaje de sus primeros artículos, para él, rotundamente: «La causa principal de la revolución española ha sido el estado de la Hacienda» (55), que ciertamente no podía ser más ruinoso y viciado por una corrupción escandalosa («Cuando se realizó la inspección de la Caja de Obras Públicas, en vez de justificantes de obras realizadas se hallaron recibos de favoritos de la Corte. Es sabido que la administración ha sido durante mucho tiempo el negocio más fructífero de Madrid» (55-56), lo que era muy cierto, pero inserto en una panoplia de causas más amplias que incluiría los proyectos autoritario-tecnocráticos de Bravo Murillo, el marginamiento, por la camarilla de Isabel, incluso de los moderados, la necesidad de dar una salida legislativa a los avances económicos de la «Década Moderada», etc.

En los artículos de 1856, además de comentar y enjuiciar las noticias sobre la caída de Espartero y la resistencia popular a O'Donnell y la reacción, examinó el significado que había tenido el bienio en el panorama político español. Comparando la caída de Espartero en 1843 y la que ha tenido lugar recientemente, explica cómo «hay suficientes rasgos distintivos en los dos movimientos para poner de manifiesto la magnitud de los pasos dados por el pueblo español en tan breve período» (133), que se resumen en que: «En 1856 no tenemos ya simplemente la Corte y el Ejército de un lado contra el Pueblo de otro, sino que, además, tenemos en las filas del Pue-



Baldomero Fernandez Espartero (1793-1897). duque de la Victoria y de Morella, conde de Luchana y principe de Vergara. Regente de España de 1841 a 1843.



Bautismo del Príncipe de Asturias, que fue luego Don Alfonso XII, el 7 de diciembre de 1857.

blo las mismas divisiones que en el resto de la Europa occidental» (134), clara alusión a las asociaciones obreras y a la existencia del Partido Demócrata, en cuyo interior bullían importantes núcleos socializantes, usufructuadores de la herencia teórica de los primeros utopistas españoles.

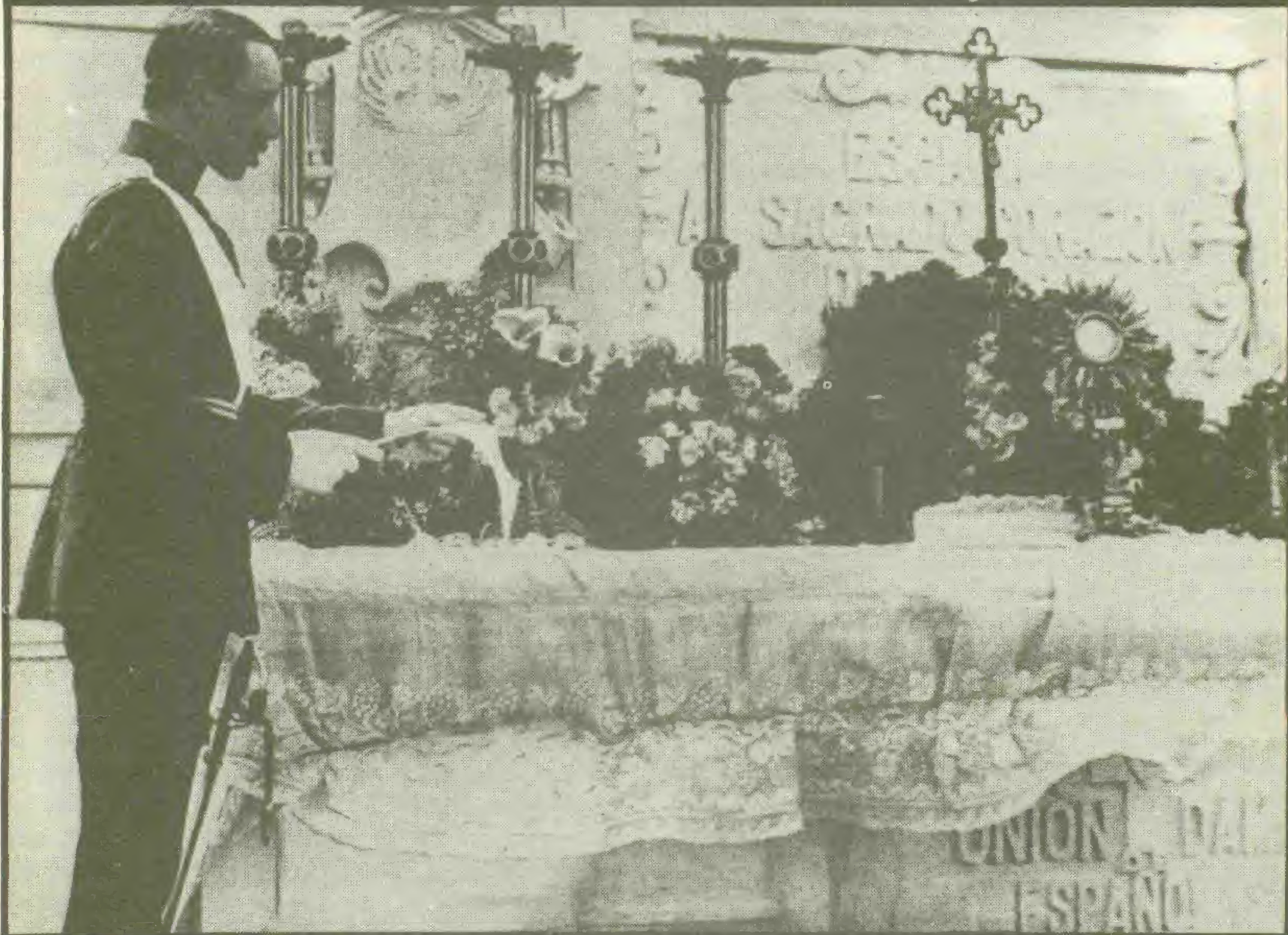
También el binomio ejército-sociedad había sufrido una sustancial modificación en estos dos años del «bienio progresista», pues si ya el hecho de que O'Donnell se viera impelido a ampliar el manifiesto reivindicativo para despertar el entusiasmo de la población en torno a los pronunciados, anunciaba «lo reducida que se había hecho la base del predominio militar en la revolución española» (141), sus intervenciones antipopulares, en 1854-1856, y el papel jugado en el retorno al moderantismo isabelino ha conducido a que, esta vez, el ejército haya estado «completamente solo contra el pueblo, o, más exactamente, sólo ha luchado contra el pueblo y contra la Guardia Nacional. Con otras palabras: ha terminado la misión revolucionaria del ejército español» (142).



Escena habitual en cualquier calle de una barriada obrera, en la industrializada Europa de mediados del siglo XIX.

Y por lo que respecta a las clases obreras, siempre utilizadas por el progresismo burgués como fuerza de choque contra el liberalismo moderado o doctrinario, éstas comprendieron, con la decepcionante experiencia del bienio, que jamás encontrarían la solución de sus problemas uncidas al yugo de una burguesía que habría de volverse atrás en cuanto comenzara a aletear en su entorno el espectro de la agitación social. Por ello, el sector organizado del proletariado, antes de encontrar su propia definición autónoma en el bakunismo o el marxismo, se alejó desde entonces del Partido Progresista para vincularse al Partido Demócrata, representante del radicalismo de las capas pequeño-burguesas. Este problema fue felizmente captado por Marx, el cual, después de analizar cómo «los proletarios fueron traicionados y abandonados por la burguesía» y éstos «declararon desde el principio que no querían saber nada de un movimiento organizado por esparteristas e insistieron en la proclamación de la República» (140), formuló una tesis de impar trascendencia sobre la disociación del movimiento burgués-movimiento obrero, a partir de los acontecimientos revolucionarios europeos en 1848, que nos sirve de colofón a estas notas sobre las magistrales incursiones de Marx en la Historia de España: «Espartero abandonó a las Cortes, las Cortes a los jefes, los jefes a la clase media y ésta al pueblo». Esto suministra una nueva ilustración del carácter de la mayoría de las luchas europeas de 1848-1849 y de las que tendrán lugar en adelante en la porción occidental del continente. Existen, por una parte, la industria moderna y el comercio, cuyas cabezas naturales, las clases medias, son contrarias al despotismo militar; por otra parte, cuando empiezan su batalla contra ese despotismo, arrastran consigo a los obreros, producto de la moderna organización del trabajo, los cuales reclaman la parte que les corresponde del resultado de la victoria. Aterradas por las consecuencias de una tal alianza, involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras baterías del odiado despotismo. Este es el secreto de los ejércitos permanentes en Europa, incomprensibles de otro modo para el futuro historiador. Las clases medias de Europa han tenido así que comprender que deben rendirse ante un poder político que detestan o renunciar a las ventajas de la industria y del comercio modernos y de las relaciones sociales en ellas basadas, o renunciar a los privilegios que la organización moderna de las fuerzas productivas de la sociedad ha derramado en su primera fase, sólo sobre su clase. El que esta lección se haya dado también en España es algo tan impresionante como inesperado» (136-137) ● **J. M. F. U.**

La mujer y la Iglesia



El rey Alfonso XIII leyendo el documento relativo a la consagración al Sagrado Corazón de Jesús de España, en 1919.

El feminismo cristiano en España (1900-1930)

Mercedes G. Basauri

A comienzos de siglo nuestro país conocerá, en mayor o menor medida, la significación protagonista de un sector de la población que hasta entonces había permanecido prácticamente ignorado: las mujeres. Estas son objeto de controversias en periódicos, libros, folletos, discursos y conferencias. Se discute sobre su condición de la forma más seria y también —como era de esperar— frivolizando el tema. Se realizan estudios más o menos profundos sobre sus características biológicas, sus aptitudes intelectuales, su facultad para desarrollar ciertas actividades o desempeñar unas u otras profesiones y su capacidad para ejercer tales o cuales derechos.

La Iglesia católica, por su parte, había mantenido desde siempre unas relaciones especialmente estrechas con las mujeres. La educación que impulsaba a éstas hacia todo lo piadoso, caritativo y religioso, las hacen distinguirse como las mejores aliadas del estamento eclesiástico a la hora de colaborar con éste. Sin embargo, con el advenimiento de la sociedad moderna e industrializada, la vinculación entre el sexo femenino y la Iglesia se hace mucho más compleja de lo que a simple vista pudiera

pensarse. La paulatina e inminente incorporación de la mujer al trabajo y a la vida extradoméstica tenía, necesariamente, que relajar sus lazos con la religión, habida cuenta de que a este tipo de mujer se le ofrecían sendas alternativas de «redención» que nada tenían que ver con el ideal de abnegación y sacrificio que secularmente el cristianismo le había aconsejado para resolver o sobrellevar sus problemas y sufrimientos.

Estas alternativas tenían dos nombres que, apenas pronunciados, hacían sobresaltarse a elementos conservadores y eclesiásticos: **socialismo** y **feminismo.** Ambos movimientos, antes que conducir a la mujer al terreno de la contemporización con sus opresores de clase o de sexo, la animaban a salir de su pasividad habitual y a reclamar los derechos hasta entonces negados. Ciertos sectores clericales se daban cuenta del peligro de perder la feligresía femenina si ésta tomaba partido por una u otra —o ambas— opciones. En consecuencia, estos sectores empezaron a preocuparse por el problema de la mujer, como trabajadora y como ser humano en general, para neutralizar el peligro a base de hacer algunas concesiones mínimas a fin de no perder del todo las riendas.

En el caso del socialismo, éste había admitido desde siempre la igualdad entre el hombre y la mujer, atribuyendo a la estructura burguesa de la sociedad la situación escandalosamente inferior del sexo femenino. Así prometieron a las mujeres una equiparación real de los dos sexos, una vez suprimida la burguesía como clase dominante, al tiempo que se forjaría un mundo igual para todos los humanos. Sin embargo, el peligro de que la mujer se sumara a las filas del socialismo no era tan apremiante como en el caso del obrero varón, mucho más laxo en cuestiones religiosas. Y en cuanto al feminismo (1), hay que decir que en el primer tercio de nuestro siglo, en nuestro país, éste era mucho menos agresivo, bastante más tímido y mesurado de lo que algunos temían, a la vez que no le era muy fácil encontrar eco en las mujeres que no pertenecían a una minoría culta e ilustrada. Pero, de todos modos, ambos peligros existían y, por tanto, era necesario conjurarlos.

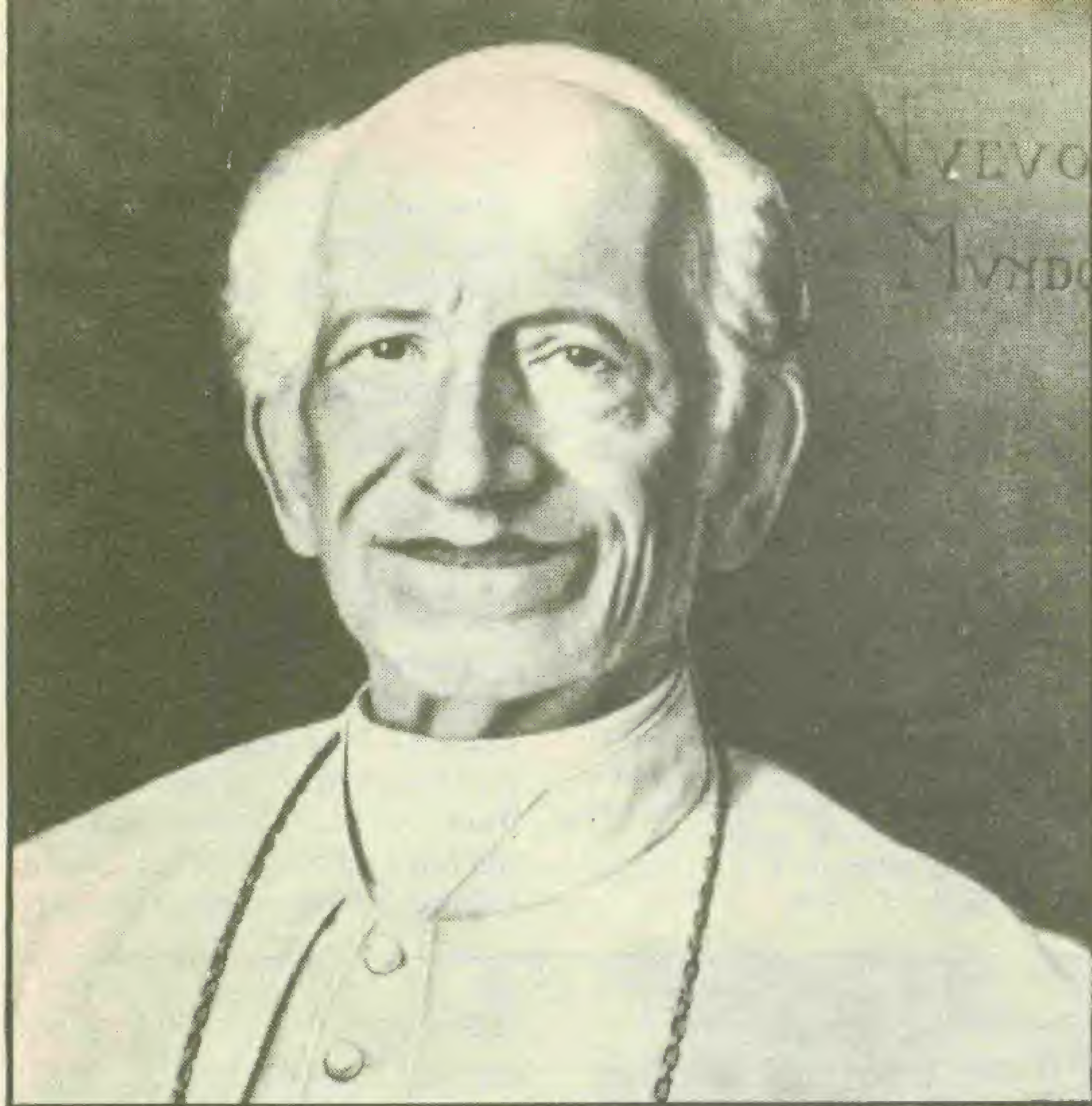
(1) Algunas consideraciones más amplias sobre el feminismo en general, en este período, pueden encontrarse en nuestro artículo «Una aproximación al primer movimiento feminista español: La mujer en el reinado de Alfonso XIII», TIEMPO DE HISTORIA, año IV, núm. 46, septiembre de 1978.

HEROINAS DE LA RELIGION

En el caso del feminismo, éste fue duramente combatido por la Iglesia desde muy pronto, apenas llegaron a nuestro país las noticias de la polémica que se desarrollaba en otras naciones a este respecto. Se suspiraba porque la mujer española no se contaminara con los feminismos y revolucionarismos foráneos, en atención a



Algunos sectores de la población femenina, alta burguesía y aristocracia fundamentalmente, se adhirieron a la Monarquía y a la Dictadura de Primo de Rivera, y apoyaron a ambas en múltiples ocasiones. En la fotografía, señoritas pertenecientes a la Juventud Monárquica, junto al marqués de Lamiano.



La justificación teórica de todas las acciones del catolicismo social estuvo basada en la Encíclica «Rerum Novarum» del pontífice León XIII (en la foto).

que frente a sus ojos se alzaban los insignes ejemplos de Isabel la Católica, Santa Teresa de Jesús, Agustina de Aragón, e incluso Santa María de la Cabeza, esposa de San Isidro. Pero en el subsconsciente de los pensadores católicos, a pesar de sus invocaciones constantes a la «debilidad» de la mujer para poder seguir tutelándola, existía seguramente la convicción de que no había que infravalorarla, ya que había sido capaz de tomar parte activa en los diversos movimientos revolucionarios que conmovieron a Europa en el siglo anterior. Este apocalipsis habría tenido como motor, inevitablemente, la Revolución Francesa, período histórico en el que «se vio a las mujeres sin pudor empujar el carro revolucionario; ellas fueron entonces pitonisas incitadoras de la destrucción y la muerte, euménides desgreñadas de las venganzas republicanas» (2).

Además, la mujer era considerada en su esencia como un ser vehemente, apasionado y voluble, apta para llevar consigo la perdición y, al mismo tiempo, fácilmente corruptible. Por lo tanto, lo más adecuado para salvarla de las amenazas que pesaban sobre ella, era acentuar el freno que suponían los principios religiosos y morales.

Así, en los momentos oportunos, se ofrecía a la mujer una imagen propia de heroína de la Religión, a falta de otros encumbramientos más profanos que la Iglesia no podía ni quería proporcionarle. Cuando los católicos consideraban como los mayores enemigos de su «statu quo» al protestantismo, la laicización de las escuelas, la coeducación, el matrimonio civil, etc., y cuando se producía una «política anticatólica» de los gobiernos liberales, se impelía a las españolas a ser los más firmes valladares del orden establecido y de los principios tradicionales. De hecho, a pesar de la sempiterna pasividad a que se relegó siempre a la mujer, los elementos conservadores no dudaron en llamarla a la actividad para que, como escribía el P. Santander, «cuando llegue la hora de la lucha, os reserven a vosotras un puesto, que os coloquen entonces en la vanguardia, que se acuerden, como os acordáis vosotras, de que si la mujer católica y española en los torneos de las artes, de las ciencias, de la literatura o de la política ha solido permanecer alejada de la ardiente arena de los combates, reservándose tan sólo el derecho de bordar lazos y tejer coronas para premiar con ellos la gallarda bizarría de los caballeros que la sirven, cuando es preciso luchar por su Dios, cuando está amenazada la Religión, cuando ve en peligro su patria, cuando tiene que defender el alma de sus hijos, entonces esa mujer sale del templo, deja su hogar y se llama Isabel de Castilla, galopando por la vega de Granada hasta clavar la cruz de Cristo en los muros de la Alhambra, o Agustina de Aragón, que arranca de manos del artillero moribundo la mecha aún encendida, para ser ella misma la que barra a cañonazos a los sacrílegos invasores del suelo sacrosanto y bendito de su patria» (3).

DIVERSOS TIPOS DE FEMINISMO

Pero andando el tiempo, el feminismo español, sobre todo después de la primera guerra mundial, fue creando un estado de opinión en los sectores más informados de la sociedad, promovió centros, asociaciones, prensa, etc., que

(2) Alarcón y Meléndez, J.: «El feminismo sin Dios. De dónde viene, por dónde anda y a dónde va». **Razón y Fe**, *agosto de 1902.*

(3) **Cuatro palabras** *en la reunión celebrada el 26 de junio de 1910 en el Centro de Defensa Social. Santander, J. J.:* **Acción sindical femenina.** *Madrid, 1914, pág. 68.*

engrosaban un cierto número de mujeres que, aun siendo muchas de ellas de confesión católica, dejaban a un lado su religión a la hora de plantear sus reivindicaciones. Este feminismo fue calificado por los católicos, no sin desprecio, de «neutro». A la vez, se añadían indiscriminadamente los adjetivos de «ateo», «sin Dios» y «socialista» a todo aquel feminismo que fuera predominantemente laico, confundiendo en muchos casos unos y otros.

En el fondo existían notables diferencias entre el feminismo socialista y un tipo de feminismo laico y neutro que tendía más bien al apoliticismo. El primero derivaba de las concepciones que el marxismo había efectuado con respecto a la mujer (Marx, Engels, Bebel, etc.), cuya emancipación era examinada inserta en un contexto de luchas más globales de la humanidad. El feminismo neutro, por su parte, procuraba atender primordialmente la resolución de los problemas específicamente femeninos, evitando, en lo posible, la vinculación con unas u otras tendencias ideológicas. Lo importante era conseguir mejoras en el campo de la educación, el trabajo, la cultura, la situación familiar y jurídica, etc., en el seno de una sociedad ya establecida. Por lo tanto, presentaba un carácter meramente reformista que, sin embargo, en buena lógica encontraría mayor apoyo en las corrientes liberales y progresistas.

Ambos feminismos, el socialista y el apolítico, no dejaron de criticar ásperamente las posturas más reaccionarias que la Iglesia sustentaba con respecto a la mujer y, en consecuencia, los sectores ultracatólicos los consideraron igualmente enemigos. Es por ello que la Iglesia se apresuró a combatirlos por medio de un feminismo cristiano, moderado y «razonable», que neutralizaría la acción de aquéllos. La visión del problema y la táctica seguida eran las mismas que se habían empleado a la hora de fundar sindicatos obreros católicos, pues como llegó a escribir el jesuita Alarcón y Meléndez, «en esta cuestión, que es parte de la cuestión social, es imperdonable dejar que los enemigos de la Iglesia nos tomen la delantera, como se puede decir que la van tomando en la cuestión del proletariado. Por eso hay que defender la causa de la mujer, como la ha defendido siempre, y ahora más que nunca está dispuesta a defenderla la Iglesia» (4).

Pero este feminismo de nuevo cuño necesitaba avales históricos para no ser tachado de oportunista. Así los católicos echaron mano de los inevitables tópicos del enaltecimiento del sexo femenino al ser elegida una de sus representantes para madre de Cristo, o de la redención que de la mujer hizo el cristianismo que «la recibió del paganismo absolutamente degradada, considerada poco más que como un animal doméstico o un objeto de placer, y la elevó al honor de compañera del hombre, a la dignidad moral de la maternidad, al ideal más excelso de pureza. Y aun en el orden de derechos sociales, podría recordaros sus instituciones femeninas, en las cuales ya desde el principio concede una acción intelectual y moral muy superior a las modernas exigencias feministas, que se presentan con aire de redención» (5). Por consiguiente, se decía que, del mismo modo que había dos

(4) *Alarcón y Meléndez,* **art. cit.**

(5) *Casanovas, I.:* **Acción de la mujer en la vida social.** *Recogido en* **Estudios sociales.** *Barcelona, Edit. Balmes, 1952, pág. 19.*



Durante todo el reinado de Alfonso XIII —y aun antes— comenzaron a aparecer en la sociedad española toda clase de publicaciones y personalidades que se ocuparon del tema femenino. En la fotografía, banquete celebrado en el Café Inglés, en 1903, en honor de la escritora y periodista feminista Concepción Jimeno de Flaquer.

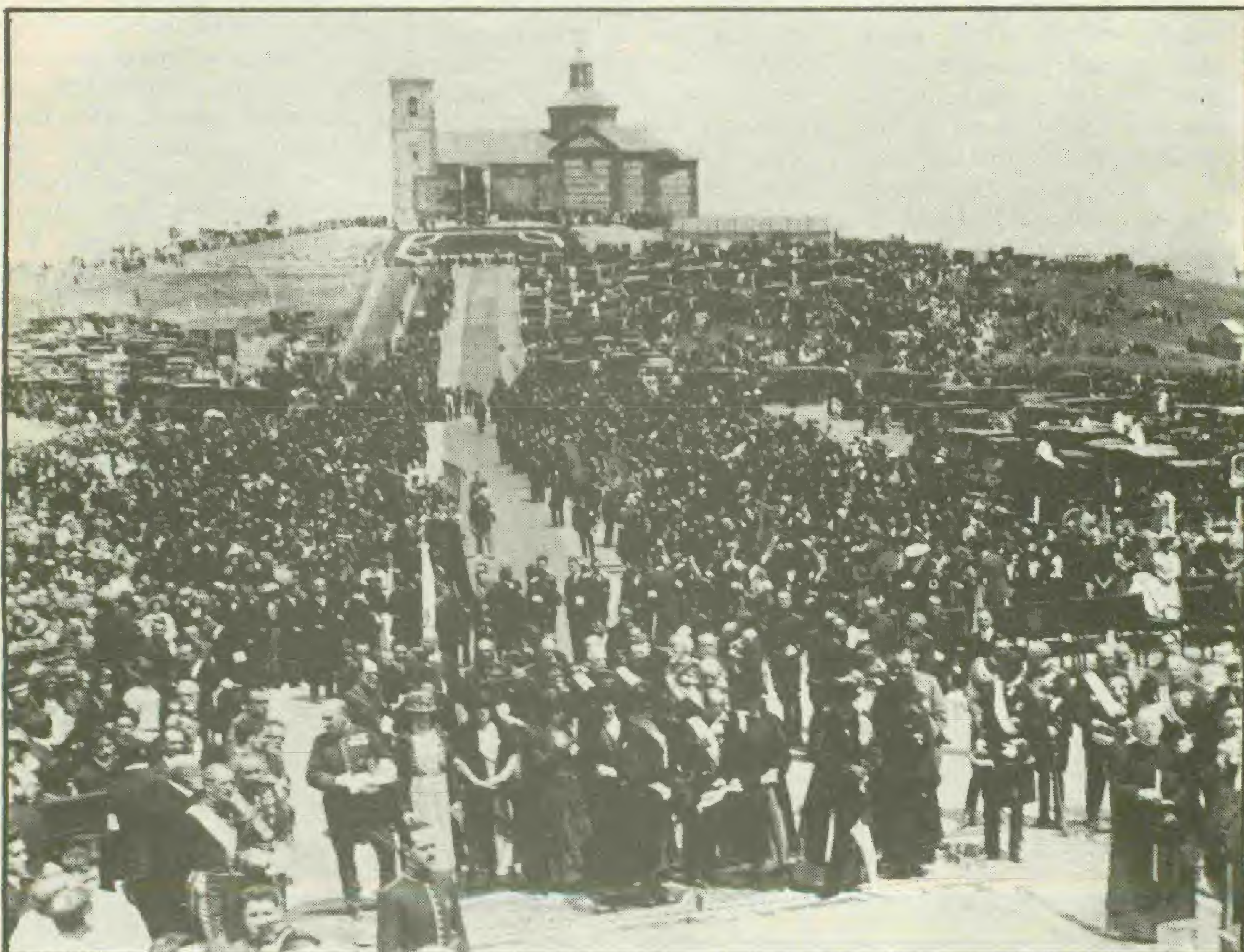
tipos de humanidad —la que procedía de las hijas de Eva y las hijas de María—, así había dos tendencias de feminismo opuestas. El feminismo neutro, sin duda, no era más que una inspiración del diablo que tentaba a la mujer, como en otro tiempo lo hicieron con Eva, «para arrastrarla en su caída fatal».

El feminismo «legítimo» de los católicos, sin embargo, no consistía en igualar a la mujer en derechos y deberes con el varón, no se trataba de hacer de ella «otro hombre», como frecuentemente proclamaban, sino que intentaba poner en sus manos los medios para que pudiera cumplir mejor su tradicional misión. Esta misión comenzaba en el hogar, en relación al cual se llegó a afirmar que el hombre era «ministro del exterior», mientras que la esposa era «ministro del interior». La mujer debía de conservar y propagar la religión y la moral a los demás miembros de la familia, por lo que «en los momentos actuales sí importa mucho que la mujer llene su misión cristiana en las clases ricas, es también de sumo interés formar mujeres en las clases obreras. Pueden y deben ser uno de los elementos más poderosos para hacer revivir las ideas religiosas, sanas, fuertes y buenas en esas clases, combatiendo en el hogar doméstico con esa fuerza tan grande del amor, las ideas de la impiedad revolucionaria, tan desastrosas para la misma clase obrera» (6).

(6) Rodríguez de Cepeda, Rafael: «Misión de la mujer cristiana en el hogar doméstico y su importancia para resolver la cuestión social». **Revista Católica de las Cuestiones Sociales**, *noviembre de 1902.*

LA CUESTION DEL *SUFRAGIO*

En cuanto a los problemas específicos de la condición femenina, el feminismo cristiano se preocupó por denunciar algunos abusos en el orden laboral y social, en muchos casos por considerarlos poco compatibles con la religión católica y peligrosos para la moralidad de la mujer, antes que por eliminar injusticias sociales que la misma Iglesia había tolerado a lo largo de los siglos. Se reconocía, como hiciera Alarcón y Meléndez, que había reclamaciones femeninas que podían ser tenidas por justas, razonables, nobles y santas, y si bien



Vista de la capilla del Cerro de los Angeles en el día de la inauguración del monumento al Sagrado Corazón de Jesus. En la consecución de esta consagración jugó un papel fundamental la asociación femenina «Unión de Damas del Sagrado Corazón», empeñada en llevar a todos los hogares españoles el culto a esta imagen.

se podían negar a las mujeres ciertas cuestiones de orden político y social que no les convenían, había que evitar el humillarlas, pues razonaba que «el pensar y sentir y proceder contra el sexo débil, con alardes de brutal superioridad e irritante desprecio, no es español ni católico, sino exótico y herético, pagano y racionalista» (7).

Se trataba de invocar un mayor respeto a la mujer por su dignidad de madre y esposa, pero siempre en base a su debilidad de sexo, no por una tendencia natural a colocarla en el mismo plano del varón. Este seguía siendo el jefe absoluto de la familia y su autoridad y dominio no sólo no se discutía, sino que incluso se exigía para poner fin a cualquier trasfondo en la vida doméstica. María de Echarri, que laboró activa e incansablemente desde presupuestos cristianos para mejorar las condiciones laborales de las mujeres, cuando se trataba de equiparar a éstas con los varones exclamaba: «¿Cómo va a ser nunca posible la absoluta igualdad del hombre y de la mujer? ¿Qué es eso de suprimir la responsabilidad del marido, o de negarle obediencia como ya lo expusieron las feministas más radicales?...» (8).

Uno de los mayores peligros que los católicos veían era la reivindicación de algunas asociaciones feministas sobre el derecho al sufragio y la facultad de la mujer para ser electora y elegible. Sobre esta demanda, sin embargo, muchos católicos sustentaban ideas opuestas. Algunos, para negar su conveniencia, resucitaban el viejo tópico de que la mujer ya gobernaba sin necesidad de voto, por medio de sus influencias femeninas en los hombres. Es bastante sintomático que un articulista del diario católico **El Debate**, que firmaba Zepherin, se sorprendiera de la noticia de que en Portugal se iba a conceder al sexo femenino el derecho a votar y de que en Inglaterra una tal miss Lers hubiera sido elegida «edila o concejala». Decía el periodista no entender los propósitos de las mujeres al reclamar estos derechos, cuando las señoras habían gobernado el mundo entero, dirigido batallas sin estar en el campo de combate, y resuelto problemas de estado. Y añadía: «Pedir más, la verdad, es gollería. Yo confieso que no os concedería el voto que tanto solicitáis... por creerlo ya completamente inútil; ¿vais a hacer más de lo que hacéis? ¿Que vosotras os queréis valer libremente en la tribuna, en el estrado y en la cátedra? Pero bobinas, ¿no es más cómodo que hablemos nosotros por vosotras?... Dejadnos siquiera ser, lo que después de todo somos ya, unas marionetas vuestras... Dejadnos siquiera la ilusión de que somos algo sin vosotras; dejadnos creer que pensamos libremente... ¡Si ya lo sois todo! Por lo menos así lo creo, y si no lo creen muchos, lo sentiré por su inocencia y candidez paradisíaca» (9). Otra colaboradora de este periódico, Rosón Josefina, llegó a justificar su crítica hacia el sufragio femenino, en orden a que la que más había luchado por él era la mujer inglesa que «no es el verdadero prototipo de la encarnación del alma femenina, no es la mujer maravillosamente sentida por lord Byron, la mujer, la verdadera mujer, es la española...» (10).



María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas Estudiantes, fue una de las figuras femeninas más notorias de la Asamblea Nacional de Primo de Rivera.

---

(7) Alarcón y Meléndez, **art. cit.**

(8) **Revista Católica de las Cuestiones Sociales**, *enero de 1919.*

(9) **El Debate**, *año I, núm. 40. Madrid, 9 de noviembre de 1910.*

(10) **El Debate**, *año I, núm. 46. Madrid, 15 de noviembre de 1910.*



Antonio Maura —en la foto con el obispo de Madrid— fue una de las personalidades políticas españolas que apoyó el sufragio femenino, concretamente en la Primera Asamblea de Acción Católica de la Mujer, celebrada en 1920.

Se quería hacer creer que la mujer hispana no necesitaba el voto, ni lo reclamaba mayoritariamente. Se afirmaba hipócritamente que el sufragismo no existía en España, cuando lo que se quería decir es que no se deseaba que existiera. Curiosamente, muchos católicos opinaban que no debían permitirse la libertad de pedir el sufragio por parte de la mujer, pero que si le era concedido por los gobernantes debía ejercer su derecho «por el bien de la Patria, para tranquilidad de nuestra conciencia, por la satisfacción del deber cumplido y para consolidar las instituciones del país».

Otros católicos, como María de Echarri, pensaban que las peticiones fundamentales de las mujeres debían de ser las de igualdad en los salarios, la existencia de dependientas en lugar de varones donde se vendieran artículos para la mujer, etc., pero en el caso del sufragio debía recabarse el derecho a votar, no a ser elegidas. Era ésta una postura claramente oportunista que lo que intentaba era que la mujer, al no ser elegible, no pusiera en peligro los deberes familiares, la sujeción al marido y la posición secular que ocupaba en la sociedad. Por otro lado, su derecho al voto llevaría a las españolas, católicas y religiosas en su mayoría, a apoyar a las derechas. Es significativo a este respecto que el mismo **Debate** acabó por reclamar urgentemente la concesión del sufragio femenino.

Los católicos, además, se aprestaban con todas sus fuerzas a boicotear los actos de entidades feministas en los que ellos no participaran. La **Unión de Mujeres de España** que presidía la marquesa del Ter, quería celebrar en la primavera de 1920 un Congreso en Madrid, apoyado por miss Mac Milla del Comité de Sufragistas inglesas, sobre el derecho al voto de la mujer. Los católicos consideraron que la asociación feminista española era de carácter neutro y que el Congreso estaba organizado por las «izquierdas femeninas». Según María de Echarri, la **Acción Católica de la Mujer** había logrado un gran triunfo al conseguir que el Congreso no se celebrara en España, sino en Ginebra. Justificaban este boicot en el hecho de que el Congreso era «antipatriótico», «antiespañol» y humillaba la «dignidad patria» al no conceder a nuestra lengua ni a nuestra nación el lugar que les correspondía. Además, las apreciaciones feministas de la sufragista inglesa chocaban con las que mantenían los católicos, hasta el punto de que la condesa de Gavia, presidenta de la **Acción Católica de la Mujer**, confundiendo —como inveteradamente ha ocurrido— la reivindicación de los derechos femeninos con la hostilidad al varón, llegó a decir a miss Mac Milla que «en España, señora, las mujeres no hemos reñido con los hombres».

Mientras tanto, ese mismo año la **Acción Católica de la Mujer** preparaba su Primera Asamblea, donde se discutiría como tema central el sufragio femenino. La Asamblea tuvo efecto en Madrid los días 23, 24, 25 y 26 de mayo de 1920. Previamente se habían recibido más de 14.000 cuestionarios, en los que mayoritariamente se daba una respuesta favorable a la concesión de este derecho.

En el Congreso intervinieron dos oradores de opiniones contrapuestas: Antonio Maura, a favor, y Juan Vázquez de Mella, en contra. Este último, para justificar su negativa,

afirmó que «nunca he creído en la democracia (...). De ahí que yo no sea partidario de esa democracia individualista ni de ese sufragio universal inorgánico, como si vosotras no formaseis parte de la sociedad ni de la especie humana. No; no soy partidario de ese voto atomístico individual, y, en vez de darle a las mujeres, si pudiere, se lo quitaría a los hombres...» (11).

En general, la Asamblea se dividió en tres pareceres: algunos sustentaban que la mujer debía ser electora y elegible, opinión defendida por la condesa de Pardo Bazán y por María de Arteaga, hija de los duques del Infantado; otros —como María de Echarri— mantenían que debía ser electora, pero no elegible; por último, hubo quien defendió la no concesión del voto a la mujer, en cuyo caso se encontraba Carmen Cuesta, ex directora del Internado Teresiano de Madrid. El Partido Social Popular, por su parte, llevaba en su programa la petición del voto para la mujer, afirmando su deseo de remediar la postergación de ésta e invitándola a participar en su actuación.

LAS CONCESIONES DE PRIMO DE RIVERA

Por fin, la instauración del Directorio militar de Primo de Rivera vino a colmar los deseos de las defensoras del sufragio femenino, «de una manera que ni a la más optimista se le hubiera ocurrido imaginar», como ha escrito Rosa María Capel. En efecto, por el Estatuto Municipal de 8 de marzo de 1924 se otorga a la mujer el voto administrativo. Un Real Decreto de 12 de abril del mismo año concede, a su vez, el voto político a las damas. En el Real Decreto se contemplaba la inscripción en todos los municipios españoles de los varones mayores de 23 años y de las mujeres solteras y viudas, de la misma edad, además de las casadas «no sujetas a la patria potestad, autoridad marital ni tutela». Se incluía, pues, a las casadas que vinieran separadas de su marido «a virtud de sentencia firme de divorcio que declare culpable al esposo»; cuando judicialmente se hubiera declarado la ausencia del marido con arreglo a los artículos 184 y 185 del Código Civil; cuando el marido sufriera pena de interdicción civil impuesta por sentencia firme, y cuando la mujer ejerciera la tutela del marido loco o sordomudo (12).

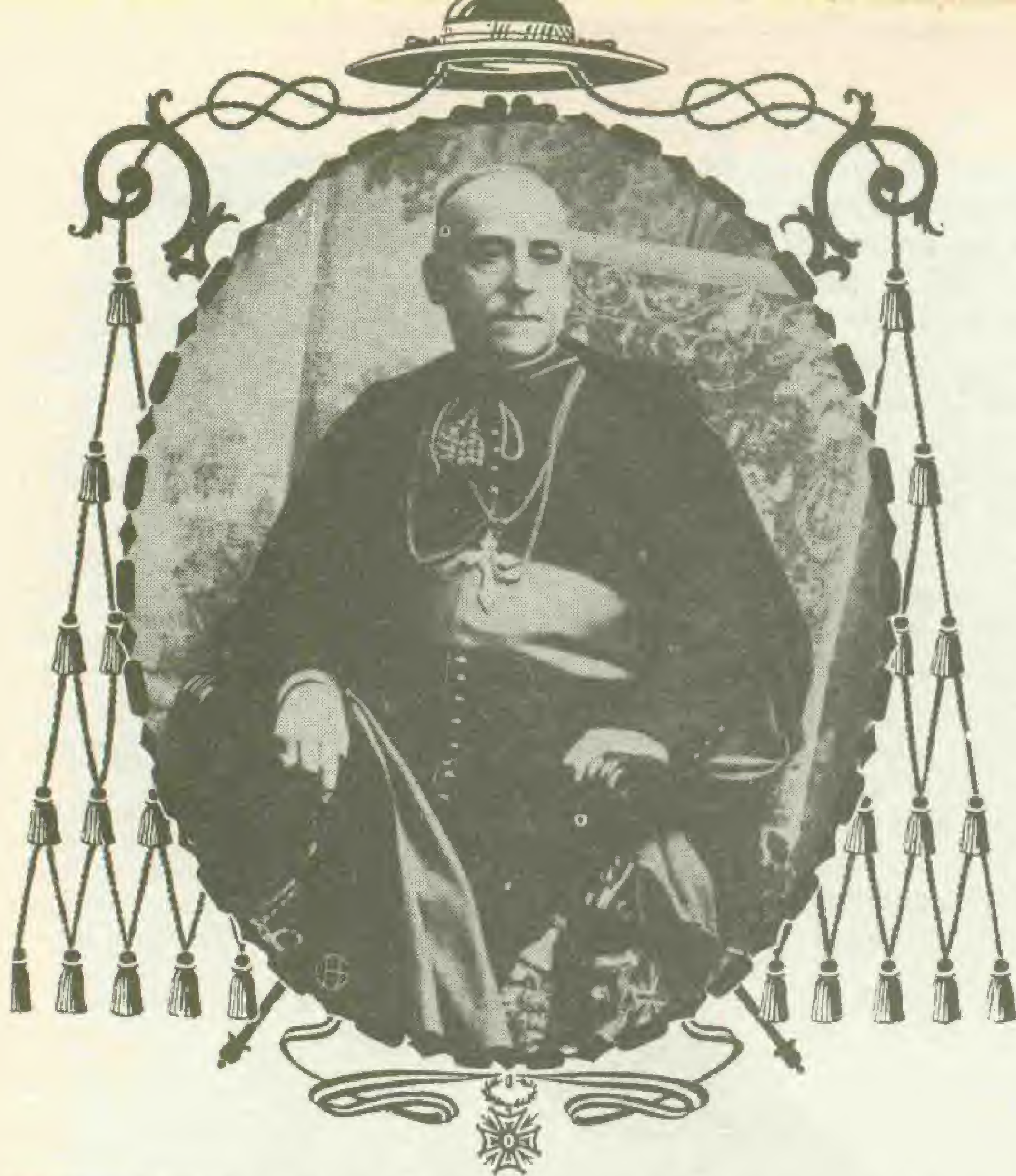
A tenor de los vientos que soplaban, las organizaciones católicas femeninas, especialmente **Acción Católica de la Mujer**, cumplieron su promesa de intentar que el nuevo derecho fuera llevado a cabo por el mayor número de mujeres posible. Ya el 28 de junio de 1924 la asociación anteriormente mencionada celebró un acto público de propaganda en el teatro de la Prin-

(11) Cit. por Alzaga, Oscar: **La primera democracia cristiana en España.** *Barcelona, Ariel, 1973, págs. 243-244.*

(12) Para mayor información sobre el voto de la mujer, véase el libro de Rosa Capel: **El sufragio femenino en la segunda República.** *Ediciones de la Universidad de Granada, 1975, 324 págs.*



La condesa de Pardo Bazán, a pesar de que su feminismo se nos pueda antojar hoy moderado, sufrió en numerosas ocasiones la marginación profesional de sus contemporáneos por el hecho de ser mujer. Su defensa del sufragio femenino y sus actitudes personales a favor de la independencia de la mujer, no eran la mejor carta de presentación en una sociedad que quería impedir a toda costa que en nuestro país se produjera un movimiento feminista análogo al de otras naciones europeas.



El cardenal Guisasola, arzobispo de Toledo, impulsó todo tipo de actividades de la Acción Social Femenina, y más concretamente la Acción Católica de la Mujer.

cesa de Madrid, para que «el Censo municipal femenino resulte tan completo como a nuestros intereses de católicos y a los de España conviene» (13). El acto estuvo presidido por la marquesa de Rafal, vicepresidenta de la Junta Central; la marquesa de Castromonte, secretaria; la duquesa del Infantado, marquesa de Comillas y Carmen García Loygorri, como vocales. Intervinieron la duquesa de Vistahermosa, la viuda de López Rúa, Mercedes Quintanilla y el catedrático de Derecho político, señor Gil Robles. Después del acto, la Junta Central de **Acción Católica de la Mujer** pidió al Directorio la concesión a las casadas del derecho electoral de que gozaban solteras y viudas.

Después de años de denostar el sufragio, el catolicismo español se había dado cuenta de los beneficios que el voto femenino podía reportarle y, en estas circunstancias, mostraba una avidez mal disimulada por que este derecho fuera ejercido por todas las mujeres sin excepción. Sus interesadas miras le hacían demandar para todas las casadas un derecho que Primo de Rivera había limitado para evitar «conflictos domésticos», en el caso de que ambos cónyuges tuvieran diferente criterio a la hora de ejercitarlo. Tan seguros estaban los católicos de que la mujer votaría a la derecha, que estimaban que la casada podría «contrarrestar con su sufragio el voto dado por el esposo a la causa anticatólica. Porque, con rarísimas excepciones, si uno de los dos tiene ideas revolucionarias, dicho está que no es ella, sino él» (14).

Desde luego, se puede afirmar que la Monarquía y Primo de Rivera contaban con el apoyo de las mujeres de la nobleza que nutrían sociedades caritativas y filantrópicas y de

(13) **Acción Católica de la Mujer**, *julio de 1924.*

(14) Ruiz de Pombo, Soledad: «Para bien de todos». **Acción Católica de la Mujer**, *julio de 1924.*



El cardenal Segura, sucesor de Guisasola en la Sede Primada de España.



Miguel Primo de Rivera —en el centro de la fotografía— supo en todo momento recabar el apoyo de las damas para su régimen a base de concesiones mínimas.

cierta clase media que estaba por la tradición y el orden ejercido con mano firme. Las muestras de agradecimiento del elemento femenino hacia el Dictador eran constantes. En la revista **Mujeres Españolas** (15), por ejemplo, se llegó a publicar la letra de un pasodoble enviado por unas lectoras que señala cumplidamente los motivos de la lealtad al marqués de Estella:

Somos admiradoras, sí,
de Primo de Rivera, por ser el

(15) Revista bimensual «exclusivamente patriótica», fundada y dirigida por la vizcondesa de San Enrique. Se caracterizaba por su defensa a ultranza de Primo de Rivera. La letra del pasodoble se publicó en el número 1, año I, 11 de abril de 1929.

El «requebrador» Marqués de Estella —en la fotografía junto a la escultora Miss Harry Payne Witney— concedió a la mujer soltera el derecho al sufragio. Bajo su Dictadura algunas señoras pudieron llegar a ocupar puestos en la Asamblea Nacional o a ser nombradas concejalas de algunos ayuntamientos. Sin embargo, el impulso mayor para conseguir los derechos políticos femeninos no se produciría hasta el advenimiento de la República.



Los sectores monárquicos y católicos de la época aprovecharon la inauguración del monumento al Sagrado Corazón para oponer la religión y tradición española al ateísmo y laicismo que según ellos amenazaba a nuestro país, al socaire de las corrientes liberales y socialistas que se habían introducido en el mismo.

regenerador de nuestra Nación,
de nuestra Nación.
La Gran Guerra de Marruecos,
[fue quien la terminó, donde allí encontraban
la muerte, sin defensa y sin honor.
Las madres en esta época
ya no sufrirán más
porque aquello ha terminado
gracias a este General.
Tanto la Hacienda Pública
como nuestra Agricultura,
caminos y carreteras,
puentes, canales y escuelas
hoy paga el rico pudiente,
cosa que antes no lo hacía
por eso pagaba el pobre
más que le correspondía.

Las mujeres españolas, en fin, pudieron mostrar su simpatía al régimen primorriverista, con ocasión de la convocatoria de una Asamblea Nacional y la preparación de un plebiscito como consulta de adhesión en septiembre de 1926. Un gran número de mujeres, sobre todo las de clase elevada, contribuyeron a la propaganda y recogida de los 6.697.164 firmas. Algunas de ellas ocuparían después un lugar en la Asamblea Nacional, como Blanca de los Ríos, María de Maeztu, y las aristócratas marquesa viuda de la Rambla, condesa viuda de Aguilar de Inestrillas y la duquesa viuda de Parcent. También figuraron significadas representantes del catolicismo social, a pesar de sus antiguas protestas sobre la conveniencia de que las mujeres ocuparan puestos en la vida pública, como María de Echarri —que ya había sido nombrada concejala de Madrid—, Teresa Luzzati Quiñones de López Rúa, de **Acción Católica de la Mujer**, y María López Moleón, presidenta de la Escuela Social de Propagandistas.

CONCLUSION

El despertar del movimiento feminista en nuestro país, tímida y moderadamente, fue observado con inquietud por la Iglesia católica. Se temía de él mucho más de lo que nunca fue capaz de realizar y su sola mención evocaba las desgracias que traería consigo para la familia, la nación y la sociedad entera. Sin embargo, este feminismo planteaba principios de equidad que no podían ser criticados y que fácilmente podían ser suscritos por algu-

nos sectores de la población sin que mantuvieran posturas ideológicas precisamente radicales. En este sentido, la Iglesia aprobó un feminismo «razonable», que no fuera capaz de transformar las relaciones entre el hombre y la mujer y las de ésta con la sociedad. Este feminismo enlazaba con los principios cristianos y se invocó repetidamente para llamar al sexo femenino a una vida más activa en el campo del apostolado, de la beneficencia y de la acción social.
Sin embargo, el feminismo cristiano, limitado y restringido desde su nacimiento, estaba incapacitado para dar una respuesta coherente a las demandas de las mujeres más avanzadas de nuestro país. Sus reivindicaciones sólo eran recogidas en la medida en que servían a los intereses de la Iglesia por dar una imagen más «social» de sí misma, mientras se anatematizaban aquellas posturas que podían amenazar los principios tradicionales secularmente defendidos, que alcanzaban casi la categoría de dogmas. Por lo tanto, los sectores conservadores y religiosos sólo se preocuparon de apoyar aquellas peticiones que beneficiaban al orden establecido y a los regímenes políticos que la Iglesia veía con buenos ojos. Este fue el caso de la Dictadura de Primo de Rivera y la cuestión del voto femenino, y éste fue el error que condujo a la descalificación de la Iglesia como institución capaz de solucionar unos problemas que, por otra parte, otras entidades tampoco supieron arreglar. Si el feminismo español, en general, era un pálido remedo del que se desarrollaba más allá de nuestras fronteras, el feminismo cristiano era una caricatura de la lucha por la emancipación de la mujer. ■
M. G. B.

¡¡EL GRAN MANDATO DE LA PATRIA!!

¡¡A LAS MUJERES ESPAÑOLAS!!
¡¡NUESTRO GRAN DEBER!!
¡¡OID Y PACTICAD!!

Acabamos de contraer un nuevo deber: el deber sagrado, importante y trascendental, de INSCRIBIRNOS EN EL CENSO ELECTORAL.

LO PIDE DIOS, LO EXIGE LA IGLESIA por medio de sus autoridades, que constantemente están excitando al cumplimiento de los deberes cívicos.

La IGLESIA puede atravesar momentos difíciles, LA PATRIA puede peligrar; con un minuto de sacrificio, que acarrea el cumplimiento de deber tan sencillo, habremos ahorrado llanto amargo a nuestra Religión, quedarán incólumes los cimientos de la Patria. Unos momentos de apatía ante obligación tan sagrada, y tendrá la Iglesia que prescindir de vuestro apoyo, del que tanto necesita.

No es hora de DISCUTIR lo mandado, sino de MARCHAR disciplinadas y unidas a usar de un derecho concedido por la Ley.

¿Veremos IMPASIBLES cómo los enemigos de nuestros ideales se unen para conseguir un CENSO A SU GUSTO?

¿Seguiremos CRUZADAS DE BRAZOS al ver en blanco las listas del Censo de la mujer CRISTIANA?

No, mil veces no; apelamos a vuestros sentimientos cristianos y españoles, y consultando tradiciones tan gloriosas, sentiremos remordimientos hondos si en horas decisivas desoímos la voz de nuestra conciencia, que nos manda:

Primero, inscribirnos en el CENSO ELECTORAL.

Segundo, HACER QUE LAS DEMAS SE INSCRIBAN.

¡Mujeres mayores de veintitrés años, solteras o viudas, y las casadas que no estáis sujetas a la potestad del marido, dad vuestro nombre al Censo!

¡PODEIS, DEBEIS inscribiros!

Si no tenéis **Boletín**, pedidlo en los distritos o Tenencias de Alcaldía.

La «ACCION CATOLICA DE LA MUJER» —Plaza de Puerta Cerrada, núm. 5— pone a vuestra disposición su Secretariado municipalista para consultas y gestiones de todo género.

¡Haced un minuto de examen de conciencia y después obrad!

La Patria os llama. ¿Desoiréis su voz? No seríais dignas de llevar el nombre glorioso de mujeres españolas.

La Junta Central de
«ACCION CATOLICA DE LA MUJER»

(Llamamiento de Acción Católica de la Mujer **al sexo femenino, para que éste ejerza el derecho al voto, que acababa de serle concedido).** Boletín de Acción Católica de la Mujer, **Madrid, julio de 1924.**



Caciquismo y oligarquía en Joaquín Costa

• Algunas claves de su pensamiento

Antonio Saban Bauza

En esta casa de la plaza de Coreche, de Graus, vivió Joaquín Costa de niño.



COSTA es, sin duda, un claro exponente del regeneracionismo, aunque como una faceta más, de su vasto pensamiento. Sin embargo, tenemos que acordar que sus ideas primarias, es decir, a través de las cuales desarrolla su pensamiento, son de carácter tradicionalista, pero en un sentido, creo ver, reformista y no activista, y aunque emplee en muchas ocasiones el término «revolución», esta palabra pierde en parte su verdadera connotación, mediante el uso que le da Costa, en sus escritos. Ni él, ni otros regeneracionistas, tales como Mallada y Picavea, conocían los procedimientos efectivos para la conquista del Poder, partiendo de la conciencia de clase.

Los diversos contactos que él tiene con la realidad agraria de España son lo suficientemente importantes, a pesar de su falta de entroncamiento con el pueblo, que repercutieron notablemente en su pensamiento, y así tenemos en sus escritos (1), una visión que es bastante clara sobre la situación de espoliación en que se encontraba el campesinado español, en esos momentos finales del siglo XIX y primeros del siglo XX.

(1) Sobre todo en «Colectivismo Agrario» y en «Oligarquía y caciquismo».


El Director del Instituto de Huesca

Título de bachiller de Joaquín Costa, expedido por el Instituto de Huesca, con fecha 27 de junio de 1872.

EL pensamiento costiano, y que a partir de aquí nos vamos a centrar más, es el de la importancia que da a la realidad agraria del país y aunque en la práctica de sus escritos se vea que no llega al fondo del problema, hay que reconocerle el mérito de tratar de esclarecer la situacióndel campo español y la de dar una visión bastante objetiva y a tener en cuenta, para los historiadores de hoy día, de cómo era la realidad de las arcaicas estructuras agrarias. Uno de sus puntos clave fue que centró en su verdadera dimensión la figura del cacique (caciquismo) y del oligarca (oligarquismo) y que para él eran sinónimos del nivel bajísimo en el cual se encontraba el campesino; en definitiva, los causantes del subdesarrollo general del país. Costa llega a una verdad fundamental, y es que la economía española es esencialmente de carácter agrícola y, por ello, su preocupación en saber quiénes son los que gobiernan en España —de lo dicho hasta ahora puede desprenderse que, para él, el sistema imperante era el de la Oligarquía-Caciquismo—. Tuñón de Lara precisa más y lo encuadra en el sistema Oligárquico.

Para Joaquín Costa, los componentes del sistema oligárquico serían:

— *Los Oligarcas.*
— *Los Caciques.*
— *Los Gobernadores Civiles, que allanan la situación a los dos anteriores.*

En su obra, se encuentra una serie de frases muy significativas, del talante con que arremete contra la figura del cacique y que dan una idea clara y terminante, según su visión crítica, del papel que juega éste en la estructura político-social de España: «mientras no se extirpe al cacique, no habrá revolución», y esta otra: «para que viva el pueblo, es preciso que desaparezca la oligarquía imperante».

Por otra parte, en su «Colectivismo Agrario», afirma que el campesino español, despojado materialmente de sus tierras, desea y en su tradición se encuentra un cierto colectivismo, como forma preferente de explotación agrícola, frente a las grandes extensiones de tierra, apropiadas por los grandes terratenientes que, en definitiva y según Costa, son los caci-

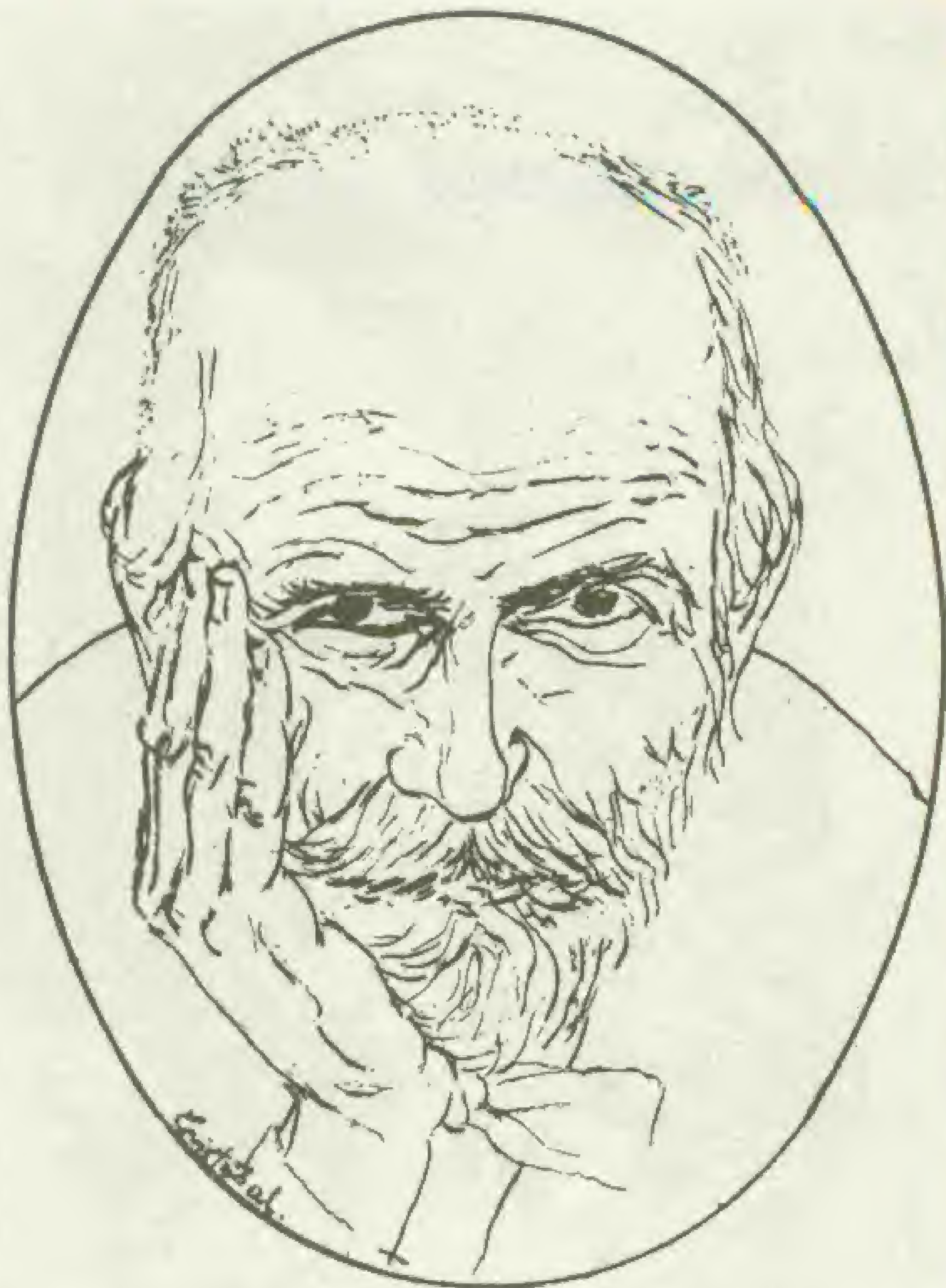
ques, es decir, los verdaderos controladores y sustentadores del sistema imperante en España.

Define el colectivismo agrario, como una amalgama entre los dos sistemas opuestos, que son para él, el individualismo y el comunismo. Lo que se tiende con esta forma de «colectivismo» es el el de evitar la acumulación y el monopolio de la propiedad de la tierra, que detentan ciertas clases sociales a la las cuales se enfrenta con claridad; Costa viene a ser, en gran medida, un representante de la burguesía española que, a diferencia de la burguesía francesa, no ha logrado hacer la revolución. De todo ello, y de la falta de desarrollo social y de libertad del pueblo español, achaca la culpa a la figura del cacique y a la secuela que ello comporta. Más adelante, hablaremos del significado que da Costa al concepto de pueblo, que viene a ser un concepto limitado en cuanto a asumir su papel en la estructura de poder —él, lo descarta del poder.

Frente al único beneficio de la propiedad de la tierra que obtienen los grandes latifundios, afirma la necesidad de la nacionalización de la tierra, pues no es justo que un don natural sea aprovechado sólo por unos pocos. Se ve que apoya la implantación en el poder de otra clase social, a la que ya nos hemos referido; desea una paulatina igualdad en un estado social diferente al que le ha tocado vivir y por consiguiente una mayor libertad social. Sin



Joaquín Costa hacia 1875, en la época en que compitió con Marcelino Menéndez Pelayo para el premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras.



De don Francisco Giner de los Ríos —en el grabado— llegó a decir Costa: «que es acaso mi único amigo».

embargo, el pueblo como tal, no cuenta para él, a la hora del cambio social —sí cuenta, en el sentido de que es un factor indispensable a la hora de la revolución social, pero no lo admite en las tareas de Gobierno— y he aquí el sentido equívoco que podría suscitar el término, aunque en bastantes de sus escritos da a entender con claridad meridiana (2) que la revolución debe de lograrse y hacerse desde arriba. En realidad, no se llega a plantear seriamente el fenómeno del poder.

En estos momentos, podemos apuntar algunas pautas o características de su pensamiento a través de sus escritos leídos:

— Apoya el colectivismo, como forma de propiedad de la tierra, frente al poder caciquil.

— No plantea el fenómeno del poder en profundidad, por su falta de acción política, parándose a un nivel ideológico, sin apearse de él.

— Opera desde la sociedad establecida, y no fuera de ella. La revolución desde arriba, desde el poder, aunque esto no da pie para que afirme no estar de acuerdo con el sistema de poder vigente. En suma, se manifiesta como un reformista.

Otro tema interesante, a mi modo de ver, es el de la situación social de España, que aunque hemos visto algunos de los factores importantes de ella, de los sectores que la componen, de

---

(2) Por ejemplo, en «Quiénes deben gobernar».



La hija de Costa, Pilar Antígone Costa Palacín.

También podemos ver en Costa un cierto paternalismo, a causa de su status social y que es característico de la clase patronal, con referencia a los trabajadores; por lo que podríamos afirmar que es partidario del patrón paternalista, frente al patrón intransigente.

Apoya la necesidad de una cierta «revolución» en el Estado —y aquí enlazamos con lo dicho anteriormente—; es decir, una revolución dentro del Estado, y nunca fuera de él, ya que el cambio radical podría producirse, apartando a los caciques y oligarcas —verdaderos responsables del estancamiento de la sociedad española—, para dar paso al poder a una nueva clase social, más dinámica, que todavía no lo detentaba y que lógicamente sería, para él, la burguesía. En todo caso, defiende un socialismo cristianizado y jerarquizante, a mi modo de ver difícil de explicar si no partimos

la estructura de la propiedad de la tierra, veo la necesidad de ahondar en el tema del papel que juega el pueblo español. Su postura, frente a los conflictos sociales, es un tanto ambigua, pero se le aprecia un claro intento de frenar a la clase obrera —al pueblo español— en sus pretensiones frente a la legalidad establecida, concediendo algunas prestaciones a aquél para calmar esas lógicas aspiraciones, por lo menos de un modo temporal, y retener en una base de sometimiento no aparente, pero real, a la clase trabajadora. Por todo ello, se entiende que la clase social que obtiene la rentabilidad de esta medida sería la burguesía industrial y la clase media, en general. A Costa le interesa el bienestar de la sociedad, en su conjunto, y para ello no regatea en pedir una mayor «mano abierta» por parte del Gobierno, a costa de una relativa estabilidad en la sociedad.

Hace una defensa del «humilde» muy sui géneris, puesto que en su obra no analiza la imperiosa necesidad del afán de lucro, de la incipiente sociedad capitalista que surge en nuestro país y de las clases dirigentes del naciente desarrollo industrial en beneficio propio, única y exclusivamente.



Grupo de escolares madrileños en la inauguración del monumento a Joaquín Costa, el 13 de agosto de 1931.

del nivel en que intenta estos posibles cambios, a saber, desde s postura de clase, aunque él cree superar su status social o estar por encima de él.

Llegados a este punto, podemos apuntar algunos nuevos conceptos que se aprecian en sus escritos:

— Defensa del sistema capitalista, frente a extremismos de cualquier signo.

— Defensa de clase, ya que la burguesía es la llamada a realizar el cambio en las estructuras del país.

— Apoya la revolución en el Estado y con el Estado, ya que teme el cambio radical, que podrä superar a la burguesía como motor del proceso.

— Defiende a la clase obrera de un modo paternalista, y nunca con autonomía propia.

Resumiendo, Joaquín Costa fue sin temor a equivocarnos, un escritor de carácter social y hasta en cierta medida, un precursor, como afirma Alberto Miguez. Por otro lado, su pensamiento es un tanto ambiguo, pues se escuda en la alternativa ideológica, mirando siempre como tema fundamental el campo, el ámbito agrícola, ya que pide riegos, reformas, nueva reestructuración del campo, abonos, etc., pero sin poner en la práctica, en ningún momento, alguna acción efectiva. La relativa ambigüedad de sus postulados, con el paso del tiempo, ha sido apropiado por unos y otros, a pesar de su poca convicción en la política activa.

Unamuno, previniéndo lo ya mencionado, afirmó a la muerte de Costa que (3): «Joaquín Costa ha muerto y ya es de todos». ■ **A. S. B.**

(3) «Joaquín Costa: ¿Prefascista o socialista?». A. Miguez. Diario «MADRID».



Una carta inédita de Joaquín Costa

(Madrid, enero de 1904)



Milagros Ortega Costa de Emmart

ESTA carta de Costa que presentamos ahora por primera vez, escrita en un momento de crisis tanto en la vida de su autor como en la historia del país, invita a una introducción, aunque bien claro es su mensaje y bien conocida la figura del gran hombre de Graus, que la sitúe en el doble círculo del momento histórico en que se escribió y en la coyuntura de la vida de Costa para mejor realzar su alcance y su inquietante actualidad.

NOS hallamos a principios del siglo XX. La fachada del sistema parlamentario turnante que había conservado un semblante de solidez hasta poco antes del asesinato de Cánovas del Castillo en Santa Agueda en agosto de 1887, muestra de lleno sus grietas y su calidad de mera fachada al comenzar el siglo XX. La derrota de Cuba, la pérdida de las colonias, el Pacto de París son, todos ellos, hechos bien conocidos y conocida es la desolación general del país al enfrentarse con lo que se viene llamando Desastre Nacional. Súmese a ello la escisión dentro de los dos partidos turnantes —el conservador ya en tiempos de Cánovas—, las demandas catalanistas y la fuerza sin canalizar de obreros y campesinos.

Es claro, para los espíritus más sanos del país, Costa entre ellos, que se ha de producir una revolución desde el poder, ordenada y justa, si no se quiere una revolución de la calle, acaso caótica y sin duda sangrienta. Por eso claman por un sistema gubernamental que efectúe aquella revolución, una revolución que dé cabida y representación a todas las fuerzas políticas, sociales y económicas; que saque al país de la ruina y del estancamiento en que se halla; que lo ponga en vías del necesitado progreso y, en fin, que lo devuelva a su calidad de potencia internacional. Acuñan las palabras «regeneracionismo» y su corolario «europeización». Esperan nuevas caras en el gobierno; personalidades que no estén ligadas al Desastre ni a la semblanza de gobierno que ha regido los destinos de la patria en los últimos veinticinco años. Se exigen leyes que protejan la suerte de obreros y campesinos que ya por entonces constituyen una fuerza social de gran importancia, pero sin asimilar en el engranaje del cuerpo político-legislativo. Cataluña desea una autonomía económica si no política. En fin, para muchos los republicanos antiguos y modernos son los hombres del futuro.

La regencia está llegando a su fin. La inquietud invade a los monárquicos ante la toma de poder del joven Alfonso XIII a sus dieciséis años. Los partidos de turno tienen más y más dificultad en formar gobierno y el sistema pasa de turnante a un sistema de coalición. Los no monárquicos o tibios ven el fin de la regencia como el fin de una era y hay esperanzas de que el joven Alfonso no llegue a asumir el poder, de que la regencia sea el fin de una monarquía y de una dinastía en trances de disolución.

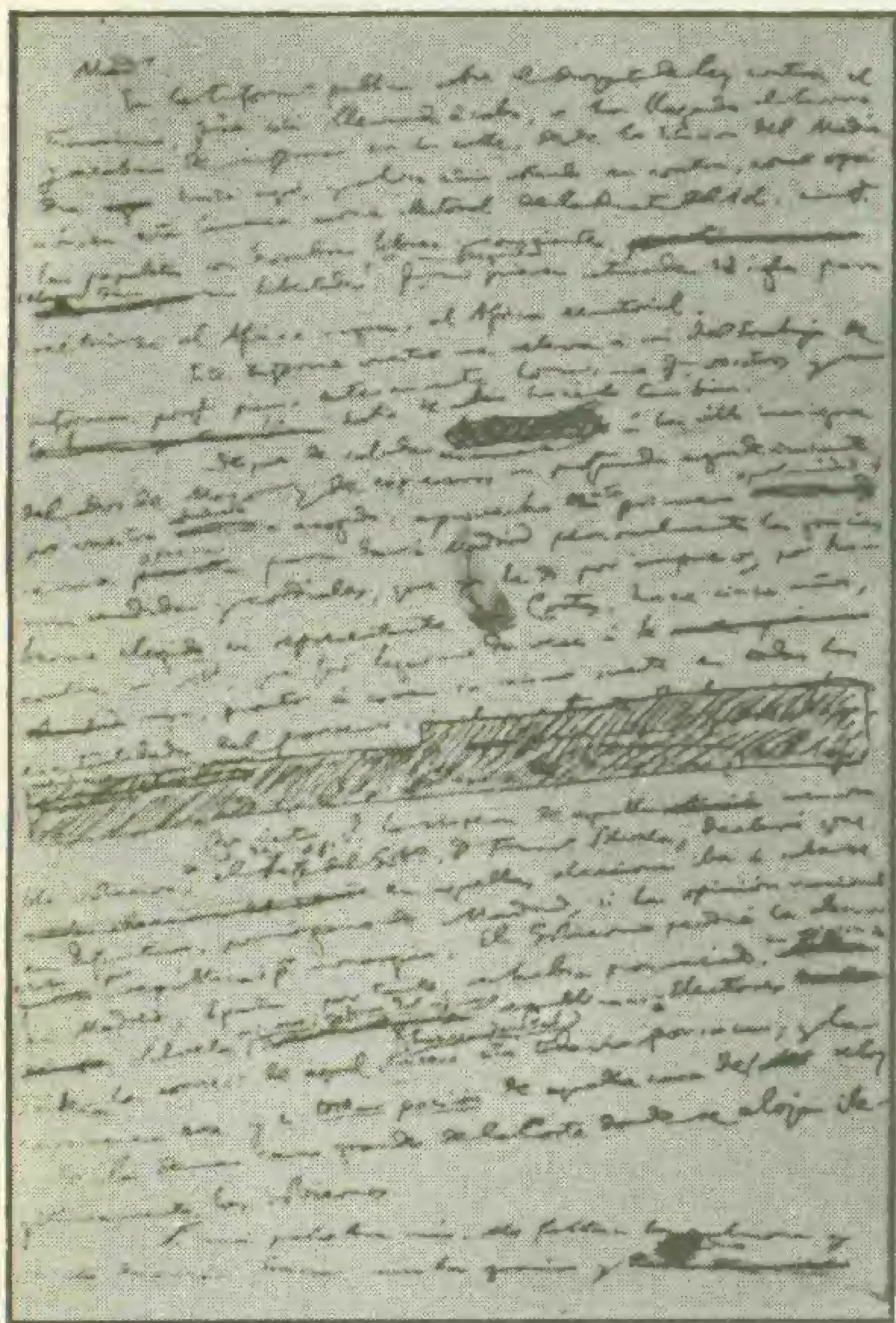
Los esfuerzos de Costa y de Alba y de Paraíso, entre otros, para despertar a los contribuyentes de las clases neutras y llevarles a tomar las riendas del poder mal llevadas por caciques y oligarcas, precisamente por su neutralidad e indiferencia, fracasan (1). Costa se ha retirado de la Unión Nacional convencido de que la revolución desde arriba no puede llevarse a cabo ya porque se ha dejado escapar un tiempo precioso e irreversible.

Otro intento, en este caso para agrupar a la clase pensante, es su ultimátum a la intelectualidad española con la Memoria que somete a debate en el Ateneo de Madrid. El tema: «Oligarquía y caciquismo, con la forma actual de Gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla». La fecha: marzo de 1901. La respuesta es imponente en el número y en la calidad de los que responden: Gumersindo de Azcárate, Jacinto Octavio Picón, Miguel de

---

(1) A pesar del fracaso, «Costa promovió las únicas reacciones de tipo colectivo que a la postrada España de 1898 le fue dado experimentar», Melchor Fernández Almagro, «El caso Joaquín Costa», **Revista de Estudios Políticos,** *cit. por Cirilo Martín-Retortillo,* **Joaquín Costa** *(Barcelona, 1960), pág. 45.*

(2) El malogrado Rafael Pérez de la Dehesa dijo que esta Información «constituye un acontecimiento intelectual clave en la historia moderna de España; un auténtico proceso de la Restauración, puesta al banquillo por algunos de los mejores cerebros españoles», **El pensamiento de Costa y su influencia en el 98** *(Madrid, 1966), pág. 201. Véase la reciente edición de* **Oligarquía y caciquismo,** *2 vols. (Madrid, 1975), valiosa por haber hecho asequible esta importante obra, agotada desde antiguo. Lástima que el estudio introductorio, del que escogemos no hablar, no esté a la altura de esta Memoria.*



Borrador de un discurso de Joaquín Costa.

Unamuno. Adolfo Bonilla, Antonio Maura, Francisco Pi y Margall, por mencionar sólo unos pocos, pero el resultado, desde el punto de vista práctico, es nulo (2).

Llega 1902 y el joven Alfonso XIII asume el poder (3). El 17 de mayo se ven esfumadas las esperanzas de que la monarquía cese con la regencia y todavía más las de un cambio salvaticio para el país: el poder sigue en las manos de los mismos partidos y, lo que es más grave, de los mismos líderes políticos (4).

(3) Para ese día un grupo numeroso de intelectuales de Madrid y de provincias, secundado por asociaciones neutras de la Liga Nacional de Productores trató de promover la celebración de una Asamblea Nacional con el fin de protestar contra esos actos del 17 de mayo y presentar un programa de reformas necesarias para la reconstrucción del país. El encargado de escribir la consulta-circular que se mandó fue Joaquín Costa. La Asamblea Nacional no llegó a celebrarse y el escrito de Costa permaneció inédito, «fuera de dos o tres párrafos de ella que prestaron base a cierto Mensaje» publicado con motivo de la Asamblea republicana de marzo de 1903, hasta que se incorporó como el primer capítulo de **Los siete criterios de gobierno, Biblioteca Costa,** *VII (Madrid, 1914). Citamos a Tomás Costa en su introducción a ese volumen.*

(4) Frustración que Costa expresa así: «Han pasado para el mundo cuatro años, mas nosotros seguimos en 1898; lo perdido, perdido, y Sagasta en el poder. ¡El mismo Sagasta de la guerra con los Estados Unidos y del tratado de París, presidiendo los nuevos desastres que se avecinan...!», **Siete criterios de gobierno, op. cit.,** *págs. 19-20.*

Entre tanto, las líneas republicanas se agitan y tratan de tomar posiciones para dar la batalla decisiva contra una estructura que se viene abajo. Pero las luchas intestinas —Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano en Valencia, por ejemplo— y la precipitada carrera por el poder debilitan las posibilidades de éxito. Aun así, logran que Joaquín Costa se incorpore a la Unión Republicana y hasta que se presente su candidatura a pesar del desprecio que siente éste por aquel sistema parlamentario.

En las elecciones de mayo de 1903 Costa sale diputado por Madrid, Zaragoza (5) y Gerona, pero don Joaquín no sólo no firma las actas ni asiste nunca a las sesiones del Congreso en calidad de diputado, sino que pronto manda su dimisión, hecho éste que los directivos de la Unión Republicana ocultan durante más de un año. ¿Cómo explicar que Costa defraudase a los constituyentes que le eligieron? Cheyne da, entre otras razones, la falta de salud, el desengaño de Costa al ver las luchas intestinas para asumir el poder de las fuerzas republicanas y las preocupaciones por el pleito de la Solana (6). Todas ellas son, no hay duda, válidas y todas ellas, probablemente, contribuyeron a su actitud, pero creemos que la razón más poderosa fue su falta total de fe en el sistema parlamentario tal como existía en España (7) y su convencimiento de que no había nadie entonces que verdaderamente tuviera la fuerza moral junto con la energía necesaria para asumir en verdad el poder, como gráficamente nos ilustra esta nota suya:

Jefe del republicanismo del Estado, ¿quién?

Si Giner sintiese menos desprecio por la política

(5) Costa volvió a salir diputado por Zaragoza en 1906.

(6) George J. G. Cheyne, **Joaquín Costa, el gran desconocido** *(Barcelona, 1972), págs. 146-147.*

(7) Alfredo Calderón resume las quejas que Costa tenía contra el llamado sufragio universal: Costa «dijo que la gran masa inerte, inconsciente, africanada, medioeval, no votó ni votar podía. Dijo que con esa materia bruta habían elaborado los caciques, según su costumbre, la seudomayoría parlamentaria. Dijo que no son sufragio el robo, el chanchullo, el engaño. Dijo que la manera mecánica como aquí se ha establecido el sufragio no ha podido dar otro fruto», «Los pecados de Costa», **La Publicidad,** *ed. mañana (Barcelona, viernes 7 de agosto, 1903),, pág. 1, col. 1.*

Otra queja grave que tenía Costa contra el sistema parlamentario es la siguiente: «Ni en repúblicas ni en monarquías regidas por principios parlamentarios es lícito al Jefe del Estado nombrar ministros o personas divorciadas de la opinión pública: es así que la opinión de España no exceptúa de su aborrecimiento y condenación, diríamos de su veto, a ninguna de las facciones ni a ninguno de las facciones ni a ninguno de los hombres actualmente dispuestos a recibir de manos del rey el poder; luego el rey se halla imposibilitado de formar gobiernos que no sean puramente personales, contrarios a la voluntad nacional», «La Cámara Agrícola del Alto Aragón, al país»», **La Publicidad,** *ed. noche (martes, 7-VII-1903), pág. 1, col. 1.*

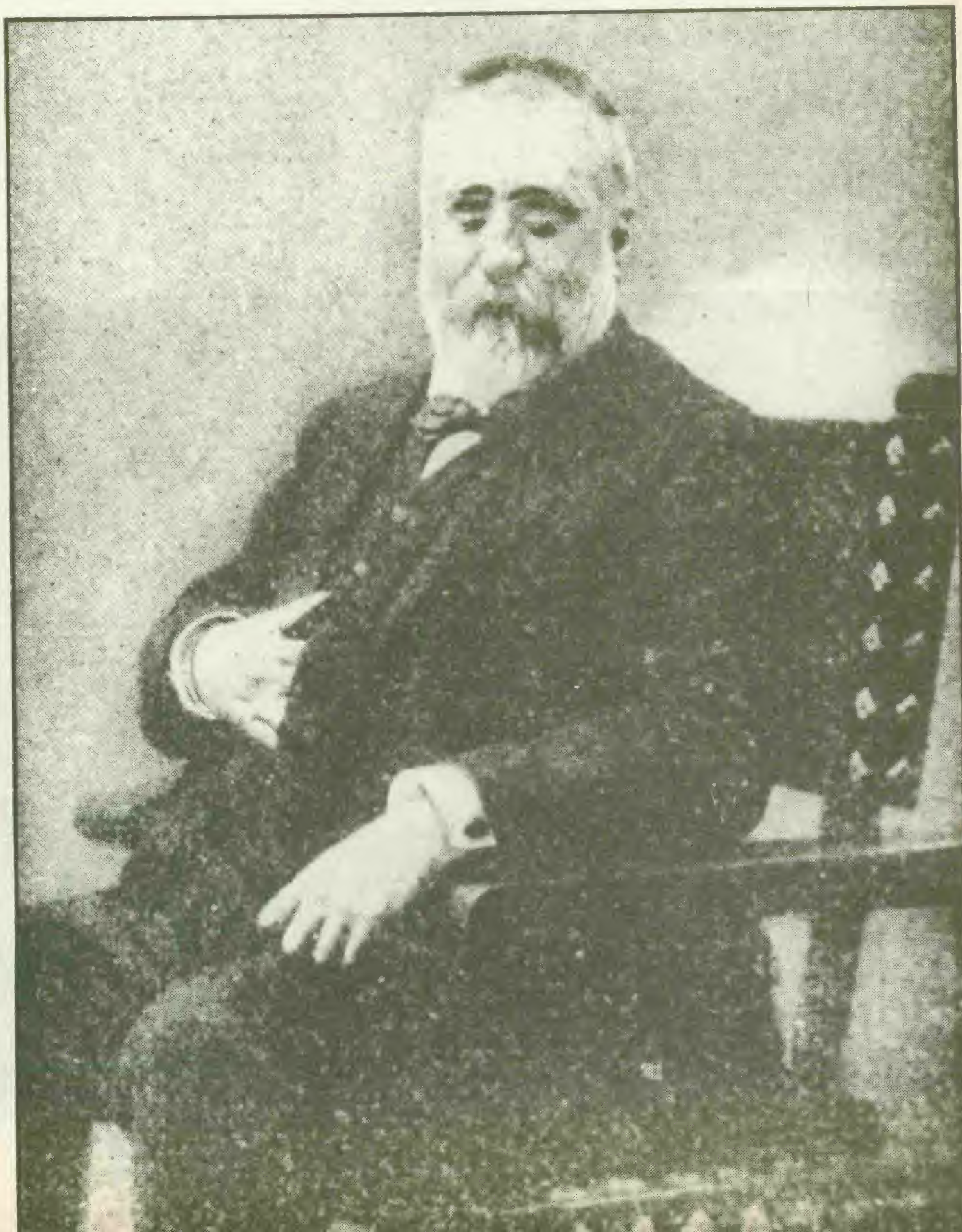
y los políticos y le asistiese un grano más de resolución (y de sentido práctico), ése; si Azcárate fuese menos apasionado (fanático) del parlamentarismo y estuviese menos desprovisto de hiel (supiera siquiera un poco odiar y maldecir), ése; Si Cambó se declarase republicano y republicano derecho..., ése; si Melquíades estuviese menos prendado de sí propio y de su oratoria y además no se tasara tan alto, ése... Por desgracia con ninguno de los cuatro se puede contar, y otros que ésos no los hay, aunque pasen de la docena los aspirantes... (8).

Mientras Costa consideraba quién pudiera ser el hombre que llevara a cabo la ingente labor de reconstruir el país de una manera orgánica, es decir, atendiendo simultáneamente y con recursos proporcionalmente iguales «la quiebra nacional, la económica o de la producción, y la financiera (9), otros le miraban a él como posible candidato.

Así, por ejemplo, Pío Baroja publica en la revista **Alma española** un artículo en el que proyectándose desde la realidad política del país a fines de 1903, a manera de vidente con su bola de cristal, vislumbra el futuro. Baroja ve

(8) *Citada por Cheyne,* **Joaquín Costa, op. cit.**, *págs. 14-7-148.*

(9) *Este era, en esencia, el núcleo del programa de reformas impulsadas por Costa que el directorio de la Liga Nacional de Productores llevó al jefe de gobierno, Silvela, y al presidente del Congreso de los diputados el 6 de julio de 1899 con el fin de que se introdujeran en el proyecto de Presupuestos Generales de Fernández Villaverde. Costa, en el discurso que citamos en la nota 7 vuelve a expresarlos y demuestra cómo, precisamente por no haber tenido en cuenta la «reconstrucción orgánica», han fallado los intentos de los sucesivos gobiernos, a pesar de haber más o menos nivelado el presupuesto,* **La Publicidad** *(martes, 7-VII-3), pág. 1, cols. 3-4.*



Don Marcelino Menéndez Pelayo.

la instauración de la república al cabo de unos cinco años al desintegrarse irrevocablemente la monarquía y menciona los nombres de los dos presidentes que la gobernarán consecutivamente: Salmerón y Costa. Este, después del fracaso de Salmerón, formará el ministerio de los intelectuales, el más revolucionario de todos los gobiernos (10), que a su vez fracasa por la impaciencia de los extremos de izquierdas y derechas. Después de un ministerio relámpago —Lerroux-Blasco Ibáñez— se constituirá el Ministerio Weyler. El artículo termina, en la versión de **Hojas sueltas**, diciendo que el general Weyler después de cerrar el Congreso y establecer la previa censura «se propone pacificar la Península por las armas» (11).

(10) Aquí parece Baroja aludir a lo que dice Costa en el discurso citado en las notas 7 y 9: «para cambiar totalmente de régimen haría falta una revolución y las reformas revolucionarias... sólo gobiernos revolucionarios las podrían hacer», pág. 1, col. 5.

(11) Citamos por la edición de «La repáglica del año 8 y la intervención del año 12» en **Hojas sueltas**, *2 vols. (Madrid, 1973), 1, 61-66. Cuando qusimos consultar este artículo en* **Alma española**, *año 1, núm. 7 (Madris, 20-XII-1903), nos encontramos que las páginas habían sido arrancadas de la única edición que se conserva en la Hmeroteca Municipal de Madrid. Desconcertados, llamamos a Caro Baroja, el cual nos informó amablemente de que se había incorporado ese artículo entre las* **Hojas sueltas**. *Véase, más adelante, la nota 19.*

El tono de este artículo es impersonal, casi aséptico, el del mero espectador, si bien Baroja no está haciendo simplemente literatura. Basta leer la prensa y las revistas progresistas de aquellos días para comprender que debajo de la indiferencia del tono de Baroja se halla reprimida una intensa preocupación análoga a la que experimentan los intelectuales de aquel momento. De hecho, el pesimismo se ha generalizado e intensificado tanto por aquel entonces que Francisco Giner de los Ríos se permite bromear, también él disfrazando su verdadero sentir, sobre esa actitud en un artículo que titula «Mi pesimismo» (12).

Costa, como leeremos en seguida, está de acuerdo con la conclusión de aquel artículo de Baroja como lo está, nos dice, Claudio Trillo, si bien duda que la tomen como suya los directivos del partido republicano. En cuanto a lo que a Costa se refiere, es decir, a su presunta

(12) En **Alma española**, *año 2, núm. 14 (7-II-1904), págs. 3-4. Se ha hablado tanto del pesimismo de Costa que nos parece necesario hacer hincapié en esta ola de pesimismo que cubre al país y que afecta a todos los espíritus conscientes. Si Costa lo experimentó antes que la mayoría de sus compatriotas es porque su visión alcanzaba más lejos. En 1903 no ser pesimista era equivalente a no pensar, actitud que no estoy segura tieneien cuenta Alberto Gil Novales en «El pensamiento de Costa»,* **Bulletin Hispanique**, *LXX, (jul-dic.. 1968), págs. 413-425.*



Vista general del balneario de Panticosa (Huesca).

presidencia de la república, no hace don Joaquín el menor comentario, como cabía esperar.

Y es que Costa considera que sus armas no se han de esgrimir en aquel vano juego parlamentario sino en el papel y con la palabra. Así, sólo en 1903 el número de cartas, notas y artículos que aparecen en la prensa y en las revistas republicanas o socialistas es ingente (13). Con su pluma, don Joaquín fustiga, exalta, acusa, apoya, aconseja, anima, denigra, y cuanto más intenso, más valiente, más revolucionario se hace su verbo, más crece el temor a la fuerza explosiva que se le atribuye (14).

A pesar de ello, todavía en este año 1903 le vemos figurar en algunos actos políticos tales como la inauguración de la Unión Republicana en el Teatro Lírico de Madrid; el celebrado en la antigua plaza de toros de Barcelona en el que Salmerón fue proclamado jefe del partido único republicano y muy particularmente en el mitin celebrado el 12 de abril en el Frontón Central de Madrid en el que Costa pronunció aquel vibrante discurso que arrebató a la multitud y del que se hicieron varias ediciones, ese discurso que ha sido muchas veces considerado como la carta fundacional de la Unión Republicana, pero al concluir este año Costa está decidido a convocar su «Congreso interior» y renunciar para siempre a la vida pública.



Ultima fotografía de Joaquín Costa, en vida.

Hemos llegado a los comienzos de 1904, concretamente a esos días en que amigos y familiares se escriben para mandarse los consabidos buenos deseos. Don Joaquín, todavía en Madrid, coge otra vez la pluoa, ahora para contestar la carta de un amigo con el que puede sincerarse. Costa deja manar su tristeza ante el irreparable tiempo que se ha dejado escapar sin atender ni resolver los males del país, pero aun así no ha perdido la esperanza ni la voluntad de seguir batallando con la palabra desde su Patnos. Leamos, pues, su carta con toda la atención que merece (15):

---

(13) Sólo en **La Publicidad** *de Barcelona en los seis últimos meses del año 1903 que consultamos aparecen: «Una carta de Costa», extracto de una carta a* **El Popular** *—nuevo periódico republicano de Málaga— (ed. mañana, sábado 4-VII), pág. 3, col. 5; «Una carta de Costa» sacada de* **El Defensor** *—hoja semanal republicana— (ed. mañana, martes 17-VII), pág. 1, cols. 2-3; «Carta de don Joaquín Costa a la Comisión organizadora de la reunión republicana celebrada en el Teatro Lírico el 25 de julio de 1903» (ed. mañana, domingo 26-VII), pág. 3, cols. 3-5; «La carta de Costa» —a propósito de la anterior— (ed. mañana, miércoles 29-VII), pág. 1, cols. 1-3; «La última carta de Costa sobre amnistía de los obreros, para don Emilio Junoy» (ed. noche, domingo 2-VIII), pág. 1, cols. 1-2; «La Cámara Agrícola del Alto Aragón, al país» (ed. noche, miércoles 11-XI), pág. 1, cols. 1-5; «Una carta de Joaquín Costa» —extracto de la dirigida por Costa a la Junta de la Unión Republicana de Zaragoza— (ed. noche, dominto 15-XI), pág. 1, col. 5; además de los aparecidos en la* **Revista Socialista** *y en tantas otras revistas y periódicos.*

(14) Así, Marcelino Gambón Plana escribe: «Por aquella misma fecha (1909) se le seguían a don Joaquín Costa tres procesos, por otros tantos escritos que le habían sido denunciados. En una de las cartas que con tal motivo me escribió..., decía: "Tocante a los procesos, uno de los dos jueces ha tomado el mejor camino, que es no hacer nada; pero el otro... me ha enviado varias veces al alguacil, a un médico forense, a inspectores de policía, con orden de detenerme y llevarme al Juzgado a declarar. Mi actitud es de «a la cárcel o a mi casa». Acabarán por encerrarme... y por convencerme de que tengo razón. Estoy convencido de que presto un servicio a esto que llamamos país"», «Una Noche Buena de Costa», **El Porvenir** *—diario independiente— (Huesca, 8-II-1912).*

Por su parte, Manuel Buenacasa recuerda la primera vez que conoció a Costa en un acto público celebrado en el teatro Pignatelli de Zaragoza en 1907 y a propósito de ello dice: «... acto seguido la junta de autoridades declaraba el estado de guerra. Todas las actuaciones públicas de don Joaquín Costa eran pretexto para el acuartelamiento de tropas "como medida preventiva"», **El movimiento obrero español, 1886-1926; historia y crítica** *(Madrid-Gijón, 1977), pág. 180.*

(15) Esta carta es propiedad de los herederos de la hija de Costa, doña María del Pilar Costa, viuda de Ortega.

Una carta inédita de Joaquín Costa

«Madrid, 9 enero 1904

Sr. D. Jorge Gudel (16):

Mi muy querido amigo: Le deseo a Vd. un feliz año 1904; le agradezco de corazón su grata del 21 de diciembre último; y celebro haber tenido noticias satisfactorias de su familia.

Ojalá lo fueran las mias también. Voy a trasladar mi residencia fuera de Madrid, pasar un tiempo largo, con suspensión de relaciones y correspondencia. Ya recibirá Vd. la circular (17). Aunque no diré a donde voy. Hoy salgo para cierta localidad por unos dias, con objeto de probarla y acabar al propio tiempo cierta monografia de derecho procesal que tengo comprometida... (18).

Si, gracias al retiro y silencio, puedo tirar un par de años, verán Vdes. que he tenido mi **Congreso interior;** *que he hecho más por la república y por España que si me* **esbofare** *por meetings y parlamentos. Y no digo más. En todo caso,* **ad imposibile nemo tenentur;** *y aún puedo decir que he hecho más de lo que podia y debia. He sido un burro. Y quizá no he dejado de serlo, porque no me decido a arrepentirme. Pero todo acabará pronto...*

En cuanto a esperanzas, creo sinceramente que la dinastia está en el último cuarto de la pendiente; que la república no está distante. Lo que no está de igual modo claro es que llegue a tiempo de redimir la bandera. Con los gobiernos dinásticos, fracasados ya definitivamente, no fracasa tan sólo la monarquia; fracasa juntamente y por adelantado la república, porque cada dia que pasa sin resolverse la gran crisis de la nación se lleva una posibilidad más de rehacer el pais: la república se va a encontrar, a poco que tarde, con que el cuerpo social ha agotado todo poder de reaccionar. Eso, aun suponiendo que (la república) se instaure y funcione ordenadamente; cosa dudosa, dada la idolatria del parlamentarismo y el ansia de mando que nos domina a **todos** *los españoles.*

Un novelista y critico, Baroja, ha publicado en la revista de Madrid **Alma española,** *el dia 20 de diciembre, un articulo titulado* **La República del año 8 y la intervención del año 12,** *en el que supone que se instaurará dentro de 4 ó 5 años y durará otros cuatro, consumiendo dos presidentes o jefes del Estado, Salmerón y Costa, y el primero dos ministerios (Azcárate y Labra) y el segundo tres (el de los intelectuales, el de los radicales y el militar) tras de lo cual acabará todo en una intervención extranjera. El anticipo, fuera de lo que a mi se refiere, se halla bastante bien sentido y trazado, por desgracia, y la conclusión me parece razonable: que para impedirlo, haria falta una* **dictadura inteligente** *(19). Claudio Trillo en el* **Mercantil Valenciano,** *periódico republicano de Valencia (20), se declara conforme a la conclusión de Baroja. Pero dudo que llegue a ser*

---

(16) El doctor Gúdel era oriundo de Barbastro, si no nos equivocamos, y muy amigo de Costa, así como de la familia Palacín, también de Barbastro. Durante muchos años practicó la medicina en Barcelona.

(17) En efecto, a poco de llegar a Graus se imprimió el famoso tarjetón que iba firmado por su hermana Martina y por su cuñado Tomás Puero. El contenido de ese tarjetón nos hace ver la inmensidad de gente que acudía a Costa para las más diversas demandas: desde ahora, Costa «no puede contastar cartas...; no evacúa consultas como letrado, ni se encarga de defensas en tribunales, no hace recomendaciones de pleitos, causas, indultos, expedientes administrativos, oposiciones, exámenes, etc...; no escribe cuartillas para periódicos, revistas, mítines, extraordinarios, veladas...; no sirve prólogos para libros...; no puede aceptar presidencias honorarias...; no tiene medios de procurar empleos o dinero a particulares; ... no admite servicios gratuitos; no acepta presentes de ninguna clase ni por ningún título: no se ocupa de elecciones...». cit. por Martín-Retortillo, **Joaquín Costa, op.cit.,** *págs. 62-63.*

(18) Será acaso su **El juicio pericial y su procedimiento** *(Madrid, 1904)?*

(19) Véase, más arriba, la nota 11. No hemos tenido ocasión de aalarar el misterio de la versión de este artículo en **Hojas sueltas.** *Allí, como hemos dicho, termina en el Ministerio Weyler. ¿Por qué ha quedado fuera «la intervención del año 12»? ¿Y el párrafo al que aquí alude Costa, que lo concluye? Hace unos veranos, no sabemos cuántos porque el recorte de* **ABC** *que nos mandaron no lo indicaba, Pedro de Lorenzo escribió un breve artículo que se llama «La lista de Baroja» en el que, entre otras muchas cosas, rinde homenaje a la me de Domingo Paniagua y menciona el libro de éste* **Revistas culturales contemporáneas** *(Madrid, 1964) en el que se incluye también este artículo de Baroja. Pedro de Lorenzo termina su ensayo con la conclusión del de Baroja: «Una orientación y una autoridad, o lo que es lo mismo: una Dictadura inteligente. Es lo que se necesita aquí y nada más». Sería interesante aclarar el porqué de haberse truncado este artículo de Baroja en su más reciente edición.*

No estaría de más recordar aquí que Baroja, de todos los hombres que formaron el núcleo de la llamada generación del 98, era el que menos apreciaba a Costa. De hecho, confesó más tarde «que le tenía antipatía».

(20) En balde hemos tratado de encontrar este periódico y este artículo de Trillo. Las hemerotecas de Madrid no lo tienen. En los Estados Unidos, según el catálogo de la **Library of**

Borrador de una de las últimas cartas escritas por Costa, dirigida a Manuel Bescós.

convicción de todo el partido y que haya en él puño suficiente, cirujano de hierro, para encarnar la institución tutelar de la dictadura, y sobre todo, para encarnarla el tiempo necesario.

Así es que participo de los pesimismos de Vd. (21), siquiera no sea ello motivo para

Congress *sólo se encuentra en la Universidad de Texas y los números que tienen no llegan al siglo XX.*

(21) Véase, más arriba, la nota 12.

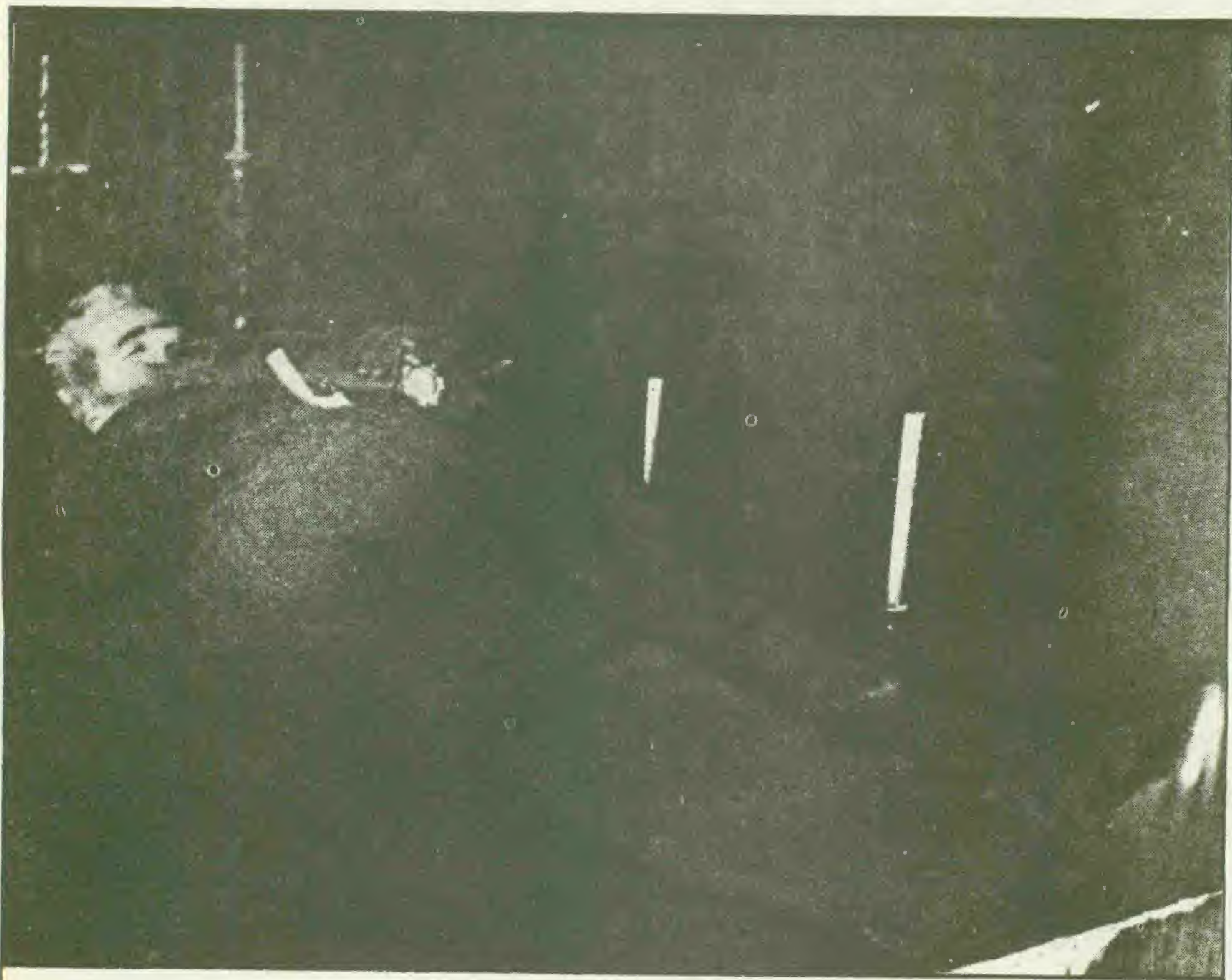
desesperar y cruzarse de brazos. Otro partido no nos queda. Y peor que lo actual no ha de ser lo venidero, cualquiera que ello sea.

Es lo único que queda por ensayar. Fracasado eso, viene fatalmente el extranjero. En cuanto a plazo, no creo que tarde tanto en proclamarse la república que figura en la hipótesis de Pio Baroja. El trabajo que he de hacer durante el año y medio o dos de mi retiro a **Patnos,** *se propone abrir cauce a la revolución, prevenir en lo posible su desbordamiento y su esterilidad por falta de orientación. En fin, lo que fuere sonará. Si tiro dos años, repito; cosa que no es segura. Hoy por hoy, desde mi silla, todavia puedo hacer algo. El Dr. Fenkel, que se comunicó con el Dr. Simarro de aqui durante mi estancia en Heiden (Apenzell) queria que estuviese con él seis meses; pero no ha podido ni puede ser (22).*

Adjunta la carta al meeting del teatro Lirico. Estimaré que me la devuelva. Los rotativos de aqui la han desfigurado infamemente, cortando de ella pedacitos que la hacen decir «Poncio Pilato fue crucificado»; y de ellos la han tomado muchos otros de provincias. En Zaragoza, Barcelona **(La Publicidad),** *Valencia, Oviedo la he visto publicada integra, no obstante haber sido denunciada (23). En*

(22) Se trata del doctor Fraenkel de Suiza a quien habia visitado Costa a instancias de Giner de los Ríos. Para la enfermedad de don Joaquín, una distrofia muscular de tipo hereditario, no se conoce cura todavía hoy. Los tratamientos propuestos entonces —corientes eléctricas, tratamientos de radium y barros actiniferos, etc.— no podian curarles y no sabemos si, por el contrario, fueron perniciosos. Véase: G. J. G. Cheyne, **Joaquin Costa, op. cit.,** *pág. 67.*

(23) En cuanto a **La Publicidad**, *no es exacto que saliera*



Joaquin Costa en su lecho de muerte.



Dibujo satírico de «Picarol», en La Campana de Gracia, con motivo del entierro de Joaquín Costa. Dos obreros comentan: «—¿Sabe por qué le levantan tanto ahora a este hombre?» «—Sí, porque ya ha muerto».

Zaragoza los periódicos publican de cuando en cuando cartas mias escritas con motivo de presidencias honorarias: hace pocos dias fue la última, algo extraña, dirigida a dos agrupaciones republicanas de Gerona, por la expresada causa. Ya voy a cesar en esa labor: desde que regresé hace nueve semanas, llevo impreso un manifiesto de Barbastro (24), el escrito al meeting del teatro Lirico, un articulo largo hoy en **Alma española** *(25) y una porción de cartas impresas. No me llamen haragán, que hago como el que más. Ahora acabaré de eclipsarme por tiempo. Mis respetos y afectos a toda su familia y un abrazo de su devoto amigo* **J. Costa». ■**

M. O. C. de E.

íntegra. Leemos, al finalizar una larga primera parte, la siguiente nota del corresponsal en Madrid: «Sigue la carta del señor Costa, que continuaré mandando por telefonemas, con una enérgica imprecación contra la dinastía en cuyas manos se ha perdido todo honor, gloria y territorio nacional» (ed. mañana, domingo 26-VII), pág. 3, col. 5 En la edición de la mañana del día siguiente, en una sección titulada «La carta de Costa, denuncia», viene esta nota de la redacción: «Los telefonemas urgentes conteniendo el final de la carta del señor Costa, los recibimos cerrada ya la edición de la mañana (del domingo), **no habiéndolas publicado en la de la noche**, *por haber* **sido mutilados de tal modo por la censura** *que resultan completamente ininteligibles», pág. 3 col. 2 (los subrayados son nuestros). En la edición de la mañana del martes 28, leemos: «La carta del señor Costa, el proceso» y a continuación: «Hoy han continuado las diligencias incoadas con motivo de la carta del eminente repúblico don Joaquín Costa, leída en el meeting republicano del sábado». Se añade que Azcárate ha declarado esa tarde y que para el día siguiente está convocado Joaquín Dicenta, pág. 3, col. 3. El proceso que, por fin, se limitó a ser sólo contra Costa y no contra los periódicos que la publicaron o las personas que la leyeron en el acto republicano, no sirvió más que para zaherir al gran hombre y enardecer los ánimos. Véase, más arriba, la nota 14.*

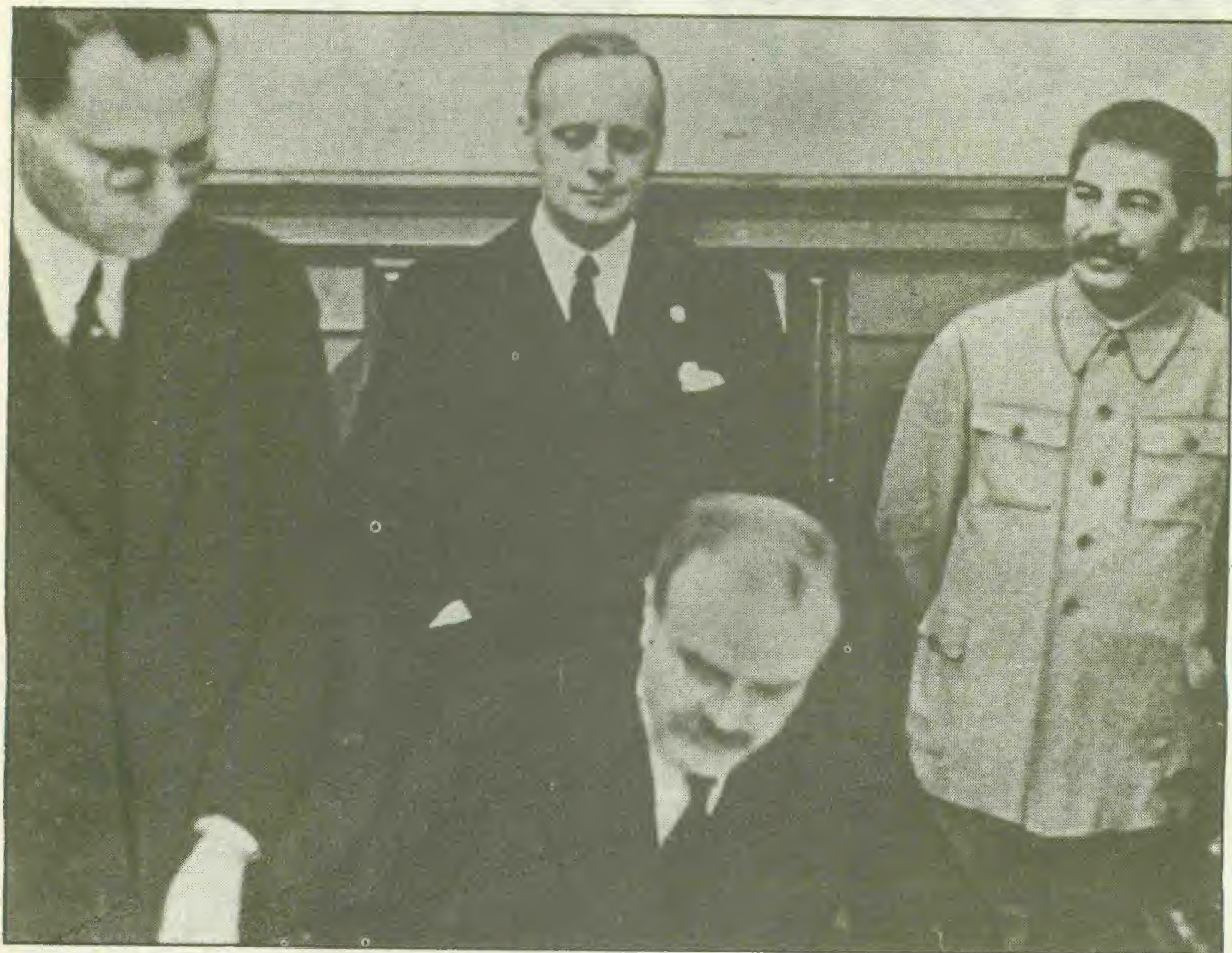
(24) *Probablemente el discurso que hemos citado en las notas 7 y 9.*

(25) *«El pueblo y la propiedad territorial (ideas revolucionarias de antiguos gubernamentales)»,* **Alma española**, *año 2, núm. 10 (Madrid, 10-I-1904), págs. 6-10. Este artículo será el último capítulo (XIX) de su* **Colectivismo agrario**, *Bib. Costa, XII (Madrid, 1915).*

El Pacto Germano-Soviético:

Hitler y Stalin

La política de unidad antifascista desarrollada por la URSS y los partidos comunistas durante la Segunda Guerra Mundial suele ser vista como la prolongación de la política de Frente Popular consagrada por el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1935. De esta forma se pierde de vista un período de casi dos años —desde agosto de 1939 hasta junio de 1941— en el que la Unión Soviética y los partidos comunistas abandonaron el antifascismo, es decir,



Firma del Pacto Germano-Soviético, el 23 de agosto de 1939. (En la fotografía, Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S., en el acto de la firma; detrás de él, Ribbentrop, su colega alemán, y a la derecha Stalin).

Joan Estruch

se dan la mano



la alianza con las naciones y partidos democráticos, y dirigieron sus ataques más fuertes contra sus antiguos aliados. Este brusco giro de ciento ochenta grados se inició el 23 de agosto de 1939, en el momento en que Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania nazi, y Molotov, su colega soviético, ponían su firma en el pacto germano-soviético, que marcaría de forma decisiva el curso de los dos primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

PARA comprender cómo se llegó a firmar este pacto es preciso remontarse a seis años atrás, a 1933, cuando Hitler llega al poder en parte gracias a la política sectaria del PC alemán, empeñado en considerar «enemigo principal» no a los nazis, sino a los socialistas. La implantación del nazismo no supone grandes cambios en las relaciones soviético - alemanas. Stalin no ataca en público al régimen hitleriano, al contrario, repite incansablemente que el cambio de régimen en Alemania no es obstáculo para las buenas relaciones entre ambos países. Ante el rápido rearme del ejército alemán y la creciente agresividad imperialista de la propaganda nazi, Stalin optó por intentar crear un sistema de seguridad en el Este de Europa para proteger sus fronteras. Pero sus propuestas de reconocer la neutralidad de los pequeños países bálticos —Letonia, Lituania y Estonia—, verdadero corredor de acceso al interior de Rusia, fueron rechazadas por Hitler. Del mismo modo, Polonia, Bulgaria y Rumania no se mostraban muy dispuestas a una alianza estable con la URSS. Por ello, Stalin orientó su política internacional hacia la búsqueda de una alianza con las democracias occidentales. Tal viraje, iniciado en 1934, a raíz del acuerdo polaco-alemán que amenazaba directamente la seguridad de la URSS, ten-



El Pacto Germano-Soviético, según una expresiva caricatura del semanario inglés «Punch» (enero de 1940).



Chamberlain, Primer Ministro británico al comenzar la II Guerra Mundial.

drá una de sus principales expresiones en la firma del acuerdo franco - soviético de mayo del 35, con el consiguiente compromiso del PC francés en la defensa de Francia votando, por primera vez en la historia del movimiento comunista, los créditos militares para la defensa nacional. Paralelamente, la Internacional Comunista se adecuó a las nuevas necesidades de la política exterior soviética mediante el VII Congreso (julio-agosto del 35). que supuso la renuncia táctica a la revolución socialista en aras de la defensa de la democracia amenazada por el fascismo y, por tanto, la alianza con los partidos socialistas y democrático - burgueses, reflejo de la alianza de la URSS con las democracias occidentales. De esta forma, Stalin esperaba ganarse el apoyo de Occidente ante la amenazante agresividad hitleriana, que reclamaba Ucrania y Siberia como zonas integrantes de la «gran Alemania» y que en noviembre del 36 adquiriría proporciones alarmantes con el pacto anti-Komintern entre Alemania y Japón, verdadera tenaza que amenazaba a la URSS por el este y el oeste. Sin embargo, la buena voluntad de Stalin hacia las democracias no era igualmente correspondida por éstas. Sus recelos ante la revolución espontánea desencadenada en España a raíz de la sublevación militar, su política de no intervención en la guerra civil española, que favorecía la ayuda descarada de Alemania e Italia al bando franquista, demostraban que las democracias occidentales no acababan de creer en la viabilidad de una alianza sincera con la URSS, que aparecía a sus ojos como la impulsora de la revolución mundial.

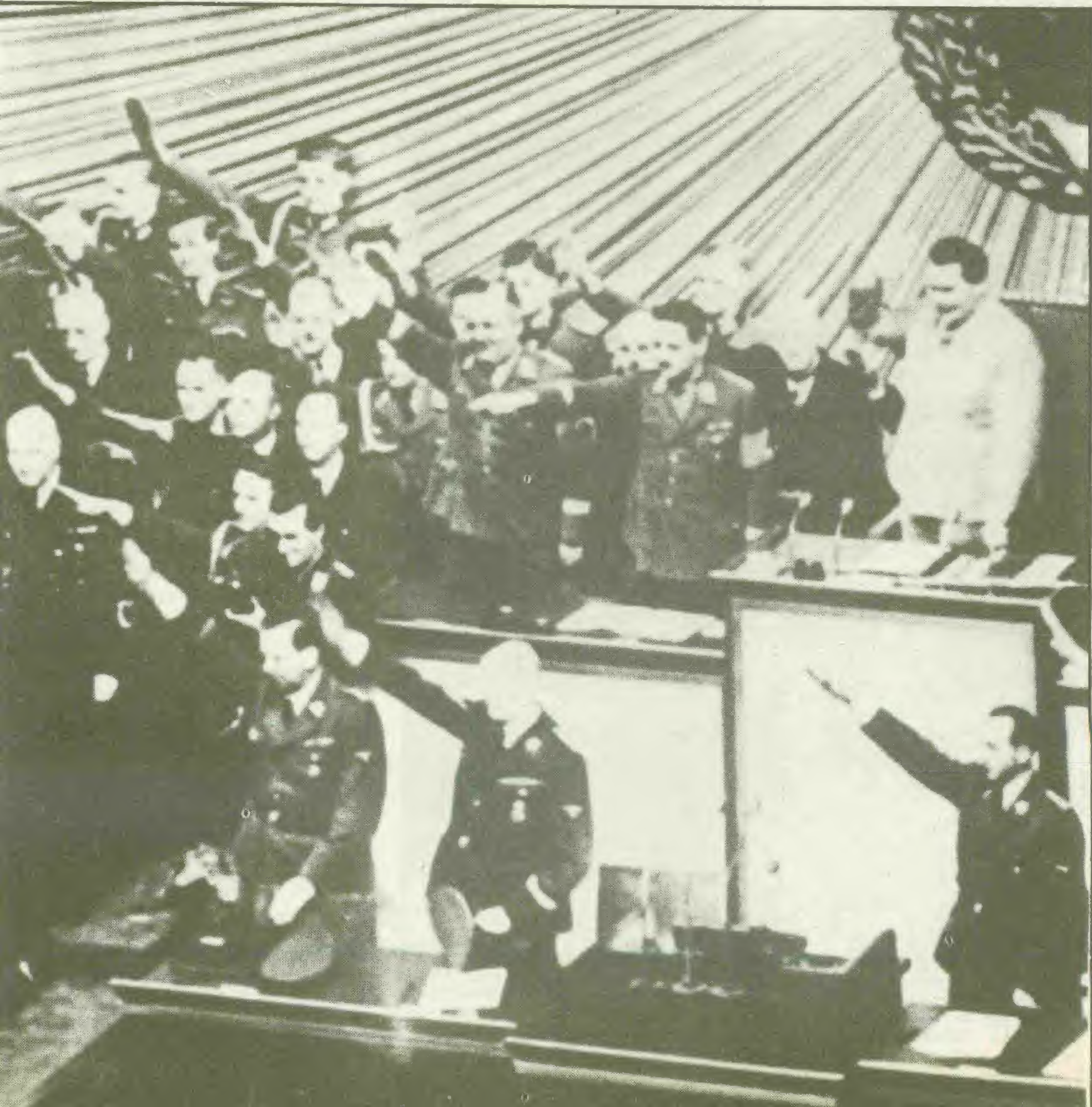
Pronto se vio que los viejos resquemores antibolcheviques seguían vivos para Inglaterra y Francia: en septiembre de 1938, las democracias europeas hacían toda

Sesión histórica del Reichstag (Parlamento alemán), en que Hitler notificó la invasión de Polonia y y el comienzo de lo que, en días sucesivos, se convertiría en la II Guerra Mundial.

clase de concesiones a Hitler, entre ellas la anexión de los Sudetes, abandonando así a su suerte a Checoslovaquia. Estos acuerdos, conocidos como «Pacto de Munich», no sólo marginaron de la escena europea a Stalin, sino que contribuyeron a aumentar las posibilidades de que Hitler pudiera invadir la URSS con la aquiescencia de Inglaterra y Francia, que no podían ver con malos ojos que la «bestia parda» y la «bestia roja» **se destrozaran mutuamente.** Bien claro lo contestó Chamberlain: «La paz europea sólo puede ser puesta en peligro por dos naciones: Alemania y Rusia. Europa debe enfrentarse a dos toros furiosos. La única esperanza es que los dos toros luchen entre sí: el Occidente europeo tendría la paz garantizada al menos para una generación» (1).

A partir del pacto de Munich, Stalin inició un complejo y maquiavélico juego diplomático: mientras seguía insistiendo en la necesidad de un acuerdo defensivo entre las democracias occidentales y la Unión Soviética, daba a entender a Hitler que estaría dispuesto a pactar con él. Durante este período la diplomacia soviética jugó con dos barajas, explotando a fondo su papel de árbitro. Mientras tanto, Hitler se impacientaba. Quería lanzarse a la guerra rápidamente, pero necesitaba solucionar el viejo problema de Alemania: la lucha en dos frentes, el del Este —contra Francia e Inglaterra— y el del Oeste —contra Rusia—. Para impedir que la URSS se aliara con las democracias occidentales, la diplomacia nazi se

(1) Cit. por Franco Catalano, **Della grande crisi a Yalta**, *Milán, 1975, pág. 298.*





Concentración de las Juventudes Hitlerianas, presididas por el Führer, al que saluda en la tribuna Baldur von Schirach, en vísperas de la guerra.

movilizó para conseguir un acuerdo con Stalin y tener así las espaldas cubiertas para lanzarse contra Polonia, aliada de Francia e Inglaterra. Stalin se hizo rogar. No quería precipitar las cosas. Prefería jugar con unos y otros para venderse al mejor postor. Ahora sabía que Hitler se había decidido a lanzar su tremenda máquina guerrera hacia el Oeste y estaba en condiciones de hacer pagar a las democracias la afrenta de Munich. Había otros factores que le inducían a buscar un acuerdo con Hitler: la esperanza de mantenerse al margen del conflicto mediante una sólida alianza con Alemania, así como el hecho de que Hitler se mostraba dispuesto a reconocerle una zona de influencia (los países bálticos, Finlandia, la Polonia oriental, la Besarabia rumana) que las democracias le negaban, siempre recelosas ante el fantasma del expansionismo soviético.

A todo ello se unía la actitud, entre reticente y descortés, de Francia e Inglaterra hacia la URSS. Sólo a fines de julio del 39 se decidieron a enviar una misión militar anglofrancesa a Moscú, que retrasó deliberadamente su viaje durante quince decisivos días. Además, la delegación estaba integrada por cargos de tercera fila, sin gran capacidad decisoria y sin una misión bien clara. Otra afrenta a Stalin, heredera del espíritu de Munich, es decir, de la convicción de que, para las democracias occidentales, era preferible un enfrentamiento Hitler-Stalin que una alianza contranatura con la patria de la revolución socialista.

Stalin ya no lo dudó más. El 19 de agosto cursa una invitación a Ribbentrop, que la esperaba desde hacía tiempo.

Hitler, en una carta personal a Stalin, pide que se adelante la fecha del encuentro, pues sus planes de invasión sobre Polonia estaban llevándose a la práctica rápidamente. Stalin acepta, y el 23 llega a Moscú el ministro alemán. Esa misma noche se firma el Pacto de no-agresión y un protocolo secreto en el que se reconocen las esferas de influencia y las normas para el reparto de Polonia. Terminaba así una larga serie de escarceos diplomáticos, de intrigas y juegos de intereses de los que dependía la vida de millones de personas.

El escándalo en las cancillerías fue enorme. En unas horas, las estrategias militares de media Europa habían quedado inservibles. La sorpresa fue mayúscula en las filas comunistas. Como ya era habitual, Stalin no había informado de sus intenciones a los partidos comunistas, encuadrados en la Comintern. Para ellos también, la estrategia antifascista, el Frente Popular, los duros años de lucha y propaganda antinazi, toda una visión del



Retrato de Stalin, hecho por Picasso en 1953.

mundo se había hundido repentinamente.

Sin embargo, de forma rápida y disciplinada, el mundo comunista —la URSS y la Comintern— organizaron su adecuación a la nueva situación. En la Unión Soviética, en unos días es arrojada por la borda toda la propaganda antifascista. En los textos de enseñanza, las hazañas del héroe ruso Alejandro Nevski, que venció a los caballeros teutónicos en el siglo XIII, quedan reducidas a una escueta cita, mientras se resalta la política exterior de Pedro el Grande y su apoyo a la constitución del estado prusiano. Los periódicos de los comunistas alemanes exilados desaparecen de la circulación. Muchos de éstos serían entregados a los nazis en los «intercambios» de prisioneros realizados entre la NKVD y la Gestapo (2). El mismo 23 de agosto se retiran de los cines y teatros de Moscú las películas y obras antifascistas o antialemanas, como **Alexander Nevski** de Eisenstein. La palabra «fascista» desaparece de la prensa y la propaganda. Se cursa una orden por la cual se prohíbe que en los campos de concentración los guardianes llamen «fascistas» a los prisioneros políticos.

Las consecuencias del Pacto no se hacen esperar: el 1 de septiembre las tropas alema-

(2) *V. Pierre Broué,* **El partido bolchevique**, *Madrid, 1973, pág. 538.*



En la madrugada del 1.° de septiembre de 1939, las divisiones alemanas invadían Polonia. La II Guerra Mundial estallaría dos días más tarde.

Hitler sigue en un mapa las incidencias de la campaña de Polonia, a su izquierda los mariscales Keitel y von Leeb.



Tras la firma del Pacto Germano-Soviético, el desconcierto en las filas del Partido Comunista de España fue grande. Santiago Carrillo lo justificó, en su día, así: «Incluso los militantes menos desarrollados políticamente, los menos preparados, se hacían este razonamiento sencillo y profundo: "Lo ha hecho Stalin, lo ha hecho el Partido Bolchevique, bien hecho está. Por fuerza tiene que ser favorable a nuestra causa" ». (En la fotografía, Santiago Carrillo, actual Secretario del Partido Comunista español).

nas invaden Polonia. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial. Radio Moscú, en un tono neutro y distante, informa del estallido de la guerra entre «países imperialistas». Stalin se apresura a recoger las ganancias: fuerza a Letonia y Estonia a cederle bases militares en su territorio. Cuando Finlandia se niega a ello, las tropas rusas invaden el pequeño país. Había comenzado la era de la expansión soviética. En los meses siguientes se produciría la anexión de los estados bálticos, la Polonia oriental y la Besarabia rumana. El 27 de septiembre, cuando Polonia ya ha sido aplastada por los nazis, Ribbentrop vuelve a Moscú para delimitar la nueva frontera entre Alemania y la URSS. Al día siguiente Molotov y el ministro alemán firman un nue-

vo tratado de amistad en el que se incluyen importantes acuerdos económicos mediante los cuales la URSS proporcionará a Alemania trigo y materias básicas para su industria de guerra, proporcionando así a Hitler parte de la infraestructura necesaria para proseguir su expansión hacia el oeste.
Con ocasión de su sesenta aniversario, en diciembre de 1939, Stalin responde a las felicitaciones de Hitler: «La amistad de los pueblos de Alemania y la Unión Soviética, cimentada por la sangre, debe ser duradera» (3). En realidad, las palabras de Stalin eran mucho más que unas simples frases protocolarias. Desde la firma del pacto, estuvo firmemente convencido de que el acuerdo con Hitler podía ser duradero. Algunos historiadores consideran que Stalin firmó el pacto con Hitler únicamente para ganar tiempo, para poder reforzar su ejército y preparar el país para una guerra que creía inevitable. Hay muchos hechos que demuestran lo contrario, es decir, que Stalin estaba convencido hasta el fi-

(3) *Cit. por Isaac Deustscher,* **Staline**, *París, 1953, pág. 533.*



Parada militar en Berlín, presidida por Hitler, en vísperas de la II Guerra Mundial.



nal de que era viable un acuerdo duradero con Hitler, pero quizá el más significativo es la actitud de Stalin ante las informaciones que por distintos canales le llegaban acerca del próximo ataque alemán a la URSS. Convencido de haber firmado un pacto duradero con Hitler, Stalin desoyó los informes de los servicios soviéticos de información, considerándolos simples maniobras de los ingleses para forzarle a entrar en guerra. Su obcecación llegó a tal extremo que incluso «durante las primeras horas de la ofensiva alemana, despreciando todas las evidencias y porque sigue creyendo en una provocación, Stalin prohíbe que se replique al ataque» (4). Órdenes rápidamente olvidadas en julio de 1941, cuando Stalin explicó así el «aparente error» del pacto con Hitler: «Aseguramos a nuestro país un año y medio de paz y la posibilidad de preparar sus fuerzas» (5). Versión luego recogida en las historias soviéticas oficiales y por los partidos comunistas, intentando así cubrir un tupido velo sobre un período molesto para su historial antifascista y convirtiendo los errores de Stalin en virtudes: su confianza suicida en el pacto con Hitler se convierte así en astuta previsión (6).

Esta confianza del mundo comunista en la alianza con Hitler queda perfectamente reflejada en la actitud y la propaganda de los partidos comunistas durante el período de vigencia del pacto germano-soviético. Es sabido que la firma del pacto provocó el aislamiento político más absoluto de los partidos comunistas. Sus aliados del Frente Popular se sintieron lógicamente traicionados y los comunistas tuvieron que echar mano de los argumentos más sofisticados del «marxismo-leninismo-stalinismo» para justificar lo que a ojos de la mayoría aparecía como injustificable. Incluso la militancia comunista, acostumbrada a aceptar disciplinadamente los «virajes tácticos» más increíbles, acusó el golpe y su fe ciega en la URSS y en Stalin se conmo-

---

(4) V. Leopold Trepper, **El gran juego**, *Barcelona, 1977, pág. 141. Sobre la imprevisión de Stalin ante el ataque alemán V. también Branko Lazitch,* **Le rapport Khrouchtchev et son histoire**, *págs. 100-107. París, Seuil, 1976.*

(5) Cit. por I. Deutscher, **ob. cit.**, *pág. 546.*

(6) En este sentido, es sintomático que la Historia oficial del PCE no diga una palabra del pacto y pase como sobre ascuas el período en que estuvo vigente.



Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S., a su llegada a Berlín, el 12 de noviembre de 1940, es recibido con honores oficiales por Ribbentrop y el mariscal Keitel.

vió por unos momentos. Santiago Carrillo explica cómo recuperaron la fe: «Incluso los militantes menos desarrollados políticamente, los menos preparados, se hacían este razonamiento sencillo y profundo: «Lo ha hecho Stalin, lo ha hecho el Partido Bolchevique, bien hecho está. Por fuerza tiene que ser favorable a nuestra causa» (7). Pertrechados con tan «sencillo y profundo» razonamiento, los comunistas tuvieron que enfrentarse a los ataques que de todas partes llovieron sobre ellos. En Francia, el gobierno derechista de Daladier puso fuera de la ley al PC, por considerarlo culpable de traición nacional. Al principio, el PCF justificó como pudo el pacto germano-soviético, pero siguió insistiendo en la necesidad de preparar el país para defenderse del inminente ataque hitleriano. Pero poco después «la posición del partido se alinea incondicionalmente con la de Moscú. Después de haber proclamado que Francia tenía razón en sostener a Polonia, y de votar los créditos militares demandados por el gobierno para una eventual intervención en favor de los polacos, el partido declara que «la Polonia de los terratenientes no merecía ser sostenida», y ensalza la ocupación de su parte oriental por el ejército soviético» (8).

(7) V. «Las tendencias liquidacionistas en nuestro Partido, durante el período de la Unión Nacional en Francia», en **Nuestra Bandera**, *junio-julio, 1948. Sin embargo, el mismo Carrillo, en* **Demain l'Espágne**, *afirma que «en mi partido, la comprensión del pacto germano-soviético no creó problemas» (pág. 75).*

(8) V. Fernando Claudín, **La crisis del Movimiento Comunista**, *I, París, 1970, pág. 291.*

Idéntico proceso vivió el PCE, con el agravante de que la reacción en contra suya provocada por el pacto germano-soviético no hizo más que aumentar el aislamiento político en que vivían los comunistas españoles desde el final de la guerra civil. Su política hegemónica durante la contienda, sus métodos burocráticos y autoritarios contra los partidos disidentes (POUM, CNT, socialistas de izquierda), su control sobre el ejército y el aparato de estado, etc., les habían atraído el resquemor de casi todos los sectores políticos del bando popular, resquemor que desembocaría en el golpe militar de Casado. Esta situación continuó en el exilio. En los campos de concentración franceses, los comunistas formaron una minoría aparte. En el Congreso de Juventudes Socialistas celebrado en Lille el verano del 39, las JSU dirigidas por Carrillo fueron excluidas por considerarlas una organización comunista. Ni siquiera para organizar la evacuación de los refugiados españoles pudo lograrse la unidad. Los comunistas organizaron el SERE (Servicio de Emigración para Republicanos Españoles), dirigido por Negrín. El resto de los partidos crearon la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), dirigida por Indalecio Prieto.

En esta tensa situación, la firma del pacto germano-soviético cayó como una bomba entre los exiliados españoles. El mito de la URSS como defensora de la democracia española y enemiga a

Momento de la entrevista concedida por Hitler, en la Cancillería del Reich, a Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S. (Noviembre de 1940).



Stalin, durante la firma del Pacto Germano-Soviético, desarrollada en Moscú. Detrás suya, el consejero económico de la embajada alemana, Gustav Hilger. A su derecha, el embajador alemán, conde von der Schulenburg.

muerte del fascismo, eje de la propaganda comunista durante la guerra civil quedó desecho súbitamente. En los primeros momentos, siguiendo el ejemplo de sus camaradas franceses, los comunistas españoles trataron de armonizar la vieja posición antifascista con la nueva situación: «... Alemania sabrá que ésta (la URSS) ayudará a las democracias occidentales si son agredidas ellas o una nación aliada. Nada hay, pues, de dejar a Alemania las manos libres en el Oeste...» (9). El pacto es presentado como una muestra de la debilidad de Hitler ante la potencia soviética: «Hitler no ha podido reducir tan firme potencia ni "trabajarla" con los procedimientos usuales del fascismo. ¿Qué otra cosa significa su demanda de un pacto de «no agresión» que el reconocimiento de la poten-

(9) V. **Catalunya** *(organe des inmigrés catalans), París, núm. 4, 26 de agosto de 1939.*

cia soviética? (...). ¿Qué ha cedido la URSS? Nada (...). Hoy estamos más cerca de la paz que hace una semana. La URSS la ha defendido (...). Las posibilidades de paz están abiertas. ¿Qué hace falta para consolidarla? El pacto anglo-franco-soviético. Las puertas están abiertas de par en par. El pacto germano-soviético no excluye ni mucho menos la alianza con las democracias; por el contrario: es preciso acelerar su firma» (10). Sejemantes afirmaciones, unas semanas antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, demuestran no la autonomía de los partidos comunistas respecto a la URSS, sino su grado de subordinación a Moscú, que ni siquiera tenía la delicadeza de tener informados a los partidos comunistas sobre sus decisiones, que tanto repercutían en la política de estos partidos.

Pero pronto este desajuste fue corregido. Ya hemos visto cómo el PCF contradijo toda su posición inicial sobre el pacto en unas semanas. Lo mismo ocurriría con el PCE. Pronto se observa en las publicaciones comunistas un cambio de tono, un rápido abandono de las consignas antifascistas y una nueva caracterización de la guerra en curso, considerada como guerra «imperialista», en la que, en palabras de Dimitrov, «la clase obrera, los trabajadores no tienen nada que defender». La principal figura del VII Congreso de la Comintern, el congreso del antifascismo, escribiría: «Es preciso destruir la leyenda según la cual ésta es una guerra antifascista justa» (11).

La nueva situación creada por el pacto germano-soviético condujo a una reinterpretación de las causas de la derrota en la guerra civil. Para los comunistas españoles, los principales responsables de la derrota eran ahora Inglaterra y Francia: «Nuestros combatientes tienen clara conciencia del porqué han luchado cerca de tres años. Y saben que sus enemigos no eran sólo los Franco, Mussolini y Hitler, sino que Chamberlain, Blum y Daladier eran sus peores enemigos, por el hecho de esconderse bajo el ropaje de una democracia traicionada y falseada» (12). De la misma forma, **Nuestra Bandera**, en su primer número, editado en México (junio, 1940), calificaba de «cómplices y servidores de un bando

(10) V. **La Voz de los españoles**, *París, núm. 14. 26 de agosto de 1939.*

(11) Cit. por L. Trepper, **ob. cit.**, *pág. 115.*

(12) V. **Catalunya** *(portantveu del catalans a Amèrica)*, México, núm. 1, 18 de febrero, 1940.



Cadáveres alemanes en las cercanías de Stalingrado. (Enero de 1943).

Ofensiva de las tropas soviéticas, en marzo de 1943, sobre el reconquistado suelo de Ucrania.

imperialista, es decir, de un grupo de explotadores» a los sectores de la oposición antifranquista que se alineaban al lado de las democracias. Si durante la guerra civil el POUM y la CNT eran considerados agentes de Hitler y Mussolini, ahora Mige decía que «el anarquismo español, a pesar de su demagogia, fue siempre, durante nuestra guerra, una fuerza al servicio de los intereses de los imperialistas anglo-franceses».

No es de extrañar, pues, que el PCF no sólo no reaccionara contra la invasión nazi de su propio país, sino que atacara a los que «por orden de la Inglaterra imperialista desearían lanzar de nuevo a los franceses a la guerra (13) contra los alemanes». Hasta junio del 41, cuando Hitler invade la URSS, la resistencia anti-nazi estuvo en manos de los nacionalistas gaullistas. Los comunistas se abstuvieron de luchar contra los nazis



Una típica expresión de Hitler, durante una intervención en el Reichstag, en los primeros días de la II Guerra Mundial.

(13) Cit. por Pierre Teruel-Mania, **De Lénine au panzer-communisme**, *París, 1971, pág. 29.*



Escena de la reconquista de Stalingrado, por las tropas soviéticas, en febrero de 1943.

en nombre de una «política de paz y por el socialismo», como si la paz y el socialismo fueran posibles sin la liberación nacional, sin la lucha contra el nazismo.

Sin embargo, no todos los comunistas aceptaron esta política. Los partidos comunistas sufrieron en este período numerosas deserciones individuales de militantes que, desengañados y sin poder conciliar su fe en la URSS con el apoyo a Hitler, abandonaron sus filas. En las filas del comunismo español, la disidencia más importante fue la de un grupo de militantes del PSUC en México, entre los que figuraban Miquel Ferrer y Miquel Serra i Pàmies, miembro de su Comité Central. Este grupo de militantes abandonaron el partido criticando el burocratismo interno, la dependencia de la Comintern respecto a los intereses de la URSS, la subordinación del PSUC al PCE y, finalmente, el pacto germano-soviético, que analizaban así: «Queremos luchar contra Franco dentro y fuera de Cataluña, aunque se haya convertido en un aliado indirecto de la URSS en virtud de los acuerdos con Hitler, y queremos animar a la lucha contra el franquismo a los antifascistas que están en Cataluña, porque comprendemos la desilusión que deben sentir al ver que los antiguos amigos se han convertido en aliados de nuestros enemigos más acérrimos» (14).

Joan Camorera, entonces todavía secretario general del PSUC, respondió así a los argumentos de los disidentes: «En el curso de guerra imperialista se producirán nuevas situaciones, nuevos hechos que determinarán nuevas actitudes. Y quizá el camarada Molotov irá a Lòndres, o a Tokio, o a Nueva York; o serán Londres, Tokio y Nueva York los que vayan a Moscú. ¿Y qué? Habrá más aspavientos, más calumnias, más mentiras, más cortinas de humo. ¿Y qué? La Unión Soviética tiene el derecho sagrado de hacer todo lo que sea preciso para la seguridad de sus fronteras...» (15).

Palabras proféticas. En el curso de la guerra se produjeron «nuevas situaciones, nuevos hechos» que determinaron «nuevas actitudes». Alemania invadió la URSS y entonces, sólo entonces, los partidos comunistas corrieron a los desvanes a desempolvar las viejas consignas antifascistas. Hitler volvía a ser el enemigo principal y las democráticas volvían a ser aliadas y amigas. El círculo se había cerrado. ■ **J. E.**

(14) V. **Catalunya**, *México, núm. 18, 24 de enero, 1941.*

(15) **Ibídem.**

Croacia, una nación en los Balcanes

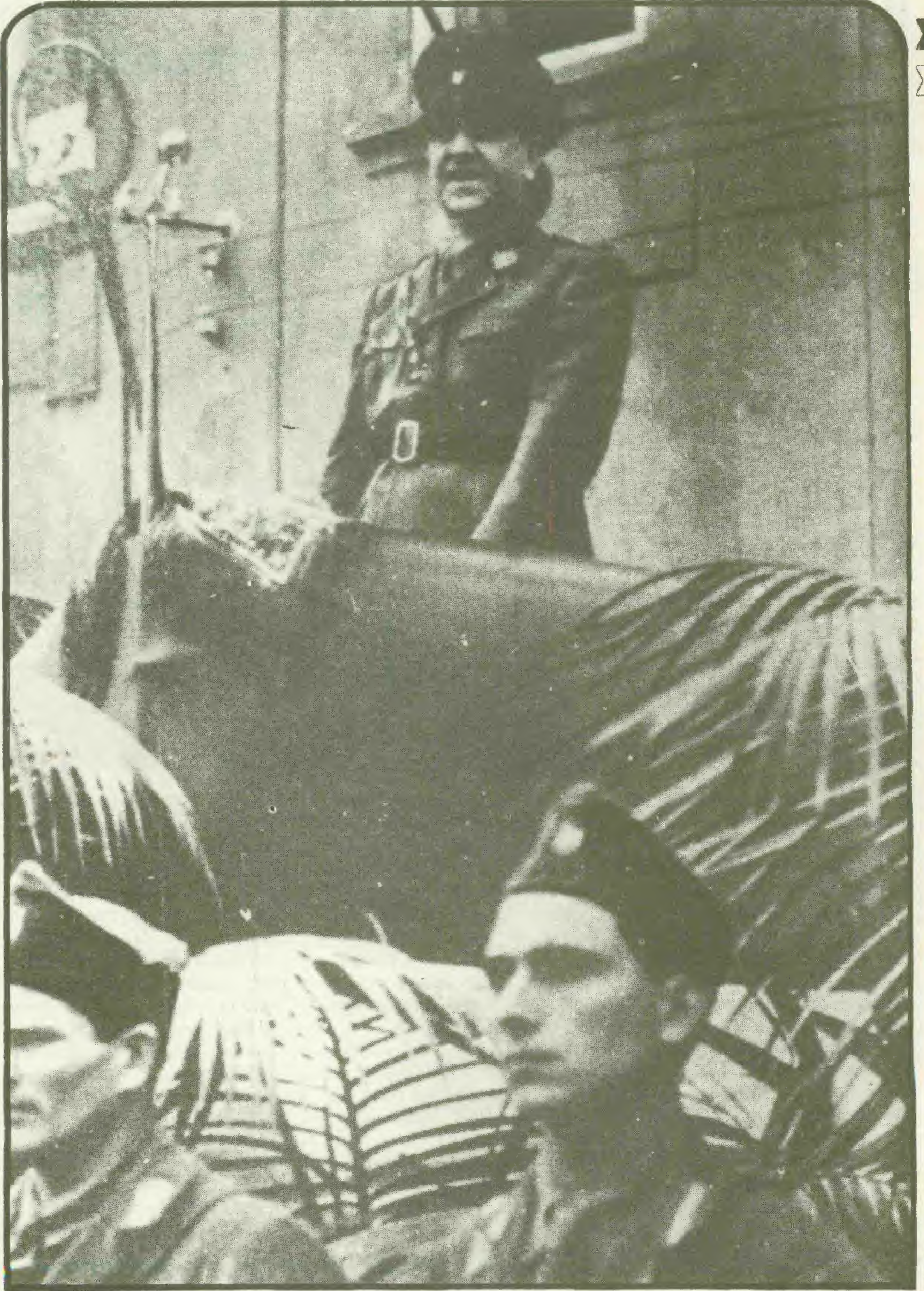
José María Solé Mariño

«El nacionalismo croata es muy superior al nacionalismo de cualquier otro pueblo no fronterizo. El nacionalismo croata constituye uno de los más firmes baluartes de la civilización occidental. Y mientras está civilización esté en peligro, el nacionalismo croata significará no solamente amor por el suelo natal, sino un servicio leal prestado a Occidente...»

Milán Sufflay,
patriota croata asesinado el 12 de febrero de 1930
por agentes del Gobierno de Belgrado.



Mapa del Estado Croata independiente tras la desmembracion de Yugoslavia.



Ante Pavelic, Poglavnik del Estado Croata entre 1941 y 1944.

UNA INTRODUCCION HISTORICA



Tierra de invasiones, la actual Croacia es anexionada por el Imperio Romano en tiempo de Augusto. Los invasores croatas llegan a esas regiones en el siglo XII y se instalan definitivamente en ellas. En el año 640, el Papa Juan IV envía evangelizadores, y al fundarse la sede episcopal de Spalato —la actual Split—, Croacia entra a formar parte del marco de la cultura occidental. El extremado catolicismo del pueblo croata se pondrá de manifiesto a partir de entonces a todo lo largo de su historia. El catolicismo será el nexo de unión que mantendrá ligada a Croacia con el resto de Europa, a pesar de estar rodeada por dominios turcos. Tras una efímera presencia veneciana, Croacia pasa a depender de Bizancio, hasta que a finales del siglo XI, los croatas se sacuden la dominación bizantina, pasando a vincularse a Occidente al ser coronado su rey Demetrio por el Papa Gregorio VII en el año 1076.

El paso que va a conformar la situación política y social de Croacia durante los ocho siglos siguientes tiene lugar cuando la viuda de Demetrio realiza una unión personal con el reino de Hungría. La historia de Croacia se desarrollará a partir de entonces alrededor de dos consonantes: por una parte, la lucha contra los turcos, que dominan casi la totalidad de la península balcánica; y por otra, la pugna por la obtención de una amplia autonomía dentro del reino magiar. Con el paso de los siglos, la segunda constante irá cobrando mayor fuerza al decaer la primera con la disminución paulatina del poderío turco en Europa. El rotundo fracaso de la Reforma Protestante y la agitación producida por los intentos de germanización del país bajo la égida del Imperio austríaco, son las notas fundamentales de la historia de Croacia durante la Edad Moderna.

En 1805, la invasión francesa del Reino Ilírico, que desaparece tras la caída de Bonaparte. En 1822, vuelve Croacia a pasar bajo dominio húngaro. La exacerbación del nacionalismo croata se desata particularmente en los años treinta debido a la política de Budapest tendente a ignorar la realidad de su dominio eslavo del sur. 1848, el año de las revoluciones europeas, va a significar también una fecha crucial para Croacia. Indignado por la aprobación de una serie de leyes que afectaban a la ya débil autonomía croata, el **ban** —gobernador— Josep Jelacic da nuevas disposiciones de carácter francamente revolucionario, entre las que destaca la abolición de la servidumbre y la declaración de igualdad para todos los ciudadanos. Arde la revolución en Viena y en Budapest y, ante la negativa del Gobierno húngaro de aceptar las nuevas medidas adoptadas unilateralmente por los croatas, Josip Jelacic entra al frente de su ejército en Hungría y aplasta la sublevación que amenazaba la integridad del Imperio, al mismo tiempo que se sitúa directamente bajo el mando del emperador de Austria, para defender los derechos de Croacia frente a la influencia magiar.



El rey Alejandro I disuelve el Parlamento y abole la constitución en 1929, con lo cual la Corona asume la autoridad absoluta. Será la primera de las dictaduras reales de los Balcanes. Su asesinato, realizado en Marsella el 9 de octubre de 1934, constituirá la primera aparición ante la opinión pública mundial de la organización terrorista ustachi.

Croacia salva así al Imperio de la desintegración. Se ha llegado a afirmar que sin Croacia, Hungría no hubiera seguido formando parte de la Monarquía de los Habsburgo.

Cuando en 1867, Austria y Hungría llegan al compromiso por el que se establece la Monarquía dual, Croacia pasa a depender del reino de Hungría una vez más, pero esta vez adoptando una personalidad propia, con la denominación de Reino de Croacia, Eslavonia y Dalmacia. Es el primer paso hacia la autonomía y el momento álgido del nacionalismo, encabezado por Josip Strossmayer, obispo de Djakovo, líder del Partido Nacional, y por Ante Starcevic, creador de un programa de resistencia a la dominación extranjera. A principios de siglo comienzan los primeros intentos serios para establecer las bases de un futuro Estado eslavo del sur, que agruparía a todas las comunidades balcánicas de raza eslava, que en ese momento se mantienen independientes o se hallan bajo dominio austriaco y turco. Estas aspiraciones se ven apoyadas de forma material por las victorias eslavas en las guerras balcánicas de 1912 y 1913.

La personalidad propia de Croacia había ido perfilándose en los años anteriores. La cultura autóctona había conocido un gran desarrollo, representado en la fundación de la Universidad de Zagreb en 1874 efectuada por el obispo Strossmayer, que siete años antes había creado una Academia de los Eslavos del sur, que se pretendía fuese centro cultural de una futura nación eslava independiente.

El dramático cambio de dinastía en Servia, tras la noche del 11 de junio de 1903, en que son asesinados el rey Alejandro Obrenovitch y la reina Draga, supone un incentivo más para la unificación de los eslavos del sur bajo el cetro de Pedro Karageorgevich, el nuevo rey de los servios. Servia parece estar destinada a convertirse en el Piamonte de los Balcanes, viniendo a cumplir una misión unificadora similar a la que la pequeña región alpina llevó a cabo en la península italiana cuarenta años atrás.

LA GUERRA Y LA INDEPENDENCIA

El atentado de Sarajevo, el 28 de junio de 1914, parece ser la señal que va a desencadenar el enfrentamiento directo de las tensiones que durante los últimos decenios habían venido aumentando en la aparentemente sosegada Europa. Cuando en el mes de julio esta-

llan las hostilidades, la situación social en los países balcánicos estaba ya muy oscurecida debido al incremento del terrorismo, el último golpe del cual había sido el acto de Sarajevo. Durante la guerra, Croacia, que pertenece al Imperio Austrohúngaro, sigue manteniendo sus relaciones normales con el Gobierno de Budapest y sus representantes continúan asistiendo a las sesiones del Parlamento de Hungría. Pero al mismo tiempo, los dirigentes independentistas de Croacia no descuidan sus relaciones con las demás comunidades eslavas. A pesar de encontrarse en campos enfrentados, servios y croatas mantienen en secreto estrechos contactos con vistas a la unificación una vez terminado el conflicto. El Tratado de Corfú, firmado el 20 de julio de 1917 entre representantes servios y croatas, sella de forma definitiva la unidad voluntaria de los dos mayores pueblos eslavos de los Balcanes

Los proyectos de instauración de una monarquía constitucional, democrática y parlamentaria, respetuosa con las particularidades religiosas y culturales de los pueblos que la formarían se plasman así en este pacto que será la base de la futura Yugoslavia. Unos meses más tarde, en abril de 1918, se celebra en Roma el Congreso de las Nacionalidades oprimidas, con vistas a la obtención de la independencia de los pueblos de la Europa oriental, que esperan la cercana llegada de la paz tras cuatro años de extenuante lucha. El Imperio Austrohúngaro se disgregará y con ello quedará abierto el camino para el debilitamiento del convulso sudeste de Europa.

En los últimos días de septiembre de 1918, cuando los ejércitos imperiales retroceden hacia el interior de su país y el fin de la guerra se adivina próximo, estalla la agitación en las provincias eslavas en contra del dominio de los Habsburgo. Atacada por todos los flancos, Austria está a punto de hundirse. Los soldados croatas encabezan las espontáneas y multitudinarias manifestaciones que recorren las calles de Zagreb, mientras arrancan las insignias, banderas y distintivos imperiales de los edificios públicos. La misma escena se está produciendo en esos momentos en Viena, en Praga y en Budapest. Ha sonado la hora final para el Imperio. Las propuestas de federación que hace el

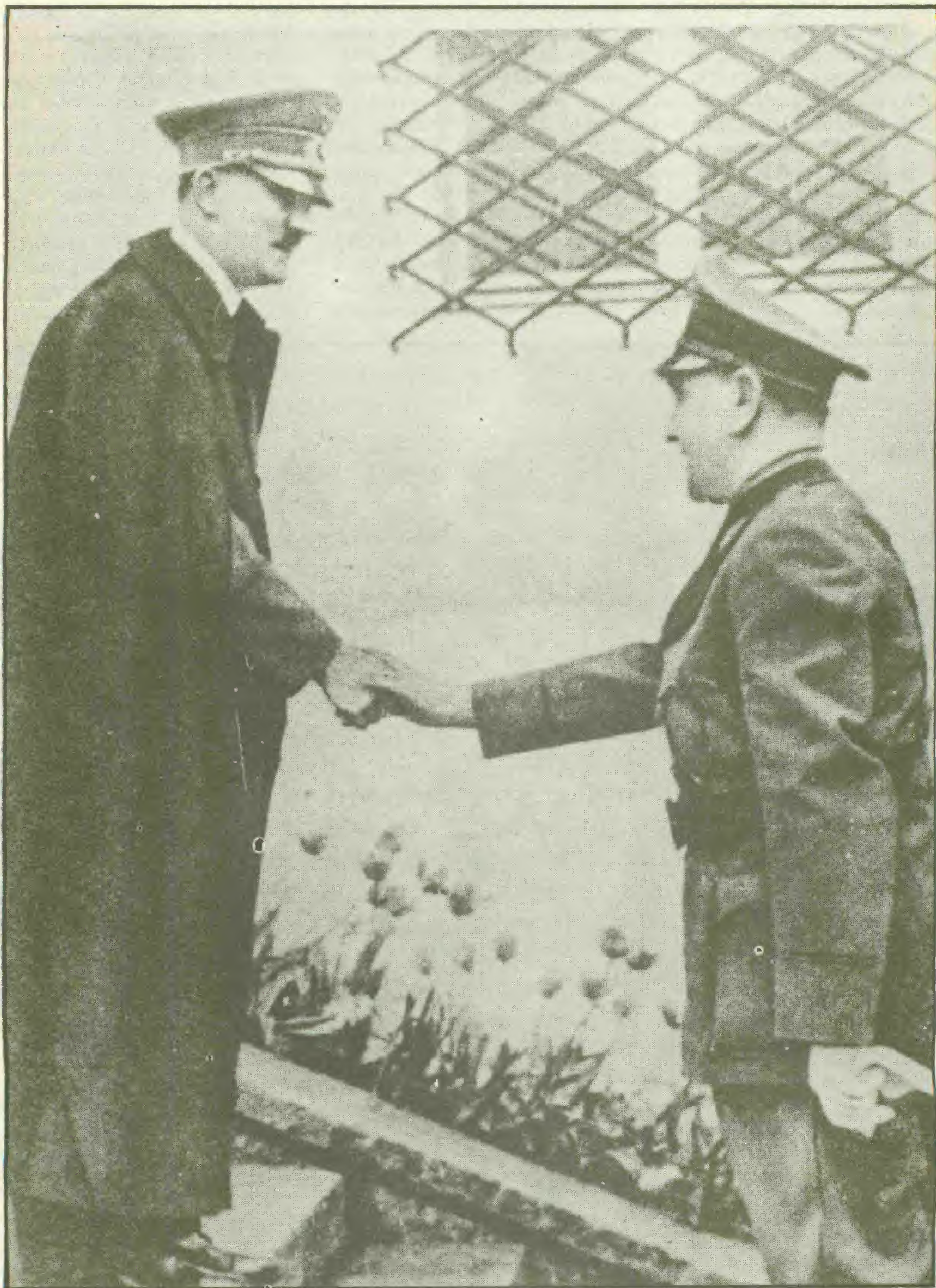


Belgrado, 18 de octubre de 1934. Funerales del asesinado rey Alejandro. En la fotografía, el joven rey Pedro, la reina María y el regente príncipe Pablo. Detrás, el rey Carol de Rumania, el presidente francés Lebrun, el zar Boris de Bulgaria y el duque de Kent. Representarían además a sus respectivos países, el mariscal Petain, el mariscal Goering, y el duque de Spoleto, que sería el efímero titular de la Corona de Croacia...

nuevo emperador Carlos no son escuchadas en aquellos momentos de euforia independentista y con ello se pierde la última oportunidad de fortalecer la extensa zona europea que, entre los Alpes, el mar Negro y el Adriático, va a constituirse en muy pocos años en la fácil presa de las apetencias de los dos totalitarismos de signo contrario que determinarán el destino del continente.

Pero en los días del otoño de 1918, después de cuatro años de mortífera guerra, nadie desea más que la independencia y la unión con los hermanos separados. En Croacia, la Junta Nacional **—Narodno Vijece—** es de hecho la única autoridad y efectúa las funciones de Gobierno provicionsl, en tanto no se clarifica la cuestión de la forma legal del Estado todavía no nacido. El día 29 de octubre se deshace el último lazo de unión con la derrotada Hungría. La Dieta de Croacia declara el fin de la dependencia, con lo que termina una dominación de ochocientos años. La Junta Nacional es ahora la depositaria del poder, y su primera declaración está dedicada a la intención de Croacia de unirse con Servia y Montenegro para formar un reino de los eslavos del sur. Al mismo tiempo, el menguado ejército croata





Ante Pavelic en una de las audiencias concedidas por el Führer al dirigente de la Croacia independiente.

ocupa el puerto adriático de Fiume.
Las provincias del sur del Imperio, al contrario que las del norte industrializado, no cuentan a la hora de la separación con una infraestructura básica para mantener su independencia económica. Croacia, como la misma Hungría, mantenía una organización social totalmente arcaica. Una minoría dominante de nobles y una limitada burguesía urbana eran los elementos decisorios, mientras permanecían al margen las amplias masas de campesinos, representados no obstante por el partido mayoritario de la región. La misma minoría transmisora de las voluntades de Budapest pasará ahora a ser la intermediaria entre Croacia y el Gobierno central de Belgrado. Muy pocos se dieron cuenta de que, bajo los entusiasmos de la hora de la independencia, los croatas abandonaban una servidumbre, la húngara, para soportar otra más cercana y por ello más dura, la servia, con la que además existía un fundamental factor de enfrentamiento: el religioso.

LA GRAN DESILUSION

El partido tradicional de Croacia, el Campesino, estaba apoyado por la inmensa mayoría de la población. Su líder indiscutido, Stepan Radic, es una de las pocas mentes que en el momento de la independencia mantiene una clara postura de oposición a la unidad con Servia. Totalmente contrario al centralismo de Belgrado y a su activo militarismo, Radic será en la siguiente época el portavoz del creciente descontento croata ante la política panservia que domina el nuevo Estado. A los *pocos meses de la unificación*, se comienzan a hacer evidentes las contradicciones sobre las que está edificado el sistema. El centralismo servio se muestra extremadamente duro y van a ser los croatas —la minoría más fuerte y más evolucionada— los que sufran más directamente las consecuencias. Stepan Radic, al frente de su partido y apoyado en la gran población agraria de su región, de tradicional vida comunitaria muy desarrollada y de carácter conservador, obtendrá en las primeras elecciones la inmensa mayoría de los votos de su región, al promover como base de su campaña electoral un programa de signo republicano y federal, como única alternativa posible al fracaso de este Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos.
Tras cinco años de inhibición del partido Campesino en la política, durante los cuales sus diputados se niegan a acudir a las sesiones del Parlamento de Belgrado como señal de protesta ante la situación, Stepan Radic abandona esta postura en julio de 1923. Durante los cuatro años siguientes, los círculos de extrema derecha nacionalista panservia no cesan en sus ataques a lo que ellos denominan intentos por destruir la unidad yugoslava. El 28 de junio de 1928, en plena sesión del Parlamento, un diputado montengrino del partido del Gobierno y conocido por sus ideas panservias, dispara contra Radic, hiriendo además a otros dos diputados croatas. La tensión es máxima, y el propio rey Alejandro, para intentar componer en cierta forma la situación, acude junto al lecho de muerte del dirigente campesino. Cuando a los pocos días se produce el fallecimiento de Radic, le sucede en el cargo el prestigioso doctor Vladko Macek, que al tomar posesión de su puesto, declara: «Ya no hay Constitución, sino tan sólo un rey y su pueblo». Estas palabras son inmediatamente interpretadas como una clara invitación del partido croata a una actuación personal del monarca, prescindiendo de todos los mecanismos democráticos que Yugoslavia había venido utilizando tan precariamente desde el mismo momento de su formación. La ideología unionista de Belgrado se enfrentaba con la federalista de Zagreb y ello debilitaba gravemente el Estado, que ya comenzaba a ser sacudido por desórdenes sociales, en los que intervenía cada vez más activamente el partido comunista en la clandestinidad. Entre 1919 y 1929, cuarenta y cinco crisis ministeriales se sucedieron en Yugoslavia con las consecuencias que esta realidad implica.

Los dirigentes croatas esperan una mayor autonomía bajo la dirección personal del rey, en el que mantienen su confianza, después de haberla perdido en los corruptos miembros de los partidos mayoritarios de Servia.

LA DICTADURA REAL

El día 6 de enero de 1929, el rey Alejandro declara abolido el sistema parlamentario e instaura la dictadura. Yugoslavia entra así a formar parte de la red de regímenes autoritarios de derecha que durante la década de los veinte comienzan a sojuzgar a gran parte de Europa. Sin embargo, la dictadura real presenta unas características muy especiales que la diferencian de las demás del mismo signo. El rey no se apoya en ningún partido para llevar a cabo las medidas de purificación del sistema, corrompido hasta extremos inimaginables después de diez años de práctica viciosa. Grandes sectores de la opinión apoyan la decisión del rey, y en los dos años que si-

guen, todo parece dar la razón a quienes empujaron a Alejandro a tomar la decisión de enero. Las grandes cosechas se unen a un fuerte progreso material. Una incipiente industrialización se está llevando a cabo por los capitalistas y la burguesía, que se atreven a invertir sus bienes amparados bajo la sombra protectora del monarca.

Debido a la enérgica represión que el Gobierno ejerce sobre los nacionalistas croatas, la situación es aparentemente tranquila en Zagreb, donde las cárceles y las cámaras de tortura están repletas de opositores a la dictadura. Con todo, el predominio servio es menor que bajo el sistema parlamentario.

Al otro lado del Danubio, en medio de la llanura húngara, Ante Pavelic, dirigente del partido Starcevitch, que ha huido del país al instaurarse la dictadura, lleva a la práctica sus posiciones teóricas cada vez más inclinadas hacia la estrema derecha. Pavelic resucita ahora las tradiciones terroristas de las viejas sociedades secretas balcánicas en su actitud de rechazo de cualquier intento de acercamiento al Gobierno de Belgrado. Y en su postura está dispuesto a recibir ayuda procedente del exterior, sobre todo la que le ofrece monetariamente Mussolini, y la que le facilita el regente de Hungría, almirante Horthy, que gobierna férreamente su país después de la caída de la experiencia soviética de Bela Kun en 1919. Horthy cede a Pavelic y sus seguidores campos de entrenamiento en su país. Tanto Italia como Hungría esperan obtener ventajas territoriales de una posible desmembración de Yugoslavia y por ello alientan el movimiento independentista croata del que es cabeza Pavelic. En Berlín, el doctor Rosenberg, teórico del movimiento **nazi** que está haciendo tambalear al sistema democrático de Weimar, anima las aspiraciones y la ideología de la organización **ustase**.

El movimiento **ustase** tiene una base independentista y católica. Pero Ernst Nolte anota que solamente con mucha cautela se podría denominar al **ustase** como fascismo católico, al estilo del régimen Dollfuss-Schusnigg en Austria. Las posteriores actuaciones de extremo terrorismo le separarán de esta denominación que realmente queda muy apartada del horror que vendría después. Heredero de largas tradiciones subterráneas, el **ustase** irá creciendo en el interior del país recibiendo el apoyo de los estudiantes y de una parte importante de la burguesía de Croacia, que se ven atraídos por sus aspectos teóricos.

A finales de 1931, la dictadura comienza a sufrir los embates de la gran crisis económica de 1929. La época de prosperidad ya ha pasado y ha durado muy poco tiempo. Ahora es cuando comienzan a hacerse sentir las primeras manifestaciones del resentimiento servio por haber perdido su posición predominante. La represión sobre los nacionalistas croatas continúa de forma implacable, y al mismo tiempo que los reyes hacen una visita oficial a Zagreb para demostrar la tranquilidad de la situación, representantes del Partido Campesino de Croacia presentan ante la Sociedad de Naciones en Ginebra un memorándum señalando la verdadera situación existente en el interior de su país, y piden una condena internacional contra el régimen de Belgrado, que mantiene ahora en prisión al doctor Macek, acusado de incitación al terrorismo. Forzado, pues, por la nueva situación, el rey promulga una Constitución el día 3 de septiembre de 1931, en la que se establece una larga serie de libertades y la creación de un parlamento con dos cámaras. Pero las elecciones que esta ley fundamental establece nunca llegarán a celebrarse, boicoteadas por la oposición a cualquier norma que amane de la dictadura. Por vez primera, en las calles de Belgrado la multitud ataca verbalmente al rey y pide la implantación de la república. En Croacia, los ánimos están cad cada vez más exaltados y el Gobierno teme una intervención de Italia. En el invierno de 1932, se publica el Manifiesto de Zagreb, que exige soberanía popular, protección a los campesinos, desaparición de la hegemonía servia y reconocimiento de iguales derechos para las tres nacionalidades. La respuesta del Gobierno no tarda en producirse. El doctor Macek y todos los demás firmantes del manifiesto son encarcelados. La fuerte represión que sigue eleva el tono de las críticas internacionales y dirige la atención de Europa sobre Yugoslavia, en la que ya se comienza a institucionalizar el asesinato legal bajo un régimen policíaco. Es un momento difícil para el sistema, que intenta asegurar su posición dentro de la Entente balcánica, a pesar de sus diferencias con Hungría y Bulgaria. Por otra parte, la Pequeña Entente, que Yugoslavia forma con Rumanía y la democrática Checoslovaquia, cuenta con el decidido apoyo de Francia, pero sorprendentemente este apoyo francés no enajena a Yugoslavia la amistad alemana. En 1934, Goering, el mariscal del Reich, visita Belgrado llevando los saludos y ciertas preferencias económicas que el nuevo régimen de Alemania concede a Yugoslavia.

El 9 de octubre de 1934, el rey

Alejandro inicia una visita oficial a Francia, su principal valedor europeo. Pocos minutos después de haber desembarcado en el muelle de Marsella, y cuando recorre las calles de la ciudad, el monarca es asesinado junto con el ministro francés de Asuntos Exteriores, Barthou, que había acudido a esperarle. Los asesinos son miembros de la organización **ustase** y pertenecían a los grupos que habían estado ejercitándose en los campos de Hungría. Pavelic es inmediatamente acusado de ser el principal instigador de la acción. Mussolini y Horthy niegan cualquier relación con el movimiento terrorista. Pavelic, que se encuentra en Milán, es puesto en una cómoda prisión esperando que pase el vendaval. Mussolini nunca accederá a las peticiones de extradición que tanto el Gobierno yugoslavo como el francés dirigen a Roma.

SIETE AÑOS DE AMBIGÜEDAD

El príncipe heredero Pedro, que se halla estudiando en Inglaterra, no tiene todavía la edad precisa para ser proclamado rey, por lo que se constituye un Consejo de Regencia encabezado por su tío, el príncipe Pablo, que comienza su gobierno concediendo una amplia amnistía que alcanza a más de diez mil personas y que le había sido solicitada por los más destacados intelectuales y políticos croatas y servios. En mayo de 1935 se celebran unas elecciones de dudosa limpieza democrática pero que sirven para abrir un camino a un futuro político más despejado. El doctor Macek es puesto en libertad y todo parece indicar que la época de las convulsiones ha quedado definitivamente superada. En política exterior, Yugoslavia sigue manteniendo las mejores relaciones con la Alemania nacionalsocialista, hasta el punto de adoptar una postura de pasiva comprensión cuando se produzca la anexión de Austria en marzo de 1938. Con Italia, también el entendimiento es cordial. El conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, visita Belgrado como manifestación de esta buena vecintdad. La dependencia económica de los países danubianos con respecto a Alemania va aumentando progresivamente. En 1939, más de la mitad de las exportaciones yugoslavas, búlgaras, rumanas y húngaras se dirigen a Alemania. Se va así conformando la ordenación económico-política de la zona con vistas al expansionismo alemán de los años siguientes. Con respecto a Croacia, el día 26 de agosto de 1939 se firma el **Sporazum**, acuerdo entre el Gobierno yugoslavo y representantes croatas, empujados a esta acción por el temor que despiertan las actuaciones de los cada vez más fortalecidos **ustase**. El doctor Macek exigía una total autonomía y la abolución de la Constitución de 1931, pero el acuerdo no llega a extremos tan radicales. La nueva unidad territorial autónoma se extiende sobre sesenta y seis mil kilómetros cuadrados y abarca una población de cuatro millones y medio de habitantes, entre los que se incluyen fuertes minorías servias y musulmanas. La Dieta de Zagreb —el **Sabor**— comparte con la Corona el poder legislativo, mientras que los sectores de Exterior, Defensa y Orden Público quedan en manos del Gobierno

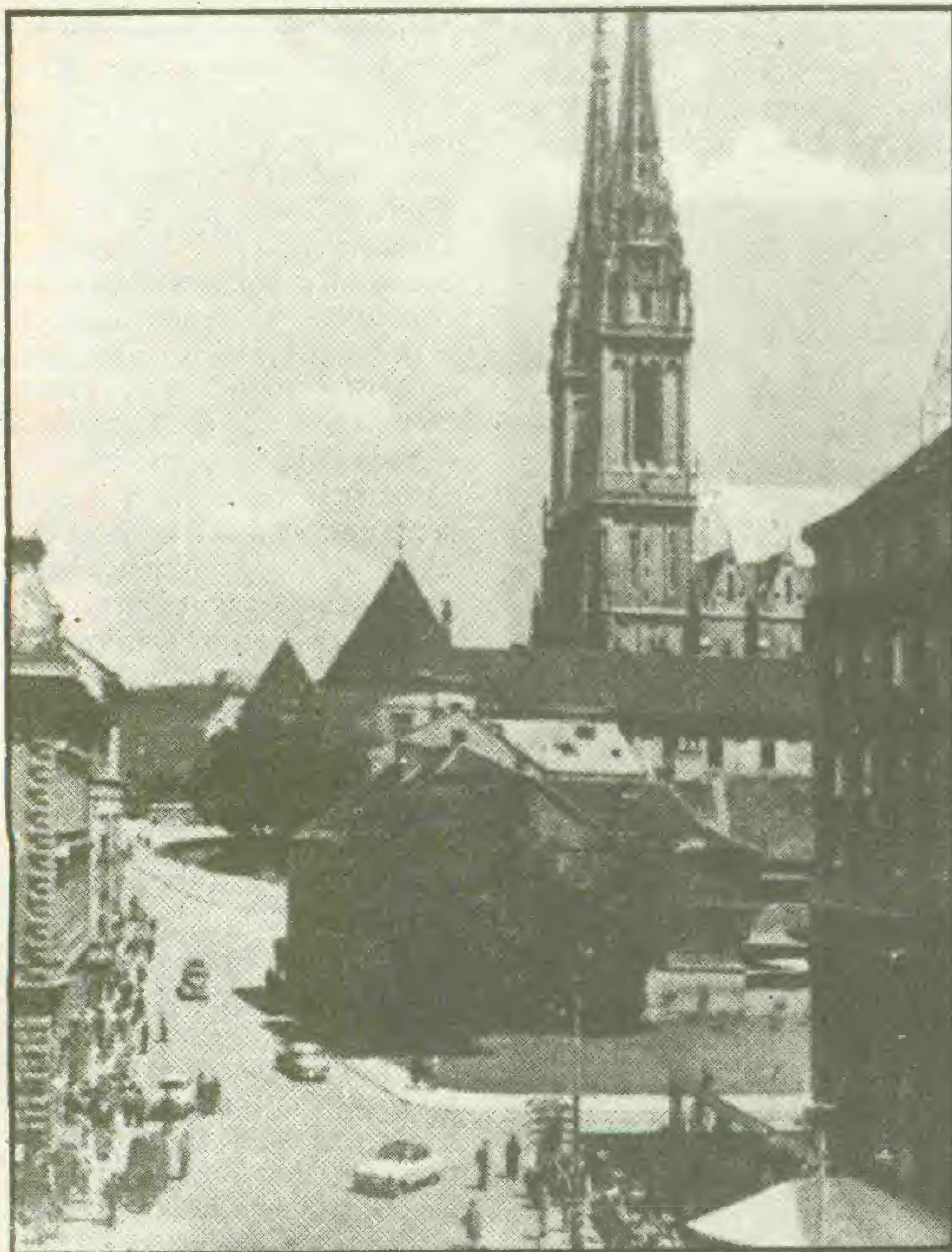


La relación de Pavelic con Mussolini siempre fue mucho más cordial que la que le unía al dictador de Alemania.

central. La libertad que a partir de ese momento goza la prensa de Zagreb ofrece un gran contraste con las dominadas publicaciones de Belgrado, influidas por la censura.

En el plano exterior, oficialmente Yugoslavia sigue manteniendo buenas relaciones con el Reich. El embajador yugoslavo en Berlín es el escritor bosnio Ivo Andric, que obtendría en 1961 el Premio Nóbel de Literatura. Los temores de invasión crecen sin embargo tras la invasión de Francia, la lucha contra Inglaterra y el ataque a Grecia y Albania. En estas cuestiones, el Gobierno yugoslavo declara su estricta neutralidad, mientras que Berlín le incita a apoderarse de Salónica a fin de tenerle atado a su política de expansionismo. El regente Pablo, decididamente proalemán, nombra ministro de Defensa al general Pasic, que parece ser el personaje apropiado para convertirse en la versión yugoslava del mariscal Petain. Las victorias del Tercer Reich hacen pensar a los croatas todavía descontentos del acuerdo de autonomía en la posibilidad de repetir en su país la experiencia eslovaca y disfrutar así de una **casi** independencia bajo la protección alemana.

En la última semana de marzo de *1941*, *el primer ministro* yugoslavo se ve obligado a firmar en Viena la adhesión de su país al Pacto Tripartito, que a cambio de ciertas ventajas territoriales une a Yugoslavia a la suerte —por entonces todavía victoriosa— de las fuerzas del Eje. La noche del día 25 de marzo es la fecha elegida por los oficiales de las fuerzas aéreas al mando del general Mirkovic para dar el golpe de estado que se venía preparando desde bastante tiempo antes. Los ministros firmantes en Viena son detenidos a su llegada a Belgrado. La regencia es abolida y el príncipe Pablo marcha con su familia al exilio. Se adelanta la mayoría de edad del heredero, y Pedro es proclamado rey. Los intelectuales de la Universidad de Belgrado, los antiguos partidos servios y el alto clero, dirigido por el patriarca Gavrilo, apoyan el golpe. Inmediatamente se forma un Gobierno proaliado bajo la dirección del general Simonic. Macek es nombrado vicepresidente de este gabinete que parece representar por vez primera todas las tendencias políticas del país. Alemania, sorprendida por los acontecimientos, comienza a desencadenar una campaña de duros ataques afirmando que la anarquía se ha adueñado del país balcánico. Viejas técnicas utilizadas una y otra vez con éxito por el régimen **nazi** en vísperas de sus ataques a países hasta entonces independientes.



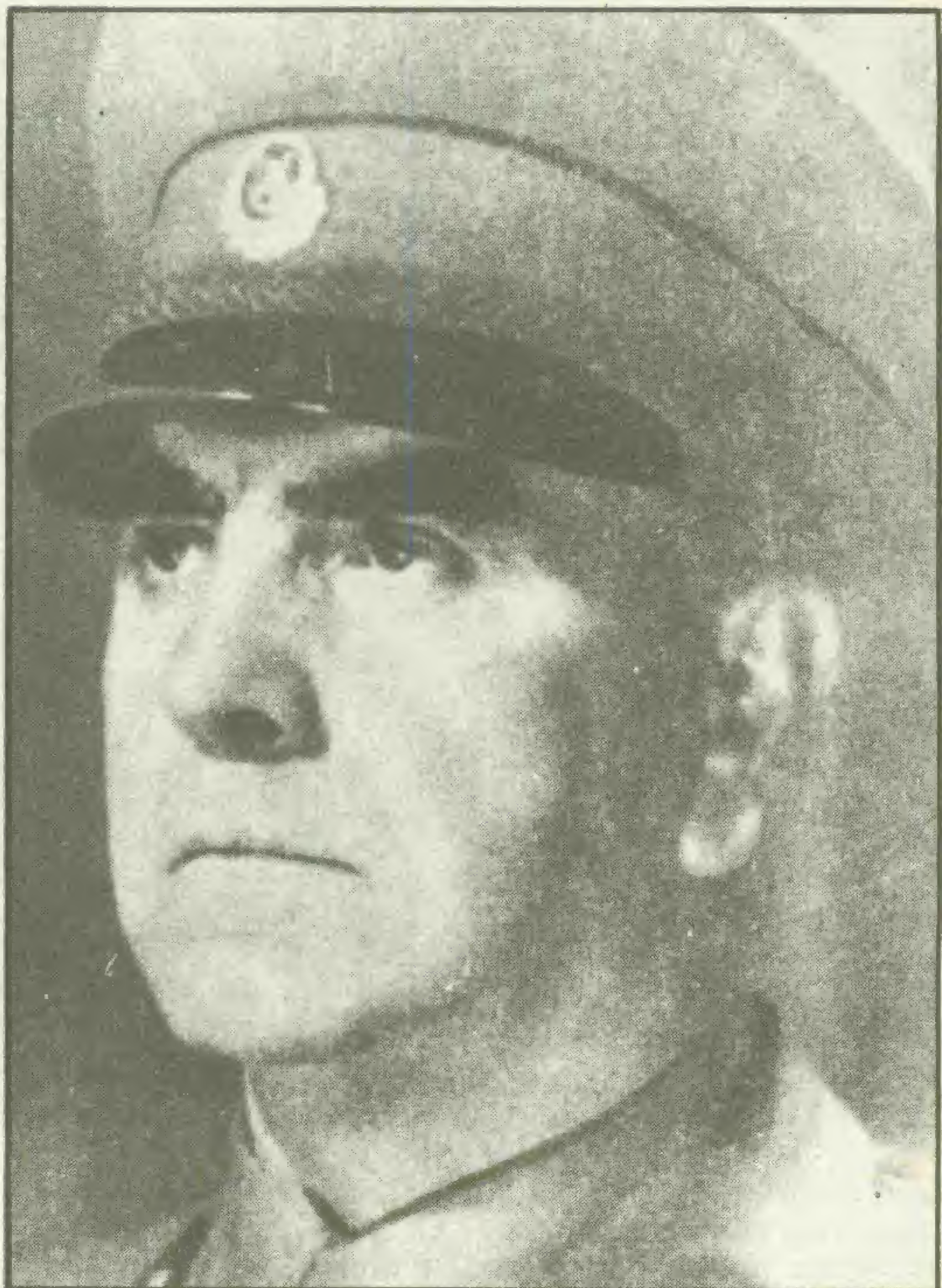
Zagreb —la antigua Agram— conserva hasta los últimos momentos de la guerra su reposado y anacrónico ambiente de capital provincial del desaparecido Imperio Austrohúngaro. En la imagen, la catedral, situada en el corazón de la ciudad vieja.

LA INVASION Y LA DESMEMBRACION

La población yugoslava se manifiesta en las calles en contra de una posible alianza con el Reich, mientras los embajadores de Alemania, Hungría, Italia y Rumanía abandonan Belgrado. La traición

de Yugoslavia a su amistad ha enfurecido al **Führer.** Hitler decide castigar a Yugoslavia antes de emprender la invasión de la Unión Soviética, lo que al mismo tiempo le permite un acceso directo a una Gracia que se está poniendo demasiado difícil para los ocupantes italianos. El **Führer** afirma que Yugoslavia debe ser considerada como país enemigo y aplastada lo más rápidamente posible. Por otra parte, exige a sus generales «descargar el golpe con dureza implacable». En efecto, en la madrugada del 6 de abril, diez días después del golpe de estado, el ejército alemán penetra por las fronteras austríaca y búlgara, mientras el italiano lo hace por el sur. Belgrado es sometido a un intenso bombardeo que destruye prácticamente toda la ciudad y produce más de veinte mil muertos. La Wermacht entra en Zagreb el día 10 y en la destruida capital el 12. El rey y el Gobierno han huido y el día 17, el Alto Mando del Ejército Yugoslavo se rinde a los invasores. Grupos aislados de militares buscan refugio en las montañas, constituyendo el primer núcleo guerrillero.

Tras la invasión, Alemania se anexiona la mitad norte de Eslovenia donde asienta a poblaciones campesinas austriacas. Italia se apodera de Liubliana, del resto de Eslovenia y del litoral adriático de Dalmacia. Hungría ocupa los fértiles valles danubianos del noreste; Bulgaria se adueña de toda Macedonia, y la Albania vasalla de Italia se engrandece a costa de Yugoslavia. En todos los territorios ocupados por países vecinos —excepto en los que lo han hecho los italianos— se producen grandes matanzas de poblaciones servias, como venganza contra el pueblo que durante veinte años consiguió alzarse con la hegemonía en los Balcanes. La propia Servia, reducida en sus verdaderas dimensiones, adquiere una difusa personalidad política bajo un Gobierno títere de **salvación nacional** presidido por el general Milán Nedic, pero manteniéndose la directa administración militar alemana.



El régimen ustachi de Croacia, creado por las armas alemanas, y colocado bajo la protección directa de Mussolini, contará con el beneplácito del Vaticano, que lo considera como un fuerte enclave católico dentro del mar ortodoxo que constituyen los demás Estados balcánicos. En la fotografía, Poglavnik con uniforme de comandante supremo de las fuerzas armadas de su país.

EL ESTADO CROATA

El día 16 de abril de 1941, Ante Pavelic, el antiguo terrorista, proclama la independencia de Croacia bajo la protección italiana y forma su primer gobierno. Los patriotas croatas habían estado intensamente infiltrados de agentes alemanes y por ello ahora aceptan el nuevo estado de cosas. El nuevo Estado se extiende por la Croacia propiamente dicha —con excepción de la costa dálmata ocupada por Italia— y abarca también Eslovenia, Bosnia y Herzogovina, además de varias islas grandes de la costa, hasta alcanzar ciento tres mil kilómetros cuadrados. De sus casi siete millones de habitantes, solamente la



Ante Pavelic jurando el cargo de jefe del Gobierno de Croacia. Una imagen oficial del dictador croata.

mitad son croatas católicos. Más de dos millones de servios ortodoxos forman la gran minoría, junto con musulmanes, protestantes y judíos. Pero solamente van a ser los servios los considerados como un cuerpo extraño dentro del nuevo Estado. Y las primeras medidas legales adoptadas por el Gobierno van a ir dirigidas contra ellos. Se prohíbe el alfabeto cirílico y comienzan las persecuciones religiosas.

La extremada confesionalidad de los **ustase** se pone ahora de manifiesto. En un primer momento, el régimen recibe el respaldo directo del episcopado, representado por el arzobispo Stepinac de Zagreb, que escribe en una carta pastoral: «En la creación de Croacia es fácil ver la mano de Dios en acción». El clero recita en todas las iglesias oraciones por el **Poglavnik** —título que se ha dado a sí mismo Pavelic y que es la traducción croata de tantos otros atributos similares en la Europa de entonces—. Este **Poglavnik**, por el que rezaba el pueblo siguiendo al clero, comenzaba ya a organizar las acciones que, según Nolte, convertirían a Croacia en un enorme baptisterio y a la vez en un gigantesco matadero. Las conversiones forzadas evitan en muchos casos la muerte del que las realiza, pero en muchos otros, las ansias de venganza en contra de los dominadores servios no deja lugar a consideraciones religiosas y millares de personas son muertas por los guerreros **ustase**, que actúan impunemente protegidos por el Gobierno.

Desde el punto de vista político, la nueva Croacia es un Reino, cuyo monarca es el duque de Spoleto, nombrado por Mussolini para esta función. No solamente es el **Duce** quien empuja al **rey** a trasladarse a su país, sino que también el Papa Pío XII induce al duque a tomar posesión de su cargo. Pero Spoleto nunca visitará su convulsivo reino. El régimen croata calca casi exactamente las instituciones políticas del fascismo italiano y así se forma un Consejo Nacional compuesto por representantes de los **ustase** y de los campesinos. Se crea además un Frente Nacional de Trabajo, del más puro estilo corporativista, y el nuevo Estado ajusta su moneda a la italiana.

Pero de hecho, y aparte de los guerreros **ustase**, ninguna fuerza política organizada apoya al régimen de Pavelic.



El Poglavnik en familia. A pesar de las atrocidades que el régimen llevó a cabo durante su corta existencia, la exaltación de la familia católica fue uno de los principios más insistentemente proclamados por la política ustachi.

El doctor Macek, tras su negativa a colaborar, es puesto bajo arresto domiciliario, su partido disuelto y creada una Asociación Campesina de base oficial. Mientras Pavelic visita repetidas veces a su protector el **Duce** italiano y a su inspirador espiritual el Papa Pacelli, tienen lugar en su país escenas de guerras religiosas impensables en la Europa del siglo XX. Aparte de acabar con la jerarquía ortodoxa —fueron asesinados cinco obispos y más de trescientos sacerdotes— se producen masacres de pueblos enteros, sin discriminación de ningún tipo. Los servicios de información británicos han calculado que las matanzas de servios en la Croacia independiente solamente fueron superados en número y brutalidad por el exterminio de judíos polacos efectuado por los ocupantes alemanes. Son en muchas ocasiones miembros de congregaciones religiosas, como los jesuitas y los franciscanos, quienes dirigen las acciones criminales. Mientras en el **lager** Jasenovac, el Auschwitz yugoslavo, mueren doscientas mil personas bajo la dirección del franciscano Miroslav Filipovic, el episcopado croata y la Santa Sede guardan silencio.

A mediados de 1942 comienzan las dificultades para el régimen **ustase.** El inicial apoyo que había tenido el **Poglavnik** entre los nacionalistas se va desmoronando al observar la brutalidad de los métodos empleados con los servios ortodoxos, y ante la evidencia de la dependencia exterior del país. Los nacionalistas no pueden admitir la ocupación de Dalmacia por los italianos ni la libre actuación de la **Gestapo** en las calles de Zagreb, además del estacionamiento de unidades de la Wermacht en las zonas rurales. Desde finales de ese año, los guerrilleros actúan cada vez más frecuentemente y ya dominan importantes zonas de Yugoslavia. Josip Broz **Tito,** croata de nacimiento y secretario general del Partido Comunista Yugoslavo, dirige una de las dos facciones de la guerrilla. La otra es la encabezada por el general Mihailovic, que tras producirse la invasión, ha recibido todo el apoyo del Gobierno exiliado en Londres. Pero entre la población, es la rama de Tito, antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales durante la guerra de España— la que ha ido ganando más adeptos. Las ten-

dencias panservias de Mihalovic le enajenan el respaldo de grandes sectores de la población de las demás regiones. En septiembre de 1941, Mihalovic había sido nombrado comandante en jefe de todos los ejércitos. La posición de Tito parece a punto de desaparecer, ya que incluso el propio Stalin le niega su apoyo. Mihalovic, al frente de sus guerrilleros **chetniks**, ataca sin descanso a los guerrilleros de Tito, apoyándose incluso en la ayuda italiana. En el interior del país, son las fuerzas alemanas las encargadas de aplastar a los partisanos.

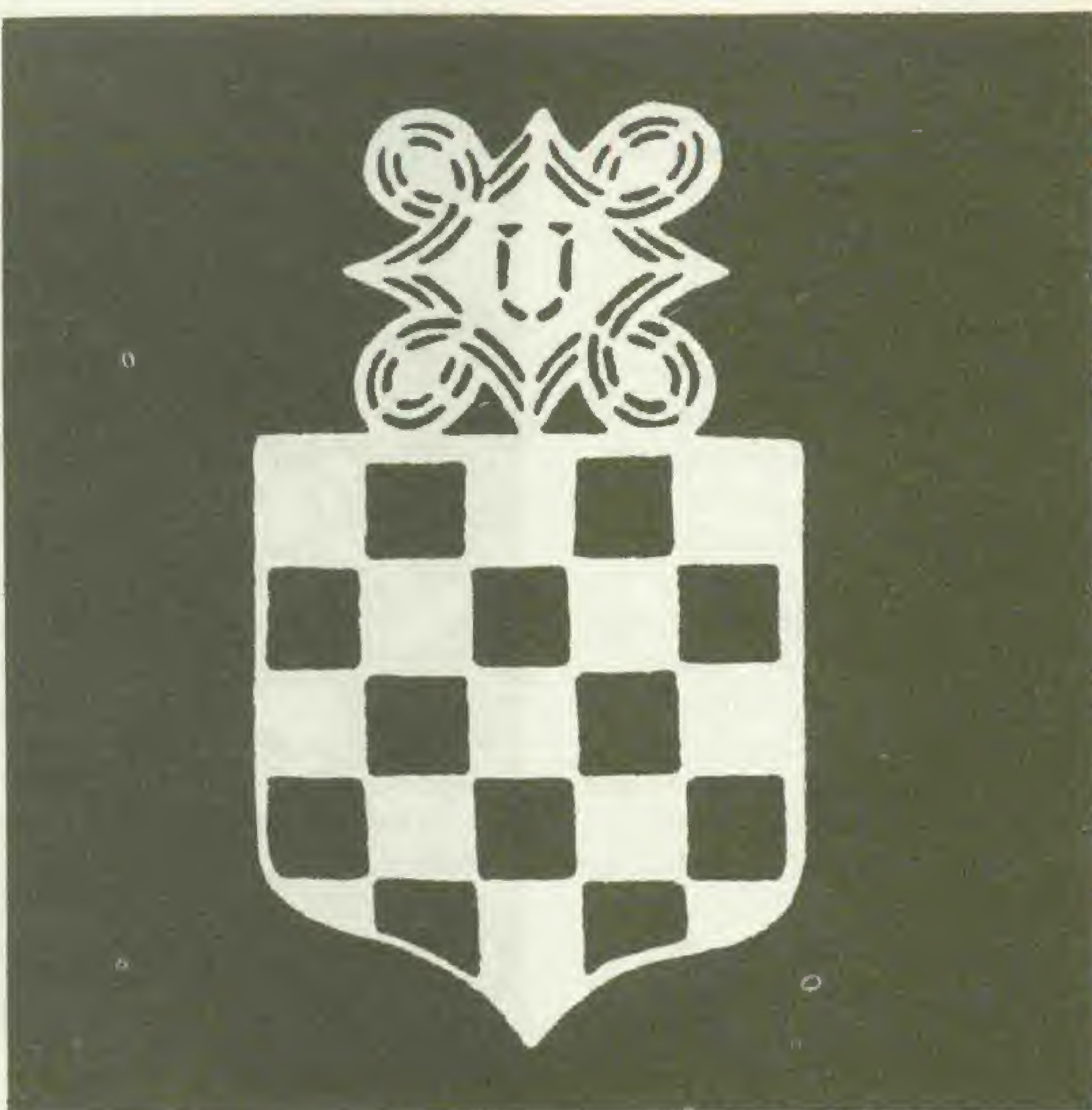
Croacia, nuevo Estado creado por la ordenación de Europa provocada por la acción de las armas del Tercer Reich, forma parte de la red de países vasallos que deben cumplir las normas dictadas desde Berlín, y así la cuestión judía, que acabará ocasionando seis millones de muertes en todo el continente, tiene también su versión croata. Los cuarenta mil judíos de Croacia son muy pronto víctimas del programa de **Solución final** ordenado por Hitler y llevado a cabo por Himmler. Eichmann envía a cercanos colaboradores suyos a Zagreb para proceder a la deportación y posterior exterminio de esta minoría económicamente fuerte y que siempre había contado con todos los derechos civiles. Los encargados de efectuar las deportaciones son los mismos **ustase**, amos y servidores al mismo tiempo del Estado croata, que es quien recibe todos los bienes de los deportados. En el otoño de 1943, más de treinta mil judíos croatas habían sido ya conducidos hacia los campos de exterminio de Polonia.

Curzio Malaparte, que como corresponsal había permanecido varios meses en los campos de batalla del Este, visita Croacia a finales del verano de 1941, volviendo de Ucrania y Rumanía. Describe en su libro **Kaputt** el decimonónico ambiente que se respiraba todavía en Zagreb en los primeros meses de vida del nuevo Estado: «La orquesta de la **Esplanade** tocaba viejos valses; los violinistas de sombreros grises eran quizá los mismos que habían visto pasar al archiduque Fernando en su crroza negra, tirada por cuatro caballos blancos, y los violines posiblemente eran los que habían tocado en las bodas de la emperatriz Zita, la última emperatriz de Austria. Y las mujeres y las jovencitas, eran co-



La cesión de Dalmacia a Italia fue el acto que levantó más críticas al régimen de Pavelic en el interior de su país, ya que esa región pertenecía históricamente a Croacia. En la imagen, el acto de la firma de la cesión: Pavelic paga el precio fijado por su protector Mussolini a cambio de la independencia.

pias vivas de retratos desvaídos, también ellas eran **Vieja Viena, Austria Feliz Marcha de Radetzky».** Rodeado por este suave y decadente entorno, Malaparte se entrevista con el **Poglavnik** en su palacio de la Ciudad Vieja, donde tiene lugar la célebre escena que tantas veces ha sido descrita como ejemplo de una crueldad sin límite: Malaparte observa un cesto de ostras medio cubierto por un paño que se halla situado sobre una mesa. «¿Son ostras de Dalmacia? —pregunté al **Poglavnik**—. Pavelic alzó la servilleta que cubría el cesto y, mostrándome aquellos frutos del mar, aquella masa gris y gelatinosa, me contestó sonriendo con su habitual, bonachona y cansada sonrisa: —Es un regalo de mis fieles **ustase.** Son veinte kilos de ojos humanos».



Emblema nacional de Croacia, fijado durante su independencia entre los años 924 y 1102.

TITO, PROTAGONISTA DE DE LA HISTORIA YUGOSLAVA

En la primavera de 1943, los guerrilleros dominan prácticamente todo el país, a pesar de la dureza con que las fuerzas alemanas de ocupación emplean en sus ataques. Incluso en algunos momentos, los partisanos llegan a ocupar algunos barrios del mismo Zagreb. El prestigio de la guerrilla de Tito aumenta considerablemente cuando el anciano Vladimir Nazor, el más ilustre de los poetas de Croacia, se une a los luchadores de las montañas. Tras la caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943, los guerrilleros se apoderan de la costa de Dalmacia, ahora abandonada por los italianos El duque de Spoleto renuncia definitivamente al trono de una Croacia que ya apenas existe. El poder efectivo está ahora repartido entre la guerrilla y el ministro alemán en Zagreb, que se apoya ahora en dos divisiones de desertores rusos, que no hacen más que acrecentar el caos general. Al mismo tiempo continúa en las pequeñas zonas todavía dominadas por el régimen de Pavelic la matanza de servios ortodoxos. La furia de los **ustase** no se detiene, hasta el punto de que son varios los diarios italianos que se hacen eco de estos hechos y piden medidas que eviten la continuación de esta especial guerra religiosa.

Los efectivos de los guerrilleros alcanzan la cifra de doscientos cincuenta mil hombres, lo que acaba inclinando el apoyo de Inglaterra hacia Tito. Asimismo, el Gobierno yugoslavo en el exilio y el propio rey Pedro, consideran ya a Josip Broz como jefe supremo de todos los ejércitos de liberación, tras el establecimiento de un Gobierno provisional el 29 de noviembre de 1943 en la zona liberada de Bosnia. Los ingleses retiran todo su apoyo a Mihailovic y Tito se convierte en el árbitro supremio y único de la situación.

En el interior de la capital croata, los intentos de sublevación que se producen continuament3 provocados por los mismos miembros del régimen son aplastados duramente por el mando alemán. Pavelic, previendo el fin, envía mensajeros al cuartel general aliado en Caserta, pero no consigue llevar a buen término sus propósitos de asegurarse el futuro. En el otoño de 1944, el Ejército Rojo, apoyado por las guerrillas, va ocupando todo el país. La situación en Zagreb es caótica. El 4 de mayo de 1945 se retiran las fuerzas alemanas ante el empuje soviético y Pavelic emprende la fuga de la capital llevándose consigo como rehén al doctor Macek, que nunca había querido abandonar su patria. El ex **Poglavnik** permanecerá escondido en distintos conventos de Austria e Italia hasta que en 1949, Perón le ofrece la hospitalidad

de Argentina. Tras un atentado sufrido en Buenos Aires en abril de 1957, Pavelic marcha a Santo Domingo y más tarde a España. Muere en el Hospital Alemán de Madrid el 28 de diciemb.e de 1959.

Una vez caído el régimen **ustase**, el poeta Nazor regresa a Zagreb como presidente de la Dieta Croata, ahora reconstituida y dominada por las fuerzas políticas que representa el mariscal Tito. La guerra ha costado a Yugoslavia un millón setecientos mil muertos, casi un once por ciento de la población. El Frente Popular que preside Tito reúne todos los poderes tanto en el plano militar como en el político. Las elecciones del 11 de noviembre de 1945 le dan el 90,40 por 100 de los votos. El nuevo Parlamento proclama, el día 29 de noviembre, la abolición de la monarquía y la proclamación de la República Popular Federal de Yugoslavia. La Constitución promulgada el 31 de enero de 1946, asegura la autonomía de las regiones componentes de la Federación. A partir de este momento, Croacia pasa a convertirse en una de las seis Repúblicas autónomas que componen el Estado yugoslavo. El fuerte y tradicional Partido Campesino, que había resistido el paso de los acontecimientos, es engullido por el Partido Comunista cuando éste se convierte en el único ámbito organizado políticamente del país.



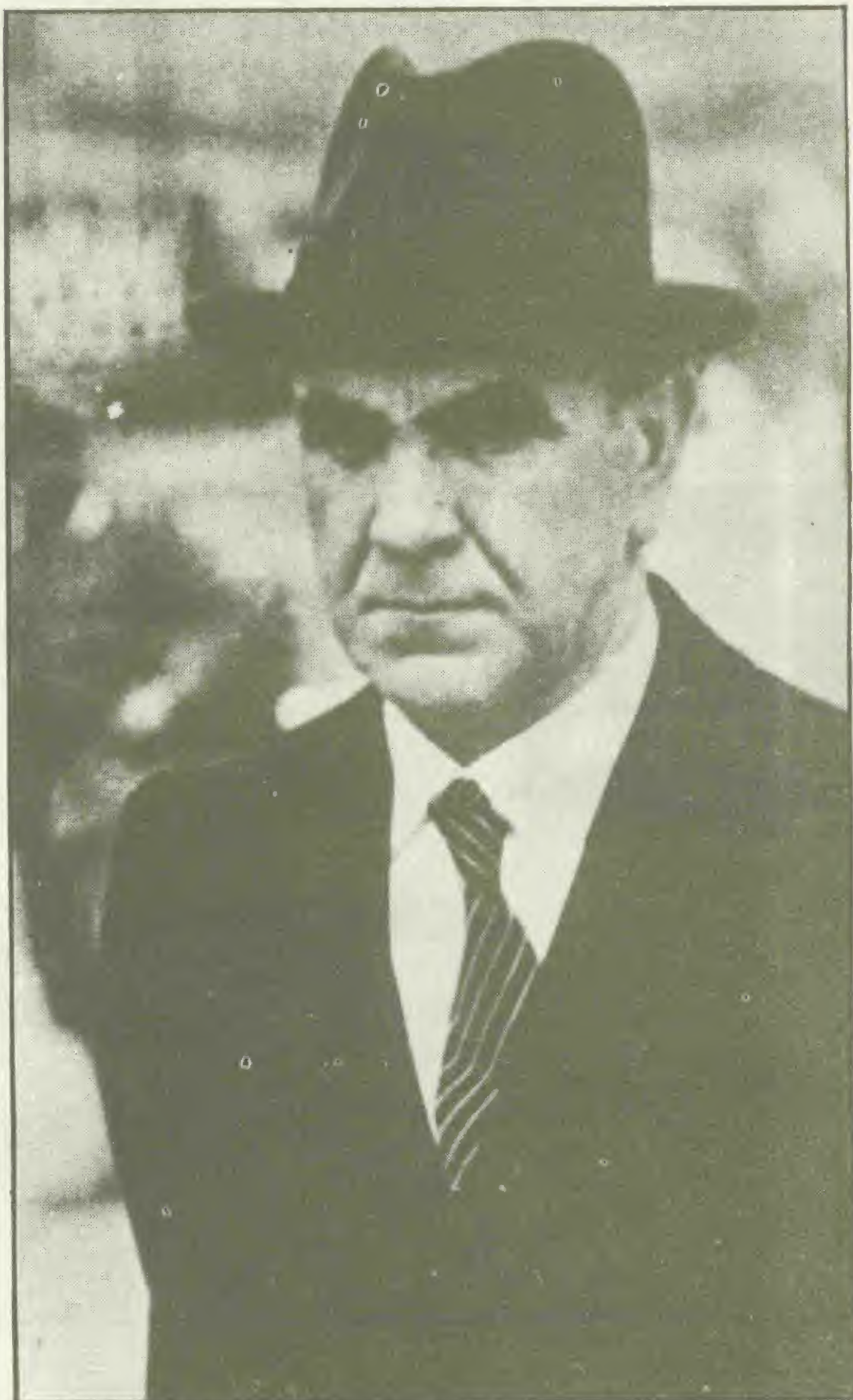
Tito y Mihalovic protagonizarán sucesivas etapas de la lucha guerrillera contra la ocupación. Sus posturas radicalmente enfrentadas conducirán al primero a la situación de dirigente máximo e indiscutido de su país, y al segundo a ser llevado frente al pelotón de fusilamiento tras uno de los primeros procesos políticos celebrados tras la finalización de la guerra.



La segunda unión de los pueblos yugoslavos ha demostrado a lo largo de más de treinta años de existencia una estabilidad más aparente que real. Croacia ha seguido constituyendo el principal foco de preocupación para el Gobierno central y **centralizador.** Su fuerte personalidad propia no ha desaparecido y las exigencias de los croatas

no han cesado de ser expuestas, a veces en forma violenta, como durante los acontecimientos de noviembre de 1971 en la Universidad de Zagreb, cuando las manifestaciones de protesta iniciadas por los estudiantes acabaron convirtiéndose en un movimiento popular en contra del centralismo de Belgrado, que según los croatas les mantiene en un plano de desigualdad en el aspecto económico, a pesar de que Croacia es hoy la zona de Yugoslavia que se encuentra más industrializada y que mantiene un más alto nivel de vida. Por otra parte, existen varias organizaciones independentistas croatas que operan en el interior del país, pero que son dirigidas por exiliados que viven en los países occidentales, sobre todo en la República Federal de Alemania, donde trabajan varios millares de yugoslavos emigrados. Recientemente, la muerte de un destacado croata refugiado en Colonia ha vuelto a poner de actualidad la cuestión de Croacia, que nunca ha dejado de estar viva. Esta oscura muerte se viene a añadir a la ya larga relación de asesinatos de dirigentes independentistas, que varios medios de comunicación han achacado a los servicios secretos del régimen de Tito.

Desde 1945, la existencia del Estado Yugoslavo ha estado unida a la persona física del legandario mariscal, el único superviviente de la generación de los grandes mitos. La avanzada edad del mariscal hace pensar en su cercana desaparición, que, dada la determinante importancia que para el país tiene su figura, oscurece el futuro de Yugoslavia. El peligro de basar la existencia de un país sobre una personalidad concreta es mucho más grave que si solamente fuese un régimen el que se mantuviese gracias a una figura. Un régimen, sea del tipo que sea, puede ser sustituido por otro llegado el momento oportuno, pero la existencia del país que lo hubiese mantenido seguiría estando a salvo. Sin embargo, una precaria unidad política como es la yugoslava depende hoy en gran medida de la vida del mariscal Tito y del problema de su sucesión. La acción paralela de las fuerzas independentistas croatas —que son hoy las más fuertes dentro de la Federación— añadida a la presión de potencias extranjeras interesadas en el dominio definitivo de la estratégica zona, pueden acabar en muy poco tiempo con la existencia de Yugoslavia como Estado independiente tal como fue constituido en 1945 y reafirmado a partir de 1948. ■
J. M. S. M.



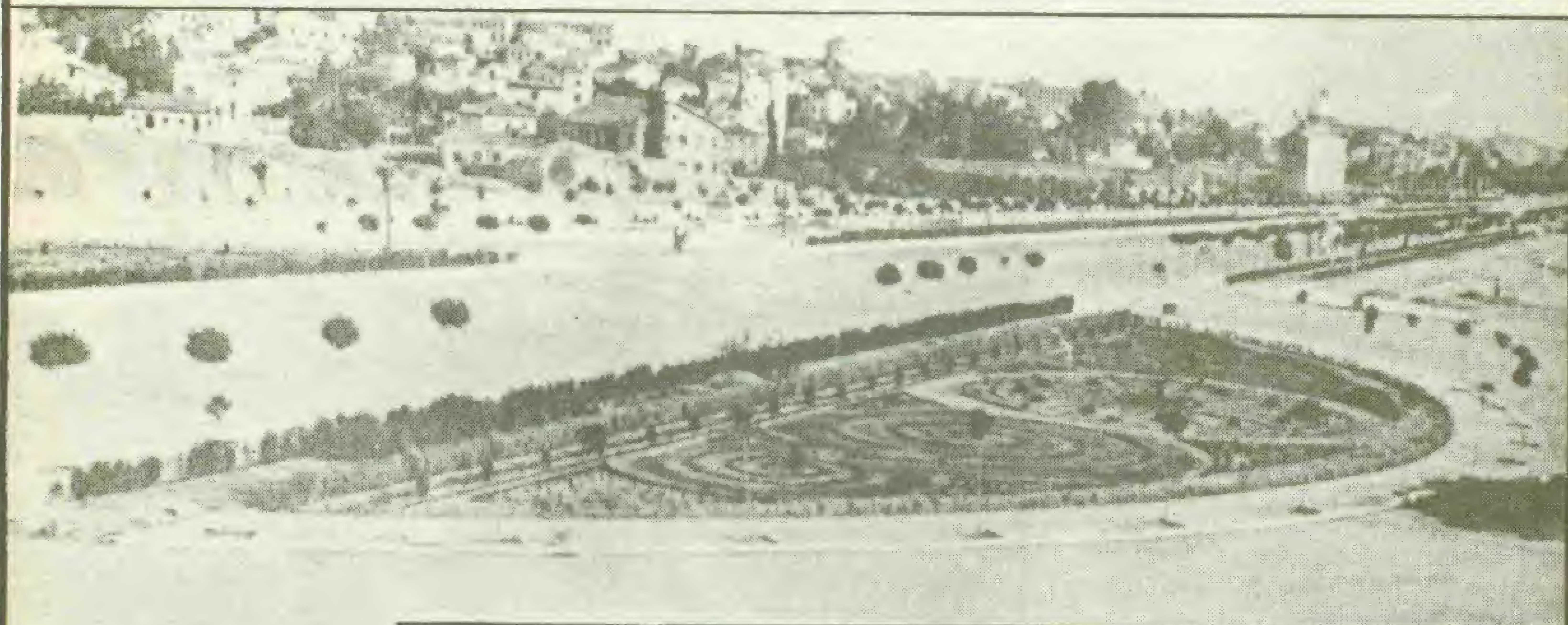
En 1943, el Poglavnik está en el apogeo de su carrera. La guerra todavía no ha ofrecido reveses a los alemanes y la situación de Croacia no ofrece síntomas de inseguridad.

MADRID, DIA 25 DE AGOSTO DE 1949
DIARIO ILUSTRADO

ABC

DIARIO ILUSTRADO DE INFORMACION GENERAL

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA



LA AVENIDA DEL GENERALISIMO





Ha sido abierta totalmente al tráfico la calzada central de la avenida del Generalísimo, cuya construcción realiza la Jefatura de Obras Públicas. Las fotografías de esta página dan idea de la grandiosidad de esta nueva vía madrileña, digna puerta de la capital de España, que enlazará la Castellana con la carretera de Irún. Arriba, una vista parcial desde la primera plaza; en el centro, un detalle de los estacionamientos de vehículos, dispuestos en forma que dejan libre la calzada para la circulación y abajo, la vista general de la avenida.

(«ABC», 25-VIII-1949)

EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE ALJUBARROTA

El rotativo lisboeta «Diario de Noticias» publica unas interesantísimas declaraciones del Generalísimo Franco

«España y Portugal, pueblos independientes, han de marchar unidos para la realización de ideales comunes». - «Nunca partieron de nuestro lado limitaciones al entendimiento entre las naciones; pero no podemos dejar de esgrimir como primera condición de nuestro apoyo el derecho a gobernar como mejor entendemos»

El Caudillo ensalza, en cordiales términos, las figuras del mariscal Carmona y del doctor Oliveira Salazar

Entrevista celebrada hace unos meses

Lisboa, 18.—En el aniversario de la batalla de Aljubarrota entre castellanos y portugueses, el importante periódico portugués «Diario de Noticias» ha publicado unas interesantes declaraciones de Su Excelencia el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, hechas en el Palacio de El Pardo, hace unos meses, al destacado periodista porgugués, Guillermo de Ayala Monteiro. Las declaraciones aparecen en la primera plana con gran alarde tipográfico. El periodista comienza así el relato de su entrevista con el Jefe del Estado español:

«Franco aceptó con agrado el que yo le pusiese —dice— en contacto con el pueblo portugués. No se entra en El Pardo sin pensar en la grandeza de España. Y no hay grandiosidad en aquel escenario. El Palacio es más bien una casa noble y señorial, de rara elegancia y sobriedad, más que una residencia de Reyes. Su aspecto decorativo nada tiene, sin embargo, de teatro. Hay en todo una naturalidad de nobleza, de solera, de dignidad, que constituye el testimonio de buenos pañales, de gente grande que vive una vida amplia en un país de talla».

Después, el periodista pasa a relatar su conversación con el Generalísimo Franco y dice: «El Jefe del Estado español se expresó así»:

—Nunca podré olvidar que somos vecinos; que tenemos grandes intereses comunes; que pertenecemos a una gran familia de pueblos, que proceden de una misma civiliza-

Tropezones dice...

HAY QUE RECONOCERLO

El de la palomita.—Este año, con la sequía, poco recogerá usted...
El otro.—No lo crea... Yo, llueva o no, siempre "cojo"

Veraneo feliz... con insecticida "Orión" DDT

(«Sevilla», 25-VII-1949)



(«La Vanguardia», 10-VIII-1949.)

ción, profesan la misma Religión y persiguen los mismos ideales.

—¿Cuál debe ser lo esencial para ser conductor de un pueblo en el mundo moderno?

—No abrigar odios, y tener la conciencia tranquila, es tan indispensable a los hombres como a las naciones. España no tiene odios, ni motivos para tenerlos. Ofrece su colaboración en la península, en el Atlántico por su proyección hacia Canarias, y en el Mediterráneo, donde se extiende hasta las Baleares, a todas las naciones de buena voluntad que sepan respetar nuestra soberanía. España espera y desea que la política del odio y de las exclusiones sea substituida cuanto antes por una política de familia entre las naciones.

—¿Y Portugal?

—No crucé nunca la frontera portuguesa ni estuve en ninguno de los territorios portugueses del mundo. Mi carrera de militar me retuvo de raíz a la tierra española en la península, en las islas y en Marruecos, pero incluso así, encontré algunas veces a Portugal en el norte de Africa, y las batallas que los portugueses allí sostuvieron no pueden dejar de impresionarme. Las hazañas de un don Pedro de Meneses con su escuadrón de cien lanzas viven en mi imaginación de soldado de Marruecos, y como comandante de la Legión extranjera tuve bajo mi mando valientes soldados de su país. Algunos aún me escriben y considero siempre sus cartas como grato recuerdo. No olvido tampoco a los voluntarios portugueses que tomaron parte en nuestra Cruzada, conquistando el mayor afecto y cariño de los españoles. Algunos quedaron entre nosotros, se integraron en nuestra vida y forman parte de nuestra familia. Hacemos cuanto nos es posible para mostrarles nuestra gratitud.

—De esta forma, ¿han pasado por la vida de Vuestra Excelencia algunos portugueses?

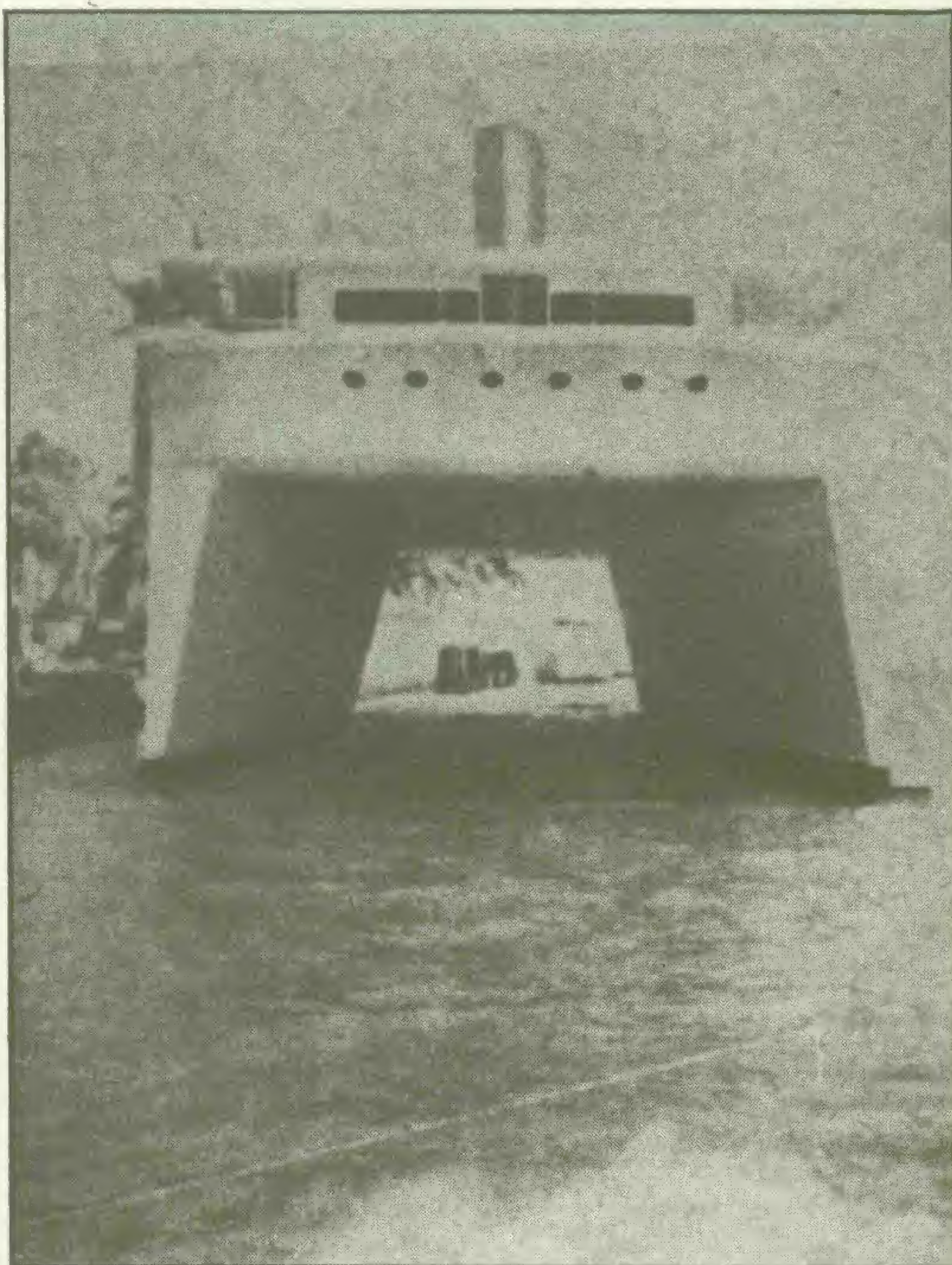
—Recuerdo a Melo Barreto, que fue embajador de Portugal, al que conocí en Madrid. Vuestro glorioso navegante del aire Gago Coutinho, vino a Huelva a esperar a mi hermano Ramón al regreso de su viaje de la travesía del Atlántico Sur. Hicimos en el mismo barco el recorrido desde Huelva a Sevilla y durante cuatro días pude apreciar su conversación y su cultura como vecinos de cabina a bordo.

—Cuando el presidente Carmona visitó Madrid durante el Gobierno de Primo de Rivera, ¿ocupaba V. E. algún cargo público?

—Era general en Madrid. En esa calidad asistí a recepciones, a banquetes oficiales, pero no tuve la felicidad de tratar de cerca con el Jefe del Estado portugués. El mariscal Carmona tiene gran prestigio en España. Conquistó, por su sencillez y cualidades personales, no sólo a las personas que con él trataron, sino al propio pueblo español, que conserva por él la mayor simpatía. Su sacrificio, la donación total de su vida al servicio de la patria, le dan incontestables derechos a la gratitud de todos los portugueses; pero impone también por su figura el respeto y cuanto supone por su renunciación y amor a la tierra en que naciera.

—¿Qué impresión guarda V. E. de su encuentro con Salazar en Sevilla durante la guerra?

«Con palabra firme —dice el periodista portugués— habla de Salazar con visible admiración. Recuerda la circunstancia en que se realizó la conferencia de Sevilla, cuando peligros tremendos se levantaban sobre la península y sobre el entendimiento sincero y profundo de los dos países representados por sus Gobiernos. Aquella conferencia apartaría la amenaza que rondaba en sus fronteras. Siento —continúa el periodista— que los acontecimientos es-



MIAMI (Florida). He aquí el nuevo tipo de barco con dos quillas, que, según su constructor, está destinado a ser el barco del futuro, por su estabilidad y por la velocidad que puede alcanzar. Con 16.000 toneladas de desplazamiento podría llevar 4.000 pasajeros a una velocidad de 38 nudos por hora. (Foto Cifra).

(«ABC», 22-VIII-1949)



No se trata de unas «gemelas Dione» cualquiera, sino de «Las de Caín»; prototipo de las «señoritas del pan pringado», de principio de siglo. «Las de Caín», deliciosa comedia de los inolvidables Alvarez Quintero, se representa, con estrepitoso éxito de risa, en el teatro Alcázar. R.

tén aún demasiado cerca para que sea posible al Caudillo de España suministrarme una nota política inédita y hacerme una revelación capaz de anticipar el juicio de la Historia. A pesar de estas condiciones, insisto —mi deber es insistir—, pido un recuerdo vivo de aquellas cuarenta y ocho horas que los dos jefes políticos pasaron en la ciudad del Guadalquivir, y el Caudillo dice:

—Salazar me impresionó tanto por la visión de los problemas como por la serenidad con que encaraba y analizaba la situación creada por el conflicto mundial. Me acuerdo de que le preocupaba mucho la duración de la guerra. En una antevisión que los hechos enteramente confirmaron, recuerdo que el jefe del Gobierno portugués se refirió algunas veces al hablar de la guerra a la gran pérdida de valores que ella supondría, e insistió en esta verdad, que en el momento presente todos podemos comprobar: la guerra será pagada por todos, beligerantes y neutrales. El desgaste de las clases será igualmente soportado por todos los pueblos en sufrimientos, en restricciones y en carestía. Ante los sacrificios y los problemas de la paz, no prevalecerán declaraciones de neutralidad. No me parece necesario insistir en la razón que tenía Salazar. Los hechos comprobaron sus palabras con demasiada evidencia.

—¿Y el mejor y el peor momento de la guerra?

—Mantuve durante toda la guerra idéntica serenidad. Teníamos razón. La conciencia del deber cumplido nos aseguraba la tranquilidad de espíritu. La victoria sería una consecuencia natural del estado de cosas. Las grandes preocupaciones aparecen sólo con la paz y sus problemas. La guerra nos exigía un sacrificio total y permanente. No importaban los sacrificios, sino las cosas que nos exigían. Y así todo aquello, visto desde el exterior, podía traducirse en éxitos o reveses, guardar semejanza con momentos malos o buenos, mejores o peores, pero tenía siempre para mí en realidad el mismo significado: combatimos por España. Podía haber altibajos ocasionales en los campos de batalla, pero la conciencia se mantuvo a igual altura desde el comienzo hasta el final de la guerra.

—¿Vuestras distracciones favoritas?...

—No soy hombre de asfalto. Prefiero el campo y, sobre todo, prefiero el mar. Por tradición de familia, mantenida hace algunas generaciones, yo debería haber sido marino, como mis hermanos. El mayor es embajador en Lisboa, y el más joven, Ramón, aviador de la Marina. Soy un marinero malogrado. La Escuela Naval cerró en el año en que me preparaba para iniciar allí mis estudios. Opté entonces por el Ejército. En la pesca encuentro una derivación de la vida que me fue impuesta. Es el restablecimiento de la convivencia con el mar, con la calma, con la meditación. Me gusta también leer y reservo a esta necesidad del espíritu el mayor número de horas que me es posible subtraer de otras ocupaciones. De las lecturas doy primacía a la Historia, a la Historia general, a la Historia del mundo, porque ésa es la Historia de España.

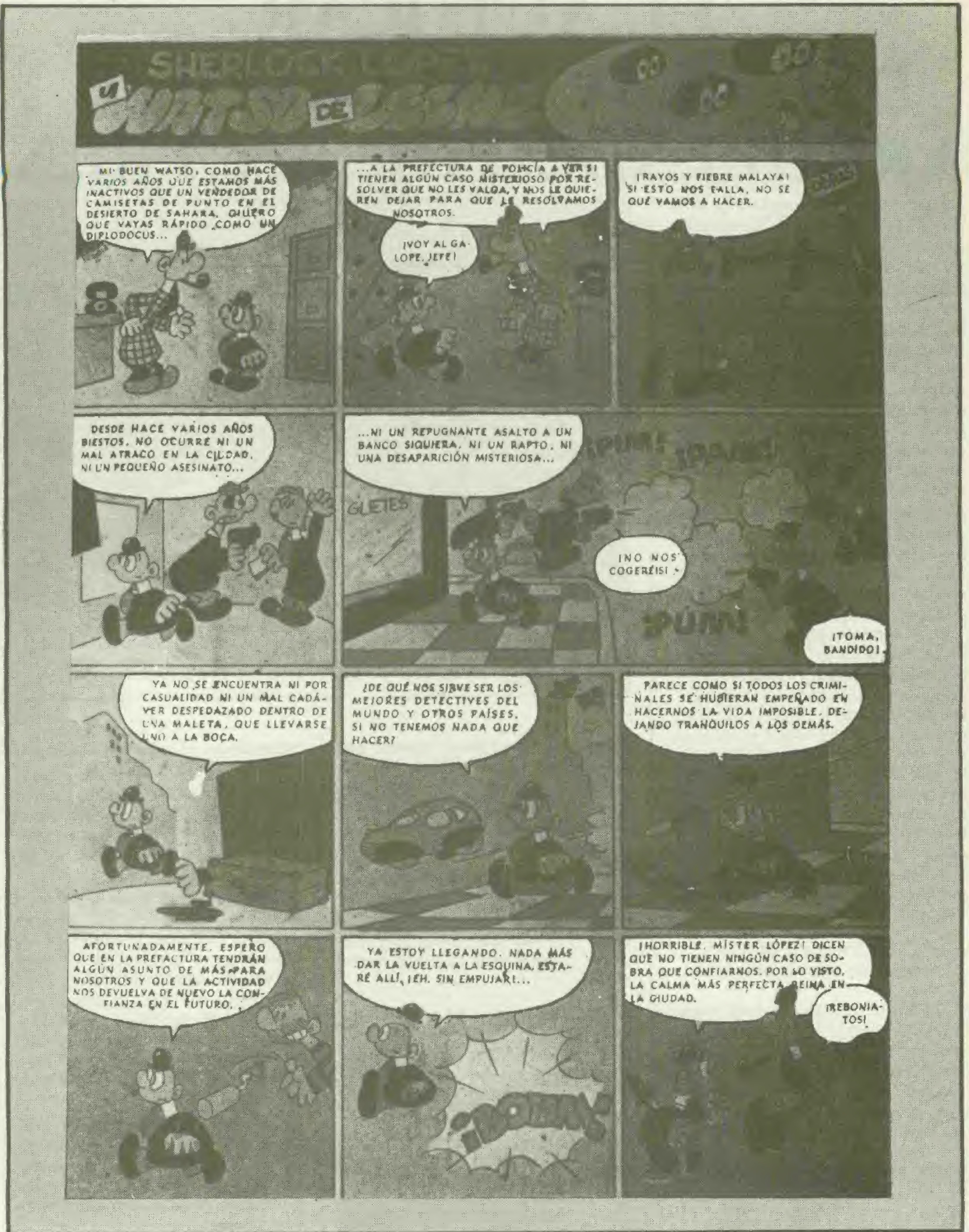
—¿Portugal y España? ¿España y Portugal?

—Portugal y España son como hermanos siameses. Han de vivir unidos; la soberanía de cada uno de los dos pueblos corresponde a la autonomía psicológica de cada uno de los dos. Pero tienen que vivir en mutuo entendimiento por decisión de la propia naturaleza. Si uno de los dos muriera, no podría el otro llevar un muerto a la espalda. Portugal y España han de vivir independientes para la realización de los ideales comunes.

—¿Qué piensa España sobre la eventual modificación de la política del Atlántico?

—Todos los problemas internacionales requieren ser examinados sin precipitaciones y estorbos, y de acuerdo con datos concretos. Ya dije en otras circunstancias que los mares unen y las tierras separan. España es una nación atlántica, no hay política que consiga alterar las leyes de la Geografía. Nunca partieron de nuestro lado limitaciones al entendimiento entre naciones. Pero no podemos dejar de esgrimir, como primera condición de nuestro apoyo, el derecho a gobernar como mejor entendemos.– EFE.

(Agencia «EFE», 19-VIII-1949)

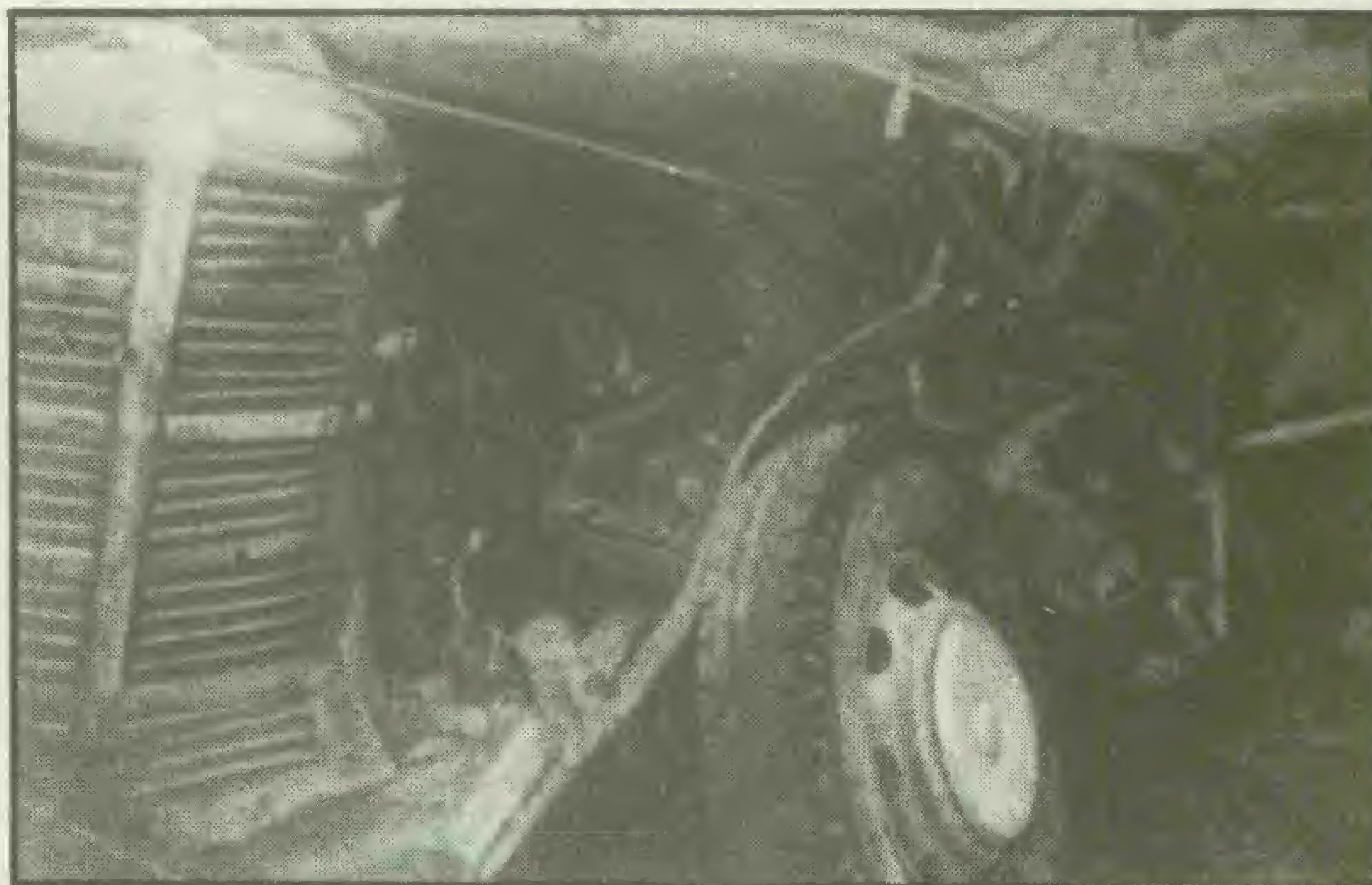


(«Flechas y Pelayos», Núm. 534, VIII-1949)

EL AUTOCAR DEL REAL VALLADOLID, ARROLLADO POR UN TREN

Burgos, 29. De madrugada ha sido arrollado por un tren el autobús que conducía desde Pamplona a Valladolid al equipo del Real Valladolid Deportivo. Un convoy de mercancías descendente se precipitó sobre el vehículo en que viajaban los jugadores vallisoletanos en el paso a nivel de Villafría, a la entrada de Burgos. El autobús quedó empotrado en la parte anterior de la máquina del convoy y arrastrado por ésta más de 150 metros, hasta que el maquinista pudo detener el convoy.

El ayudante del conductor, Mariano Martínez Ramasco, que sufre lesiones de pronóstico reservado, salvó la vida milagrosamente, pues al ocurrir el accidente salió despedido del vehículo y cayó sentado en la plataforma de la máquina del convoy, donde permaneció hasta el momento en que el tren detuvo su marcha. Inmediatamente, los heridos fueron conducidos en diversos vehículos a la Casa de Socorro de Burgos, donde fueron atendidos de primera intención, operaciones que duraron hasta ya iniciado el día. El guardabarrera encargado de la custodia del paso a nivel ha sido detenido por la Guardia Civil y puesto a disposición del Juzgado.–Alfil.



BURGOS.—Estado en que quedó el autocar en que viajaban los componentes del equipo Real Valladolid Deportivo, al ser alcanzado por un tren de mercancías en el paso a nivel de Villafría. Como es sabido, en el terrible accidente resultaron siete heridos de pronóstico reservado, y los restantes con lesiones de escasa importancia. (Foto Fede).

DETALLES DEL EMOCIONANTE SUCESO

Valladolid 29. Según nos manifestó Coque, a su llegada a esta capital, la barrera del paso a nivel estaba abierta y el vehículo fue a cruzar la vía en el momento en que pasaba el tren, no distinguiéndolo el conductor porque existe allí una curva. Añadió que la confusión fue grande en los primeros momentos, por los grandes tumbos que iba dando el autocar, arrastrado unos 150 metros por la máquina del tren.

Todos los heridos elogian la conducta del masajista, señor Ayala, quien, a pesar de la gran pérdida de sangre sufrida, curó a los jugadores hasta que le faltaron materialmente las fuerzas.

El Real Valladolid ha recibido un telegrama del Atlético de Madrid condoliéndose por el accidente. También anuncia que hace gestiones para aplazar el partido del próximo domingo. Por su parte el Real Valladolid ha cursado una petición en el mismo sentido a la Federación Española.

Por la tarde, los médicos volvieron a curar a todos los jugadores llegados de Burgos, apreciando que sus lesiones mejoran, en general.

Según ha manifestado Saso, en el momento de producirse el accidente se hallaban traspuestos por el sueño y el pánico fue enorme, debido a la gran confusión. Luego cundió la alarma de que por el lugar del suceso iba a pasar el sudexpreso de Irún, lo que hubiera producido una verdadera catástrofe, pero el tren internacional fue detenido a tiempo.

La máquina del mercancías, causante del suceso, incrustó los topes en el autocar, según es sabido, y esto evitó el vuelco del vehículo, por haber quedado enganchado.–Mencheta.

(Agencia «Alfil», 30-VIII-1949)

DESDE EL MARTES DISFRUTARAN DE MENOS AGUA LOS MADRILEÑOS

Las nuevas horas de suministro serán de dos de la tarde a once de la noche

CONCIERTO DE LA BANDA MUNICIPAL EN ROSALES

Sirvientas infieles, detenidas por la Policía. Reparto de carbón en la Latina

Se celebró en el Cuartel Central de la Remonta, y en altar levantado frente al monumento a los caídos del 10 de agosto, la misa en sufragio de las almas de aquellos patriotas.

El día fue caluroso. Y es tradicional que sea el que más fuego comunica del año. Se celebra la festividad de San Lorenzo, y las parrillas del martirio no son —aquí, en los madriles— simple imagen poética. El vecindario se tostó lenta y concienzudamente por todos lados.

De los millares y millares de veraneantes hubo excelentes noticias. Los que fueron al Norte tienen agua, de lluvia y de la otra, luz artificial —de fluido eléctrico— a placer, campos verdes y ciudades que parecen sacadas de baile. ¡Pero aquí tenemos, en cambio, una Puerta del Sol que dentro de muy poquito va a parecer un mausoleo!... ¡Para que nos tengan envidia!— SIC.

(«ABC», 14-VIII-1949)

TEMPERATURAS DE LA CAPITAL

Máxima, 37,8 *grados*
Mínima, 22,0 *grados*



Atravesamos los momentos culminantes del verano y los calores. El termómetro sube sin descanso. Y lo mejor sería no mirarlo.



Dos estampas características de estos días estivales en la capital de España: la acera soleada y desierta, la tienda cerrada, los toldos uniformes a la hora más fogosa del día. (F. Sanz Bermejo).

(«ABC», 5-VIII-1949)

VARIAS SIRVIENTAS INFIELES, DETENIDAS

La Brigada de Investigación Criminal ha detenido a María de los Angeles González Redondo, de veinticuatro años; Francisca Jerez Luján, de treinta y siete; Francisca García Quesada, de veintidós; Daniela Avila Cediel, de veintiuno; Consuelo Feito Carvajal, de treinta y uno; Ascensión Catalina Catalina (a) «La Gilda», de treinta y cinco; Rogelia Arango Díez, de veintinueve; Carmen Tello Espejo, de veinticuatro; Rosalía García Sánchez, de dieciocho, y Margarita Ramírez Escribano, de veintiuno, todas ellas muchachas de servir, que han cometido robos y hurtos domésticos en las casas donde prestaban sus servicios.

También han sido detenidas otras seis personas que vendían los efectos sustraídos, a sabiendas de su ilegítima procedencia.

Las alhajas, ropas y objetos, de considerable valor, han sido recuperados y entregados a sus propietarios.

(«ABC», 14-VIII-1949)

LAS DOS DEL







LOS QUE NO VERANEAN





En el fuerte del verano—que este año esta durando más de la cuenta, pues cabe afirmar que ya nos hallamos casi en los nuncios del otoño, ¡y como si tal cosa!—Madrid adquiere un ritmo de vida tan lento, que puede decirse que se paraliza. Las calles, avenidas, paseos y mustios parques, dijéranse desiertos bajo el sol interminable de justicia, que se retira muy tarde para dejar paso a una ligerísima brisa, apenas perceptible y aliviadora, cuando corre. Esto es lo que soporta el sufrido vecindario que se queda, quienes han de permanecer en la capital para cumplir con sus obligaciones, o porque el bolsillo no les dió de si para irse a buscar las delicias de playas y montañas. Al principio los madrileños reciben el estio con alegria y lo presienten como una cadena de regocijos a lo largo de frescas noches reparadoras. Pero, ¡ai, ai!; después se va olvidando ese panorama bastante imaginativo, y la realidad es otra: la espera a que venga el flúido eléctrico para poner un rato el ventilador, o tener que lanzarse a la via pública en plena hora de la siesta y no experimentar otro consuelo, si acaso, que el de contemplar

(Fotos Sanz Bermejo y V. Muro.)

CARAS VERANO

LOS QUE VERANEAN







al guardia que suda, ¡el pobre!, por todos los transeúntes juntos. ¡Y hasta da envidia el caballero que ha encontrado una pequeña sombra y un banquito y se repone de sus fatigas y ahogos! Se aguarda, también, algún día festivo para escapar de la ciudad, aunque los alrededores no supongan un completo cambio de clima. Entonces pensamos un poco en los que veranean, en las playas repletas de bañistas; en aquellos que gozan de las cumbres, donde, a la caída de la tarde, es necesario un abrigo para no sentir frío; en los que disfrutan del verdadero campo y de la generosidad de arboledas espesas y de ríos caudalosos. Se piensa en esa otra cara que el verano tiene, y que es amable, sonriente, y, sobre todo, llena de frescor. ¡Y deseamos que se eche en seguida el otoño encima!

(«ABC», 9-VIII-1949.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

Teatro y sociedad en la Restauración:

La Era de los Divos

Alberto Castilla

LOS historiadores de la Restauración han coincidido en afirmar que para los españoles de ese período la política era un «gran teatro» y las incidencias y sucesos políticos, como la peripecia de un drama. Un concepto teatral dominaba todos los aspectos de la vida política, especialmente la parlamentaria.

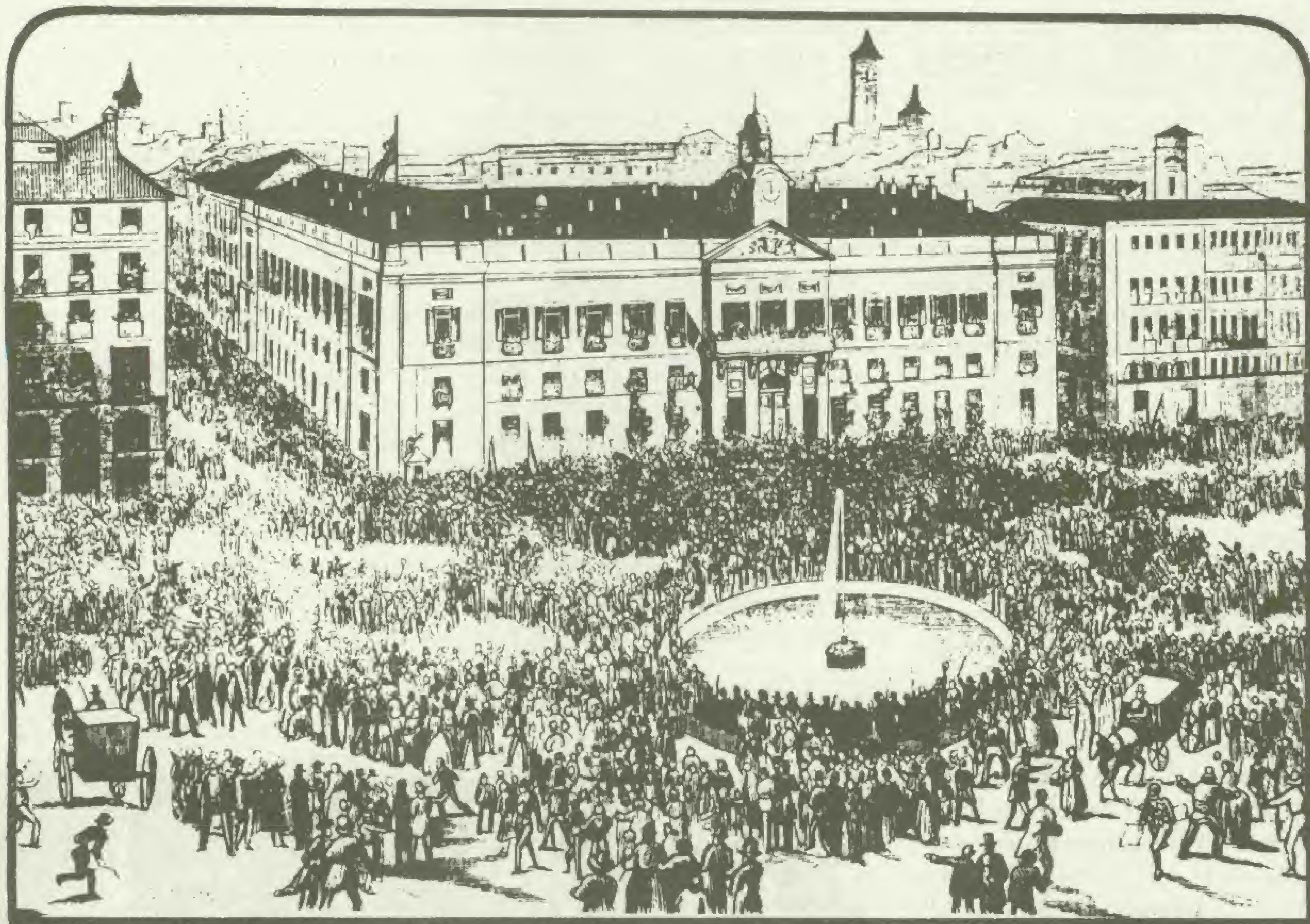
Ante tan inusitado fenómeno, se comprende que en la escena del teatro oficial (es decir, el teatro protegido o tolerado por el régimen restaurador), fuera el melodrama el género llamado a competir y alternar (sería como pasar de Herodes a Pilatos) dignamente con tan formidable rival.

El melodrama, enmarcado en España en la tradición de Don Alvaro y de Don Juan Tenorio, se configuró como arte histriónico, individualista, de gratificación lúdica y de escapismo. Sus asuntos eran siempre los mismos: el amor conflictivo, la honra, la violencia; y sus desenlaces propendían a la destrucción: espadas que matan, suicidios, fatalidades, «ajustes de cuentas», tremendismo seudorromántico, en definitiva.

Así, mientras Cánovas y Sagasta daban otra vuelta de llave a las libertades políticas de la sociedad española, empresarios como Ramón Guerrero y Felipe Ducazcal, autores como Echegaray y sus epígonos, actores y actrices como Calvo y Vico, como Mendoza y la Guerrero, vendían el producto que se les demandaba: un teatro de entretenimiento y de evasión (histrionismo antes que arte; comercio antes que comunión; espectáculo antes que literatura), pensado para el consumo, desconectado de toda realidad coetánea, con acato y servidumbre a los gustos del público.

LA CONSAGRACION DEL MELODRAMA: ECHEGARAY Y DUCAZCAL

Empresario del Teatro Español en *la Restauración*, Felipe Ducazcal se convertiría en demiurgo y artífice de los éxitos de Echegaray como dramaturgo. Hijo de un impresor, Ducazcal había trabajado de muchacho junto a su padre, imprimiendo, en Madrid, durante los años prerrevolucionarios, hojas clandestinas a favor de los progresistas. El joven Ducazcal comenzaba su aprendizaje como activista político en la Revolución de Septiembre, cuando en el día 29 del histórico mes, frente a la muchedumbre congregada en la Puerta del Sol, pegaba en



La Puerta del Sol, en la mañana del martes 29 de septiembre («El Museo Universal»).

la fachada del ministerio de Gobernación un gran pasquín con un letrero rojo que decía: «¡Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones!». Desde entonces, comenzó a ejercer gran influencia entre las clases populares de Madrid, organizándolas en manifestaciones, primero a favor de los revolucionarios del 68, después de Amadeo y finalmente de la República (1).

En las jornadas de Septiembre, se le veía repartiendo armas y arengando a las gentes en las barricadas. Entre 1869 y 1873, acaudillaba la conocida «Partida de la Porra» que, en defensa del gobierno revolucionario y tal vez organizada por el propio gobernador de Madrid como correctivo eficaz contra los excesos de la oposición, cometió un buen número de desmanes y tropelías, asaltando la redacción de periódicos, destrozando imprentas y apaleando periodistas.

A la llegada a Madrid de doña María Victoria, esposa de Amadeo, los alfonsinos aprovecharon la ocasión para exteriorizar su antipatía e incluso hostilidad contra la nueva familia real. Las damas de la aristocracia organizaron verdaderas manifestaciones públicas contra la reina, para expresar así su disconformidad con la elevación al trono de una dinastía extranjera. Era la consigna asistir al paseo de Recoletos, por entonces de moda, luciendo sobre el vestido de majas la antigua peineta y la mantilla blanca. Cuando el carruaje real aparecía en el paseo, los aristócratas se complacían en interrumpirlo o atajarlo, mirando despectivamente a los reyes sin saludarlos. Felipe Ducazcal, con su Partida de la Porra», acabó con las manifestaciones de aristócratas, enviando al paseo carruajes ocupados por mujeres de «vida airada», también ataviadas con trajes de majas, peinetas y mantillas. Las damas de la nobleza acabaron por desistir en sus demostraciones de españolismo (2).

Otro de los actos de rechazo a Amadeo a su llegada, tuvo lugar en un teatro madrileño, donde se presentaba una obrita cómico-satírica, **Macarronini I**, en la que se ridiculizaba al soberano y a su Corte. Calurosamente acogida en el estreno, la obra prometía una larga permanencia en el cartel, pero una de las primeras noches la «Partida de la Porra» asaltó el teatro, destruyó decoraciones y butacas e incluso

(1) Véase, Antonio Espina, **El cuarto poder**, *Madrid, 1960, págs. 114-126.*

(2) Véase, Francisco Pi y Margall, **Historia de España en el siglo XIX**, *vol. V, pág. 7 (nota).*

lesionó a algunos actores y a parte del público (3). Entre los ataques o agresiones más conocidos figuraron los perpetrados al escritor Juan Rico Amat, al marqués de Zafra, al conde de Esteban Collantes y a Manuel Azcárraga, director del semanario carlista **El Papelito.** Azcárraga y Rico Amat fallecieron a consecuencia de las heridas recibidas (4). Generalmente, estos crímenes quedaban impunes, lo que parece apoyar la hipótesis de que la «Partida» estuviera organizada o, por lo menos, amparada, por el propio gobierno.

A la caída de la República comenzó Ducazcal sus actividades como empresario, pasando a ser un hombre clave en la historia del teatro en la Restauración. Su interés por el mundo del teatro se había iniciado en su juventud, como jefe de la «claque» del Teatro Real, con lo que comenzó a obtener grandes beneficios económicos. En distintos períodos de su vida, fue empresario de los Jardines del Buen Retiro, de los Campos Elíseos, del teatro de la Zarzuela, del Felipe, Recoletos, Variedades, Español y Novedades (5).

La gerencia de Ducazcal en el Español coincide con el apogeo de Echegaray, y con su muerte, acaecida en 1891, se iniciaría el declive del dramaturgo (6). Poseía Ducazcal la capacidad para crear, en los momentos difíciles, la apariencia de triunfo, o para potenciarlos cuando eran verdaderos, organizando a la salida del teatro «manifestaciones ruidosas, en torno del coche que conducía al autor célebre, camino de su casa, a la luz de las antorchas, atronado por vítores frenéticos» (7).

Ducazcal representaba, en fin, la aparición, a nivel español, de los gérmenes de un planteamiento del arte como actividad industrial y como mercancía de consumo, manipulado por un agente comercial, en detrimento muchas veces de la creación artística, y bajo cuyo control acabarían claudicando muchos artistas y escritores, especialmente en el teatro.

* * *

Para muchos de los hombres de la Revolución de Septiembre, el advenimiento de la Restauración habría de suponer —por lo menos durante los años iniciales del régimen restaurado—, un alejamiento de la vida pública, de la política, e incluso, en algún caso como el de Echegaray, un clima muy adverso dentro de su propia esfera profesional, hasta decidir abandonarla.

Aunque su paso al teatro, en plena madurez, no puede explicarse como el tardío despertar de una vocación, no cabe duda que, después de experimentar los riesgos y contingencias que entrañaba la

(3) *A. Espina,* **op. cit.**, *pág. 120.*

(4) **Ibíd.**

(5) **Ibíd.**

(6) *De su adhesión a Prim y de la hostilidad de Paul y Angulo, director de* **El Combate** *y enemigo del general progresista, resultó un duelo entre Ducazcal y el periodista en el que el primero fue herido de bala en la cabeza, a consecuencia de lo cual moriría años después.*

(7) *A. Martínez Olmedilla,* **Los teatros de Madrid**, *Madrid, 1947, pág. 49.*



Escena final de «El Gran Galeoto», drama del señor don José Echegaray (Dibujo de Ferrant). De «La Ilustración Española y Americana», del 15 de diciembre de 1880.

vida política del país, la dramaturgia se presentaba como una ocupación menos arriesgada, más estable, donde podía, a otro nivel, satisfacer sus necesidades económicas, su ansia de poder y vanidad. Tras los altibajos, zozobras y peligros de su experiencia política, la posibilidad del teatro se le presentaba ahora como un juego incruento (aunque, con el transcurso del tiempo, percibiera que también poseía sus propias leyes devoradoras e implacables), sugería algo de hilillos que se mueven, de rompecabezas que se compone y se descompone a placer; y Echegaray, habituado por la política a este ejercicio, podría aplicarlo a su nueva actividad con mayor seguridad personal y con mejores perspectivas de éxito (8).

A lo largo del siglo XIX, el melodrama había perfeccionado sus técnicas y aumentaba sus recursos, para cumplir el objetivo de evasión y entretenimiento de las masas. En Italia triunfaba Giacometti; en Inglaterra, Mackinson; en Francia, Scribe, Sardou, Bouchardy. El público del melodrama, que se estremecía con las escenas lacrimosas, los lances truculentos, con los sacrificios y sufrimientos de los buenos, cada vez más numeroso, llenaba los teatros y enriquecía a los autores.

El joven Echegaray, político librecambista e ingeniero, habría podido comprobarlo en sus diversos viajes a París, a partir de los años cincuenta, con su asistencia a los teatros donde Scribe, vigente aún, comenzaba a ceder el paso a Bouchardy, de quienes aprendió los elementos básicos que, posteriormente, aplicaría en su trabajo como autor. En París ya había nacido el teatro como industria que proporcionaba pingües beneficios a autores y empresarios, especialmente Scribe que, durante treinta años, había sido el dramaturgo favorito de los franceses, llegando a estrenar en ese período alrededor de cuatrocientas obras.

Scribe, como máximo exponente del teatro de la burguesía de su tiempo, halló la técnica precisa para alcanzar el éxito, logrando fundar «algo así como una fábrica de dramas, en la que los argumentos eran encontrados, inventados o pagados, y convertidos, como salchichas, en comestibles por los que el público estaba ansioso de gastar su dinero» (9). Sus obras, ricas en recursos, variadas de acción y deliberadamente elaboradas en sus efectos, eran la expresión general de la filosofía «mecanicista» aplicada al teatro, con el empleo de su famosa fórmula: «La pieza comienza con una clara pre-



(8) Recuérdese que Echegaray no sólo vivió intensamente (como Ministro de varios gobiernos), los vaivenes y avatares de la Revolución de Septiembre, sino que, defensor de la república unitaria y miembro de la Comisión Permanente de la I República, vio amenazada su vida con el asalto al Parlamento (donde se encontraban reunidos los miembros de la Comisión) por manifestantes federalistas, la noche del 23 de abril de 1873. Echegaray logró escapar, encontrando refugio en un prostíbulo cercano, donde pasó escondido varios días. Tras aquel suceso, Echegaray se exilió en París, regresando a España pocas semanas antes del golpe de Pavía. (Véase, Luis Antón del Olmet, **Echegaray**, *Madrid, 1912, págs. 155-156; y, A. Martínez Olmedilla,* **Anecdotario del siglo XIX**, *Madrid, 1957, págs. 544-545).*

(9) Véase, Alardyce Nicoll, **Historia del teatro mundial**, *Madrid, 1964, pág. 437.*



Echegaray, ministro de Fomento en 1869. (De «Blanco y Negro», del 18 de marzo de 1905).

Respecto a Joseph Bouchardy, en sus obras, con múltiples intrigas, ocurrían muchos sucesos en breve tiempo y el autor tenía la habilidad de no dejar un instante de distraer la atención del espectador para impedirle reflexionar en lo que había visto. **Gaspardo le pecheur, Le sonneur de Saint-Paul, Les enfants trouvés, Les orphelines d'Anvers,** entre otros títulos, triunfaban en París en los años cincuenta, en las salas del Boulevard du Temple, conocido también por el «Boulevard del crimen». Los melodramas eran servidos por actores excelentes como Frederick Lemaitre y Marie Corval (12).

Juan Mañé y Flaque, personalidad destacada del periodismo catalán, fue uno de los escasos comentaristas que ya en 1895 acertó a vislumbrar el teatro de Echegaray como continuador del género de Scribe y Bouchardy, y a explicar su significación respecto a la sociedad de su tiempo:

sentación de fondo... Conocidos estos hechos por un público, todo lo que el autor tiene que hacer es empezar a tirar de los hilos de sus títeres; éstos entran y salen, y la intriga resultante retiene la tensión hasta el punto de que casi nos hace olvidar que son muñecos sin vida propia» (10).

La fórmula de Scribe podría usarse, casi literalmente, como referencia a las técnicas de Echegaray, quien, en un célebre soneto, las definía con increíble sinceridad, con innegable «distancia» y con humor:

Escojo una pasión, tomo una
[idea,
un problema, un carácter... y lo
[infundo
cual densa dinamita, en lo pro-
[fundo
de un personaje que mi mente
[crea.
La trama al personaje le rodea
de unos cuantos muñecos, que
[en el mundo
o se revuelcan en el cieno in-
[mundo,
o se calientan a la luz febea.
La mecha enciendo. El fuego se
[propaga,
el cartucho revienta sin remedio
y el astro principal es quien lo
[paga.
Aunque a veces también en es-
[te asedio
que al Arte pongo y que el ins-
[tinto halaga...
¡Me coge la explosión de medio
[a medio! (11).

«Echegaray es el hado que determina fatalmente los actos de la vida de sus personajes, sin que haya fuerza humana ni fuerza divina que logre sustraerlos a su influencia. Pues bien, esas creaciones de su fantasía, reñidas con la realidad, entusiasman a un público que se considerará realista, positivista, enemigo de ficciones. Y este público, no es un público ignorante y primitivo de las tardes de los domingos, no es el eterno niño a quien entusiasmaba Bouchardy, padre literario de Echegaray, sino el público civilizado y culto, el público que lee diarios y revistas, y hasta el público que frecuenta las aulas: en una palabra, el público que se las echa de desilusionado y positivista y pregona las excelencias de la literatura realista. Los personajes de Echegaray des-

(10) **Ibid.,** *pág. 438.*

(11) Tomado de E. Díez-Echerri, **Historia General de la Literatura Española e Hispanoamericana,** *Madrid, 1966, pág. 1.038.*

(12) Véase, **La Grande Encyclopedie,** *no. 7, París, 1915, pág. 526.*

cienden en línea recta de aquellos que, esparcidos en los libros de caballería, volvieron loco a Don Quijote. Para que la semejanza sea más completa, unos y otros vienen a desfacer entuertos, con la sola diferencia de que aquéllos trataban de desfacerlos a cuchillada limpia, a usanza de su tiempo, y éstos con emplastos de retórica, a estilo de los nuestros» (13).

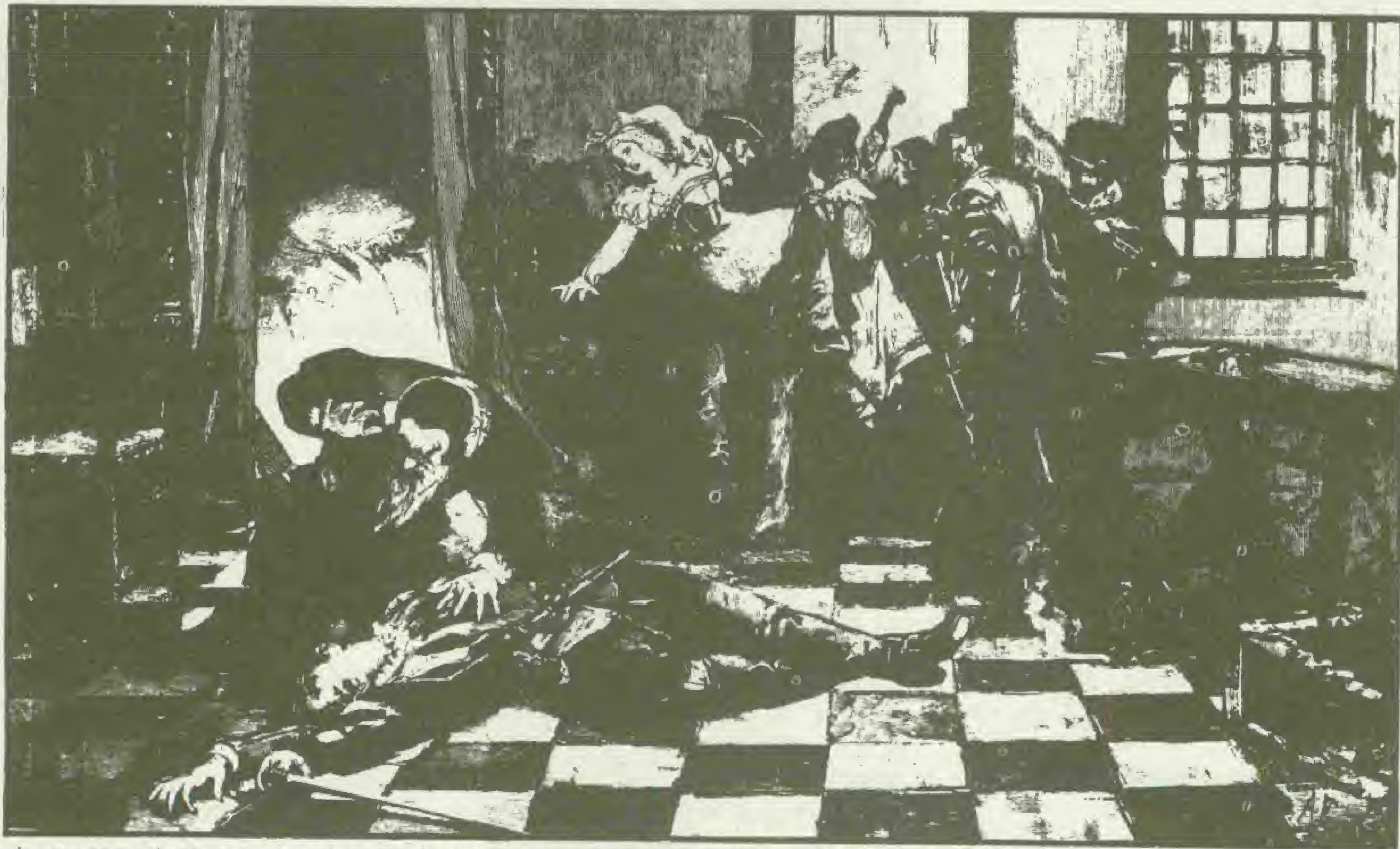
Pero ni Echegaray era Scribe o Bouchardy, ni la sociedad española del XIX la francesa del mismo siglo. El contraste entre ambas se daba a muy evidentes desniveles que podrían resumirse por la falta de afianzamiento en España de una burguesía con conciencia de clase. Así, el teatro de Echegaray encarnaría en muchos aspectos el espíritu de la Restauración, y la propia actividad teatral «entre bastidores» encontraría sus principios de conducta en los que regían la política de la época. La fórmula sería adornada por la ampulosidad, la forma retórica de la oratoria parlamentaria o de la ateneísta. El control del medio se realizaría a través de un sutil caciquismo de guante blanco. El concepto de teatro como empresa, a falta de una verdadera y desarrollada clase burguesa, tendría que adaptarse a los gustos de un público formado en su mayor parte por la aristocracia y por las clases medias y a las peculiaridades de la sociedad española de fin de siglo.

* * *

La presencia de Echegaray, durante un cuarto de siglo, como amo y señor de la escena española y sus triunfos apoteósicos, alcanzaron su punto culminante con el estreno de **El Gran Galeoto**, presentado el 19 de marzo de 1881, en el Teatro Español, de Madrid, siendo empresario Ducazcal. Al éxito inmenso del estreno contribuyeron motivos extrateatrales. Desde 1874, y dentro del marco político de la Restauración, Echegaray, ministro con Prim, con Amadeo y al comienzo de la Primera República, se había mantenido alejado de los gobiernos y de la monarquía restaurada, representando todavía, especialmente para las jóvenes generaciones, el símbolo y el espíritu liberal y democrático de la Revolución de Septiembre. Los estrenos de los primeros dramas revestían un cierto carácter de politización, y es así como puede entenderse que fueran en su mayoría estudiantes de la Universidad de Madrid los componentes de la gran manifestación a raíz del estreno, y que para ellos Echegaray pudiera ser, en cierto modo, bandería de algazara y de demostración popular (14). **El Gran Galeoto** representaba, además, un criterio contrario a la norma tradicional católica en su des-

(13) Cita de Juan Mañé Flaquer, reproducida por Eduardo de Lustonó en «Don José Echegaray, íntimo», en **Nuevo Mundo**, *no. 585, 23 de marzo de 1905.*

(14) Noticias e información gráfica sobre esta manifestación estudiantil se publicaron en **La Ilustración Española y Americana**, *Madrid, 30 de marzo de 1881.*



«La muerte en los labios», drama de don José Echegaray, escena final (Dibujo de Ferrant). De «La Ilustración Española y Americana», del 15 de diciembre de 1880.

enlace (circunstancias lamentables y deplorables equívocos determinan que el amor fraternal entre Teodora y Ernesto se convierta en pasión ilícita; Ernesto, en las palabras finales, hace del adulterio una apoteosis wagneriana, «cargando» a la maledicencia pública la causa determinista que explica el paso de su afecto por Teodora a pasión). El melodrama pareció como la obra de la oposición demócrata y progresista. Algunos periódicos atacaron el desenlace como afrenta a la moral, escarnio de la religión y forma teatral de la filosofía materialista, echando de menos «el soplo vivificante de la moral cristiana» y «lamentando que el desenlace estuviera fuera de la realidad moral» (15). Para otros, Echegaray, con su nuevo drama, venía limpiamente «a proclamar la fuerza incontrastable del mal» (16). El estreno de **El Gran Galeoto** supondría el momento decisivo en la irresistible ascensión de Echegaray como dramaturgo y la consagración del melodrama en la escena española.



LA HORA DEL «MASCULINISMO»: CALVO Y VICO.

Al comienzo de la Restauración, en la década de los setenta, el Teatro Español (inicialmente Corral de la Pacheca y después Teatro del Príncipe), ostentaba la decanatura de los teatros madrileños; lo subvencionaba el Municipio y ofrecía temporadas de teatro «serio» español, clásico y moderno.

La atención y control de su escena corrían a cargo de dos actores de fama, Rafael Calvo y Antonio Vico. Su estilo de interpretación conservaba la secuela del teatro romántico de protagonistas exaltados y heroicos, que configuraron ya a principios de siglo la imagen del divo, a la manera de un Isidoro Máiquez. Este proceso había desembocado, con el advenimiento del «realismo», en una interpretación mecanicista y artificiosa del énfasis gestual, y en una tiranía del primer actor sobre el hecho dramático, que a él se supeditaba.

Era la hora del «masculinismo». No sólo tenían que ser obras de protagonista varón, sino que debía su nombre dar título al drama: **Traidor, inconfeso y mártir; Cid Rodrigo de Vivar, El alcalde de Zalamea; Guzmán el Bueno, Don Juan Tenorio, Juan José**, pertenecían a este repertorio. Algunos ejemplos pueden ilustrar su técnica de actuación «realista». Rafael Calvo había desempolvado el **Don Alvaro**, con el que obtuvo un clamoroso éxito. Recordando la reposición escribía un comentarista: «Hoy, en la escena del despeñadero lo que se arroja por éste, de ordinario, es un maniquí, que sustituye al actor mediante un juego escéni-

---

(15) «Crónica de teatro», **La Fe**, *Madrid, 29 de marzo de 1881.*

(16) Peregrín García Cadena, «Los teatros», en **La Ilustración Española y Americana**, *30 de marzo de 1881.*



Los estudiantes madrileños politizaron la presentación de «El Gran Galeoto», convirtiéndola en la obra de la oposición demócrata y progresista, participando en una gran manifestación que recorrió las calles hasta llegar a la casa del autor. (De «La Ilustración Española y Americana», del 30 de marzo de 1881).

co. Pero Rafael Calvo, que todo lo hacía concienzudamente, se arrojaba de veras desde una altura de varios metros. Para recogerle, se disponían colchonetas y varios dependientes del teatro, que tenían que sujetarle en plena posesión de su papel; caía convulso y en la más exaltada tensión nerviosa» (17). Considerado por su técnica actor «poseído», Calvo rechazaba el estudio reflexivo de su papel y confiaba su éxito a la intuición o «arranque del momento». A veces, en un intermedio, en su cuarto o en el saloncillo del Español, preguntaba a un amigo en qué pasaje del acto siguiente quería que arrancara el aplauso. Y por muy insignificante que el pasaje fuera, allí, indefectiblemente, suscitaba el actor el entusiasmo del público (31). En las luchas en escena se mostraba exaltado y belicoso hasta la exageración. Según testigos presenciales, cuando combatía con comparsas, «los acuchillaba sin piedad habiendo herido y lastimado a unos cuantos» (19).

Antonio Vico era el polo opuesto de Rafael Calvo. En las más dramáticas y difíciles situaciones de las obras de mayor importancia, era dueño absoluto de sus facultades mentales: «Exteriorizando los más hondos y tiernos sentimientos, las pasiones más exaltadas, vivas y tempestuosas, por dentro estaba sereno y frío, como si aquello no fuera con él y como si no hiciera nada de particular. Era de los que consiguen separarse del personaje que interpretan y ser, como queda dicho, un espectador más» (20).

Como Calvo, también Antonio Vico hacía gala de recursos y efectos, y estaba especialmente dotado para el instante trágico, figurando el agonizar y el morir en escena entre sus especialidades.

La tendencia de la sociedad española a polarizarse alrededor de las figuras de la época y a enfrentarlas, era una práctica sustancial a la actividad de estos dos actores y ejemplifica el dualismo de la acción mítico-destructiva de la mayoría hacia su héroe: En el drama, Calvo y Vico; en la ópera, Gayarre y Marsini; en la política, Cánovas y Sagasta; en la tauromaquia, Lagartijo y Frascuelo. En la rivalidad existente entre Calvo y Vico, no era raro que en el anfiteatro del Español viquistas y calvistas salieran a puñetazos. Los primeros se mofaban de las «piernas torcidas» de Calvo, y los segundos, del abdomen de Vico. Esta tendencia a la ridiculización, esta manifestación

(17) José Deleito y Piñuela, **Estampas del Madrid teatral fin de siglo**, *Madrid (s. f.), pág. 41.*

(18) **Ibid.**, *pág. 27.*

(19) Francisco Flores García, **Memorias íntimas del teatro**, *Valencia, (s. f.), pág. 146.*

(20) **Ibid.**, *págs. 149-150.*

de crueldad no era nada nuevo, por cierto, en el antiguo Corral de la Pacheca, que ya había cobijado feroces ataques a Ruiz de Alarcón por sus defectos físicos.

En el teatro español del siglo XIX, los autores más celebrados encontraban el intérprete adecuado a sus obras, y el primer actor, el autor a su justa medida: José Zorrilla a Carlos Latorre; Manuel Tamayo a Joaquín y Victorino Arjona y a Teodora Lamadrid. Echegaray, al principio, a Antonio Vico y Rafael Calvo, y después a Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero.

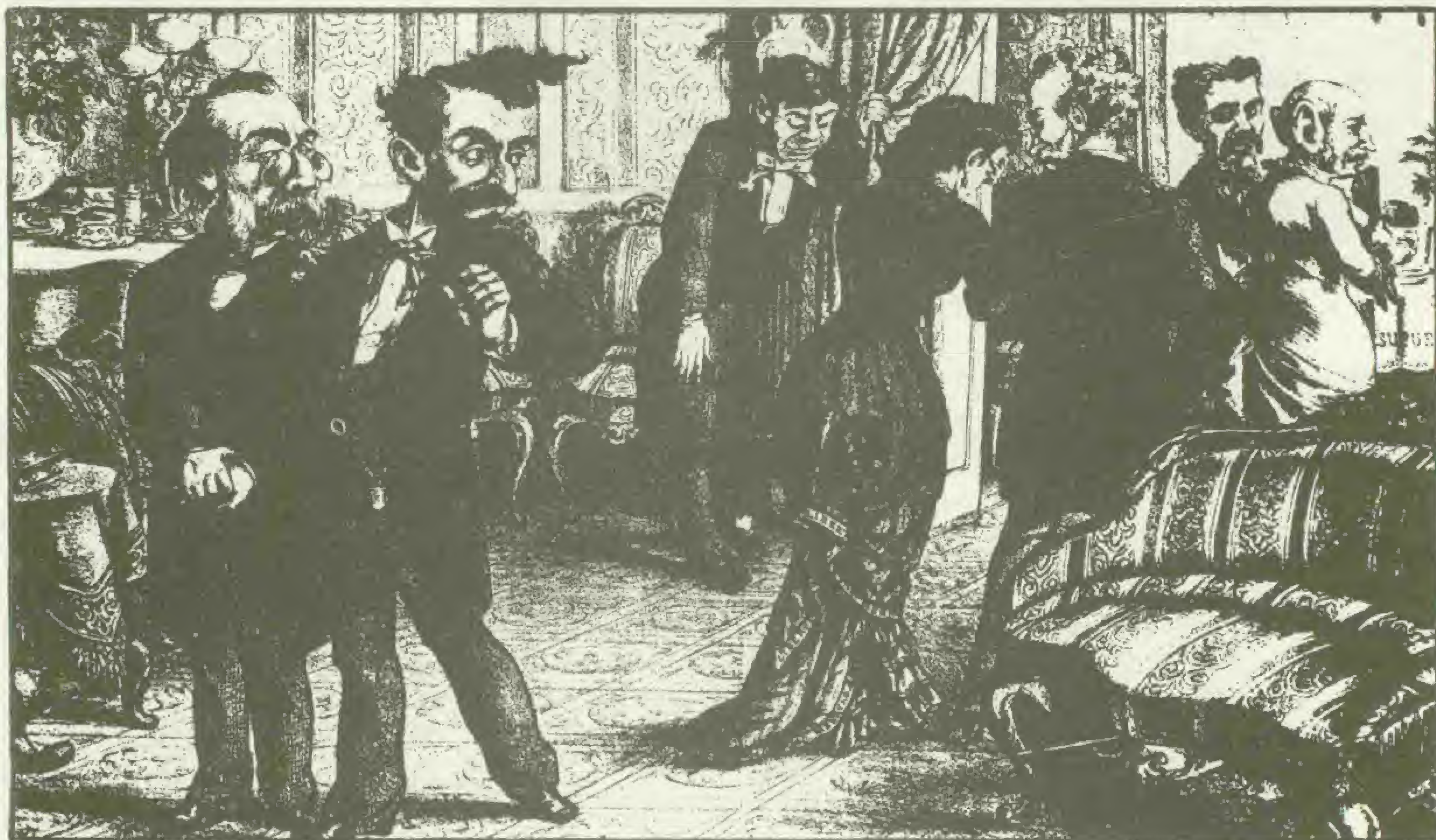
En el caso de Echegaray, la influencia de determinados actores se puede advertir en sus producciones dramáticas, confeccionadas a veces a la medida de un intérprete determinado. Este hecho ya había sido apuntado por Azorín, quien lo consideraba de decisiva importancia en la dramaturgia echegariana: «Echegaray se encontró con Vico y con Calvo, dos admirables, soberbios actores, dos actores de fecunda inspiración. Su teatro estaba en consonancia con ellos y ellos, Calvo y Vico, contribuyeron a formar y desenvolver su dramaturgia» (21). Para Antonio Vico escribiría alguna de sus primeras obras, como **La esposa del vengador, En el puño de la espada**, y **O locura o santidad**, mientras que para Rafael Calvo compondría obras como **En el seno de la muerte, Mar sin orillas, Haroldo el normando**, y **Conflicto entre dos deberes.** Algunas fueron elaboradas pensando en los dos, y entre ellas **La muerte en los labios** fue la primera y la de más éxito.

Una de las primeras obras escritas para la compañía Calvo-Vico, **O locura o santidad**, representaba el primer gran éxito de Echegaray, la aceptación unánime de su teatro y tal vez la obra más elogiada en su primer período como autor. La dedicatoria de Echegaray a Vico, que interpretaba al protagonista, descubre no sólo la relevancia del trabajo del actor en este tipo de teatro, sino también el tono general de teatralización del texto: «Usted bien merece, y es harto humilde recompensa, ya lo conozco, a cambio de tantos y tantos gritos desgarradores, de tantas maravillas de expresión, esta muestra de gratitud, de mi admiración y de amistad» (22).

O locura o santidad fue presentada, ante un público entusiasmado, la noche del 11 de enero de 1877. El protagonista, don Lorenzo, «sabio y filósofo», es presentado como padre y marido modelo y, además, goza de una situación económica privilegiada. Tras haberse opuesto por largo tiempo al matrimonio de su hija, asiente a él. Descubre por una antigua criada (en realidad, su madre), que su fortuna, legalmente, no le corresponde. La clave de la obra re-

(21) *Azorín, «El verso en el teatro», en diario* **ABC**, *5 de abril de 1917.*

(22) *José Echegaray,* **Teatro escogido**, *Madrid, 1957, pág. 375.*



La última escena del primer acto de «El Gran Galeoto» es adaptada a otra: «Cena Política» en casa de Sagasta, nuevo Presidente de Gobierno. Mientras los invitados se dirigen a la mesa, Sagasta observa con recelo a la pareja formada por su propia esposa con Víctor Balaguer, Presidente del Congreso. («La Mosca», del 23 de abril de 1881).

side en una carta escrita por la que creía ser su madre, momentos antes de la muerte de ésta, en la que se explica la situación: El padre era muy rico, ella, muy pobre. No tuvieron hijos. Conocía el esposo que una enfermedad incurable minaba rápidamente su existencia. Loco de amor, en el último instante, quiso asegurarle su fortuna. Buscaron un niño... Juana, la criada, conoce el secreto, y les ayuda: cede su propio hijo, Lorenzo, para que pase por heredero del matrimonio millonario. A partir de aquí, se esboza el problema de conciencia: o renunciar a todo, devolviendo una herencia que ilegítimamente posee, o envilecerse con una fortuna que considera como un robo. Basándose en la carta, decide renunciar, pero aquélla ya ha sido quemada. Aun así, Lorenzo insistirá en la renuncia, lo que algunos consideran como «locura» y otros como «santidad». A pesar de la aparente aspiración de Echegaray a plantear a su público un problema de conciencia y de la inclinación de su héroe hacia una perfección moral, lo que un análisis del texto pone al descubierto es, fundamentalmente, la maestría y el control de las técnicas del melodrama: La «carta» que, como de costumbre, descubre los grandes secretos y plantea los terribles conflictos. Unos padres que no son tales padres, un hogar que deja de serlo, el reconocimiento de la madre verdadera en la antigua criada y, en general, la influencia incontrolable y decisiva de los hechos pasados en la vida presente.



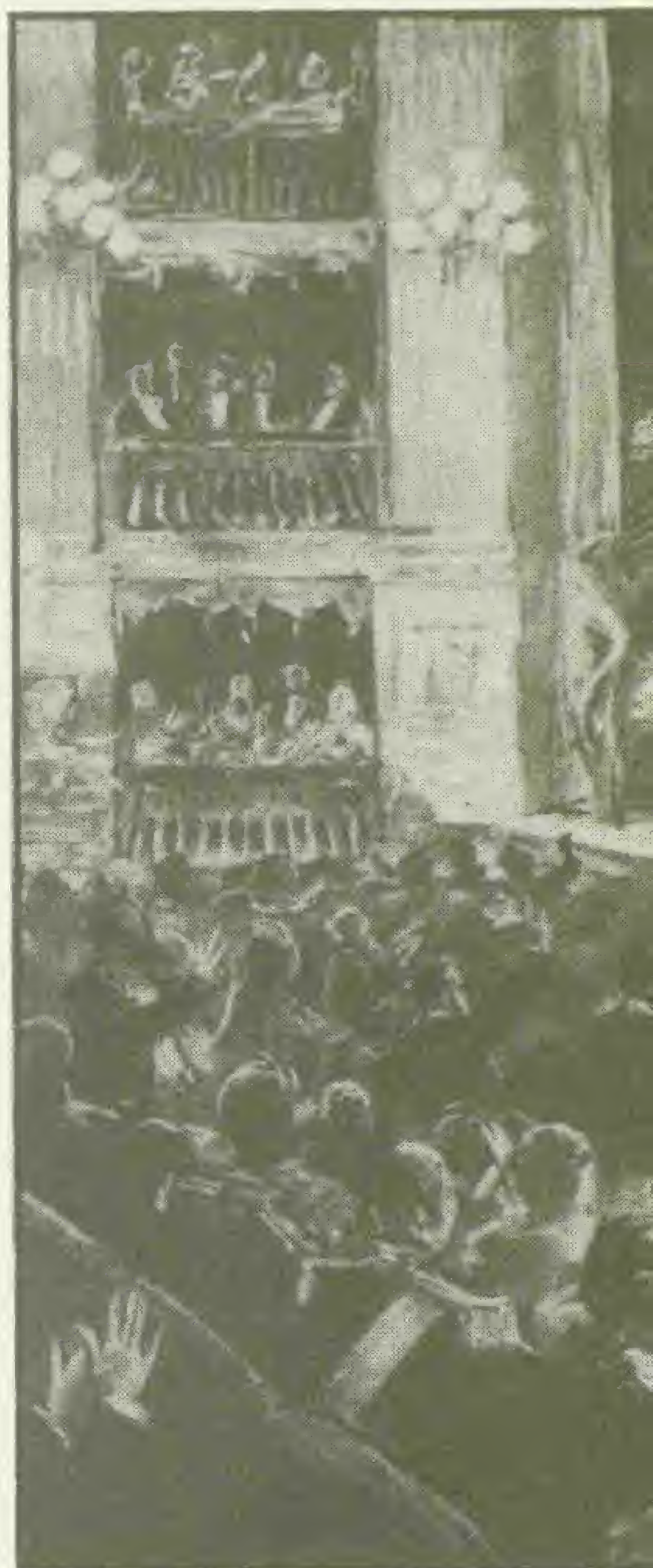
Díaz de Mendoza y María Guerrero en «La Estrella de Sevilla», atribuida a Lope de Vega. («Le Théatre», París, octubre de 1898).

En alguna ocasión, Echegaray escribía una obra con dos grandes papeles, dos protagonistas confeccionados a la medida de Calvo y Vico, acomodándose a las específicas facultades de cada uno. En **La muerte en los labios**, estrenada en 1880, sobre el fondo histórico de la reforma protestante en Suiza, se oponían Calvo y Vico, éste en el papel de Walter, lugarteniente de Calvino, y el primero en el de Conrad, defensor del amor, oponente de Walter y, sin saberlo, hijo suyo. Una parte del éxito se debió, sin embargo, al anticalvinismo de la obra. La acción se desarrollaba en el siglo XVI, a las orillas del lago Ginebra, centrándose el drama alrededor de la figura de Miguel Servet. Al levantarse el telón, Conrad esconde a Servet en la casa de su amada Margarita, donde también se encuentran, accidentalmente, Walter, fiero calvinista que fue recogido en la calle, donde había caído enfermo, y Jacobo, un físico avanzado, de ideas heréticas. De este modo, y por distintas peripecias, se reúnen en una misma sala un furibundo calvinista, el líbrepensador Servet, el discípulo Jacob y los amantes Conrad y Margarita. Mientras Servet confía en Jacob y le muestra el libro por el que sufre persecución, el inquisitorial Walter descubre el texto y la identidad de su dueño, avisando a Calvino. A partir de este instante, los recur-

sos favoritos de Echegaray comienzan a surgir y a producir su efecto. Se revela el hecho de que Conrad es hijo de Walter, dándose así el reconocimiento entre un padre y un hijo que ignoraban su relación familiar. Tras numerosas peripecias, que recuerdan las técnicas de la novela bizantina, Walter denunciará finalmente a Margarita por encubrir a Servet, y Conrad, su amante, morirá a consecuencia de las heridas recibidas en la lucha entre los partidarios de Servet y la fuerza inquisitorial. Acciones conocidas del teatro de Echegaray, se engranan y se suceden con ritmo ascendente en el transcurso de la obra: luchas, torturas, muertes violentas, conflicto retórico entre opuestos deberes y, al final, el sacrificio del inocente.

A pesar del cuidado de Echegaray en crear dos protagonistas de igual relevancia, Calvo, en su papel de Conrad, se consideró postergado, y Echegaray, para compensarle, «compuso otra obra en que, indiscutiblemente, fuese para él el puesto de honor y Vico desempeñara un papel de menor importancia» (23). Así nació **El Gran Galeoto**, su «obra maestra». Calvo haría de Ernesto, joven apuesto, delicado, y calumniado por todo el mundo. Vico sería su segundo padre, generoso, confiado, leal, lanzado por la calumnia y la murmuración hacia la lucha y la muerte. Pero esta vez fue Vico quien consideró que el papel era inferior a sus merecimientos y se negó rotundamente a presentarlo, siendo sustituido en el estreno por un actor «barba» de la compañía.

Conflicto entre dos deberes, presentada por la misma compañía en diciembre de 1882, y protagonizada de nuevo por Calvo, es una obra que permite explorar la función y la relación del autor, actor, empresario y público en el teatro de Echegaray. Así era su asunto: El joven abogado Raimundo tiene un protector, don Joaquín, de cuya hija está enamorado y por la que es correspondido. Raimundo piensa que el protector no verá con buenos ojos esta relación, pues mientras la muchacha es muy rica, él no tiene otra propiedad que la de su profesión, que ahora comienza, y su trabajo. Cuando ya ha decidido salir para América, don Joaquín, al corriente de todo, acepta la boda. La felicidad parece descender sobre las dos familias, pero pronto se plantea el conflicto: la hija de don Joaquín tiene una antigua amiga de colegio, cuyo padre fue asesinado por un desconocido que le robó un millón al producirse el hecho. Las pruebas del crimen son unas cartas cerradas que ella entrega al abogado, el cual se encargará del caso y, si lo hubiere, del proceso. Pero el asesino resulta ser, nada menos, que don Joaquín, es decir, el padre de su prometida. Así se plantea la tesis de la obra, el conflicto entre dos deberes, entre la gratitud, que le instiga a destruir los documentos que se le han entregado y que acusan a su protector, y la conciencia y el honor de su profesión, que le imponen la obligación de esclarecer el crimen por medio de las cartas. Cuando, bien avanzado el tercer acto, la madeja está más enredada, el autor lo resuelve con un duelo y con un difunto a breve plazo: el protector de Raimundo se levanta la tapa de los sesos para facilitar el desenlace y la felicidad de los novios. En **Conflicto entre dos deberes**, Echegaray vuelve a hacer acopio de sus procedimientos habituales: Se trata de cálculos logarítmicos, de hacer todas las combinaciones posibles con los datos fundamentales utilizados en la confección de la obra, para obtener de su auditorio la respuesta emotiva y palpitante. Que lo consiguió plenamente no queda lugar a dudas, como lo muestra la crítica de la noche del estreno: *«A la conclusión del segundo acto el éxito estaba ya decidido, y de una manera tan franca, tan general y tan tumultuosa como no hay memoria en las tablas. No recordamos, en efecto, una interrupción de escena como la que ocurrió anoche cuando Raimundo (Rafael Calvo), se decide y dispone a quemar las*



En el homenaje a Echegaray en el Teatro Real, la noche del 18 de marzo de 1905, el noventa por ciento de palcos y plateas lo ocupaban miembros de la aristocracia. («La Ilustración Española y Americana», Madrid, 30 de marzo de 1905).

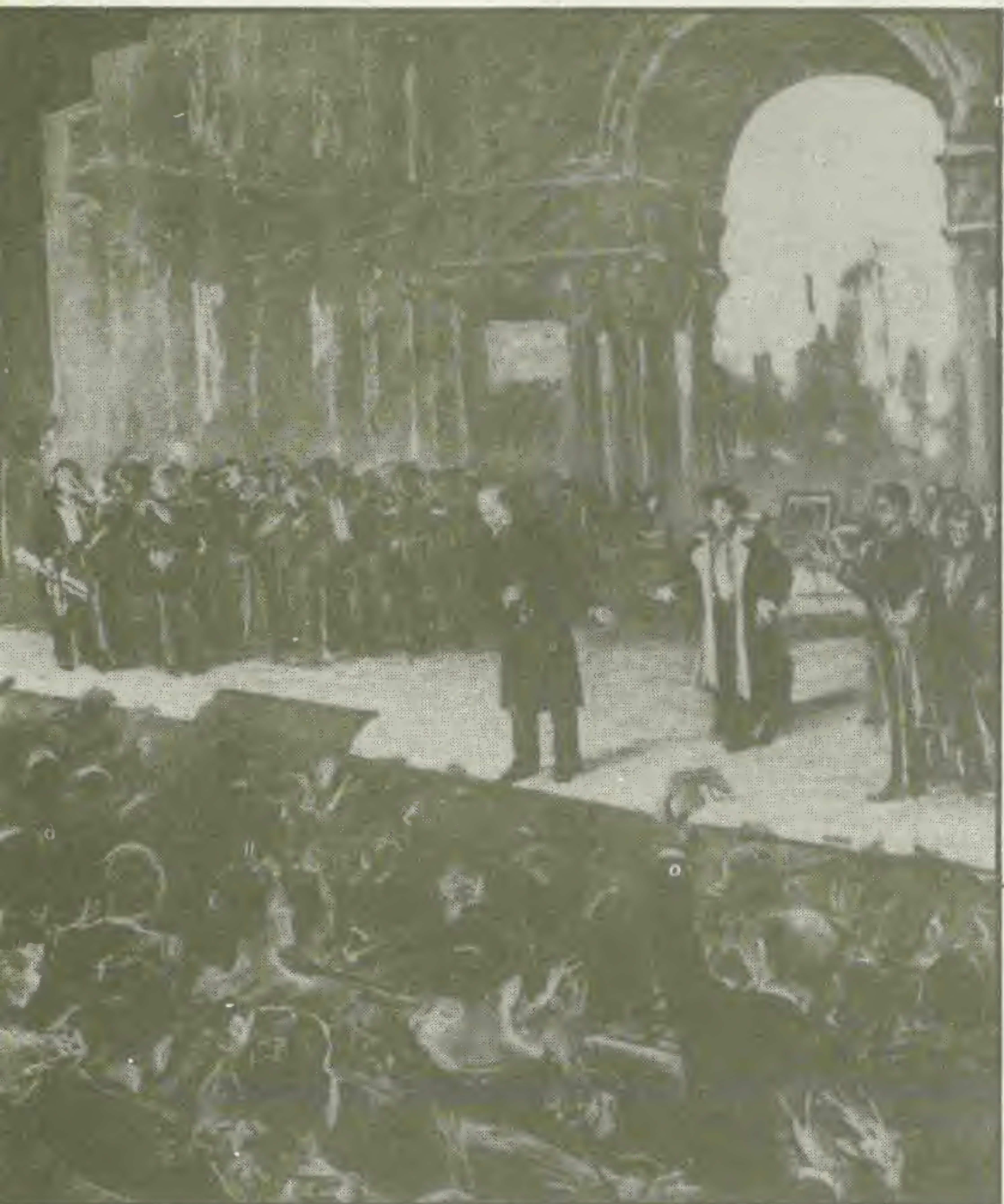
(23) *J. Deleito y Piñuela*, **op. cit.**, *pág. 32.*

cartas, vencido por el corazón y ahogada su conciencia. Una de esas frases que abundan en la lírica de Echegaray, enardeció, entusiasmó, enloqueció al público; y no quiso éste que continuase la representación sin que se presentase el autor para saludarle entre aclamaciones. Rafael Calvo se resistía a cortar la escena en lo más culminante de la situación y destruir el efecto del acto: sabía bien que Echegaray había triunfado y que esperando algunos minutos más, nada perdería su gloria... En vano hizo señales al público, sin cambiar de actitud y gesto dramático, de que esperara aún; los espectadores, con verdadero frenesí, no querían atender a la escena, pidiendo la presencia del genio admirable que de tan violento modo arrebataba; Calvo cedió al fin con disculpable ademán de desatención para con el público, ciertamente, y Echegaray apareció en las tablas magníficamente abrumado por una ovación indescriptible» (24).

Respecto a las grandes manifestaciones populares que, promovidas por Felipe Ducazcal, se organizaban a la salida del teatro, la noche del estreno, el crítico de **El Liberal** concluía su crónica de esta forma:

«A la una y media, cuando nos retiramos hacia la redacción, vimos hacia la calle del Arenal un clamoreo inmenso, que se extendía por las calles vecinas entre oleadas musicales. Se oían «vivas», algo como un movimiento popular y revolucionario. Acudimos presurosos, y vimos un cortejo numeroso de hombres con teas chisporroteadoras; y en medio de este peligroso círculo de fuego, un coche de alquiler, que avanzaba lentamente, dejando adivinar por la majestad del paso, la majestad del genio que indignamente contenía. Delante de las teas una charanga entonaba piezas nada alusivas al acontecimiento. Nosotros oímos un «quadrille» célebre: ¡Viva Echegaray! ¡Viva don Rafael Calvo! ¡Viva el gran autor contemporáneo! Era el personal del teatro Español que acompañaba al genio y ponía en conmoción a Madrid. Algunos transeúntes —gente iliterata—, creyeron que era el viático. Las teas y los ecos de aquel cancan triunfal, se perdieron en dirección del barrio de Pozas. Dicen que Echegaray se asomó a la ventanilla del coche, y que dijo modestamente:

—¡Señores, un cadáver de referencia y dos muertos casi vistos, no merecen tanto!» (25).

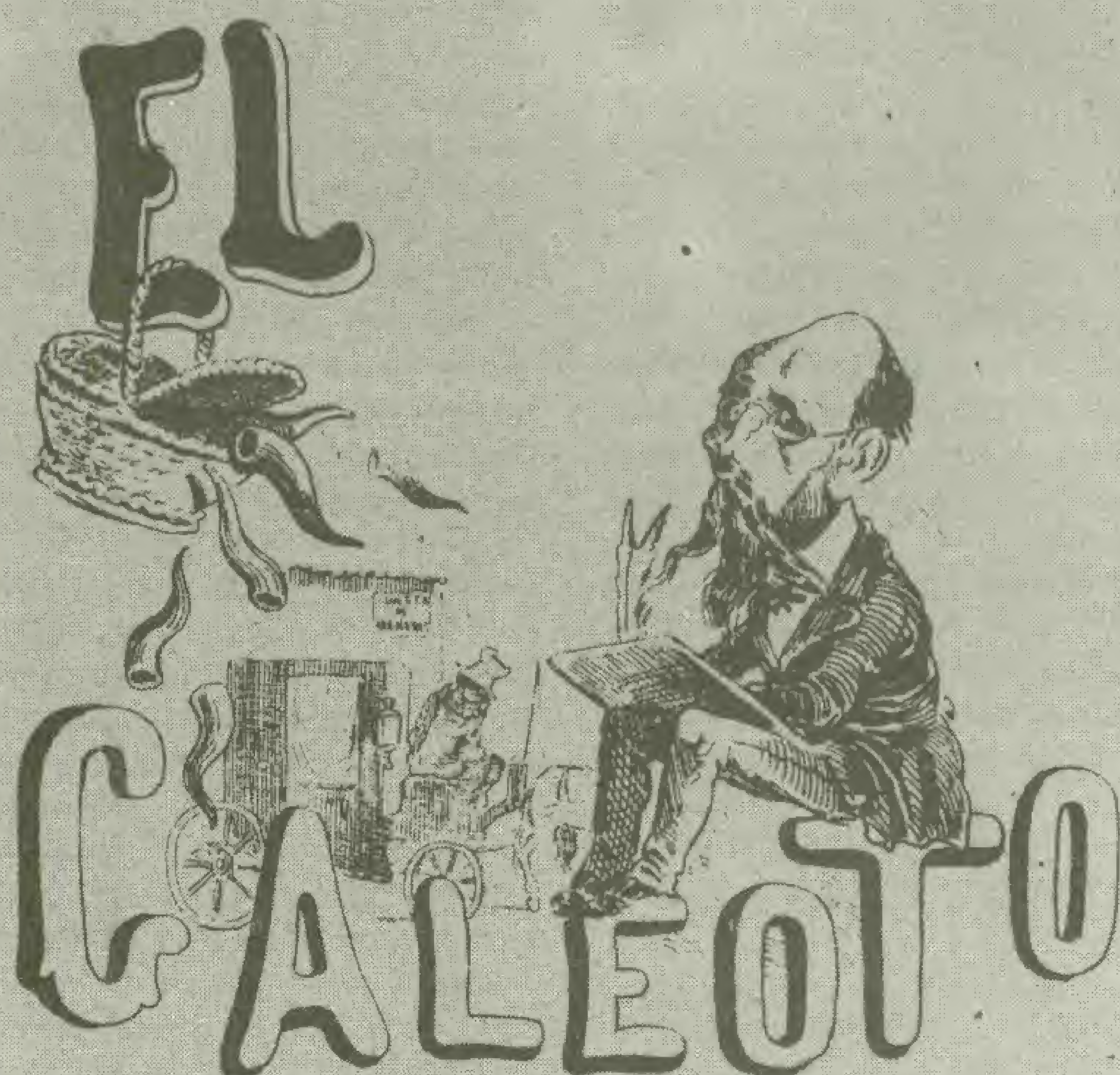


De la empresa formada por Ducazcal y Echegaray con Calvo y Vico en los años ochenta, saldrían las primeras tentativas para abrir un mercado hispanoamericano. El primer viaje lo realizó Rafael Calvo, en 1883, con compañía propia, merced a un anticipo de «catorce mil duros» adelantados por la Banca española. En América se le tributó una extraordinaria recepción; y volvió rico a España, en 1886, para morir dos años más tarde. También Vico intentaría la empresa teatral en América, pero su estancia de dos años en diversos países americanos fue una peregrinación desastrosa. Cuando había decidido regresar a España, moría en un naufragio en alta mar, frente a las costas de Cuba (26).

---

(24) «Crítica de teatro», en **El Liberal**, *Madrid, 15 de diciembre de 1882.*

(25) Véase, F. Flores García, **op. cit.**, *pág. 229.*



Primera página del folleto satírico, sin datar (¿1881?), firmado por Cabrero, recogido en la «Enciclopedia de la Prensa Periódica», compilada por don León María Carbonero y Sol de Merás (Hemeroteca Municipal, Madrid, págs. 214-227).

LA ALIANZA DE LA NOBLEZA Y DE LA BURGUESIA: LOS MENDOZA-GUERRERO

A la muerte de Calvo, asumió la dirección del Español su hermano Ricardo, en colaboración con Donato Jiménez. Ambos lucharon por mantener la hegemonía y el prestigio. Siguieron asociados a Echegaray y estrenaron sus obras. Ricardo, imitador de Rafael, no pudo mantener la altura histriónica de éste y de Vico y, además, era ya un actor que comenzaba su declive. La aparición de Ramón Guerrero significaría una nueva etapa en la historia del antiguo teatro del Príncipe y en el desarrollo de la industria del teatro en España.

Ramón Guerrero había hecho su pequeña fortuna en Francia, como tapicero y, al regreso, consiguió la contrata como «atrezzista» del Español y de otras salas madrileñas, desde donde cultivó la amistad de aristócratas, de escritores y artistas. En esta atmósfera creció su única hija, María Guerrero, en quien había concentrado el padre todos sus esfuerzos para que ocupara el lugar de los «divos» desaparecidos o en retirada forzosa. Mariquita, que, según un apologista, «conocía idiomas, tocaba el arpa, recitaba y cantaba con gentil desembarazo» (27), fue educada en un colegio francés y estudió declamación con Teodora Lamadrid. En 1885, a los dieciocho años, debutaba en el teatro de la Princesa con la comedia **Sin familia**, de Miguel Echegaray, hermano de José.

El desplazamiento de Ricardo Calvo, primero por la Guerrero y después por Mendoza, es uno de los ejemplos aleccionadores de la realidad del «teatro por dentro», en el desarrollo de la industria teatral en España. En 1890, ingresa María Guerrero como «damita joven» en la compañía del Español. Allí se estrechó la relación entre Ramón Guerrero y Echegaray, cuyas últimas obras continuaban supeditadas al primer actor, Ri-

(27) *J. Deleito y Piñuela,* op. cit. *pág. 89.*

cardo Calvo. Poco tiempo después, Echegaray sorprendería a todos, especialmente a aquél, con la lectura de una comedia de humor con papel protagónico para la Guerrero, pensado para ella. El estreno de **Siempre en ridículo** provocó entre los actores una enorme tensión y la salida de la Guerrero de la Compañía. Su viaje a París por unos meses, para estudiar con Constant Coquelin, suponía la maniobra final para el planeado lanzamiento de la actriz.

Mientras tanto, el teatro Español, que presentaba un aspecto ruinoso desde hacía ya varios años, era cerrado por el municipio de Madrid, por reformas. Al regreso de París, Mariquita, siempre de la mano de su padre y con Echegaray como dramaturgo, encabeza una nueva compañía en la Comedia. Las tres temporadas realizadas en esta sala introdujeron un cambio de orientación en el concepto histriónico: el «feminismo» en el teatro. Con el reestreno de **Sio vos non vobis**, en 1892, obra dedicada a la actriz, la crítica más audaz aventuraba la existencia de un amor platónico; en esta obra, Echegaray escribía su propio drama, su amor por la Guerrero: un sesentón se enamoraba de una joven, le daba cultura, estimación, amor; pero al fin llega el compañero de juegos y se la lleva (28). Después siguieron otras obras en el mismo teatro, siempre con papel de heroína para ella: **Mariana**, 1892; **El poder de la impotencia**, 1893; **La rencorosa**, 1894; **El estigma**, 1895. Ricardo Calvo, sin trabajo al cerrarse el Español, acabó pasando a la Comedia, aceptando la hegemonía de la Guerrero y quedando él como primer actor.

A principios de 1894, el Español continuaba cerrado, sin que las reparaciones que decidieron su clausura hubieran sido efectuadas. Ese año es anunciado en pública subasta. En julio, el actor Emilio Mario le escribía a Galdós: «El padre de la Guerrero ha estado ocho días en Madrid gestionando la concesión del teatro Español. Promete hacer las obras de reparación que han de importar cien mil pesetas. Ofrece cinco obras de don José Echegaray, dos de usted y una de Guimerá; promete poner de director artístico de la compañía a don José Echegaray y a doña María Guerrero de primera actriz. También nombra un comité para la administración de obras en que figuran Echegaray, Galdós y Guimerá. El Ayuntamiento, en vista de que no puede dar el teatro si no en pública subasta, determinó tomar en consideración esta oferta, dar cuenta de ella en sesión y sacarlo según está previsto a subasta, aceptando la proposición más conveniente» (29). Enseguida salió a concurso. Ramón Guerrero lo pidió y lo obtuvo del Municipio regido por el conde de Romanones, «nuestro alcalde», como Mariquita lo llamaba. La compañía se instaló en él en enero de 1895, con la incorporación de una nueva figura: Fernando Díaz de Mendoza.

Mendoza representaba una aristocracia española en proceso de decadencia. Casó con la hija de la duquesa de la To-

(28) Véase, Rafael Manzano, **María Guerrero**, *Barcelona, 1959, pág. 44.*

(39) Soledad Ortega, **Cartas a Galdós**, *Madrid, 1964, pág. 375.*



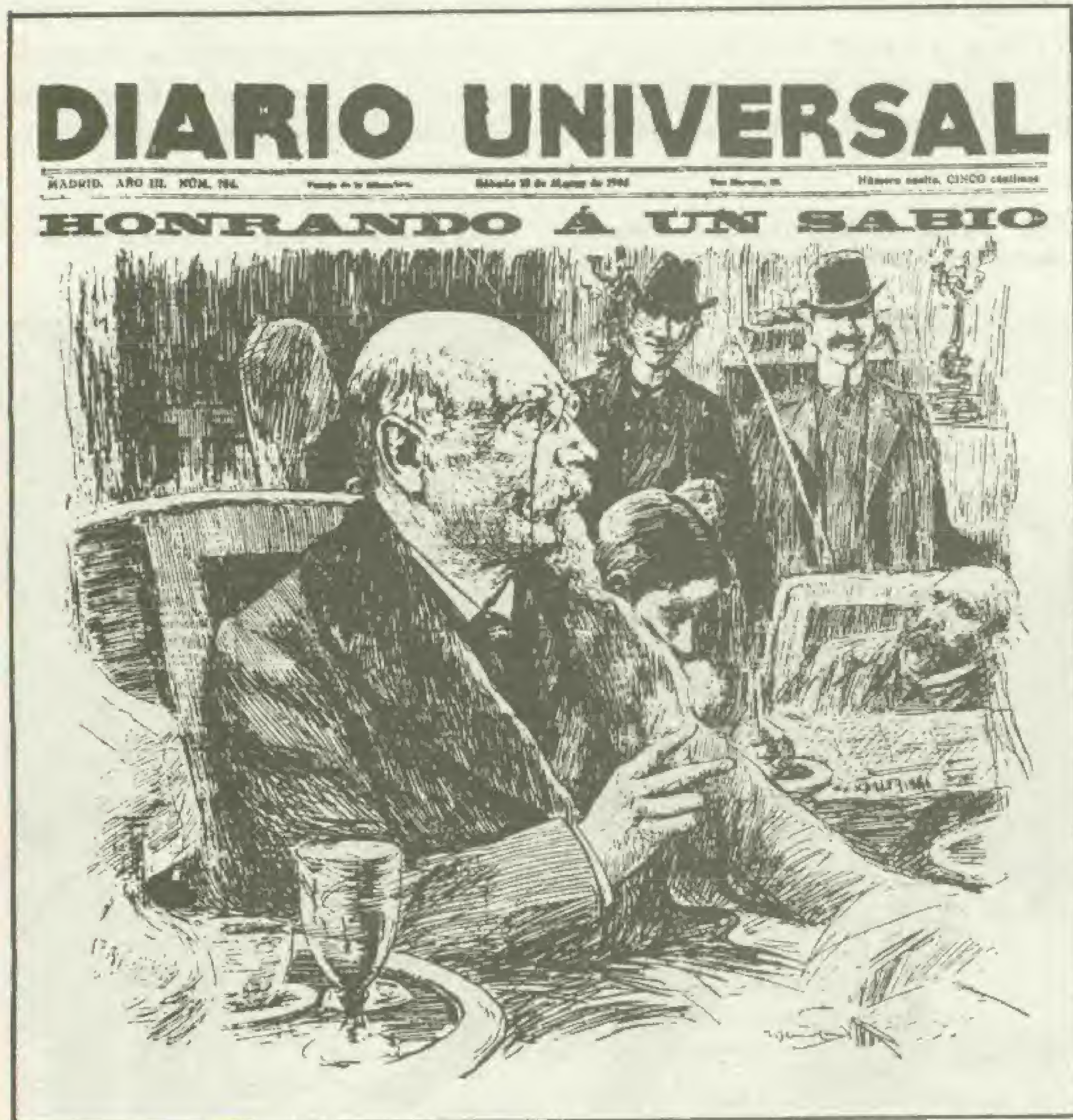
En el Senado, Alfonso XIII hace entrega a don José Echegaray del diploma y la medalla del premio Nobel de Literatura. («La Ilustración Española y Americana», 30 de marzo de 1905).

rre y había frecuentado el teatrito privado de su palacio como actor aficionado. En 1890 se encontraba viudo, arruinado y sin una preparación profesional que le permitiera adaptarse a los nuevos tiempos y a la nueva clase. El teatro era, prácticamente, su única salida. En enero de 1891 se presentaba en teatro comercial con **Don Alvaro**, y comenzó su relación con la Guerrero y con Echegaray. Comenta Sassone que Mendoza «recibió un día un telegrama de Ramón Guerrero que le contrataba con diez duros diarios, el salario diario de un obrero no alcanzaba a un duro, en el primer teatro de España, como galán amoroso, al lado de la María Guerrero y de Ricardo Calvo, senior» (30).

Inevitable ya la hegemonía de la Guerrero, la inmediata y última gran humillación para Ricardo Calvo iba a ser la rápida ascensión del aristócrata por la escala de los actores hasta sobrepasarle, a pesar de sus limitadas dotes de actor: «Mendoza era siempre Mendoza, bajo la cota de malla o bajo el frac; había en todo él cierta rapidez, cierto empaque. Era la suya una elegancia de salón; pero sin la flexibilidad y el don de caracterizarse o transformarse» (31). El conflicto entre Calvo y Mendoza, y la eliminación del último obstáculo para emparejar a éste con la Guerrero, se resolvió con una bien calculada campaña de prensa: «La Guerrero y Mendoza tuvieron desde el principio lo que se ha llamado «buena prensa»; y, según los maldicentes de entonces y la gente de teatro que presumía de estar en el secreto, la causa no era sólo desinteresada admiración» (32).

Gradualmente interpretó Mendoza los «galanes», mientras Calvo era relegado a los papeles de «carácter». Al primero le faltaba mucha experiencia y Calvo, «que no pasaba de los cincuenta años y era delgado, pudiendo rejuvenecerse con el afeite escénico, no estaba aún para la reserva» (33). Enfermo y envejecido por los reveses teatrales, recibió la mayor afrenta a raíz del estreno de **Mancha que limpia**, con el que se reanudaba la producción dramática de Echegaray para la Guerrero en la sala del Español, ya restaurada. La obra, presentada el 9 de febrero de 1895, supuso un gran éxito de la Guerrero y Mendoza y una gran decepción para Calvo, a quien un sector de la crítica simplemente lo ignoró. Muy afectado, dejó el Español, formó compañía y presentó otra obra de Echegaray, **El primer acto de un drama**, en Barcelona, en Valladolid y en el Novedades, de Madrid. Pero ya no consiguió recuperarse: «Su pundonor susceptible y dignidad de artista heridos, su antigua e ingénita melancolía, agravada hasta hacerse morbosa y obsesionante, le acarrearon una afección moral, que envenenó sus dolencias físicas» (34). A las pocas semanas, el 20 de abril, se produjo su muerte.

La empresa del Español, concebida con un hábil criterio utilitario respecto a los valores del drama, y montada sobre unas sólidas bases económicas, abría un período de dominio de la escena española de más de veinte años. En 1896, la boda de la hija del empresario del Teatro Espa-


DIARIO UNIVERSAL

HONRANDO Á UN SABIO

Echegaray, en la «Cacharrería» del Ateneo. («Diario Universal», del 15 de marzo de 1905).

(30) *Felipe Sassone,* **María Guerrero la Grande**, *Madrid (s. f.), pág. 61.*

(31) *J. Deleito y Piñuela,* **op. cit.**, pág. 109.

(32) **Ibíd.**

(33) **Ibíd.**, *pág. 111.*

(34) **Ibíd.**, *pág. 112.*



«El Motín», tituló esta caricatura retrospectiva. «Inválidos de la Política», expresando la situación de «paro forzoso» de Castelar, Serrano, Martos, Moyano, García Ruiz, Pavía, Echegaray (segundo a la derecha) y Topete, tras el advenimiento de la Restauración.

ñol, María Guerrero, con Fernando Díaz de Mendoza, conde de Balazote, conde de Lalaing y dos veces grande de España, representaba, a nivel de la superestructura cultural, la alianza entre la aristocracia y la alta clase media.

Uno de los dramas más representativos de este último período de Echegaray fue **La duda**, estrenado en 1898, obra que supuso un éxito apoteósico de la Guerrero y que, por su carácter y por su contenido, no podía hallarse más alejada de la problemática nacional y de la crisis de valores que los acontecimientos de ese año planteaban a los españoles.

A la protagonista, Amparo, se le hace creer que Ricardo, con quien se va a casar, ha tenido relaciones en secreto con la madre de ella, Angela. Enloquecida por esta calumnia, originada por Leocadia para vengarse de Ricardo por no haberse casado con su propia hija, Lola, Amparo concluirá estrangulando a Leocadia. La obra es rápida en acción, lógica y clara en su construcción y con una irreprochable elaboración, en blanco y negro, de los caracteres melodramáticos. Teatralmente, los problemas se planteaban a partir de un tratamiento simbólico (Echegaray parece consciente en estos años, de la importancia creciente de Ibsen), tratando de simbolizar la Duda en el odioso personaje de Leocadia pero, las más de las veces, el símbolo se hace mujer de carne y hueso, convirtiéndose en aborrecible traidor de melodrama. Las crónicas de teatro de la época son un testimonio irrevocable de la servidumbre del texto a las condiciones histriónicas de las actrices, especialmente la Guerrero, y al gusto del público.

«En la escena que Amparo se vuelve loca, al final del segundo acto, María Guerrero mantuvo con tal arte la tensión dramática y lanzó con tal verdad la terrible carcajada en que se escapan los últimos destellos de su razón, que un estremecimiento de terror agitó a todos los espectadores y todas las manos batieron palmas para tributarle ovación entusiasta. Otro tanto ocurrió con la tremenda escena final, en que Amparo, en su delirio, estrangula a Leocadia; una sacudida de horror conmovió a la sala entera, y nuevos y unánimes aplausos premiaron a la artista». En otra parte de la crónica, añade el crítico, comentando la interpretación del personaje de Leocadia: «Los murmullos de horror producidos cada vez que se presentaba en escena Leocadia, ha de tomarlos la señora Guillén como aplausos; lo odioso del personaje así lo requiere. Había algo de sobrenatural en aquella aparición» (35).

Durante esos años, la programación y repertorio de la compañía sabría orientarse y adaptarse a los nuevos cambios en el gusto del público. El mismo Echegaray, factor esencial en la creación y constitución de la nueva empresa,

---

(35) Ricardo Blasco, «Estreno de La duda», en **La Correspondencia de España**, *Madrid, 12 de febrero de 1898.*

aunque había escrito doce obras para la Guerrero, comenzaría a ser desplazado, primero por Galdós y, enseguida, por Benavente y Eduardo Marquina. El sentido comercial de Ramón Guerrero supo dilatar el campo operacional, abriendo el mercado hispanoamericano. En 1898 se liquidaba, definitivamente, la influencia política de España en América, pero las nuevas repúblicas estaban deseosas todavía de recibir generosamente a los más brillantes exponentes de la cultura de la madre patria. La presencia de la compañía Mendoza-Guerrero en el continente americano descubrió un mercado seguro que fue insaciablemente explotado —se efectuaron más de veinticuatro viajes—, con unos ingresos fabulosos (36).

ORATORIA, POLITICA, TEATRO.

En realidad, el teatro en la Restauración era una pequeña farsa contenida dentro de otra inmensa. En este aspecto, es muy significativo descubrir todo lo que en la sociedad española de este período del siglo XIX había de «representación», en la vida política y, especialmente, en la intensa actividad parlamentaria, de la que el propio Echegaray llegó a afirmar:

«Eran espectáculos grandiosos, que rebosaban vida, que dibujaban un gran drama social y político, a la manera de los dramas de Shakespeare. No como una tragedia clásica de grandes líneas majestuosas, en que todo es noble: los personajes, las acciones, los accidentes, las catástrofes. No; lo grande y lo pequeño se resolvían en aquel drama palpitante...; lo sublime y lo grotesco, rayos de luz y salpicaduras de barro, lo que despierta la admiración y la domina, lo que arranca la carcajada o el ademán grotesco» (37).

Juan Valera ya había observado que entre todas las artes, la oratoria y la dramaturgia «son las dos que ponen en más estrecha y poderosa comunión el alma del artista con el alma del pueblo» (38). Y Azorín, preocupado por el mismo tema, analizaría las semejanzas entre el arte del orador y el del actor, sobre las que haría unas sutiles reflexiones. Mantenía Azorín que el orador, a la vista y en contacto con el público, va como modelando y plasmando su discurso según el secreto sentir de los oyentes; y, aunque el discurso haya sido previamente organizado y meditado, el público, en el curso de la oración, «habrá ido marcándole con su actitud, las modificaciones de tono, de matiz, de inflexiones de voz, de transigencia o de hostilidad, en que el orador no pensó jamás» (39). Relacionando estas técnicas oratorias con las del trabajo del actor, advertía Azorín:

«¿Cuál es el arte del actor? Todas las palabras que ha de pronunciar están trazadas de antemano; no queda a disposición del artista de la escena más que el gesto, la entonación, el ademán, los movimientos. Y ese campo que parece reducido, es extensísimo. Dentro de él puede el actor plasmar, modelar, amasar la materia de la obra, del mismo modo que el orador su discurso. Y de idéntico modo, el actor, sobre la escena, necesita, ansía, pide, busca la colaboración del público. Tal pasaje difícil de la obra que se está representando podrá ante la actitud del público, ser interpretado de otro modo, en el gesto, en los movimientos. Y tales palabras, que podrían, ante otro auditorio, ser dichas de un modo rotundo, terminante, enérgico, han de ser pronunciadas ahora de una manera rápida, insinuante, como al descuido... Las modificaciones en la interpretación de una obra —sin tocar para nada el texto— pueden ser variadas» (40).

La oratoria parlamentaria comportaba una técnica, un estudio, unas determinadas formas de «actuación» previamente ensayada por el orador. Castelar usaba en sus discursos profusión de flores retóricas y en el transcurso de ellos su voz se iba robusteciendo hasta alcanzar «efectos de sonoridad maravillosos que concluían por hechizar y electrizar al auditorio más refractario» (41). En su experiencia parlamentaria, a Echegaray le fascinó este aspecto de teatralidad en la intervención de los oradores, que, sin duda, aprovechó para la elaboración de sus célebres «efectismos». De la actuación de Ríos Rosas en las Cortes, ofrece Echegaray esta valiosa referencia que remite, inequívocamente, al tiempo de recursos expresivos en sus primeros dramas, del período de Calvo y de Vico:

«Ríos Rosas era un gran tribuno; pero era, sobre todo, un orador de combate. El necesitaba la lucha, el ataque, el golpe devuelto, la espada que choca con la espada, la chispa que salta al golpe violento de los hierros. En suma, Ríos Rosas era un admirable batallador par-

---

(36) *Véase, R. Manzano,* **op. cit.**, *págs. 79-98.*

(37) *José Echegaray,* **Recuerdos**, *III, Madrid, 1917, pág. 196.*

(38) *Juan Valera, «Discurso de Valera en el Ateneo»,* **Revista de Obras Públicas**, *no. 1.539, marzo de 1905, pág. 166-167*

(39) *Azorín, «Sassone y las candilejas», en* **ABC**, *Madrid, 6 de octubre de 1947.*

(40) **Ibid.**

(41) *Marqués de Lozoya.* **Historia de España**, *vol. VI, Barcelona, 1967, págs. 167-168.*

lamentario. Sus frases quedaban siempre esculpidas. Cuando se levantaba y apoyaba las manos en el banco de delante y empezaba a oscilar su cuerpo, como el del león que se prepara para dar el salto; y entre párrafo y párrafo respiraba fuerte, con respiración que unas veces era el ronquido andaluz de la Serranía, y otras veces semejaba el rugido de la fiera; y de este modo interrumpía a trozos el discurso para dar paseos a lo largo del banco, los diputados se iban retirando poco a poco haciéndole espacio, y al fin se quedaba solo, rugiendo, perorando con voz poderosa, y cuando era preciso, lanzando un latín de Tácito, que la mayor parte de los oyentes no entendía, pero que a todos les aterraba» (42).

En realidad, un concepto teatral dominaba en todos los aspectos de la vida política, y no sólo en el Parlamento. Los historiadores han percibido este concepto de la política como «representación», especialmente en el período de la Restauración, al que Vicens Vives denominó «parodia democrática» y a la vida parlamentaria de ese período «grandilocuente comedia» (43). En la Restauración, al eliminarse en el proceso político del país la presencia y la acción popular, la mayoría de la sociedad había quedado reducida a una posición pasiva e inoperante frente al acontecer político que ante ella se desarrollaba. En este sentido, la relación de sociedad con escena política, se presentaba en cierto modo muy similar a la de audiencia con representación teatral. Lo que explica que para el gran público, tendieran a difuminarse los límites entre espectáculo y política, invistiéndose ésta de un carácter de representación de gran guiñol. Los medios informativos, principalmente los periódicos, ofrecían a sus lectores los hechos políticos enmarcados en el gran retablo nacional: «La comedia de la semana», «La última suerte, por Cánovas», «Drama en un acto», «La función del Real», «La hostería de la Paz», «La corrida política», «Teatro de la Nación», «Castelar, Sagasta y Cánovas practicando la esgrima y haciendo turno», «Teatro político», «Entre Bambalinas», «Entre bastidores», «Estreno del drama Los Conservadores», forman una breve muestra de la constante serie de referencias periodísticas que interpretaban el hecho político como espectáculo dramático, circense o taurino. Política y teatro respondían, por consiguiente, a un mismo concepto de espectáculo, cuya previa confección y manipulación del éxito tenía, a veces, un mismo origen. Como se ha mostrado, Felipe Ducazcal organizaba el éxito —o impedía el fracaso—, de la entrada de don Amadeo en Madrid y los triunfos de Echegaray en la escena, quien, en definitiva, no hizo, como dramaturgo, sino adaptarse al artificio político manipulado por Cánovas y por Sagasta y por el caciquismo de ese período histórico de España ■ **A. C.**

(42) J. Echegaray, **Recuerdos**, *III, págs. 216-217.*

(43) J. Vicens Vives, **Obra dispersa**, *V, Barcelona, 1967, págs. 124-125.*



Caricatura satírica, aparecida en «El Motín». (La figura del centro es Echegaray).

Anton Chejov, 75 años

Ramiro Cristóbal



«Recuerdo que empezó mi padre a enseñarme o, mejor dicho, a pegarme cuando yo no tenía más que cinco años. Cada mañana, al despertarme, lo primero que pensaba era: ¿me pegará hoy?».

«Desde mi infancia, yo creía en el progreso y no podía ser de otra forma siendo tan enorme la diferencia entre la época en que me pegaban y la que dejaron de hacerlo».

Escribe un compañero de universidad: «No participaba en los círculos de los años ochenta, no leía con pasión a Lavrov, Mikhailovski y Bakunin, no tomaba parte alguna en las discusiones sobre la actividad de los terroristas en Rusia. Estaba encerrado, replegado sobre sí mismo».

«La amistad es superior al amor. Mis amigos me quieren, yo les quiero y, a través de mí, ellos se quieren entre sí. Pero el amor convierte en enemigos a quienes aman a la misma mujer... La amistad no conoce estos celos. Es por eso que, incluso en el matrimonio, la amistad es preferible al amor».

LA MUERTE DE LOS CEREZOS

Anton Pavlovich Chejov, joven estudiante de unos veinte años, escribe cuentos graciosos a tantos copecs la línea. Junto a él, en la misma reducida habitación, su extensa familia alborota. Su padre, viejo beato de anchas espaldas, reza, en voz alta, ante el rincón donde se encuentra el icono; de vez en cuando abofetea a alguno de sus hijos pequeños y el guirigay aumenta. «¡Canallas! —grita el padre—; atraeréis la desgracia sobre toda la familia, si seguís sin tener respeto a la imagen». Sacha, el hermano mayor, sonríe con cinismo fingido y se dispone a salir, vestido con ropas raídas, para hacer una nueva conquista. La madre, suspirando, apenas levanta la vista de su eterna labor de aguja.

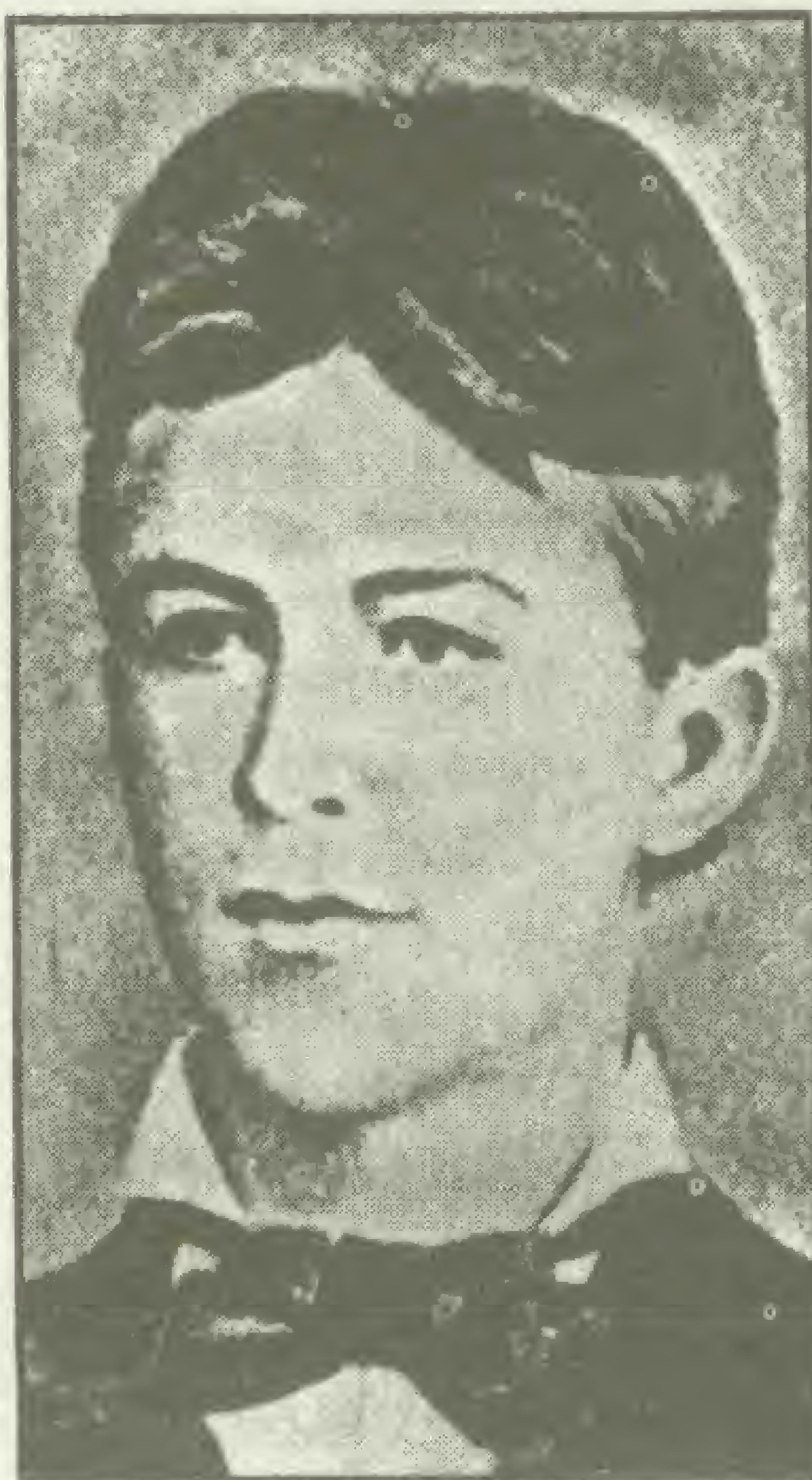
A pesar de su juventud y de su aún saludable aspecto, el estudiante ha llegado a la mitad de su vida. Sólo vivirá cuarenta y cuatro años y empieza el recorrido. Los cerezos que un día florecerán en un jardín, apenas despuntan. De momento, aprende en la escuela del estoicismo. Es curioso: años más tarde se sublevará contra su maestro Tolstoi por no aceptar la resignación, la quietud y el desprecio a la vida de los nuevos estoicos cristianos. Sin embargo, ahora, con todos los males físicos y morales royendo su estómago, prefiere pasar por indiferente.

LECCIONES CARAS

Lucha por la vida, el duro pelear de todos los días contra la miseria y la vergüenza es algo que se aprende con lentitud y amargura. Al principio, escuece y luego se va haciendo más tolerable. Chejov hizo este aprendizaje completo, tal como lo hacían la mayoría de los niños en su país —y en otros muchos— en el último tercio del siglo XIX. Hubo de aprender la picaresca, siempre peligrosa, de evitar los golpes paternos y escurrir el bulto, en la medida de lo posible, de un trabajo bestial. Dickens recordará, amargamente, su niñez el resto de su vida; a Chejov apenas le servirá como tema literario. Y, sobre todo, como estímulo a su profesión, comenzada y seguida con ahínco, por meros motivos de redondear unos exiguos ingresos familiares.



Escena de «El Jardín de los Cerezos», representada en el Teatro Marigny de París, bajo la dirección de Jean-Louis Barrault, con Barrault, Madelaine Renaud, Pierre Bertin y Simone Valére.



Anton Chejov, a los 19 años.

¡Un triste recuerdo de su niñez, que tendrá siempre presente, es el de la carencia de sueño. Su padre, pobre comerciante de coloniales, frutos secos y hierbas medicinales, consideró siempre un deber de sus hijos el permanecer despiertos desde el amanecer hasta bien entrada la noche. «Aún son jóvenes. Ya dormirán cuando tengan más años», piensa el hombre, y abofetea a sus hijos y a sus dos empleados adolescentes, cuando se

Dice la poetisa Tatiana Chepkiana-Kupernik: «El amaba por encima de todo las flores de los manzanos y de los cerezos. Lo que más apreciaba de su obra «El jardín de los cerezos», era su título».

adormilan sobre una silla. En su cuento **«Un asesinato»**, Chejov tratará sobre este tema: una criadita de trece años, obligada a permanecer despierta para atender a un bebé llorón durante la noche y servir durante el día, acabará por matar al niño, con la mayor indiferencia, para gozar de unas horas de sueño.

Su infancia en Taganrog, un puerto de mar del Azov, es recordada, frecuentemente, con aparente alegría y nostalgia; pero una angustia, casi subsconsciente, sobre esta época, parece desmentir aquellos dulces recuerdos. ¿Sentía instintos homicidas el pequeño Chejov como la sirviente del cuento? En todo caso, los niños protagonizan bastantes de sus relatos o aparecen en ellos, generalmente siendo insultados y golpeados.

Era Taganrog una ciudad en decadencia. Fue, en otro tiempo, puerto importante de donde partía el trigo de todo el sur de Rusia rumbo a otros países. Hacia la época en que nació Chejov, en 1860, apenas era una sombra de aquel próspero pasado. Otros puertos habían sustituido a Taganrog y el poco tráfico marítimo que quedaba, estaba en manos de unos pocos especuladores griegos y rusos. La tienda de coloniales de Pavel Egorovich Chejov es un reflejo de esta situación de vuelta a la miseria. Situada en las afueras de la ciudad, era mugrienta, vieja y con aspecto de abandono. El dueño pasaba la mayor parte de las horas en la iglesia local y dejaba el negocio a sus hijos de corta edad y a los desgraciados empleados, hijos de mujik.



La casa de Chejov en Yalta, lugar en que escribió «La Gaviota».

Escribe Ivan Bunin: «Me acuerdo de su silencio, sus toses, su gesto de ocultar los ojos con la mano; y sobre su rostro, un pensamiento sereno y triste, casi solemne».

En la casa familiar —los padres y seis hijos, de los que Anton es el tercero— la vida tampoco es fácil. Siempre los gritos y amenazas del padre y el silencio resignado de la madre. El dinero escaso y el frío intenso. Anton recuerda muy bien cuando jugaban descalzos sobre la nieve. Esto tendrá consecuencias graves más tarde: dos de los Chejov —Nicolás y el propio Anton— morirán de tuberculosis bastante jóvenes.

Al final, la ruina. El negocio va de mal en peor y llega un momento que Pavel Egorovich teme ser encarcelado a causa de las continuas denuncias de sus acreedores. Sin más, marcha a Moscú y con él, poco más tarde, su mujer y sus hijos. Antón, no. Se quedará en Taganrog librado a sus propios medios. Tiene dieciséis años.

En esta adolescencia durísima y vergonzante comienza una de las etapas más importantes de su vida. Sigue sus estudios medios y continúa pensando que se hará médico en la Universidad de Moscú. Subsiste dando clases particulares y con la ayuda, generalmente escasa, de algunos parientes, como su tío Mitrofan. Arrastra una existencia apenas decorosa. Los veranos es invitado a la casa de campo de alguno de

Tolstoi sobre Chejov: «La medicina le estorbaba».



Retrato de Emil Zola, por Edouard Manet.

sus compañeros de estudio y se convierte, así, en un personaje de sus obras teatrales. Es el eterno invitado a casa ajena que se ve obligado, siempre, a ser educado y a vestir decentemente; debe ser el que haga pequeños servicios a la dueña de la casa, adule moderadamente al señor de todo aquello y él siempre bien dispuesto compañero de paseo y de juegos. Si hay una mujer joven debe estar atento a sus caprichos de mimosa aburrida. En resumen, una misión intermedia a la del criado y el amigo.

Naturalmente, Antón, hombre sensible y pudoroso, siente esta situación, pero la saca adelante gracias a su extraordinario sentido del humor. Es por lo regular, según dicen los que le conocieron en esta época, un muchacho extraordinariamente alegre y divertido. Pero lo que más aprecia él de esta existencia, es la libertad. Finalmente puede ir de un lado a otro sin cortapisas, hablar con gente de todo tipo de extracción social; salir al

«No pongo en duda que mis estudios de medicina han tenido una importante influencia en mi actividad literaria. Ellos han extendido considerablemente el campo de mis observaciones».
A. Chejov

campo a ver a los mujiks o quedarse en la ciudad a observar a los burgueses. En fin, sus estancias veraniegas en las mansiones señoriales le muestran una interesante y rica variedad de tipos de la buena sociedad rural.

Escribe alguna cosa por afición, pero no parece sentirse especialmente dispuesto para dedicarse a las letras. Es más bien un **divertimento**, un respeto reverencial como el que sentirá por la música durante toda su vida. Cuando escribe le gusta hacer esbozos humorísticos y describir situaciones ridículas. Por entonces no sospecha, ni remotamente, que tiene unas extraordinarias condiciones para la literatura.



Escena de «El tío Vania», por la Compañía Dramática de Suecia (Sif Ruud en el papel de Marina y Georg Funkquist como profesor Serebrjakov).



El pensador ruso Bakunin.

LAS SENSACIONES FUERTES

Apenas se traslada Antón Chejov a Moscú para comenzar sus estudios de Medicina, se le ocurre hacer algunas colaboraciones en revistas satíricas con objeto de ganar algún dinero. Su hermano mayor, Alejandro, también escribe y tiene talento. Nicolás, el siguiente, es un buen dibujante y sigue los cursos de Bellas Artes. Los Chejov piensan que podrían hacer trabajos para las revistas, a base de escribir los textos Sacha y Antón e ilustrarlos Nicolás. En definitiva, sólo Antón, con una increíble facilidad para escribir, llevará adelante el proyecto. Alejandro es perezoso, melancólico y sus continuos asuntos de mujeres le impiden realizar una labor continuada. Nicolás bebe y está enfermo con frecuencia: la tuberculosis ha comenzado a hacerse notar.

Es por entonces —1880-1881— cuando le encontramos al principio de este trabajo. En su casa, Antón escribe continuamente en medio de la algarabía familiar. Esta facilidad para desarrollar cualquier tema le hace despectivo. En su cuento **«¡Silencio!»** aparece un periodista que necesita absoluto orden y silencio para escribir cinco cuartillas en cuatro horas; Chejov comienza su relato: «Ivan Egericg Karsnujin, periodista mediocre, vuelve a casa de mal humor, grave y pensativo...».

Pero fuera del pequeño mundo, un poco egoísta en su sempiterna necesidad, de los Chejov, el gran mundo de Rusia se estaba moviendo. ¡Y de qué forma! En 1881, un comando terrorista del grupo «Voluntad del Pueblo» mata al zar Alejandro II en San Petersburgo. El día 3 de abril, por la mañana temprano, aparecía un comunicado del Gobierno: «Hoy, 3 de abril, a las 9 de la mañana, serán ahorcados los reos de Estado Sofia Perovskaya, noble; Nicolai Kibalchich, hijo de un sacerdote; Nicolai Risakov, pequeño burgués; Andrei Zheliakov y Timofei Mijailov, campesinos...». El magnicidio y esta quíntuple ejecución de los populistas conmovió a la juventud rusa y fue particular y apasionadamente comentada en los medios universitarios. Es significativo que Antón Chejov, estudiante por entonces, apenas se preocupara de estos acontecimientos. Hasta bastante tiempo después afectará una terca independencia ante cualquier tipo de ideología y

«No creo que esté destinado a ser dramaturgo. ¡Hay pocas probabilidades. Pero no desespero».

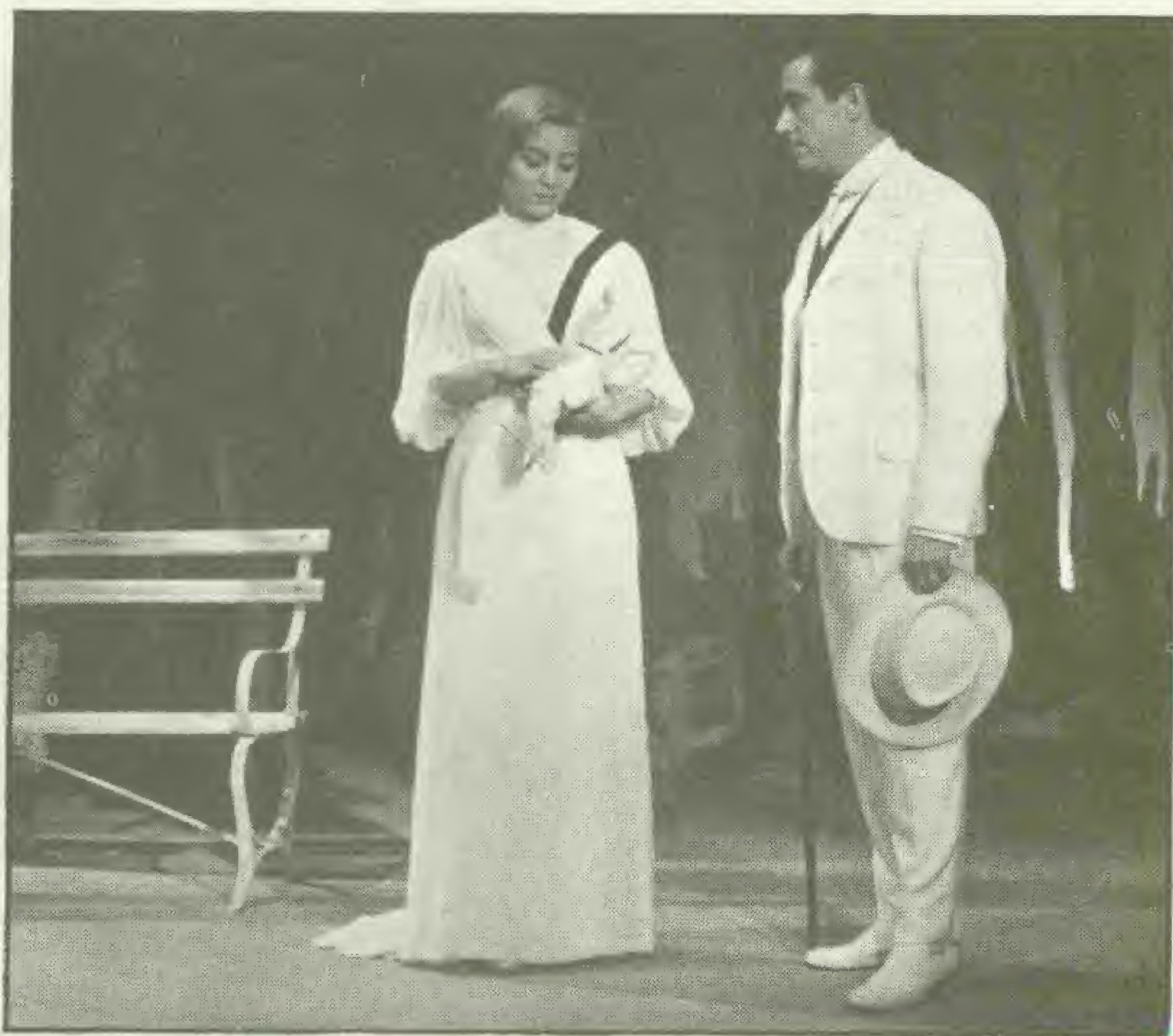
A. Chejov

«Hasta que me sea posible comprender el orden de las cosas, la vida está hecha únicamente de horrores, de preocupaciones y de mediocridades que cabalgan unos tras otros».

A. Chejov

Lee a Darwin: «¡Qué maravilla! ¡Me gusta terriblemente!».

A. Chejov



Escena de «La Gaviota».



Estatua erigida al ilustre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin, en Sherewsbury, su ciudad natal.

esto lo hará extensivo a cualquier escuela literaria o artística. Sólo su respeto por Tolstoi fue duradero y probablemente el único punto de referencia de esta época. Ni las discusiones sobre Marx y Bakunin parecían interesarle, ni le atraía cualquier doctrina social, fuera de la autodisciplina tolstoiana.

Por lo demás, se muestra un duro crítico para las reformas liberalizadoras introducidas por el zar asesinado. Así, la abolición de la esclavitud en 1861, es puesta en entredicho en muchos de sus relatos, particularmente en **«Los campesinos»** donde Chejov emplea frases como estas: «El campesino estaba mucho mejor que ahora cuando era siervo —decía, hilando, el viejo—. Todo era a sus horas: el trabajo, la comida, el descanso. No faltaban para la comida, la sopa de coles y los puches»; y, más abajo: «El viejo Osip contaba, recreándose en sus recuerdos, cómo se vivía antes de la manumisión en aquellos mismos lugares donde ahora la vida era triste y miserable». Otra

«Todo lo que los viejos ya no pueden hacer, está prohibido o es considerado como reprensible. A los viejos sólo les oigo pronunciar palabras absurdas o hipócritas».

A. Chejov

de las reformas de Alejandro II, el sistema de jurados, es también satirizado por Chejov en su cuento **«Las sensaciones fuertes»** en las que un grupo de jurados se entretiene, frívolamente, en contarse anécdotas de su propia vida y luego quedan aterrados al acordarse de que hay un acusado que debe estar pasando por momentos difíciles.

Es la doble servidumbre del realismo y de una cierta mentalidad pequeñoburguesa. Lo mismo que Zola cuando escribe «La taberna» y «La tierra», Chejov no tiene confianza en el pueblo, aunque, sinceramente, se conmueve con su triste condición. Todos los relatos de esta época están



Escena de «El Jardín de los Cerezos», montado en el Teatro «María Guerrero», con María Dolores Pradera, Josefina Díaz de Artigas y Berta Riaza.



El escenógrafo ruso V. I. Nemiróvich-Dánchenko.



Constantino Stanislavski, fundador del Teatro Artístico de Moscú y excepcional director de escena.

transidos de una profunda piedad, pero no parece haber una protesta contra nadie. Los mujiks viven en condiciones infrahumanas, pero no está claro quién tiene la culpa, si los señores o los propios campesinos. Con el tiempo se irá haciendo más claro su concepto de la tiranía, aunque verá ésta más bien desde el punto de vista liberal, es decir, más como un sistema represivo de las libertades individuales que opresivo y explotador para los pobres. Escribe a su hermano Alejandro: «El despotismo es tres veces criminal. Acuérdate de que es mejor ser víctima que verdugo».

Mientras, en 1883, muere Turgueniev, escritor al que admira siempre a poca distancia de los que considera sus tres grandes maestros: Puchkin, Gogol y Tolstoi. En su vida, se considerará obligado a compararse con ellos y modestamente cree ser muy inferior. En el segundo acto de **«La Gaviota»** aparece el siguiente párrafo que expresa bien este sentimiento: «El público dice: "sí, está bien, tiene talento. Pero no puede compararse con Tolstoi", o "Es excelente, pero no como **'Padre e hijos'** de Turgueniev. Y hasta mi muerte, todo será únicamente bueno y lleno de talento, pero nada más». De Puschkin dice que es «el único poeta que aguanto», de Gogol opina que es el padre de toda la literatura realista y particularmente su cuento **«El abrigo»:** «Todos procedemos de "**El abrigo**" de Gogol», dice Chejov. Por lo demás, comienza a perfilar su peculiar estilo de escribir. Así, dice: «En la realidad, no es frecuente que se dispare un tiro, que se ahorque, que se declare una pasión, que un manantial continuo desborde pensamientos profundos. ¡No! Lo más corriente es comer, beber, flirtear, decir tonterías... Hay que escribir una pieza en la que las gentes vayan, vengan, coman, hablen de la lluvia y del buen tiempo, jueguen a las cartas... Entonces: ¿Naturalismo a lo Zola? No. Ni naturalismo ni realismo. no hay que ajustarse a un estilo. Hay que dejar la vida tal cual es y las gentes tal como son, auténticas y no adulteradas».

Un año más tarde, es ya médico y comienza, con entusiasmo, esta profesión sin abandonar la literatura donde adquiere, poco a poco, un dominio y un crédito mayor. Por esta época escribe con tal facilidad, que llega a escribir un centenar de cuentos al año. Sigue, sin embargo, sin tomarse en serio el oficio de escribir.

Con esa su peculiar rebeldía a cualquier tipo de clasificación inicia en 1886 una insólita relación personal. Comienza una colaboración literaria con

«No soy ni un liberal ni un conservador... Mi santo de los santos es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor y la libertad más absoluta. La liberación de cualquier fuerza brutal y de cualquier mentira, sea cual sea su expresión: he ahí lo que constituiría mi programa».

A. Chejov

el periódico reaccionario «Novoia Vremia» y se hace íntimo amigo de su director Alexis Suvorin, hombre también ultraconservador, con el que mantendrá unas estrechas relaciones durante muchos años y con el que hará frecuentes viajes por Rusia y el extranjero. Suvorin es adicto al zar (a la sazón el reaccionario Alejandro III), al ejército, a los privilegios de la nobleza y a las costumbres tradicionales. Es difícil saber qué podía tener en común con Chejov, a no ser ciertas afinidades de carácter y de origen, ya que los dos eran nietos de campesino y siervos; quizá ese concepto de la vida que mira más el detalle de las personas que las grandes ideas y los grandes movimientos sociales. Con el tiempo, sin embargo, Chejov dejará de escribir para el periódico de Suvorin y la amistad de ambos se enfriará notablemente con motivo del caso Dreyfus. El periodista preguntaba a sus amigos: «Será verdad que Chejov se está dejando ganar por el liberalismo?».

LA GAVIOTA

Al revés de lo que frecuentemente ocurre con los médicos que se dedican a la literatura, a Chejov sí le gustaba ejercer la Medicina y sentía bastante afición por las disciplinas científicas. En ese binomio, nunca bien resuelto, entre sus dos profesiones habrá épocas de predominio de una u otra. A veces, escribir le impide dedicar más horas a cuidar enfermos; a veces, como en el caso de la epidemia de cólera de 1892, ha de dejar la pluma por una larga temporada.

Esa poderosa veta científica, ese amor por el positivismo, es causa de un importante cambio en su vida y en sus ideas hacia 1890. Pero antes es importante narrar una anécdota que data de 1886, precisamente cuando iniciaba su colaboración con Suvorin. El 25 de marzo recibe una carta del novelista Dmitri Grigorovich, a la sazón de 65 años y ya totalmente consagrado y respetado como escritor. Grigorovich le dice a Chejov que ha leído por casualidad uno de



Chejov, en Quinine, en abril de 1897.

sus cuentos (**«El Cazador»**) en una revista y que le ha parecido maravilloso («una originalidad completamente especial»), pero le reprocha el estilo descuidado y apresurado que es fácil ver en su obra y le augura un brillantísimo porvenir: «Usted será culpable —dice— si no responde a estas esperanzas. Pero he aquí lo que hace falta para lograr eso: el respeto a un talento que rara vez se hereda. Abandone cualquier trabajo prematuro. No sé cuáles son sus medios de subsistencia; si usted es pobre, aguante el hambre».

Naturalmente, Chejov queda sorprendido y encantado. El merecer una tal carta de un maestro de las letras le produce una impresión imborrable. Por primera vez comprende que, en efecto, tiene talento realmente y que puede hacer algo más que escribir cuentos humorísticos para ganar algo de dinero. Contesta a Grigorovich: «Su carta me ha herido como el rayo... Del mismo modo que usted ha llenado de esperanzas mi juventud, que Dios apacigüe su vejez». Y sobre su talento desperdiciado, dice: «Si hay en mí un don al que es preciso respetar, entonces yo le confieso a la pureza de su corazón que yo no lo he respetado hasta ahora. Sentía que este don existía en mí, pero había cogido el hábito de estimarlo mediocre».

«No habrá jamás revolución en Rusia». **A. Chejov**

He ahí el punto de partida de Chejov literato; así como su licenciatura en Medicina es el principio de su gran afición científica. Hasta 1890 son sus años de consagración definitiva. Haciendo caso a Grigorovich escribe muchos menos relatos y cuida más el estilo y los temas. En 1888 ha publicado ya cinco antologías de cuentos y un año más tarde obtiene un notable éxito en el Teatro Alejandro de San Petersburgo con su obra **«Ivanov»**. También dedica muchas horas al ejercicio de la medicina, lo cual le sirve, entre otras cosas, para darse cuenta de las verdaderas condiciones en que vive el pueblo ruso y hasta qué



Anton Chejov, en su despacho de Yalta.



Ilustración de Koukryniksy, para «La señora del perrito».

grado de miseria, ignorancia y superstición puede llegar. Para esos años, sus ideas se han ido haciendo reformistas. Cree que con buena voluntad y suficientes conocimientos, se puede transformar las condiciones de vida del pueblo. Se hacen notar las ideas de su amigo Suvorin en un sentido de olvido de los motivos políticos y sociales de tal situación.

En abril de 1890, con treinta años recién cumplidos, Chejov inicia una insólita aventura entre científica y literaria: visitar la isla de Sajalin en el mar del Japón, y volver por el sur de Asia. El objetivo era el siguiente: hacer un detallado estudio etnológico y del régimen penitenciario que había en dicha isla, en la que se encontraba uno de los mayores penales de Rusia. A pesar de su escasa salud —la tuberculosis era ya patente— Chejov atraviesa Siberia en ferrocarril y se hospeda en posadas destartaladas y frías; sin embargo, a juzgar por las notas tomadas durante este viaje, se siente de nuevo tan feliz por su libertad, como cuando era adolescente en Taganrog.

Está dos meses en Sajalin y hace cerca de diez mil fichas sobre los habitantes y los presidiarios. Al final, como él mismo dice, tiene que hacer de «geólogo, meteorólogo y etnógrafo» y habría que añadir de médico y escritor. Allí contempla terribles castigos: «Asistí a un castigo de azotes, después del cual estuve soñando tres o cuatro noches con verdugos y el horrible caballete. He hablado con hombres encadenados a carretillas..., en total, me he estropeado los nervios». Sin embargo, el resultado es una sorprendente obra que apenas recuerda al Chejov que conocemos. En **«La isla de Sajalín»** apenas hay concesiones literarias, entre la maraña de datos científicos, pero en el fondo lo que hay inequívocamente es una denuncia implacable del brutal régimen de prisiones y deportación de los zares. Hay una evidente evolución ideológica de Chejov que, sin perder su querida independencia, empieza a considerar de otra manera los males de la humanidad y empieza a razionalizar y trascender su piedad de hombre bueno.

«La fuerza y la salvación del pueblo está en su inteligencia, la que piensa y siente honestamente y sabe trabajar»... «La madre de todos los males rusos es la ignorancia crasa».

A. Chejov

Vuelve a Rusia por el Indico y anota, sobre todo, su visita a Ceilán, donde queda encantado con el paisaje y sus muje-

Chejov y Tolstoi, en Iasnaïa-Polyanna, en 1902.



Escena de «Este loco de Platonov», con Maria Casares y Jean Vilar.

res. Escribe que tras su terrible experiencia en Sajalín, Ceilán le ha parecido el último rincón sobre la tierra, del paraíso.

LA SALA NUMERO SEIS

Este gran viaje y la observación sobre el terreno de las miserias del hombre, provocan una ruptura final con las teorías de Tolstoi, aunque no, naturalmente, con el hombre al que admirará siempre. En 1892 escribe uno de sus cuentos más largos, **«La sala número seis»**, en el que de forma patente fuerza un diálogo entre un «tolstoiano» y un recluido en una casa de salud mental; Chejov se vuelve casi tan duro e irónico como Voltaire con su filósofo Pangloss, seguidor de Leibnitz. Cuando el discípulo de Tolstoi diga que a Diógenes, el estoico, le

bastaba un barril y su propio pensamiento para ser feliz, el loco Gromov contestará con desprecio: «Los estoicos a quienes usted quiere imitar, eran hombres notables; pero su filosofía ha muerto hace dos mil años y no hay probabilidades de que renazca, porque no es práctica ni vital. Nunca pudo seducir sino a una minoría selecta, que no tenía mejor ocupación que dedicarse a tales extravagancias». Y sobre Tolstoi, de manera más directa, dice a Iván Bunin: «Tolstoi dice que un escritor no necesita más que tres pies de tierra. ¡Error! Son los muertos los que no necesitan más que tres pies de tierra; los vivos quieren el globo terráqueo entero. ¡Y sobre todo, el escritor!». Y a Suvorin: «La moral tolstoiana ha dejado de impresionarme, ya no siento simpatía alguna hacia ella, lo que sin duda es injusto. Ello es debido a que la sangre que circula por mis venas es sangre de mujik... Tolstoi se ha alejado ya de mí, ya no está en mi alma».

«Cuando uno está sediento, cree que podría beberse el mar entero: y la fe no es más que esto; pero cuando se ha empezado a beber, es imposible tragar más de dos vasos: eso es la ciencia».

A. Chejov

Es curioso en este período que Chejov acusa, por primera vez, aunque de manera confusa, lo que podría considerarse como un condicionamiento de clase. Por vez primera se da cuenta de que Tolstoi es un noble bieninencionado y como tal piensa y actúa. El es nieto de siervos campesinos e hijo de un hombre muy pobre. Ahí está la diferencia.

Casi a continuación llega su gran momento teatral. Los esporádicos contactos con este medio artístico no habían tenido gran importancia en su vida. Al fin, el 17 de octubre de 1896, estrena **«La gaviota»** en el teatro Alejandro de San Petersburgo. La obra es un fracaso estrepitoso y la cotización literaria de Chejov baja ostensiblemente. El público se pregunta si es capaz de hacer algo más que escribir cuentos cortos de humor. Dos años antes, la publicación de «La isla de Sajalín» había sido recibida con parecido escepticismo.

Como era peculiar en él, Chejov encaja el fracaso de **«La gaviota»** como natural. Nunca creyó tener especiales aptitudes para el teatro y sólo se decidirá a reestrenar la obra cuando el recién creado Teatro del Arte de Moscú, con Stanislavski a la cabeza, le proponga reponerla, esta vez en dicha última ciudad. Se repondrá dos años más tarde el mismo día, 17 de octubre de 1898, y tendrá un éxito resonante. Es el principio del gran autor dramático que es Antón Chejov. «Tío Vania» se estrenará en 1899; «Las tres hermanas» en 1901 y «El jardín de los cerezos» en 1904. Las tres últimas protagonizadas





Chejov, en 1882 y en 1902 (cuadro de Serov).

por su propia mujer, la actriz Olga Leonardovna Knipper.

En medio de este definitivo reconocimiento como escritor hay un momento de intensa tristeza: Chejov toma conciencia de la gravedad de su enfermedad al producírsele una grave hemoptisis en 1897. Hasta entonces, y a pesar de todas las evidencias, Chejov ha creído que la tos y los esputos de sangre provenían de la ruptura de pequeños vasos sanguíneos en la garganta. Dice a sus amigos: «Si la hemorragia que tuve hubiera sido un principio de tisis, haría tiempo que ya estaría en el otro mundo. He aquí mi razonamiento lógico». A partir de 1897 ya no puede dudar que está enfermo de gravedad; realmente sentenciado. Desde entonces, realiza frecuentes viajes a balnearios de Europa Central y pasa algunas temporadas en Niza y otros puntos de la Costa Azul, con la esperanza de curarse o, al menos, prolongar su vida.

También en estos años, en compensación, multiplica su actividad como médico. Hay días que trata centenares de pacientes e inicia una acción personal en su propiedad de Melijovo, creando escuelas y tratando de mejorar las condiciones de vida de los campesinos.



Caricatura de Antón Chejov, realizada por él mismo.

HISTORIA ANONIMA

Los últimos siete u ocho años de su vida, hasta que fallezca en 1904, son probablemente los más lúcidos de toda su existencia. Su espíritu ha madurado rapidísimamente, y su inteligencia ha dejado de creer en viejas teorías. Su cambio no es radical, pero sí claramente apreciable.

Para empezar, abandona, en gran parte, la amistad con Suvorin y adquiere nuevos amigos de tendencia e ideología mucho más progresista. En 1901, sus amigos más íntimos se llaman Iván Bunin, Máximo Gorki y Alejandro Kuprin. No es que haya abandonado, totalmente, su admiración por Tolstoi, al que visita ese año en la legendaria **yasnaia Poliana**, ni su amistad con Suvorin, pero sus perspectivas ya son distintas. En 1902 son propuestos para la Academia, Gorki y Chejov. El segundo es aceptado, pero el Zar en persona veta a Gorki por su ideología izquierdista. Inmediatamente, Chejov rechaza su nombramiento haciendo constar expresamente que lo hace en solidaridad con su compañero rechazado. Es su único enfrentamiento directo con el zarismo y es de apreciar en un hombre al que se acaba la vida rápidamente.

También su matrimonio con Olga Knipper en 1901 es algo que hace hermosos y tristes sus últimos años. Las relaciones de Chejov con las mujeres, muy frecuentes durante su vida, habían participado siempre del ardor y la indiferencia que suele presidir la vida sentimental y sexual de las personas enfermas de tisis. Siempre hay una mujer en su vida y siempre los mismos sentimientos contradictorios del

escritor que es fácil ver trasladados a sus personajes masculinos.

Lo de Olga es distinto. Desde el principio parece un amor apasionado y lleno de desesperación, al mismo tiempo. Chejov, ya muy enfermo, debe trasladarse a Yalta («La Siberia del Sur» la llama en sus cartas) por consejo de los médicos. Desde el principio de su matrimonio se da cuenta de que no tiene derecho a encerrar en Yalta a Olga, joven, llena de vida y con un prometedor futuro como actriz, para que se quede cuidándole. Olga parte hacia la capital y pasa casi todo el año trabajando entre Moscú y San Petersburgo. Desde su residencia del sur, Chejov le escribe cartas llenas de desconsuelo por su ausencia. Cuando Olga, que comparte su dolor, le diga que se dispone a volver, Chejov dará marcha atrás y se obligará a escribir a su mujer en tono humorístico. Es una de las correspondencias más patéticas que ha conocido el mundo.

Al fin, la gran crisis. Antón y Olga parten a centroeuropa y concretamente al balneario de Badenweiler, en Alemania. Allí le sobreviene un último ataque a Chejov y muere el dos de julio de 1904.

Tan modestamente como había vivido es la humildad de su entierro, que su amigo, Máximo Gorki, describe así:

«El féretro del escritor que Moscú "amaba tan tiernamente", llegó en un vagón verde que tenía sobre sus puertas el siguiente letrero, en gruesas letras: "Ostras". Una parte de la escasa multitud que esperaba en la estación, siguió por error el ataúd del general Keller, traído de Manchuria; se asombró al ver que enterraban a Chejov al compás de una música marcial. Cuando comprendieron, por fin, que se habían equivocado, algunas personas joviales empezaron a sonreír y bromear. Detrás del féretro de Chejov iban únicamente un centenar de personas. Me acuerdo, sobre todo, de dos abogados: ambos tenían zapatos nuevos y corbatas llamativas, como si fueran novios. Yo caminaba detrás de ellos y escuché a uno de ellos, Vassili A. Maklakov, que hablaba de la inteligencia de los perros; el otro, un desconocido, se jactaba del confort de su villa y de la belleza del paisaje de los alrededores. Y una señora de vestido color malva, con una sombrilla de encaje, trataba de convencer a un viejecito de anteojos de asta: "¡Oh! ¡Era extraordinariamente gentil, y tan espiritual!". El anciano tosía con aire incrédulo. El día era cálido y polvoriento. Un obeso gendarme montado sobre un obeso caballo precedía majestuosamente el cortejo».



Anton Chejov falleció el 2 de julio de 1904, en Badenweiler.

BIBLIOGRAFIA EN CASTELLANO

IRENE NEMIROVSKI: «La dramática vida de Antón Chejov», Ed. Fabril (Los libros del Mirasol), Argentina, 1961.

SOPHIE LAFFITTE: «Chejov según Chejov», Ed. Laia. Barcelona.

RONALD HINGLEY: «Historia social de la literatura rusa (1825-1904)». Ed. Guadarrama (Biblioteca del hombre actual), Madrid, 1967.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA URSS. Ed. Novosty. Moscú, 1977.

El «Correo de la Unesco». Enero de 1960.

«Teatro completo» de Chejov en Ed. Aguilar. Madrid, 1968. Diversos volúmenes de cuentos en Ed. Espasa Calpe (Austral). Ver «Nota bibliográfica» en la citada «Chejov según Chejov». ■ **R. C.**

Un caso insólito

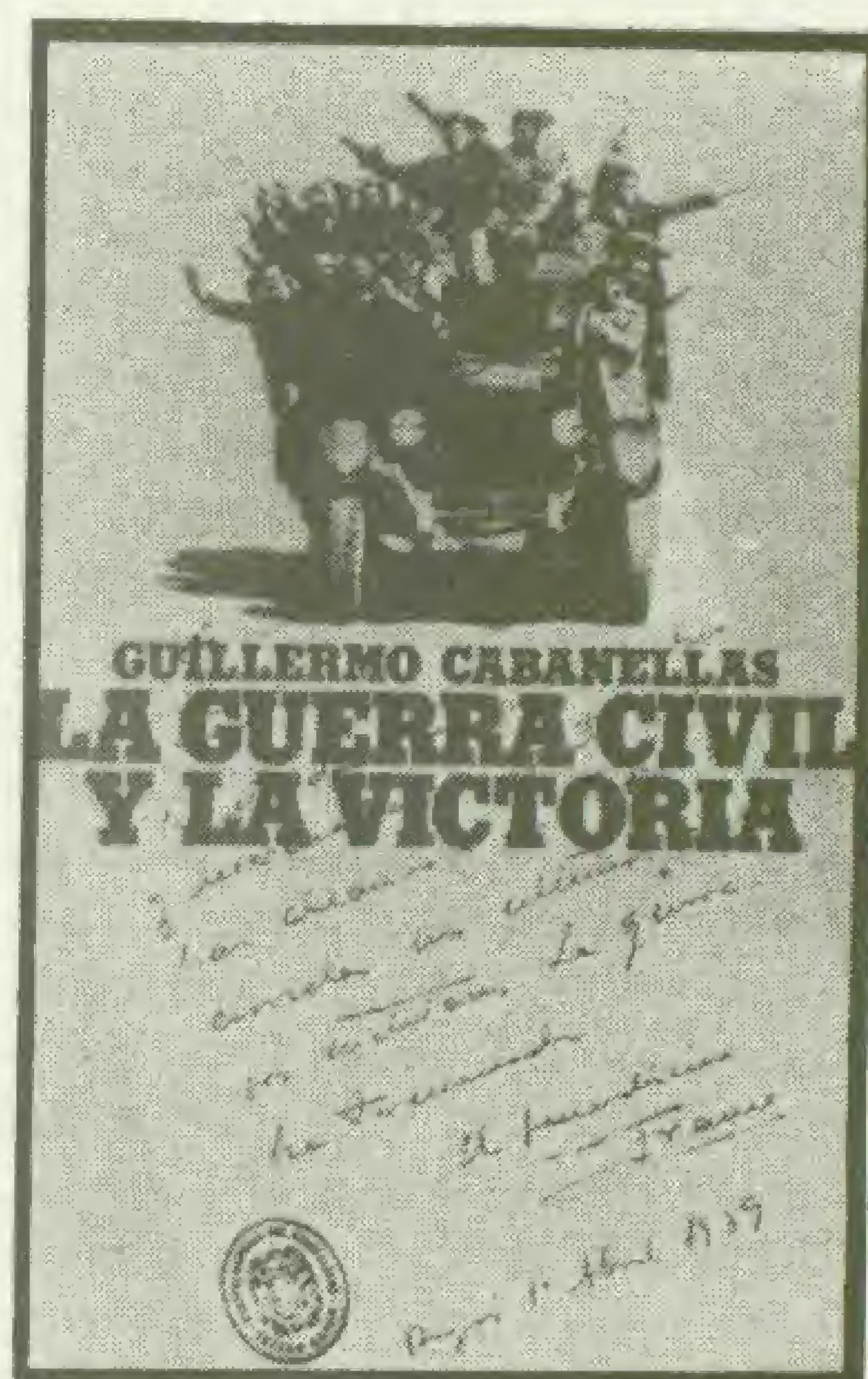
«LA GUERRA CIVIL Y LA VICTORIA» DE GUILLERMO CABANELLAS

Por varias y sorprendentes razones «La Guerra Civil y la Victoria», libro escrito por Guillermo Cabanellas y publicado recientemente por Ediciones Giner, constituye un caso insólito en España y probablemente en el resto del mundo. Es la primera vez que sepamos que un editor antepone al texto una breve nota señalando sus profundas y razonadas discrepancias con el autor. Publica la obra en debido cumplimiento de un acuerdo previo sin intentar presionar al autor en uno u otro sentido ni menos aún alterar el texto en una sola coma; pero se cree en el deber moral inexcusable de advertir al lector de la parcialidad del escritor al abordar determinados sucesos y señalar que, en éste como en otros libros precedentes, el autor narra acontecimientos de los que no fue testigo presencial y calla lo que pudo y debió saber de otros que le afectaban de cerca como hijo del general Cabanellas, jefe de la V División Orgánica, sublevado en Zaragoza el 18 de julio de 1936 y presidente de la Junta Nacional de Defensa en meses en que el narrador de los trágicos episodios vivía en compañía de su padre, antes de emprender un prolongado y voluntario exilio americano.

No es nada habitual, desde luego, que un editor posponga sus posibles beneficios en la probable gran difusión del libro que edita a su estrecho sentido de la imparcialidad histórica. Es un rasgo en extremo plausible, precisamente porque perjudica sus intereses sin aspirar a contrapartidas de ninguna clase. Por si sola esta actitud, tan contraria a los procedimientos comerciales al uso, basta y sobra para otorgar caracteres de singularidad a la publicación de la obra de Guillermo Cabanellas. Especialmente cuando la lectura del texto demuestra la exactitud de los reparos puestos por el editor.

No quiere esto decir, sin embargo, que «La Guerra Civil y la Victoria» carezca de interés, o sea un trabajo plúmbeo que se caiga materialmente de las manos. Lejos de ello, es una extensa crónica o reportaje periodístico sobre el desarrollo de la contienda fratricida española, de las causas de la derrota republicana y del comportamiento posterior de los dos bandos implicados en la lucha, que se lee con facilidad e incluso con apasionamiento. Es cierto que no aporta nada nuevo ni descubre algo que no se haya dicho ya centenares de veces, pero por lo menos lo cuenta de una manera amena y con pretendida imparcialidad bajo la cual sólo los perfectamente enterados de los hechos se dan cuenta de su habilidosa interpretación personal de los acontecimientos.

Aunque al hablar de la conducta de unos y otros durante la guerra civil, Guillermo Cabanellas ataca duramente a comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos y nacionalistas, cargando especialmente las tintas en las actuaciones de Largo Caballero, Prieto, Negrín y Azaña, sin que por eso falten los ataques a Franco, tanto desde el punto de vista militar como político, acaso el mayor fallo del autor no esté en lo que dice, sino en lo que calla. Es comprensible y humano el deseo de exculpar a su padre, pero no cabe el silencio cuando hubo de desempeñar un papel de importancia en la conspiración que precede a la sublevación y en los primeros meses después de producirse ésta. Es lógico que viviendo a su lado en tales momentos esté enterado perfectamente de su participación en la rebelión y en las razones que le empujaron a ella, pese a su proclamado republicanismo y su pertenencia a la masonería española. También hubiera sido muy interesante que el hijo hablase de los fusilamientos de Batet, republicano como su padre y jefe de la VI División Orgánica, del general Núñez de Prado, gran amigo del jefe de la V División mandado a Zaragoza para convencerle de que no se sublevase, y de Arturo Menéndez, detenido en el tren en Calatayud y ejecutado en Zaragoza. De todo esto no



se dice una sola palabra en «La Guerra Civil y la Victoria».

Habla en cambio extensamente de la suerte corrida durante la guerra y con posterioridad a la misma de los militares que participaron activamente en la contienda, luchando al lado de Franco. Es también muy interesante el capítulo dedicado al comportamiento beligerante de la Iglesia española, no sólo durante la contienda, sino en los quince primeros años de la posguerra. Aunque sólo fuera por esto y pese a la habilidosa parcialidad del autor, el libro de Guillermo Cabanellas merece ser leído por los interesados en el tema. ■ **E. DE GUZMAN.**

LA BURGUESIA EN ESPAÑA: ¿TRANSICION O REVOLUCION?

Los años actuales anuncian, sin duda, nuevos tiempos para los estudios históricos: floración de coloquios y congresos, una caudalosa

corriente editorial que nos ofrece investigaciones, ensayos y polémicas; parecen ser, en definitiva, signos de un cambio profundo en las maneras de interrogar el pasado. En el mundo de habla hispana se registra el hecho con fuerte intensidad por cuanto el objeto de la investigación histórica es, precisamente y para un preciso número de estudiosos, la transición del antiguo régimen al periodo de predominio de la burguesía, las formas de gestación e irrupción de ese fenómeno histórico —no sólo de cambio, sino también de asentamiento— que se suele denominar «revolución burguesa». El tema, cuyo debate ya tiene historia, presenta dificultades para el historiador que elude las posiciones simplistas puesto que la revolución burguesa no se cumple en todos los paises en la misma época, y aunque su problemática emerge en el siglo XVIII y suele agotarse en el decurso del siglo XIX, presenta variables muy marcadas. Importantes problemas teóricos entorpecen, asimismo, la claridad de análisis. En primer lugar, la terminologia. La historia, como disciplina aplicada al conocimiento, exige constantes revisiones de su vocabulario; a medida que se plantean nuevos problemas resulta necesario redefinir términos y precisar el contenido de los conceptos. Estas mismas exigencias parten de la existencia de nuevos métodos de investigación y técnicas de trabajo que proponen mayor rigor y fiabilidad en el procesamiento de los datos.

Desde el momento en que comienzan a intuirse cambios más o menos profundos en la sociedad, existen espíritus preocupados que emprenden la operación intelectual de interrogar el pasado —la interpretación histórica es, pese a todo y a todos, tributaria de cada época y el proceso interpretativo está cargado de subjetividad, puesto que le resulta imposible al historiador desprenderse de sus experiencias vivenciales que incluyen formación educativa, signos preocupativos generacionales, etc.—; claro que ésto mismo decreta el predominio de algunos temas, algo así como una «angustia histórica» que cerca asiduamente ciertas zonas mal conocidas del pasado. Estas preocupaciones aparecen hoy materializadas en la producción de una serie de jóvenes historiadores, entre los cuales se encuentran los autores del libro que aquí comentamos (1). Presentación de la crisis del sistema feudal en España, ensayo de conformación de un marco metodológico para encuadrar el debate teórico, son todos factores que diseñan un propósito de rigor implícito en sus trabajos. Las tres aportaciones que se incluyen en el volumen se complementan. La primera de ellas intenta indagar en los caracteres específicos de la «revolución burguesa» en España y ensaya la revisión del aparato conceptual hasta ahora aplicado a su estudio. La periodificación se presenta como un primer obstáculo. Uno de los debates más intensos llevados en los últimos años ha sido el que emerge del estudio de la transición del feudalismo al capitalismo en el que se han vertido, para su dilucidación, todas las referencias críticas que provienen de los diversos campos de interpretación historiográfica. Es innegable, asimismo, que las búsquedas más empeñosas provienen de la corriente marxista, puesto que al mismo Marx se debe la idea de «acumulación originaria», expuesta en uno de los capítulos de «El Capital». Pero este mismo hecho colocó a los historiadores que adoptaron esta metodología frente a nociones de muy difícil manejo. Precisamente, el campo abonado por la polémica que hemos aludido más arriba parece representativo de lo aquí afirmado. Siguiendo la periodificación trazada por la investigación marxista encontramos, frecuentemente, que en la misma formación social coexisten diferentes modos de producción, o para decirlo con mayor precisión, no se ha establecido aún la supremacía de alguno de ellos. Sin embargo, uno de los temas fundamentales para la elucidación del momento en que se produce un definitivo asentamiento de la nueva formación social es el de la implantación de una nueva forma de Estado. Esto supone, en el caso de la revolución burguesa, la imposición de un derecho civil de corte liberal. Nos dice Bartolomé Clavero: «Por ello —quiero insistir— **revolución burguesa** es —pues con esto se abole históricamente el sistema señorial— establecimiento **jurídico** del orden preciso (liberación de la propiedad, privatización de la familia, concentración estatal del poder político...) para el arraigo, desenvolvimiento y generalización —basándose finalmente en él la producción social— del régimen caracterizado por la prestación de trabajo contra salario, por la determinación sustancialmente del valor de la capacidad laboral aplicable a medios de producción ajenos al trabajador, valor con ello independiente del efectivamente producido en dicha aplicación; esta revolución **jurídica** es la **revolución burguesa**».

Los motines de 1766, insertos en el período inicial de la crisis del antiguo régimen, permiten a Pedro Ruiz Torres plantear el problema de las dificultades surgidas cuando se renuncia a los «esquemas» y «modelos» tradicionales —y por ello mismo demasiado rígidos e inoperantes— para el estudio de las transformaciones históricas: «De todos modos —señala— el problema estará siempre en saber qué grupos sociales, qué clase social, llevó a cabo esta transformación, cómo y por qué tuvo el cariz correspondiente y contra qué fuerzas sociales se dirigió».

El problema medular es el examen de la destrucción del poder jurisdiccional de los señoríos: ¿existió en ese acto revolución burguesa? Francisco J. Hernández Montalbán hace un recuento de las posiciones al respecto. Desde Joseph Fontana y otros historiadores que niegan la existencia de una revolución argumentando que en realidad el cambio histórico se produjo por el ajuste de una alianza entre la burguesía liberal y la aristocracia, con la monarquía asumiendo el papel arbitral, hasta la corriente —que incluye, entre otros, a Sebastiá Domingo, Acosta Sánchez y Bartolomé Clavero— que sostiene la existencia de una legalidad impuesta por la burguesía con el triunfo de la revolución, obrando como importante factor transformacional, el autor nos ofrece un interesante examen de la historiografía sobre el periodo.

El pensamiento de Hernández Montalbán se inserta en la última de estas corrientes, ya analiza el marco histórico e ideológico del trienio liberal con lúcidas observaciones, realizando un fino análisis de los debates que protagonizaron los diputados de 1820, en los cuales se elude un pronunciamiento sobre la propiedad feudal enmascarando el tema de fondo (señorío territorial) con la puesta en primer plano de su aspecto jurisdiccional. Se procede, con la utilización de una terminología ambigua: «señorío jurisdiccional - señorío territorial», que maneja ambas fórmulas como si estuvieran desvinculadas, a mantener firme la propiedad de la tierra. Señala Montalbán: «Admitir que la jurisdicción era el elemento esencial en la consti-

(1) *Bartolomé Clavero, Pedro Ruiz Torres y F. J. Hernández Montalbán*, **Estudios sobre la revolución burguesa en España,** *Madrid, Siglo XXI, 1979*



tución de un señorío, como objetivación de la fuerza detentada por el señor feudal, supone la admisión de un solo tipo de señorío, base del sistema de explotación feudal. Y como fundamento de éste, el poder jurisdiccional, origen de todo género de violencias, arbitrariedades y usurpaciones. Su origen estaba en la Corona, de la que teóricamente todo poder había salido, bien por venta, donación o usurpación. Y como todo pueblo o lugar estaba sometido a una de las formas de señorío, la abolición de éstos suponía su incorporación inmediata a la nación, es decir, su transformación en bienes nacionales, ya que ésta no podía desmembrarse».

Debía procederse, entonces, a deslindar el señorío jurisdiccional del territorial —algo que, en esencia, siempre estuvo unido— y por la anulación del primero no se tocaba la propiedad de la tierra; tesis ésta que fue sustentada por la burguesía, compradora de señoríos y que, claro está, simultáneamente benefició a la aristocracia aunque a partir de 1820 vio definitivamente perdidos sus derechos jurisdiccionales: «Todo ha de ser transformado, por consiguiente, de acuerdo con la legalidad impuesta por la burguesía al triunfar la revolución. La propiedad era la piedra angular, el principio sagrado. La burguesía había comprado tierras, las estaba comprando y quería seguir haciéndolo. Estaba en un período de acumulación de capital... Pero la tierra no podía convertirse en capital más que siendo desvinculada y desamortizada. Y ello presuponía la desaparición de las jurisdicciones. ¿Cómo podría de otra forma la burguesía comprar tierra en forma generalizada? Dadas las circunstancias, a la aristocracia feudal no le quedaba otro remedio que acceder a la pérdida de la jurisdicción dentro del conjunto de derechos feudales que la burguesía le niega». Pero sin perder la tierra. De ahí la fisonomía exhibida por el campo español en el período histórico posterior, y algunas de sus proyecciones actuales. Los autores se mueven en una corriente historiográfica de tradición marxista, pero con interesantes aportaciones personales que incorporan nuevos elementos al debate teórico y abren nuevos miradores desde los cuales observar el decurso histórico español que comienza a definirse a fines del siglo XVIII. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ**

HISTORIA DE LAS CRUZADAS (1)

Las Cruzadas se desarrollan desde 1086 hasta 1270, con intervalos variados de preparación, agotamiento o indiferencia.

Estudiosos de ideología católica resaltan la manifestación de la religiosidad de los pueblos europeos: «...las cruzadas revelaron el sincero deseo de los pueblos, imbuidos de un espíritu religioso, de arrebatar a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina, donde supuestamente había nacido Jesucristo y donde, según el Evangelio, había transcurrido la vida terrena del precursor del cristianismo» (pág. 7).

Por el contrario, otros autores son conscientes de la influencia que en estos hechos ejercen la situación socioeconómica de la época y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia. Con respecto al papado, destacan las razones políticas y el deseo de reunificación con la Iglesia ortodoxa griega.

En Europa se producen agudos cambios. El trabajo artesanal y el agrícola-ganadero se van diferenciando cada vez más, debido al éxito de la industria de la lana, de los metales e incluso de la construcción. Los burgos o ciudades surgen en esta época. Comienzan a entrelazarse suculentos vínculos comerciales entre los países europeos y con Bizancio y Oriente.

Los campesinos, en su mayoría siervos, deben soportar numerosas cargas que los mantienen en la zozobra y en la miseria. Algunas de estas cargas son: la capitación, el pago por usufructo del bosque o del prado, el tributo para la manutención de las huestes del señor. Para las fiestas del señor feudal, el siervo tiene que hacer una aportación, lo mismo que para la construcción de caminos, mercados, etc. A la Iglesia debe pagarle el diezmo, que casi siempre es más de la décima parte de sus productos.

La codicia de los señores feudales se agudiza con el desarrollo de las ciudades y del comercio con Oriente. Ya no quieren sólo pago en especies sino en metálico. La miseria de los campesinos se agrava con las guerras continuas y con las plagas y pestes que asolan Europa. Para tener una idea del hambre basta recordar los frecuentes casos de canibalismo que se producen en Francia. «El siervo, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente, también era víctima de su propia ignorancia, fomentada por la Iglesia, que predicaba la sumisión, la resignación y el temor» (pág. 19). Si su desgracia es la muestra de la ira de Dios, es posible aplacarla con sacrificios. Pero algunos se rebelan y se escapan a los bosques o luchan contra los privilegiados. Los señores que cada vez exigen más, también comienzan a tener miedo.

La crisis se agudiza con la adquisición por parte de los grandes propietarios, de la mayoría de las tierras. Este hecho y la implantación del sistema de mayorazgo, por el cual la herencia completa pasa al primogénito, crea un estrato de caballeros sin propiedades ni dinero. Se forman bandas de segundones que asaltan los campos y las casas de los campesinos, de los nobles, e incluso las de la Iglesia menos protegidas por soldados.

La Iglesia interviene en esta grave crisis, atendiendo a sus intereses y a los de la clase dominante. Instrumenta la manera de que los segundones se hagan con tierras, con mano de obra barata, con riquezas.

(1) Zabarov, Mijail: «Historia de las Cruzadas». Edit. Akal, Madrid, 1979, 364 págs.

Por otro lado, desvia el malestar social de los campesinos proponiéndolos una empresa liberadora, bendecida por Dios: las cruzadas. Marx interpreta que la marcha de Alfonso VI de Castilla contra Toledo en 1085 es el anuncio de la primera cruzada.

Las acciones de la orden de Cluny y ciertas reformas eclesiásticas tienen como consecuencia el fortalecimiento del papado. Gregorio VII pretende no sólo estar por encima de los jefes de Estado, sino que aspira a una especie de reino universal con el Papa como rey absoluto. «Gregorio VII se proponía que todos los "reyes cristianos" aceptaran su vasallaje, que les obligaria a pagar un tributo anual al tesoro papal» (pág. 37). Esto justifica el deseo de dominar el Imperio bizantino, y someter a la Iglesia griega. La mejor ocasión se encuentra cuando Bizancio pide ayuda a Occidente contra sus enemigos. Tanto los segundones, como los señores feudales desean saquear las enormes riquezas y el lujo, jamás visto en Europa, de los paises orientales. Por otro lado, en Occidente se agudizan las contradicciones sociales, la miseria es insoportable y por lo mismo, la indignación.

En este ambiente, el nuevo Papa Urbano II hace el llamamiento para la primera cruzada. El pueblo está en condiciones óptimas para esta convocatoria: anhelan realizar «un sacrificio redentor» que los libere de todas las calamidades y de sus amos. El Papa ofrece la absolución de los pecados, la recompensa eterna y además promete que la empresa reportará grandes beneficios terrenales. Todo queda consignado en una resolución del concilio de Clermont: «El que aqui está dolido y pogre, estará alli alegre y rico». Los bienes de los ricos quedan bajo custodia de la Iglesia. La exaltación religiosa hace presa de algunos fanáticos que se marcan a fuego el signo de la cruz en la carne. Por donde pasan los cruzados, el pillaje y el saqueo es la norma. Los pobladores ofrecen resistencia y matan a los que se rezagan.

«El movimiento de 1096 ofrece la particularidad de que fue una protesta campesina contra sus enemigos de clase en su propio pais, hábilmente desviada por la Iglesia católica hacia Oriente» (pág. 78). Termina trágicamente ya que mueren casi todos. Los sobrevivientes entran en Jerusalén en 1099. Los cristianos degüellan, roban y realizan todo tipo de desmanes por los que son odiados. Después, con la ayuda de la flota veneciana y genovesa, toman las ciudades importantes del Mediterráneo oriental. Estas conquistas son posibilitadas por la división del mundo musulmán.

En 1100 una nueva oleada de buscadores de fortuna se dirige a Oriente. Los historiadores han comparado este hecho con la avidez que provocó el descubrimiento de América y sus riquezas.

Cuando los señores feudales toman posesión de los nuevos estados, imponen el sistema politico del pais de origen. Los campesinos orientales se resisten a sus nuevos amos a los que odian. Guillermo de Tiro los caracteriza como más temibles que la peste bubónica. Para protegerse, los señores construyen castillos.

Esta cruzada no impone la autoridad de la Iglesia romana sobre Bizancio. El cisma no es anulado. Dos órdenes se crean para fortalecer la situación de los Estados cruzados: los Templarios y los Hospitalarios, que están obligados por votos de castidad, pobreza y obediencia. Si bien, su misión es espiritual, después de la primera cruzada, adquieren neto carácter militar. A fines del siglo XII son una potente fuerza politica y económica tanto de Oriente como de Occidente.

En el siglo XII, los estados musulmanes se organizan, mientras los feudales cruzados intentan estabilizarse en sus nuevos dominios, pero sus relaciones con Bizancio empeoran. Cuando Bizancio ataca Antioquia, en Europa se encuentra el motivo que justifica una nueva cruzada. En esta, participan reyes como Luis VII de Francia y Conrado III Hoenstaufen. Esta cruzada es para los reyes una posibilidad de expansión territorial y de botin.



En 1147 se forman las milicias de Alemania y Francia, cada una integrada por unos 70.000 caballeros, seguidos por millares de campesinos.

La segunda cruzada es un fracaso; sólo da como resultado cuantiosas pérdidas humanas y materiales. Además, pone en evidencia la desunión de los señores feudales, pues sus deseos expansionistas agudizan las contradicciones de los reinos europeos entre si y más aún con Bizancio. El fervor religioso decae y el Papa Eugenio III, promotor de esta empresa, es denominado «anticristo».

Gregorio VIII llama una nueva cruzada, proclama que mantiene su sucesor Clemente. Esta tercera cruzada se diferencia de las anteriores en que los campesinos se mantienen al margen. Los siervos ya no se ilusionan con hallar tierras en otros lugares y prefieren abandonar el campo e irse a las ciudades que se encuentran en pleno desarrollo. Participan Enrique II de Inglaterra y su hijo Ricardo Corazón de León (mitificado por los historiadores), Federico I Barbarroja y Felipe II de Francia. El objetivo no es religioso, sino que los distintos jefes de estado intentan conquistar para si el Mediterráneo.

Tampoco resulta como se esperaba y el mismo papado queda disconforme.

En cuanto a la cuarta cruzada, a juicio de M. Zabarov: «revela los auténticos planes de los organizadores y caballeros. Esta terminó con la derrota de Bizancio y con la formación del Imperio latino. Los cruzados derrotaron y saquearon un pais cristiano, lo cual era contrario a sus promesas religiosas».

Los preparativos para esta cruzada comienzan a fines del siglo XII. La iniciativa es del Papa Inocencio III. «La linea de este politico feudal en el trono papal, estuvo encaminada por entero a crear un Estado "universal" encabezado por el pontifice romano, idea que abrigaron sus predecesores hacia ya más de un siglo» (pág. 211). La cruzada que se organiza contra el Egipto musulmán se convierte en una guerra contra el Bizancio cristiano. La flota sale de Venecia en octubre de 1202. El sa-

queo de Constantinopla en 1204 desacredita las cruzadas como empresas religiosas. La consecuencia es la creación de un nuevo estado franco, el Imperio latino. Los mayores beneficios materiales son para los venecianos. La población griega y su clero no acepta reconocer al Papa como jefe supremo espiritual y no se doblega ni con represalias ni con diplomacia.

Esta es la última cruzada importante. Las restantes son estériles.

¿Qué balance puede extraerse de las cruzadas?

Se puede decir que la influencia cultural de Oriente fue enorme. Hasta en cultivos, Occidente tuvo que aprender, conoció el arroz, el trigo sarraceno, la sandia, los limones, los albaricoques, la caña de azúcar. Comenzaron a fabricarse la muselina, el damasquino, el percal y los tapices. Pero todos estos intercambios, de hecho realizados desde antes de las cruzadas, hubieran sido realidad, aunque más lentamente, sin estas guerras. Contribuyeron si, a profundizar las contradicciones sociales y a aumentar la lucha de clases en Occidente, lo que tuvo como consecuencia la precipitación de la centralización politica. Europa pagó un alto costo ya que murieron millones de personas y se perdieron enormes sumas de dinero. Las canciones populares de la época muestran el mal sabor de boca que dejaron en el pueblo. Para el Oriente musulmán, las cruzadas fueron un azote, arruinaron sus paises y sembraron la muerte.

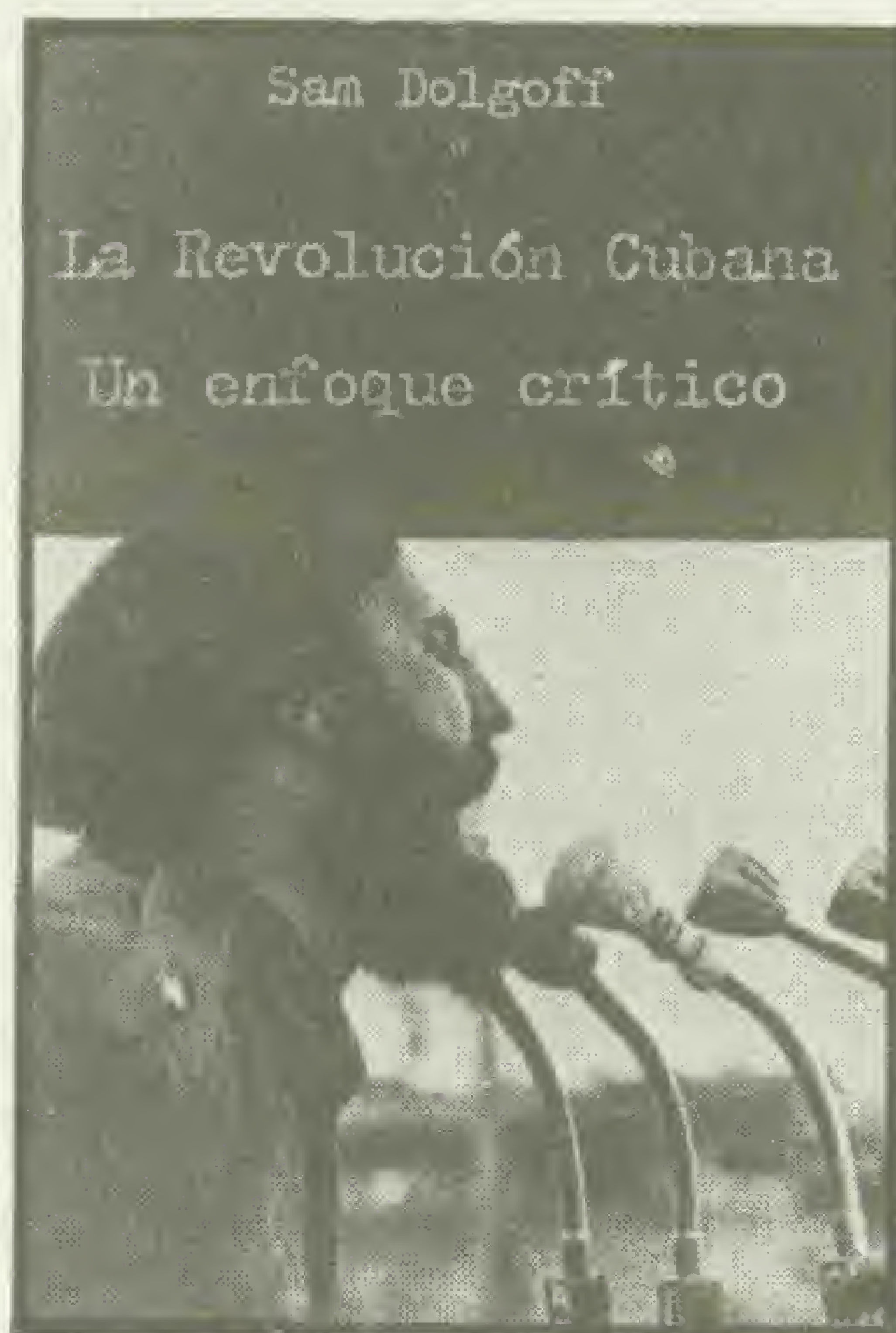
En lo que concierne al texto, peca, tal vez, de reiteración excesiva de ciertas ideas, si bien para el autor son el meollo de su tesis. Ofrece un enfoque nuevo al análisis de esta época tan apasionadamente historiada. Desteje los intereses y objetivos que dominan a politicos, religiosos o civiles. Es un manual claro: ideológicamente definido y por lo tanto comprometido con una particular visión del mundo. El autor se basa en las aportaciones de la escuela historiográfica soviética. ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

LA OTRA REVOLUCION

En los últimos años la bibliografia sobre Cuba y su revolución no sólo ha sido muy extensa, sino también muy variada. Sin embargo, creemos que faltaba una obra que se ocupara de la participación anarquista en la misma y sobre todo que proporcionara el punto de vista de los anarquistas sobre la revolución, su gestación, su desarrollo, sus aceritos y sus errores en general. El libro de Sam Dolgoff viene a llenar este vacio.

No obstante, no se trata sólo de una valoración anarquista de la revolución cubana, puesto que aporta además datos interesantes sobre la influencia del anarcosindicalismo en el nacimiento del movimiento obrero iberoamericano, enraizándolo en el anarquismo hispano que fue llevado a Cuba por los exiliados españoles hacia los años 1880. Desde este punto de vista, el autor hace un repaso de la historia cubana partiendo de las últimas décadas del siglo XIX hasta llegar al momento presente. Asi, analiza someramente la lucha por la independencia, la expansión del imperialismo norteamericano, la incidencia de la primera guerra mundial y de la revolución rusa y la dictadura de Machado, para detenerse finalmente en la era de Batista y en el papel del movimiento libertario cubano en la lucha revolucionaria.

Pero el propósito primordial del libro, como el titulo y el propio autor indican, es enfocar criticamente el proceso revolucionario cubano desde una perspectiva anarquista. En este sentido, se apuntan dos vertientes. Por un lado, la crítica al régimen cubano como exponente de un régimen totalitario de izquierdas, que se basa en las premisas clásicas que enfrentan al anarquismo con el comunismo, es decir, en la negación de toda autoridad, frente al estado totalitario; en la defensa de la libertad individual y de la dignidad de la persona humana, frente al sometimiento de ambas a la acción oficial; en el federalismo frente a la colectivización, etc. Por otro, la crítica directa a Castro al que acusa de oportunismo politico, de ansia desmedida de poder, de ejercer, en definitiva, un caudillismo descaradamente carismático y cesarista.



Finalmente, se ponen en tela de juicio los logros de la revolución, completándose el libro con un útil apéndice cronológico y las referencias bibliográficas correspondientes. También resulta interesante la crítica inicial a las opiniones de autores marxistas sobre el tema, desde Frank a Dumont, pasando por Huberman, Sweezy y Matthews.

Obra polémica, discutible, a veces panfletaria, pero interesante porque proporciona una nueva visión de la revolución y del régimen cubano, contemplado desde una óptica diferente. ■ **ANGELES EGIDO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

LA RESTAURACION Y SUS «APERTURAS». Carlos Seco Serrano. Fundación Universitaria Española. Madrid, 1977, 38 páginas.

GERMANIA: UN ASPECTO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII. Miguel Ourvantzoff. Fundación Universitaria Española. Madrid, 1976, 31 páginas.

RELIGION Y POLITICA EN LA EDAD MEDIA EUROPEA. Florencio Porpeta Clerigo. Fundación Universitaria Española, Seminario «Cisneros». Madrid, 1977, 104 páginas.

ALMANAQUE DE LO INSOLITO (Vol. 6), por Irving Wallace y David Wallechinsky. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1978, 344 páginas.

CARLOS, ¿TERRORISTA O GUERRILLERO?: MIS VIVENCIAS, por Nydia Tobón. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1978, 217 páginas.

LA IBM POR DENTRO Y MAÑANA... ¿EL MUNDO?, por Rex Malik. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1978, 650 páginas.

NOTA DE EDITORIAL.—*Con relación al trabajo del profesor Tenorio: «LAS MATANZAS DE BADAJOZ»; publicado en el núm. 56 de TIEMPO DE HISTORIA, correspondiente al mes de julio del presente año, hemos recibido una carta del señor Abel Santamaria, que publicamos a continuación:*

Santander, 1 de julio de 1979.

Muy señor mío:

En el número 56 de TIEMPO DE HISTORIA se publica un artículo de Rafael Tenorio titulado «Las matanzas de Badajoz» que junto con informaciones exactas, incluye varios e importantes datos falsos sobre lo ocurrido en Badajoz después de su conquista por las tropas de Yagüe el 14 de agosto de 1936.

La principal falsedad estriba en afirmar (págs. 6-8) que, además de los cientos de ejecuciones realizadas los días 14 y 15 hubo otra segunda tanda en fecha no determinada, de la que sin embargo el señor Tenorio, sin precisar fuente alguna para tal noticia, detalla que se celebró más o menos en forma de corrida, con los presos entrando para su ejecución por la puerta de caballos, con los tendidos cubiertos de público que había acudido mediante entrada e invitación: «señoritos de Andalucía y Extremadura, terratenientes sedientos de venganza y falangistas de reciente camisa; también acudieron mujeres», supongo que con mantilla y abanico.

Con una excepción, ni una sola historia de la guerra civil acepta la fábula contada por el señor Tenorio. Por citar algunos de los historiadores más abiertamente prorepublicanos, no recogen tal historieta al relatar los hechos de Badajoz ni Southworth («El mito de la cruzada de Franco», Ruedo Ibérico, París, 1963, págs. 123-124); ni Broué y Temime («La Revolución y la Guerra de España», Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977, I, págs. 211-212); ni Jackson («La República Española y la Guerra Civil», Grijalbo, Barcelona, 1976, págs. 243-244). La única excepción es una obra sobradamente tendenciosa y desacreditada, de la que el artículo del señor Tenorio toma bastantes datos. Se trata del libro editado hace más de una década en la Unión Soviética por el Partido Comunista de España, «Guerra y Revolución en España», Editorial Progreso, Moscú, 1967, I, 289, donde, al igual que el señor Tenorio, sin citar la menor fuente para tal afirmación, se dice: «En la plaza de toros, el asesinato fue convertido en espectáculo para oficiales fascistas y señoritos, que encontraban morboso deleite en presenciar la bestial matanza».

El origen de esta leyenda, rechazada por los historiadores, es rastreable: más de dos meses después de la toma de Badajoz, el 27 de octubre de 1936, el diario madrileño «La Voz» se sacó de pronto de la manga el relato de que las ejecuciones de los días 14 y 15 de agosto habían tenido lugar en forma de corrida, con los tendidos llenos de la flor y nata de la sociedad de Badajoz e incluso dijo que los presos antes de ser ejecutados fueron picados y banderilleados. Todo ese relato es calificado por Hugh Thomas de «completamente falso» («La Guerra Civil Española», Editorial Urbión, Madrid, 1979, II, pág. 249, nota 8).

Si me permite el inciso, esta fábula narrada por «La Voz» se sabe que fue uno de los principales desencadenantes de las matanzas de Paracuellos del Jarama y de San Fernando de Henares, cometidas por miembros de los «radios» del PCE en La Elipa y La Guindalera. En realidad, fue parte de una serie de fábulas similares narradas por aquellos días en la prensa de Madrid, para aumentar la resistencia de la población contra las tropas de Yagüe, que acaban de desbaratar la ofensiva republicana de Illescas y que estaban ya a sólo kilómetros de la capital. Hay que tener en cuenta que todo parecía en aquellos momentos de desesperación lícito para contener el desaliento de los madrileños, que acababan de conocer la huida de Azaña, y alguno de los cuales sabía que sólo dos días antes el oro del Banco de España había sido enviado a la URSS.

Una precisión más. Para justificar su aceptación de esa mítica corrida-ejecución, el señor Tenorio cita un «estudio» de Arthur Koestler. Es cierto que en «Spanish Testament» (The Left Book Club, Londres, págs. 143-145) y en su versión francesa titulada «L'Espagne Ensanglantée», editados ambos en 1937, Koestler hace un sonoro relato de los hechos de Badajoz, pero en ningún momento habla ese autor de los hechos como lo hace el señor Tenorio respecto a la fantasmal corrida. Como hecho ciertamente importante, hay que señalar además que años después, en su autobiografía (Tomo V de la edición española, «La escritura invisible», Alianza Editorial, Madrid, 1974, págs. 9-100), Koestler explica con detalle que en los años 1936-37, bajo la capa del periodista, actuaba como miembro secreto de los servicios soviéticos de propaganda, bajo el control del «rezident» del NKVD en París, Willy Muenzenberg; y Koestler precisa: «En "L'Espagne Ensanglantée" había acusado al enemigo de cometer ciertas atrocidades, aun abrigando dudas acerca de la autenticidad de la documentación de que me estaba valiendo» (ibid., pág. 66).

Estoy ya un tanto cansado, como muchos de sus lectores, de leer en TIEMPO DE HISTORIA relatos como el del señor Tenorio que, además de incluir hechos falsos y de basarse en fuentes más que dudosas, tienen como objeto exclusivo los actos de barbarie, unos ciertos y otros falsos, cometidos por uno solo de los bandos de la Guerra Civil española. Supongo que será una muestra de ingenuidad solicitarle que deje de ser tan monocorde y, sólo para variar, realice un estudio en profundidad de, por ejemplo, las decenas de miles de asesinatos cometidos en Madrid del 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939, bajo las órdenes de García Atadell y de sus sucesores, uno de los cuales ocupa cargo de secretario general del segundo partido de la izquierda española.

Coincido con usted. Soy demasiado ingenuo.

NUMEROS ATRASADOS DE TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: ....

(los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 se hallan agotados). El importe total del pedido de ....Pts. (100.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .... a: «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174. Estafeta Oficial, Madrid».**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Contra reembolso.**

NOMBRE Y APELLIDOS ....
DOMICILIO ....
TELEFONO ....POBLACION ....D. POSTAL ......
PROVINCIA ....PAIS ....

BOLETIN DE SUSCRIPCION TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre ....
Apellidos ....
Edad .....Profesión ....
Domicilio ....
..........Teléfono ....
Población ....D. Postal ......
Provincia ....País ....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de ....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

- ☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA
- ☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)
- ☐ He enviado giro postal n.º .... a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)
....
Domicilio de la Agencia ....
..........Población ....
Titular de la cuenta ....
....
Número de la cuenta ....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha ....

Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO; ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.

Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.



Doña María Guerrero en el papel de CLARA (de «La Dama Boba» de Lope de Vega).